



HQN™

El Año de Simon

ALTEA MORGAN

**El Año
de Simon**
ALTEA MORGAN

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Adriana Abellán Álvarez de la Campa
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El año de Simon, n.º 183 - febrero 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-857-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Primera parte. Meredith](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Segunda parte. Simon](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A mis padres, muchas gracias por todo.
No me podían haber tocado otros mejores en suerte.*

Ed il mio bacio scioglierà il silenzio che ti fa mia!

GIACOMO PUCCINI, *Turandot*

PRIMERA PARTE

MEREDITH

Cuando Meredith Tanner, de catorce años, se encontraba de visita en casa de sus abuelos, Polly, su abuela materna, le comentó que no debía preocuparse mucho por su aspecto –porque no fuera la más bonita del baile–, pues ella poseía algo que las demás no tenían en tanta abundancia: dinero. Su madre, sentada en la otra esquina de la estancia, levantó la vista de la costura que estaba repasando y reprendió a la abuela. Esta, sin inmutarse por la regañina, le guiñó un ojo a su nieta y sonrió.

Echando la vista atrás, Mer podía decir tres cosas sobre ese momento en concreto de su vida: primero, Polly tenía razón en una cosa: ella no era una belleza; segundo, no había acertado con la cuestión pecuniaria; y, tercero, ojalá aquello no hubiese marcado su existencia.

Meredith Tanner podía haber sido, y sin duda comenzó a serlo durante un corto periodo de tiempo, un gran partido en el mercado matrimonial. Su padre había sido el terrateniente más importante de la zona, sin ostentar más que un título de baronet desde hacía solo dos generaciones, había conseguido un poder increíble. Su madre, Honora, además, había sido una de las beldades de su temporada, pero la situación económica familiar la obligó a casarse con alguien muy inferior a su rango. Mer, la primera hija del matrimonio, fue el fruto de la mezcla del dinero de su padre –un tema muy poco refinado, por cierto– y de la elegancia y posición de su madre. No de su belleza; nunca de su belleza. Lo que era una pena, pues, según le habían dicho en su infancia, había heredado los ojos verdes de su progenitora, su pelo color azabache y su figura. En cambio, su cara, por aquel entonces, no poseía unos rasgos armoniosos, con una nariz un poco más grande de lo normal, unos pómulos algo marcados y una barbilla puntiaguda. Con los años se redondearían, pero eso ya daría igual.

Tres años después de aquella conversación con su abuela, el mundo se rendía a los pies de Meredith Tanner. Prometida al barón Marlowe –¡incluso antes de presentarse en sociedad!–, quien era, desde luego, uno de los grandes partidos de esa temporada: joven, guapo, con un título un poco por debajo de las expectativas familiares, pero muy augusto, ostentaba todo lo que una dama de su edad pudiera desear. Aunque no había sido el candidato principal, Mer se había quedado prendada de él y había convencido a sus padres de que sería la mejor entrada en sociedad posible: de la mano del barón.

La vida era un lecho de rosas.

El destino, que como se comprobaría más tarde nunca fue amigo de Meredith, había reservado la belleza familiar a sus tres hermanas pequeñas: Margaret, Mehetabel y Madeleine. A ella le había quedado solo el dinero y, con el tiempo, ni eso. Aun así, en aquel momento, el futuro resultaba esperanzador y brillante para ella.

Nada que ver con la realidad.

La primera vez que Mer se dio cuenta de que la providencia le había tomado manía fue cuando Marlowe falleció en un trágico accidente a caballo. Ella se encontraba ya preparando su entrada en sociedad, aunque faltaban nueve meses –su madre era una persona precavida–, y se tuvo que cancelar. ¿Era una viuda de diecisiete años? ¿Sin haberse casado aún? Gracias, destino.

La muerte de su prometido resultó un golpe duro. No se había enamorado de él, por supuesto, lo conocía de poco tiempo y había importado más el sueño de comenzar su vida rompiendo moldes que la idea en sí de estar casada con él. El matrimonio era una imposición que le habían inculcado desde pequeña, cuanto más importante y pomposo fuese, mejor que mejor. Pero ahora ella se veía como un alma en pena por la casa, sufriendo la muerte de un hombre que no conocía y siendo objeto de miradas de lástima.

¡Pobre Meredith! ¡Tan joven!

Sin embargo, todo cambió cuando, antes de que el periodo de luto hubiese acabado, lord Geoffrey Townshend pidió su mano. Era uno de los hombres del momento, no por su dinero o posición, que algo de eso tenía, sino por su fama de calavera. Redimir a alguien como él era el sueño de cualquier mujer. Con la piel algo tostada por los viajes al continente, su altura –modificada por unos zapatos con más alza de lo normal–, sus ojos pardos rodeados de unas pestañas arrebatadoras, sus sonrisas de contrabandista pillo, sus modales exquisitos, su reputación de amante sin mácula y su bancarrota. Como sabría más tarde Mer, su padre no había visto con buenos ojos ese enlace, pero su madre supo que, tras la debacle anterior, esa resultaba «la gran oportunidad de Meredith».

Y aceptaron.

Fue la comidilla de Londres, pues, aunque le advirtieron al caballero de que debía mantener el compromiso en secreto hasta haber pasado un tiempo prudencial, él expandió el rumor de su futura boda para que sus acuciantes acreedores le concedieran una prórroga.

De lo ocurrido, Mer no sabía casi nada. Con dieciocho años recién cumplidos, estaba viviendo el sueño de cualquier chica de su edad: casarse bien. ¿Qué más podría desear? ¿Eh, destino? Pues, para comenzar, Meredith podría haber pedido que lord Geoffrey Townshend no muriera en un duelo por los favores de otra mujer.

Sí, eso hubiera estado bien.

Su prometido mantenía un idilio con una mujer casada. Cuando el marido de la misma se enteró, montó en cólera y le retó en duelo. Townshend era joven, arrogante y engreído. Aceptó el desafío y se pasó la noche alardeando de sus dotes como gran tirador, emborrachándose y sin acordarse, ni por un momento, de la prometida que le esperaba en casa con todas las ilusiones puestas en él. Falleció de la manera más indigna para un caballero: borracho, con un tiro que le rozó a malas penas el brazo, que se infectó y lo mató.

Bienvenida al mundo real, señorita Tanner.

Tras ese golpe, Meredith, su padre, su madre, sus abuelos maternos, sus hermanas e incluso aquellas personas que no le habían visto la cara en la vida supieron que su reputación estaba acabada.

En su hogar lo llamaron «el gran drama».

Su madre quedó en cama durante semanas para poder recuperarse del bochorno. A su padre, aun asegurando que nada de aquello era culpa de Mer, le costaba mirarla a la cara. Así que un día hizo las maletas y se marchó de viaje, dejando aquel desaguisado sin arreglar. Meredith se encontró al frente de un hogar roto por su culpa –¿por su culpa?–, se las arregló para que todo funcionara mientras su madre se lamentaba postrada en su lecho, sus hermanas la miraban con pena y sus abuelos amenazaban con visitarlos.

Aquella desgracia la ubicaba a ella en el centro del huracán, pero Mer no lloró la muerte de lord Geoffrey como si fuera el amor de su vida, pues, desde luego, no lo era –dudaba de que esa persona existiera en algún lugar del mundo–. Sino que lloró por su vida destrozada, por el daño irreparable de llevar dos muertes a sus espaldas y por el absurdo futuro que se abría ante ella. Nadie más la querría. Se encerró en su hogar para no salir, no quería sociabilizar. Cuando su madre despertó de su letargo y se ocupó de la casa, ella se dedicó a pintar, su gran pasión, y a olvidarse de aquel asunto tan odioso del matrimonio.

Su padre volvió de viaje para la presentación en sociedad de Margie, una despampanante criatura que también había heredado el tono verde de ojos de su madre, pero con una chispa que se acrecentaba con una sonrisa decorada con un tierno hoyuelo. Su pelo castaño con toques dorados, rizado en bucles, y su forma de ser tan agradable, la hacían un partido mucho mejor que su hermana mayor. Pero, al ser la segunda, no ostentaba una dote tan sustancial como ella. Aunque, si fuera por Mer, bien podían haber repartido la suya entre sus hermanas.

Margaret tampoco pudo presentarse en sociedad, pues su padre cayó enfermo de unas fiebres, que ya venía acusando en el viaje, y murió en pocos días.

Los ojos, las bocas y los cuchicheos se giraron para hablar de Mer, ¿quién si no podía tener la culpa? ¿Era una persona que arrastraba la mala suerte adonde fuera? Pues parecía que sí. Tras otro muerto a sus espaldas, aunque nadie de su familia le echara nada en cara, Meredith se recluyó en sí misma. Pintó más paisajes, nunca personas; leyó mucho más de lo que hacía hasta ese momento y se olvidó de aquello que una señorita debía ser: apocada, simple o invisible. Ella ya había pasado a otro nivel.

Durante dos años vivió en relativa tranquilidad, gracias a la idea de cumplir la edad suficiente para poder mudarse a Italia junto a su única tía materna, que se había casado –cómo no, todas se casaban y no se les moría nadie– con un conde italiano. Durante aquellos esos años se habían escrito con frecuencia, y sabía que la acogería en su hogar con mucho gusto.

Pero una mañana, recién estrenada la primavera de 1851, apareció en su vida Nicolaas van Dijk, el hijo de un amigo holandés de su padre, que se alojó en Clover Park, el hogar de las Tanner, durante unas semanas.

Pese a la forma de ser de Meredith y sus ganas de olvidarse del mundo exterior, Nicolaas supo romper ese escudo de soledad, y forjaron algo parecido a una amistad. Trascurrido el tiempo de su estancia, declaró su amor y devoción por ella, por Meredith –¡por Meredith!– y su deseo de desposarla. Ella se negó, por supuesto, ya estaba bien con dos prometidos muertos que no le importaban un pepino como para cargar con la muerte de alguien que apreciaba de veras. Le explicó que tenía el convencimiento de que si se casaban, él acabaría muerto. Nicolaas no se dejó amedrentar y la convenció con mimo, y con la ayuda inestimable de su madre, de que no tenía que ocurrir de nuevo una desgracia. Ella aceptó con la condición de mantener un noviazgo largo, de al menos un año. Gracias al regateo, lo dejaron en seis meses.

Trascurrido ese tiempo, a escasas dos semanas de la boda, y en contra de todo pronóstico, Nicolaas seguía vivo, no con el mismo ímpetu del principio, pero continuaba estando junto a ella. Como Meredith no había hecho ningún preparativo importante para la ceremonia –no tenía ninguna intención de tentar al destino mucho más de lo necesario–, su madre se colocó el traje de histerismo y comenzó a realizar los arreglos pertinentes. Y una de las cosas que organizó fue un baile en Londres para celebrar el futuro enlace. Abrió su casa en la capital, que hacía años no se visitaba, y gracias a los fondos del prometido se pudo costear una noche de ensueño en aquella pequeña temporada que se celebraba en invierno y por pocas semanas.

El problema del dinero venía haciendo estragos en la familia desde la muerte de su padre. Poco a poco, Clover Park comenzó a despedir sirvientes, ellas se olvidaron de los caprichos y comenzaron a ahorrar de verdad. Y todo a causa de que el heredero de su padre fuese su hermano pequeño que, sin desentenderse en realidad, no les hacía mucho caso. La boda de Meredith bien podría ser su salvación en varios sentidos: tanto en el económico, ya que no dependerían de la exigua renta que les había dejado su padre; como en el aspecto de que la reputación de la mayor de las Tanner se recobraría y sus hermanas podrían buscar marido sin la tacha de su mala suerte.

Pero la providencia, tan callada en esos últimos tiempos, no se había olvidado de Meredith Tanner por completo y decidió no perderse su baile de compromiso. Tanto fue así, que Nicolaas abandonó a Mer la misma noche que celebraron la fiesta por una debutante mucho más joven que ella, de ojos claros, cristalinos, piel pálida y ningún pasado nefasto a sus espaldas.

Tras ese golpe, Mer se encerró en Clover Park y decidió tirar la llave de su vida al mar del olvido. Ya estaba bien. La solución, su último barco, su última oportunidad, se había esfumado tras el traje blanco insulso de una chica joven, y ella ya no sabía qué más podía hacer para ahogar a su familia. Meredith no lo sabía, pero su tío, el ególatra, insufrible e idiota de su tío, sí, pues había dilapidado el dinero de los Tanner con malas inversiones y multitud de caprichos costosos. ¿Cuánto había tardado en gastarse el dinero conseguido gracias a décadas de sufrimiento? Escasos tres años. Por eso mismo había decidido vender Clover Park. Y el último reducto de soledad mental de Meredith

murió. Ahora su único destino estaba lejos de tierras inglesas, lejos de su reputación, de su mala suerte y de su familia, pues se encontraba en Italia, y no en la casa de sus abuelos, lugar donde su madre y sus hermanas se trasladarían tras la venta de su hogar. Aunque la providencia, tan enemiga de Meredith como la institución del matrimonio, había reservado una última sorpresa para ella. Esa sorpresa haría que tuviera que quedarse un poco más en Inglaterra, el tiempo suficiente para arreglar algo que ella había roto, pero de lo que no tenía ninguna culpa.

Así era su vida. Así había aprendido a vivirla.

Capítulo I

Clover Park, 11 de febrero de 1852

Meredith no estaba pasando por el mejor de sus momentos, y eso era mucho decir para ella. Casi con rabia ciega, iba paseando por uno de los caminos de Clover Park, que ya no era su casa desde esa misma mañana. Pero ese no era el problema que tenía en la cabeza; aunque su tío, sin consenso alguno, había decidido vender el hogar donde había pasado toda su vida, ella ya había superado el escollo, pues se reponía pronto de los golpes.

En esa ocasión, si Meredith había roto su parasol contra un árbol, tenía el dobladillo del vestido manchado, el pelo desordenado, el sombrero casi caído y la mente ofuscada era por Lydia Coleman. La mimada, repelente y deslenguada Lydia Coleman, esa misma.

Aquella mañana le había costado horrores salir de casa; era la primera vez que lo hacía desde el incidente con Nicolaas. Había tenido dos opciones claras: quedarse en Clover Park y observar como alguien compraba el único hogar que había conocido o salir por fin de su aislamiento. Así que se había vestido, se había dicho a sí misma que todo saldría bien, se había plantado una sonrisa falsa en la boca y había ido de visita a casa de Harriet, su mejor amiga, donde otras chicas también se habían dado cita. Era agradable tener compañía distinta a su familia de vez en cuando, y aun tras el desastre ocurrido en su vida sentimental, antes de la debacle de su fiesta de compromiso, le gustaba acudir a casa de Harriet y descubrir que en el mundo quedaban cosas buenas. Aunque esa no era una verdad universal, ya que en ese lugar también se encontraba de visita Lydia, a quien ella no esperaba ver. Entre risitas y confidencias, se pavoneaba por haber pasado unas semanas en Londres comprando vestidos para lucirlos la próxima temporada, a pesar de que ya tenía mas de veinte años y ninguna proposición de matrimonio en su haber.

La conversación de Lydia siempre solía girar en torno a ella. Meredith estaba acostumbrada al egocentrismo; su tío era una de los mayores exponentes del país, si no del mundo. Y además, desde los últimos acontecimientos, prefería encontrarse en un segundo plano. En un tranquilo, relajado y estable segundo plano. Hablar de su vida resultaba deprimente.

En un ambiente claramente hostil hacia ella desde la entrada de esa chica en la habitación, el resto de mujeres hicieron corrillo y le preguntaron a Lydia cómo se lo había pasado en su viaje, y ella, sin más propósito que lanzar una daga directa a su pecho, contó que en Londres todo el mundo hablaba de Meredith y cómo había vuelto a avergonzar y a traer la mala suerte a su familia.

Meredith, la Muerte.

¡Meredith, la Muerte! Ese era el horrible mote que le habían puesto. Harriet, sin dilación, regañó a Lydia, que hizo un mohín sin querer entender por qué su comentario resultaba tan hiriente. Pero Meredith, con la educación que su madre le había inculcado, terminó su trozo de sándwich de queso con tranquilidad y aguantó el chaparrón casi sin pestañear. Por propia experiencia sabía que su indiferencia era un buen escudo. De ese modo, buscó el momento adecuado, se disculpó y se marchó. Salió con la cabeza bien alta y determinó que debía pensar en otra cosa hasta que estuviera fuera de la vista de esas mujeres.

Contó árboles, piedras en el camino, nubes en el cielo, se acordó de un soniquete infantil que cantaba su madre y, aun así, no pudo impedir que su rabia la consumiera como un torrente de agua, en un principio poco a poco y, más tarde, desbocada.

A mitad de camino, destrozó su parasol en un árbol como una loca y, al menos, se desahogó. Mientras lo hacía, solo podía pensar que era el colmo, después de años aguantando cuchicheos a sus espaldas y consejos malavenidos sobre su vida sentimental. Ahora también era la culpable por el abandono de Nicolaas. ¡Como si ella fuera un imán que atrajera la mala suerte del mundo y no hubiese sido una decisión de él!

Meredith, la Muerte. Meredith, la Muerte. ¡Meredith, la Muerte! No sabía hasta qué punto esas palabras le molestaban, le enfadaban y le daban tristeza.

En honor a la verdad, Meredith no había matado a nadie; sus dos primeros prometidos murieron en circunstancias que ella no podía controlar, y el tercero, al que todavía echaba de menos, se había fugado con otra la noche de su baile de compromiso. ¿Qué podía haber hecho ella?

Al parecer, la sociedad londinense había decidido que, si alguien tenía la culpa de la fuga de su antiguo prometido, era ella, y que algo malo tenía que tener.

Se quedó un momento parada pensando en Nicolaas van Dijk. Le había confiado sus esperanzas, y él había insistido en casarse con ella para luego dejarla abandonada. Y lo peor de todo era que Meredith siempre había sabido que algo malo iba a ocurrir. Bueno, tampoco había que ser una adivina para saberlo, pues, como reza el dicho, «no hay dos sin tres».

Suspiró por pura desesperación y volvió a caminar con la idea de olvidarse de lo ocurrido cuando chocó de bruces con un hombre y cayó al suelo de una manera muy poco femenina. De sus labios solo salió una exclamación.

—Perdone, siento lo ocurrido, ¿se encuentra usted bien?

¡Pues no!

El hombre le sonrió de tal manera que notó cómo sus mejillas se tornaban coloradas y hacía más calor del normal para una mañana de febrero. El desconocido tenía el cabello castaño, con unos rizos que le caían libres, por llevar el pelo más largo que la moda actual; era alto y mantenía en su rostro una sonrisa encantadora. El

problema eran sus ojos, en los que Meredith se hubiera perdido de no llevar tanto dolor a sus espaldas.

—Gracias, no miraba por dónde pisaba.

Su buena educación iba primero que su rabia, su dolor o cualquier obstáculo que le pusieran en su camino. Observó al hombre con cuidado y pronto cayó en la cuenta de quién debía de ser: el nuevo señor de Clover Park, que hasta ayer mismo era su hogar.

La miraba con curiosidad, como preguntando de dónde había salido ella y por qué caminaba por sus tierras.

—Creo que no nos han presentado —siguió hablando él, a la vista de que a ella le había comido la lengua el gato. En su fuero interno, Meredith estaba deseando encontrar a ese animal que a veces no la dejaba reaccionar—. Soy el marqués de Dare.

Ella no se sorprendió, solo se dio cuenta de que sus sospechas se habían confirmado. Otra dama se encontraría azorada ante tal encuentro, pero Meredith no tenía nada que perder al estar con ese hombre a solas. En el campo, las costumbres eran más laxas que en Londres, y de forma habitual paseaba sin doncella. Y mucho más ella, que era una solterona destinada a vestir santos y, después de ese encuentro con el marqués, se encerraría en su nuevo hogar y no saldría nunca más. Y Meredith, la Muerte, estaría muerta oficialmente para la sociedad.

El hombre seguía de pie esperando a que ella se presentara, ¿qué iba a decirle? «Buenos días, señor marqués, soy Meredith Tanner. Meredith, la Muerte, ya sabe, la que va asesinando gente por el mundo, pero solo si se comprometen conmigo», después le guiñaría un ojo y se marcharía contoneándose. Oh, sí, claro... ¡Sigue soñando, Mer! Ella no era así, no se tomaba sus desgracias con tan buen humor, no al menos a los pocos minutos de conocerlas. Sobre todo cuando tenían que ver con la muerte de su padre, pues, según Lydia Coleman, también habían sumado ese deceso a su lista: la culpaban por su fallecimiento. Una pena que no hubiese sido su tío el elegido por el dedo de la muerte de Meredith, el cual ella no sabía controlar. Si encontrara la manera de que eso fuera posible, se entrenaría para usarlo a placer.

De repente quiso no ser ella misma, poder mirar a ese hombre a los ojos y coquetear, tener una conversación banal y sentirse como una más. Con disimulo se arregló el pelo e intentó alejarse de la persona que todo el mundo creía que era. Por unos segundos, no quería ser Meredith Tanner.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó tras hacerle un repaso a su ropa.

El pie del marqués comenzó a dar golpecitos en el suelo, había pasado un tiempo más que razonable para que abriera la boca. Y de ella surgió una mentira. Le pareció que si le decía la verdad a ese par de ojos claros, no volvería a mirarla como a una mujer normal, sino solo como a Meredith, la Muerte. Fuera quien fuese esa señora.

—Me llamo Mary, trabajo en la casa principal. —Hizo una reverencia desastrosa y sonrió—. Estoy bien, solo un percance en el camino.

—Soy el nuevo dueño de Clover Park. Me alegra saber que se encuentra bien, pero ¿en qué trabaja? ¿Y qué hace que no está en su puesto, Mary?

Perfecto, había pasado de Meredith, la Muerte, a Mary, la Vaga. Su vida real era un desastre, ¿por qué no podía inventarse una imaginaria mejor?

—Estoy haciendo un recado para la señorita Tanner.

—Acabo de estar con las tres señoritas Tanner, y se afanaban por hacer sus maletas. —El hombre achicó los ojos, sabía que era una mentirosa.

—Oh, no de ninguna de esas señoritas, de la mayor, la señorita Meredith Tanner.

Al nombrarse a sí misma, el marqués dio un respingo y sus sospechas se confirmaron: nadie era ajeno a ella y a su aura nefasta. De ese modo, lo que había querido obviar con su mentira se vio reflejado en el rostro de ese hombre tan atractivo. Pero las emociones que se pasearon por el semblante del marqués acabaron con una de enfado, como si no supiera que ella entraba en el lote de Clover Park, o más bien su mala suerte.

—¿Meredith, la Muerte?

Cuando escuchó su mote por enésima vez aquella mañana, Meredith no se lo tomó con nobleza, como haría una buena dama. No, soltó su ira contra aquel hombre sin pensarlo.

—Esa misma. ¿Sabe qué me molesta de los motes, milord? —dijo sin importarle su interlocutor ni un poco—. Que nadie pregunta a la persona que se lo ponen. Si alguien le hubiese preguntado a la señorita Tanner, podría haberle contado que no tiene nada que ver con la muerte de nadie. Townshend se mató en un duelo, Marlowe se cayó del caballo y el señor van Dijk la abandonó. ¿Por qué tiene ella que cargar con el mote de Meredith, la Muerte?

—Entiendo que tenga cariño a su señora —dijo el marqués, conciliador—, pero siento decirle que no parece una racha de buena suerte, y entre los afectados el único nexo de unión es la señorita Tanner. Aunque seguro que superará este bache que le han impuesto.

Cuando ella bufó, Simon Shelbrook, marqués de Dare, comenzó a reírse un poco. Al hacerlo, le aparecieron pequeñas arrugas en los ojos, que parecían surgir solo cuando estaba contento, pues antes no había ni rastro de ellas. Meredith tuvo la intuición de que eso pasaba muy a menudo y un pensamiento inundó su cabeza, obviando lo demás: arrugas de felicidad. Debían ser las únicas que tuviera la gente. Pero pronto desvió esa idea, pues su risa, lejos de ser contagiosa, fue como una bofetada en la cara.

—¡Milord! No está bien reírse de una mujer, ni mucho menos de una desvalida.

—Yo no calificaría de desvalida a la señorita Tanner, más bien de excéntrica.

—¿Excéntrica? Si me disculpa, creo que esta conversación ha durado demasiado.

Meredith no esperaba que él la agarrara de la cintura y le plantara un beso sin ningún tipo de aviso. Una vez superada la sorpresa, tuvo que admitirse que fue un

beso cálido y cariñoso, nada que ver con lo que ella había experimentado hasta ese momento. El acercamiento del marqués no quedó ahí, sino que, una vez que acabó con sus labios, siguió con su barbilla y continuó peligrosamente hacia su cuello. Ella tenía los ojos cerrados y disfrutaba del momento cuando un rayo cruzó por su cabeza. Se encontraban en medio de un camino transitado haciendo algo muy poco apropiado. Y Meredith, la Muerte, no quería tener más prometidos a sus espaldas. Ni uno más.

—Pare —escuchó su voz ajena, ronca y un tono más bajo de lo que hubiese querido—, por favor.

Por unos instantes, él había conseguido que ella se olvidara de Meredith, la Muerte; de Mary, la vaga, o de cualquier otra persona en el mundo. Solo habían existido sus labios, sus manos, su respiración, su calor, que la había abandonado. Cuando entreabrió los ojos, sintió la necesidad de devolverle la osadía al marqués, y su primer impulso fue darle en la cabeza con el parasol roto. No consiguió más que la risa de él ante la patética escena. Ella quiso gritarle lo canalla que era y desquitarse, como con el pobre árbol, por haberse reído de ella. Pero, en su lugar, se fue corriendo en dirección a su antigua casa.

De lejos, escuchó cómo el nuevo dueño de Clover Park continuaba riéndose, y, cuando dejó de hacerlo, se apartó del camino, se apoyó en un tronco y se dejó caer en él, mientras abandonaba el parasol y se tocaba la boca con esa mano, donde todavía podía notar el calor del marqués. Con la otra se tocó la barbilla y el cuello. En ese momento, se dio cuenta de que, en unos pocos minutos al lado de Simon Shelbrook, había vivido más que con sus tres antiguos prometidos. La pena era que ella jamás podría volver a disfrutar de esa sensación de alegría y desasosiego.

Capítulo II

Aquella mañana de febrero, el sol brillaba y hacía una temperatura fantástica para pasear por el campo. Principalmente cuando todos y cada uno de los caminos de ese lugar eran suyos. Eso pensaba Simon, que acababa de cerrar un acuerdo ventajoso por la compra de Clover Park. Aquel era un lugar increíble para la cría y doma de caballos, y quizás se convirtiera en su residencia permanente si lograba amoldarla a su gusto.

Caminaba por aquel sendero como el amo y señor de aquello, miraba el cielo, en un momento, y al otro observaba el suelo. Era suyo, aquella maravilla era suya. Nunca había sido un hombre de campo, pero ese lugar le parecía un sueño. Incluso su propio nombre, Clover Park, parecía destinado a dar suerte a la persona que lo poseyera. Simon era el dueño de otras fincas heredadas bien de su padre, bien de su madre, pero esa era la primera vez que adquiriría algo por su cuenta. Había decidido hacerle caso por fin a su hermano Robert, el abogado de la familia, ignorar el qué dirán y comenzar un pequeño negocio. No estaba nada bien visto que la aristocracia se manchara las manos con cualquier actividad mercantil, pero los Shelbrook eran distintos.

Tío Eugene, que no era familia, sino el mejor amigo de su padre, le había aconsejado bien en la transacción. Simon jamás se hubiera enterado de que la finca se hallaba en venta de no ser por él. No sabía por qué los herederos del caballero que vivía allí se habían visto en la obligación de vender, no parecía nada más allá de problemas económicos. Sin embargo, Simon tenía la absurda sensación de que había algo más en el contrato que él no lograba descifrar. En concreto por el hecho de que el tío Eugene no hubiese querido acompañarlo hoy para cerrar el asunto.

Las condiciones económicas eran inmejorables. Tras una negociación tranquila, pues los puntos habían estado hablados de antemano, se echó al campo para pasear por los senderos. Esa misma tarde volvería a Londres y dejaría a Robert la carga de finiquitar el trato. Por la noche, informaría al resto de la familia de la adquisición.

Ese día se sentía el hombre más poderoso, con más suerte y con mejor ojo de Inglaterra. Un gran comienzo para lo que sería, sin duda, el año de Simon.

Hasta que su efusividad derribó a una pobre chica que venía de frente.

—Perdone, siento lo ocurrido, ¿se encuentra usted bien?

Habló casi sin pensar y le ofreció la mano. Ella lo observaba con mucho rencor, pero no parecía algo personal, sino más bien el efecto de una caída, pues su mirada y su odio lo traspasaban a él por completo. El problema de la situación, para Simon, radicaba en que, si era una delicada flor inglesa, podría quejarse de una torcedura de tobillo, y tendría que llevarla a cuestras camino a Dios sabe dónde. Así que, antes de que abriera la boca, la observó sopesando cuánto podría pesar.

—Gracias, no miraba por dónde pisaba.

Por fortuna, la muchacha reaccionó poniéndose en pie y limpiándose el vestido. De cerca era una imagen curiosa. La señorita sin nombre tenía el pelo castaño oscuro y los ojos verdes, la cara redonda y una boca que sobresalía por ser adorable. Pero eso no fue lo que Simon miró casi como con desconcierto, lo que observó fue su peinado destrozado, su sombrero medio caído, el dobladillo del vestido lleno de barro y el inconfundible parasol roto en dos por culpa de un golpe o de varios. Aun así, no daba la sensación de encontrarse en apuros. Había tratado con damas en peligro en otras ocasiones, y todas sucumbían a los gritos, al nerviosismo y a los planeados desmayos. Esta parecía defenderse bien sola.

Se presentó con amabilidad, esperando una respuesta por su parte. Además de preocuparse por ella, pues pensó que, con su nombre y con una cálida sonrisa, se vería tentada a pedir ayuda si la necesitaba.

La desconocida lo miró como sabiendo a la perfección quién era, pero a él no le sorprendió. La noticia de la compra de Clover Park seguro que había corrido como la pólvora por aquel pueblo, y la de que un aristócrata se podría asentar en él, también, por descontado.

La muchacha se quedó muda por un momento, quizás era la primera vez que se encontraba con alguien de su rango. Simon volvió a sonreír, era un día para celebrar, no para asustar damiselas. Aunque el tiempo transcurría, y la extraña señorita sin nombre seguía sin hablar. Comenzó a ponerse nervioso, su buena educación no le dejaba marcharse del lugar. Así que se entretuvo observándola con detenimiento. No se podía decir que fuera una belleza, pero tenía algo que la hacía especial, podrían ser sus labios carnosos y rojos o su mirada directa. Sus facciones eran duras, aunque agradables y, sin duda por vivir en el campo, no parecía una dama famélica. Podría ser el tipo de Simon. Nada tenía que ver con su última amante, Constance Brandon, que hacía tan solo unos días le había dado un ultimátum: o se casaba con ella o se acababa su aventura. Y sí, por supuesto, se acabó. Simon no reaccionaba bien ante los chantajistas.

Y a esa mujer le habían robado el habla, pues nada decía. Hasta que al fin, se presentó como una trabajadora de Clover Park que había tenido un traspie en el camino. A Simon le sonó a mentira. Esa muchacha no vestía a la moda, pero sí un traje cuidado que había visto tiempos mejores. Su apariencia no era, para nada, la de una criada, sino la de una dama. De no haber conocido a las tres señoritas Tanner esa misma mañana, pensaría que era una de ellas.

Así que Simon decidió seguirle el juego y preguntar qué hacía fuera de la casa, cuando debía estar en su puesto de trabajo. Fue entonces cuando dio un nombre curioso: Meredith Tanner... ¿Meredith Tanner? Poco a poco acudió a su memoria el nombre de una de las mujeres más temidas de Inglaterra, no por su poder ni por sus malas artes, sino por su historial de fallecidos. Meredith, la Muerte. Y había comprado su casa. Ya era mala suerte, con lo bien que había empezado el día, que se torciera justo tras haber sellado el trato. Simon no era muy dado a supersticiones, pero lo de esta mujer era como jugar a un nivel diferente de desastre, caos y destrucción. Al conocer el detalle de que la señorita que tenía en frente estaba vinculada de algún

modo con Meredith, la muerte, el aspecto desaliñado de la chica, como si le hubiese atropellado un carruaje, no le llamó tanto la atención. Esa relación fue la explicación, pues la legendaria desdicha de la señorita Tanner la habría hecho caer en un agujero, en un charco o en guarida de un oso, ¡vaya usted a saber! Aun así, eso no explicaba sus ropas, de buena calidad para ser una simple empleada.

Comenzó a sospechar que tras la mentira de la chica había mucho más, y se lo confirmó cuando desarrolló un alegato fervoroso de defensa a favor de Meredith, la Muerte. Aunque Simon no se fijó en sus palabras, sonaron como el repiqueo de un instrumento lejano, pues su mirada no podía apartarse de sus labios. Ojalá pudiera callarla con un beso. Por puesto, el marqués de Dare no haría tal cosa así de primeras.

La chica calló, y, cuando se humedeció los labios con la lengua, un gesto inocente, casi inofensivo, se volvió a plantear su posición y su negativa a asaltarla en medio del camino. Para silenciar esos pensamientos, decidió contestar como buenamente pudo.

—Entiendo que tenga cariño a su señora —mintió de forma descarada, por seguirle el juego—, pero siento decirle que no parece una racha de buena suerte, y entre todos los afectados el único nexo de unión es la señorita Tanner. Aunque seguro que superará este bache que le han impuesto —dijo, más por cortesía que por otra cosa.

Él sabía que no lo haría. Alguien como Meredith, la Muerte, solo tenía dos opciones: huir del país o recluirse. Y las dos en beneficio de sus hermanas, que también tendrían que cargar con el estigma de su mala suerte.

Aunque Simon no era muy dado a señalar a la gente con el dedo, lo de la señorita Tanner era algo extraño. Tras su comentario condescendiente, la mujer que tenía delante bufó. Fue un gesto gracioso; a pocas damas había visto ser tan cotidianas, tan llanas y con tan poca vergüenza de lo que sentían, así que a él se le escapó la risa. Estaba disfrutando de esos minutos a su lado mucho más que con cualquier otra mujer en las fiestas campestres que habían organizado sus amigos desde que había empezado el año. El año de Simon, por supuesto.

—¡Milord! No está bien reírse de una mujer, ni mucho menos de una desvalida.

—Yo no la calificaría de desvalida, más bien de excéntrica —dijo pensando en ella.

—¿Excéntrica? Si me disculpa, creo que esta conversación ha durado demasiado.

Ella se quería marchar, quería escapar de él, pero Simon no podía dejarla hacer eso. Así que, con un impulso que no pudo retener, la cogió de la cintura y la besó con lentitud. Al principio, ella se quedó quieta, aunque, tal y como él esperaba de una mujer con tales pasiones, pronto le siguió el ritmo. Era agradable tenerla en sus brazos, tanto, que se dejó ir. Lo que comenzó como un juego acabó como algo mucho más serio, y pronto se descubrió besándole la cara y el cuello. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cuándo había perdido los papales por una simple chica que había encontrado en el camino? Ese era el error de Simon, Mary no parecía una simple chica.

Simon podría haberle hecho el amor en ese mismo camino si ella no hubiera dicho un tímido: «Pare, por favor». Él la había soltado con toda la fuerza de voluntad que

pudo reunir y la observó: hermosa, con los labios hinchados y brillantes, con el cuerpo laxo, los ojos cerrados y los pechos subiendo y bajando con intensidad. Cuando los miró, fue como ver el hipnótico movimiento del mar.

En menos de dos segundos, esa mujer apetecible se convirtió en una furia que le pegó con su parasol roto, si bien no le hizo ni un rasguño. Rio ante tal cambio al pensar que parecía llevar dos mujeres en una. Su risa le molestó mucho más y salió corriendo sin que Simon pudiera pedirle disculpas. Su intención no había sido reírse de ella, sino de la situación. ¿Desde cuándo se dedicaba a asaltar empleadas por los caminos? Se había vuelto loco y había actuado mal, no debió abordarla en medio del camino, donde cualquier persona pudiera haberlos visto. Y Dios le librara de ser la siguiente víctima de Meredith, la muerte, si se enteraba que había abordado a una criada suya.

Debía tranquilizar el cuerpo y el alma, ya que sentía el deseo de perseguir a Mary y de hacer algo más que hablar. Cuando se calmara, la buscaría y le pediría disculpas por su comportamiento. Lo único bueno de aquella extraña situación fue que, su estancia en el campo, aun con las malas noticias, había sido mucho más divertida de lo que había pensado en un primer momento.

Capítulo III

Clover Park había pertenecido a su familia las mismas generaciones que ostentaban el título de baronet. La mansión había sido construida siglos atrás y modificada con el tiempo por sus habitantes. Su padre, que siempre se había dedicado al comercio, había heredado el título y había decidido que debía iniciar su sueño de convertirla en un criadero de caballos de raza, pero sus otras obligaciones le habían impedido llevarlo a cabo. Había contratado al señor Lowe, un capataz que entendía del asunto y que había dejado el manejo del negocio en manos de su hijo Jacob cuando la edad le había impedido continuar, al que su tío despidió sin miramientos cuando se hizo cargo de la finca. Pero el sueño de su padre, aún sin consumarse, dejó huellas en el predio, ya que había habitáculos sin terminar y una parte de la finca olvidada a medio construir. El nuevo señor de Clover Park se había fijado en eso para comprarla, según su tío. Las condiciones de la venta se habían fijado esa mañana, lejos de las mujeres de la casa, a las que solo les quedaba esperar y hacer las maletas.

Cuando Meredith entró por la puerta, el poco servicio que tenían a su cargo se paseaba de arriba abajo sin hacerle caso con órdenes muy precisas. Poco a poco, sus pertenencias se iban guardando, y su vida se quedaba arrinconada a depender de sus abuelos maternos. Todo un fastidio. Su madre, la noche anterior, le había comentado que mantenía esperanzas de que eso no ocurriera. Meredith no entendió esas palabras tan crípticas, pero rezó para que así fuera. Su madre, Horona, como en tantas ocasiones pasadas, se había equivocado.

Subió a las habitaciones y pareció viajar al centro de una guerra, la casa resultaba un caos. Margaret, la más calmada de sus hermanas, daba órdenes a los criados mientras ella misma también empaquetaba sus pocos objetos personales y los de Meredith, sea dicho de paso. En una estancia contigua, Mabel consolaba a una inconsolable Madeleine, la más pequeña de la familia, que no comprendía la razón de tener que dejar el único hogar que había conocido. Madie tenía diez años menos que Mer, y con catorce años –casi quince, si le preguntaba a ella por tales menesteres– no comprendía bien lo que estaba ocurriendo. Bueno, tampoco era que Mer lo entendiera mucho.

En esos momentos de conmoción, tras el encontronazo con el marqués de Dare y con la casa revuelta, lo último que deseaba Meredith era lidiar con una rabieta de Madeleine. Cuando, en el fondo, bien podría ser una suya al acordarse de ese horrible mote.

Iba a entrar en la habitación donde Margie se hallaba dando órdenes cuando la ausencia de su madre llamó su atención. No se encontraba por ninguna parte, y eso era muy extraño. Mer se preocupó aunque, con un carácter que tendía a los altibajos, que podía postrarla en cama durante un tiempo, en esos últimos días Honora se

encontraba muy bien, enérgica, incluso, y no esperaba que su madre se sumiera en una dolencia justo en ese momento.

Meredith la buscó en su habitación, que solo se encontraba colonizada por su criada que, entre hipidos, recogía sus pertenencias. Recorrió el primer piso sin ningún resultado. Lady Honora se había esfumado. En su paseo por la planta baja tampoco tuvo mucho éxito. Se cuidó de que su tío no la encontrara por el camino. Era la última persona a quien deseaba encontrarse; bueno, quizá lo era el marqués de Dare, pero no quería pensar en eso. Tras una inspección de la casa, cayó en la cuenta del lugar donde su progenitora debía de estar: el invernadero.

Su padre había construido esa preciosa casita acristalada tras el nacimiento de Margaret, pues su madre se había encaprichado en tener uno. Le encantaban las plantas, su color, su belleza y también sus usos, aunque eso solo lo sabía la familia. Cuando se acercó a la parte trasera, donde las obras para ampliar los establos parecían una ruinas abandonadas, emergió la construcción que era un tributo de amor de su padre a su madre. La puerta estaba cerrada, pero a ella le pareció distinguir una figura en su interior.

Aun a la edad de lady Honora, y tras haber tenido seis embarazos que habían dado como resultado cuatro hijas, su madre seguía siendo una mujer bella con una figura envidiable, sobre todo por Meredith, que había heredado las caderas anchas de su abuela paterna. Con una elegancia natural, lady Honora había podido inculcar en ella sensatez, que utilizaba en ocasiones; buenas maneras, de las que prescindía de tanto en tanto, y su amor por el arte, del que no se olvidaba jamás.

Entró en el invernadero y lo cerró con sumo cuidado. Durante los últimos años, su madre se había dedicado en cuerpo y alma a que fuera un lugar hermoso, por lo que no era extraño que quisiera despedirse de él. Meredith no deseaba perturbarla en su despedida, solo preguntarle cuestiones prácticas sobre su marcha. Aunque no era un lugar grande, la vegetación había crecido de tal manera que había dejado recovecos donde esconderse. En un rincón, lady Honora se encontraba sentada observando sus manos. Cuando escuchó los pasos de su hija, se secó la cara y se levantó. Al posar la mirada en ella, sus ojos se agrandaron como platos.

Había olvidado su aspecto.

—¡Meredith Tanner! ¿Qué te ha ocurrido?

—Madre, yo... —No deseaba contarle el asunto de su estúpido mote en esos momentos tan sentimentales—. Lydia Coleman me ha hecho enfadar, y he roto el parasol en un árbol... con energía. —Sonrió con timidez y esperó la regañina.

—¡Por el amor de Dios, Meredith! Ya sabes que esa muchacha vive para molestar a los demás, no deberías darle más importancia de la que tiene.

—Lo sé, pero hoy... justamente hoy, no podía dejarlo pasar.

—Lo comprendo —dijo mientras intentaba ocultar una lágrima.

—Madre, no llore, era algo inevitable.

—Siéntate conmigo, Meredith. No llores por lo que tú crees.

Hizo caso a su madre y se sentaron en un banco. Ella se quedó un rato mirándola y con una mano le acarició la cara. Meredith tuvo miedo de que pudiera encontrar el rastro de besos y caricias que le había robado Simon Shelbrook.

No ocurrió.

—Has crecido para ser una dama maravillosa.

—No todo el mundo opina eso, madre —comentó, pensando en su reunión de esa mañana.

—No ven lo que yo veo. Meredith, ¿querrás dejar que cargue un poco de mi pena en ti?

—Por supuesto, madre. ¿Qué ocurre?

—Fui una estúpida y pensé que podría solucionarlo si veía a una persona...

—¿Se refiere al marqués? ¿No ha podido hablar con él?

—No, no a él. Al señor Eugene Brown.

—Me suena mucho ese nombre, la verdad.

—Fue quien pactó con tu tío la venta, y yo pensé que acudiría hoy. Lo conozco desde que soy pequeña, es más yo... nosotros...

—¿Qué quiere decir, madre?

—Mantuvimos una relación muy cercana hace muchos años, antes de estar casada con tu padre, y creí que podía hablar con él. Era mi última esperanza.

—Si tanta fe tenía en el señor Brown, ¿por qué no fue a hablar con él antes o le envió una misiva?

—Es una historia antigua. Yo le hice algo imperdonable a Eugene y a su familia, durante años he querido disculparme, darle mi versión de lo ocurrido, y ahora no sé si querrá escucharla o verme siquiera.

Meredith abrazó a su madre. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en el pasado, ya no importaba. La casa estaba vendida; su futuro sellado. Nadie haría nada por ellas. No lo sentía por su causa, perdida hacía mucho, sino por sus hermanas, por quienes haría cualquier cosa.

—Hija, tengo que pedirte algo.

—Claro, lo que sea.

—En muchas ocasiones hemos discutido el futuro que tenemos por delante las Tanner, que cada vez es más oscuro. Sobre todo ahora que, cuando nos mudemos con mis padres, saltará la noticia de que estamos arruinadas, que vuestras dotes son irrisorias. Nadie querrá casarse con vosotras.

Meredith desvió la mirada, se sentía culpable por el futuro de su familia. Sabía que ella no había hecho nada, pero que las circunstancias estuvieran conectadas con su persona le atribuía un grado de responsabilidad.

—No te pediría esto si no supiera que puedes hacerlo. No es mucho, te lo prometo.

Su madre sacó un sobre cerrado de uno de los cajones de la mesa de trabajo del invernadero y lo puso en su mano.

—Necesito que seas tú quien le entregue esta carta a Eugene. Quiero que la lea en tu presencia y que te comunique su resolución al respecto. Puede ayudarnos, y creo que es nuestra mejor opción.

—Por supuesto, madre. Buscaré al señor Brown. ¿Sabe dónde se encuentra?

—El marqués comentó que se encontraba de viaje por Gales, pero que pronto volvería para ayudarle con la finca. Había pensado que podrías quedarte unos días con Harriet, esperando su llegada. Una vez que lo encuentres, podrás venir con nosotras.

—Madre... —Se levantó algo azorada, le estaba pidiendo un imposible—. Es una situación muy complicada, ¿no puede entregársela a la señora Abbott? Ella nos conoce desde siempre, adoraba a padre y seguro que no nos traicionará.

—Meredith, no puedo encomendar el futuro de nuestra familia al ama de llaves, por muy de confianza que sea, es imposible. Debes ser tú.

—¿Por qué yo?

Lady Honora suspiró, se tocó las sienes y la miró fijamente.

—Yo debo cuidar de Madeleine, es muy pequeña. Y tus otras hermanas son demasiado jóvenes para quedarse en casa de una amiga...

—Margie tiene solo dos años menos que yo, ¿por qué yo, madre?

—Porque tu reputación es insalvable, hija. Si algo ocurriera durante estos días...

—A nadie le importaría el futuro de Meredith Tanner.

Lady Honora desvió la mirada, casi asintió con la cabeza, y Mer la vio palidecer. Era una verdad irrefutable: era Meredith, la Muerte.

—Hablaré con Harriet —dijo con decisión. Su vida podía ser un verdadero desastre, pero si podía tener una mínima posibilidad de ayudar a sus hermanas, lo haría. No se metería en más líos, solo entregaría una carta. No podía ser tan complicado.

—Gracias, hija.

Lady Honora se levantó, se puso a lado y cerró sus manos en torno a las suyas con cuidado de no arrugar la nota. Con una sonrisa en la boca la observó, y Meredith pudo distinguir que unas lágrimas asomaban por sus ojos. Su semblante era feliz y triste a la vez, una conjunción extraña. Al poco tiempo hizo el amago de marcharse.

—Sé que no hace falta que te diga que las palabras escritas en esa misiva son solo para Eugene, para nadie más. Cuida que nadie lea la carta, es muy importante, Meredith.

Cuando su madre se marchó por la puerta, Mer se desplomó. Harriet era su mejor amiga, pero nunca podría cobijarla en su casa, y mucho menos después de saber que le llamaban la Muerte. La señora Watts, la progenitora de su amiga, pondría el grito en el cielo y sería ponerla en un horrible compromiso. Sin embargo, sí había algo que podría hacer, y sí había un lugar en el que podría quedarse durante un tiempo.

Simon había dado una vuelta a gran parte de la propiedad, en un principio en soledad, con la sola excepción del encuentro que había tenido con Mary, y luego con la ayuda del señor Tanner y su hermano Robert, que se había quedado ultimando el contrato. Durante el paseo, le había preguntado al antiguo dueño de la finca por la criada, y este se había encogido de hombros y había dicho que él no se encargaba del servicio. Según sus palabras: «Eso es cosa de mujeres». Sim no estaba de acuerdo con esa afirmación, él conocía a la perfección a las personas que tenía empleadas en Londres y pensaba hacer lo mismo en el campo.

En esos momentos, ya de vuelta a Clover Park, tomaban una copa para celebrar lo bien que había salido el trato. No había ni rastro de las mujeres que habitaban la casa, hasta ese instante, y, mucho menos, de Meredith, la Muerte. Simon no la había conocido nunca, pues durante la única incursión en sociedad de la dama, gracias a su fiesta de compromiso, él se la había perdido a causa de estar de viaje en España junto a Kit, su padre y su madrastra. Pero, en realidad, Simon no pensaba en ninguno de ellos y Meredith, la Muerte, le daba igual; él seguía obsesionado con Mary, la chica que se había cruzado, con el momento de intimidad que habían compartido en un camino transitado y como, en cuestión de segundos, había perdido la cabeza por ella.

—¿Y cuándo piensa trasladarse a Clover Park, milord? —Escuchó que sir Geoffrey Tanner se dirigía a él.

—Creo que mi hermano manejara sus asuntos a distancia, desde Londres —afirmó Robert.

Sin duda eso habría sido así hace un tiempo, pero algo había cambiado en Simon en los últimos meses. Nunca le había dado mucha importancia a los años, aunque sí a las obligaciones. Cada temporada inspeccionaba a las señoritas casaderas en busca de una buena marquesa, estaba más que dispuesto a perpetuar el apellido Shelbrook. Sin embargo, ninguna se adecuaba a lo que él necesitaba. De esa forma, habían transcurrido los años y se encontraba ya pasados los treinta y sin expectativas a la vista. Algo imperdonable, sobre todo para su padre, el duque de Albertany que, si bien no le acuciaba con el asunto, sí le hacía algún comentario de vez en cuando. Bendita fuera su actual madrastra, Theresa Sims, que lo tenía ocupado con sus obligaciones maritales.

Su padre tenía razón, debía buscar una esposa. Así que se había planteado muy en serio desposar alguna buena chica ese año. Dentro de sus planes no entraba desposar a lady Brandon, su última amante. Christopher, o Kit, como solía llamarle, el hermano con el que mejor se llevaba, le había advertido hacía tiempo de que ella no era lo que él pensaba, que solo lo había elegido por ser, literalmente, «el pez más gordo de la pecera aristocrática». Gracias por el piropo, Chris. Parecía que ninguna mujer podía verlo a él, a Simon, y no al marqués, futuro duque. Lady Brandon se lo había demostrado solo unos días atrás, cuando, con unas maneras muy poco femeninas, le había obligado a tomar la decisión de acabar su idilio. Aunque podría haber sido la solución a sus problemas, nadie ponía entre la espada y la pared a un Shelbrook. Así que le había hecho enviar un collar de esmeraldas y una nota donde le indicaba que su relación se había terminado. Una reacción que él no hubiese esperado de Constance, que siempre había sido discreta y había estado conforme con su relación. Pero habían tenido que terminar, no quedaba otra opción.

Lo que le dejaba a él con el problema del matrimonio en las manos.

Un fastidio.

Simon tenía en mente los rasgos generales de la mujer que le podría gustar como compañera para toda la vida: no debía ser una debutante aburrida como un ratoncillo, en eso lady Brandon encajaba; debía ser divertida y saber entretener a un hombre con algo más que sus encantos, Constance era pícara y jugaba bien a las cartas; y, además, debía atraer a Simon, una cuestión sin discusión en tanto a su última amante. En cambio, Chris tenía razón, lady Brandon hubiese sido perfecta si hubiese querido a Simon y no al marqués de Dare. Y él no era un hombre que se conformara con poco.

Todavía quedaban unas semanas para que comenzara la temporada en Londres, y él acababa de tomar una decisión: se mudaría a Clover Park durante ese tiempo, arreglaría lo necesario para comenzar con las obras y dejar los asuntos arreglados. Luego hablaría con Lizzy, su única hermana, para que le hiciera una lista de candidatas aceptables, y se casaría. Tras las sesiones del Parlamento y el final de la temporada, se trasladaría al campo con su nueva esposa para concebir un heredero y vigilar su inversión. De este modo, 1852 sería el año de Simon Shelbrook.

Todo planeado, todo perfecto.

La conversación entre Robert y sir Geoffrey Tanner no daba más de sí, cuando el último decidió despedirse, no sin informarle de que esa misma tarde el resto de la familia también se marcharía. Una vez a solas los hermanos, en el nuevo despacho del marqués, se sonrieron.

—Ha sido un trato fantástico, Simon, ese hombre tenía prisa por vender.

—Los acreedores le estarán persiguiendo.

—Eso comentó tío Eugene.

Brindaron y cada uno se sentó en un lugar distinto. Simon detrás de su nuevo escritorio y Robert en un sofá cercano algo raído.

—Me gusta el sitio, es agradable. Debo hacer muchas obras y cambios, pero al final creo que me podré instalar aquí.

Su hermano abogado se atragantó con la copa.

—¿Qué has dicho? ¿Simon Shelbrook viviendo en el campo? ¡Si has descuidado tus fincas y las administro yo!

—Este lugar es distinto.

—¿En qué? Recuerdo tu lista de inconvenientes en tanto a no vivir en Londres: «No me gusta levantarme temprano —comenzó a decir imitando su voz con sorna—, ni los bichos, ni el campo, ni la gente del campo. Solo me gusta Londres, en cualquier época». Y por eso somos Logan y yo quienes manejamos tus haciendas.

—Y lo hacéis de maravilla, así os pago. Pero esta vez quiero involucrarme.

—En fin, Simon, haz lo que quieras. Es de tu vida en el campo de lo que estamos hablando.

—Volveré para la temporada.

Y así comenzó 1852, el año de Simon Shelbrook.

Capítulo IV

Clover Park era una mansión enorme, pero ahora que Meredith quería esconderse del nuevo dueño, se le antojaba pequeña. Salió del invernadero y decidió que su aspecto desastroso podía esperar, su misión era mucho más importante. Guardó la carta que le había entregado su madre en un bolsillo del vestido y se adentró en su antiguo hogar.

Resultaba difícil hacerse a la idea de que ya no podría vivir bajo su techo. Desde su infancia había recorrido esos pasillos y habitaciones sin pensar que podría abandonarlas. Como hija primogénita, sin hermanos, solo con hermanas, albergó la esperanza de que si su padre se llevaba bien con su esposo, le dejaría en herencia la finca, ya que no estaba ligada a ningún título, como le pasaba a los nobles. En cambio, para su sorpresa, su progenitor la dejó a ella, a su madre y a sus hermanas con un mísero fidecomiso.

Entró en Clover Park despidiéndose de lo que había vivido bajo ese techo.

Adiós, lugar donde conoció a Marlowe.

Adiós, habitación en donde la hicieron viuda, por primera vez, sin estar casada.

Adiós, rincón en la que Townsend le regaló su primer beso.

Adiós, escalera donde escuchó a sus padres discutir por ella, a causa de la muerte de su segundo pretendiente.

Adiós, habitación en la que murió su padre.

Adiós, entrada en la que vio por primera vez a Nicolaas.

Adiós, sofá en el que Nicolaas le pidió matrimonio.

Y, adiós, casa, donde creció y vivió con su familia.

Aun con los malos recuerdos, seguía siendo su hogar. Bueno, en realidad ya no era nada para ella. Meredith debía ser fuerte y darse cuenta de que había cosas que no tenían solución. Como el dedo de la muerte que nacía de ella y que no sabía dirigir.

Se cuadró de hombros y bajó la escalera de servicio, dando un susto a la cocinera y a Becky, la ayudante de cocina, al verla entrar.

—Oh, señorita Tanner, ¿ha venido a despedirse? —comentó la cocinera.

—No, no. He venido a ver a la señora Abbott, ¿sabe dónde se encuentra?

—En su sala, señorita Tanner.

—Muchas gracias.

La habitación a la que se referían no era otra que la que tenía destinada el ama de llaves, la señora Abbott, a quien Meredith buscaba con mucho interés. Conocía a esa mujer desde que tenía uso de razón, se había criado junto a Cyrus, su hijo, que trabajaba en Londres y, según su madre, pronto se casaría.

Meredith odiaba pensar en el matrimonio.

Llamó a la puerta de la señora Abbott, que tendría mucho trabajo a esas alturas. Cambiar de dueño de la casa debía ser un verdadero incordio para los sirvientes, aunque Clover Park tuviese muy pocos.

Tras identificarse, pasó a hablar con el ama de llaves, que le ofreció asiento y una taza de té. No sin antes hacerle un repaso a la ropa que llevaba puesta y fruncir el ceño. En ese momento, Meredith se maldijo a sí misma por no haberse arreglado el atuendo.

—¿Qué desea, señorita Tanner?

—Señora Abbott —hizo una pausa para poder tomar fuerzas—, hoy he recibido una noticia espantosa.

El ama de llaves alzó las cejas y su cara, para Meredith, quería decir: «¿Qué más puede ir mal, señorita Tanner?». No le faltaba razón, con su historial pocas cosas podían ya sorprender.

—He ido a visitar a Harriet con ánimo de poder despedirme de ella. En la sala se encontraban otras muchachas y han comentado que tengo un sobrenombre, un remoque... un mote, en definitiva.

La señora Abbott no se lo iba a poner fácil. Alzó una ceja de manera imperceptible y esperó.

—Meredith, la Muerte, ese es mi mote. —La mujer que tenía delante abrió los ojos un poco más de lo normal, y ella continuó—: Sí, es horrible. Me lo han puesto después del abandono del señor Van Dijk, pero también me achacan... bueno... la muerte de padre.

Sí, Meredith, la Muerte, iba a utilizar todas las armas posibles a su alcance para lograr su objetivo.

—Eso es deleznable, señorita Tanner. Una injusticia. Usted no tuvo nada que ver con esa desgracia. En esta casa, nadie lo duda.

—Sí, pero con algo tan espantoso sobre mis hombros, no podré hacer nada para que mis hermanas se casen bien.

—Eso está en manos del Señor, señorita Tanner. No puede hacer nada.

—Creo que puedo hacer algo, señora Abbott. A veces hasta el mismísimo Señor necesita un empujoncito —dijo con una sonrisa que no compartió el ama de llaves—. Necesito quedarme en Clover Park tras la partida de mi madre y mis hermanas. Lo ideal sería hospedarme en casa de Harriet, pero sería imposible, dadas las circunstancias. Su madre no lo permitiría, podría arruinarla a ella también. —Era

ahora o nunca, si no convencía a esa mujer, no podría seguir con su plan—. Así que he pensado quedarme en la casa. No puedo ser yo, Meredith Tanner, pero sí puedo adoptar la identidad de una sirvienta y así trabajaría por hospedarme. Si le parece bien, los criados pueden cubrirme. Seré Mary, no es un cambio tan radical y...

—Es un plan imposible, señorita Tanner.

Hueso, había pinchado en hueso.

—Necesito quedarme unas semanas. Es importante para mi familia.

Una vez gastada la carta de la pena, había que poner sobre la mesa la del amor fraternal. Aunque la señora Abbott necesitaba más para poder convencerse.

—Quiero que mis hermanas tengan un futuro mejor que el mío. Que sean aceptadas en la sociedad como hijas de mi padre y de mi madre. Y puedo conseguirlo si me hospedo unas pocas semanas en esta casa.

La carta de la muerte de su padre, que había enseñado por un segundo en la conversación, fue lo que decantó la balanza a su favor. La señora Abbott siempre había tenido en gran estima al sir Isaac Tanner, pues la aceptó en su hogar con un niño pequeño. Con los años, Meredith se había enterado de que quizá la señora Abbot no era viuda.

—Pero es imposible que la señorita se haga pasar por una sirvienta. Mírese sus manos, sus ropas. Tendrá que aprender un oficio en solo unas semanas. Nadie creerá que se ha criado en el servicio.

—Deme trabajos lejos del nuevo señor, y nadie se dará cuenta.

—El marqués traerá nuevos criados, y se darán cuenta.

—No tengo más opciones, señora Abbott.

—Sí la tiene, señorita Tanner, sí la tiene.

El acuerdo estaba cerrado, pero los papeles tenían que ser redactados por Robert en Londres, donde sir Geoffrey Tanner se pasaría a primera hora de la mañana del día siguiente para firmarlos. Simon ya había hablado con su banquero y todo estaba listo para la transacción. Una venta perfecta, en el año perfecto de Simon. Ni la sombra de Meredith, la Muerte, que debía deambular por el piso de arriba empacando sus cosas, podría empañarle el día. Si lo veía necesario, llamaría al párroco para que bendijera la casa. Se podía apañar.

Robert se había adelantado para poder preparar los caballos, el predio se encontraba relativamente cerca de Londres y el viaje no se hacía pesado. Mientras, Simon se arreglaba para marcharse en la entrada observando el esplendor de Clover Park, que, por supuesto, solo se encontraba en su imaginación, pues la casa se encontraba en un estado lamentable.

Se giró para irse al ver que Robert se acercaba con un mozo y sus caballos a la entrada cuando alguien le llamó la atención.

—Milord, perdone que le moleste.

Era una mujer ataviada como el ama de llaves. Aún no le habían presentado al servicio, por supuesto, solo al mayordomo, así que desconocía el nombre de aquella en concreto.

—Soy el ama de llaves, la señora Abbott.

—¿Qué desea de mí, señora Abbott?

—Sé que es pronto para poder hablar sobre la casa y el cuidado de la misma.

—En efecto, pero mañana mismo ya no será un problema. Así que si tiene algo que decirme, no lo dude.

—Se trata de mi hija, Mary.

Al decir ese nombre, Simon se acordó de la chica que había asaltado en medio del camino y se sintió azorado. Le debía una disculpa y no lo había olvidado.

—No trabaja en la casa, es institutriz, sir Isaac Tanner le pagó una buena educación. En estos momentos, se encuentra de descanso entre un trabajo y otro, pues en unas pocas semanas se marchará a Escocia. Sin embargo, se hospeda conmigo, para hacerme una visita. Me ayuda en todo lo que puede y no dará ningún tipo de problema. Espero que no le moleste que resida en Clover Park, milord.

Mary era una institutriz criada en la casa. Simon tenía todo mucho más claro en ese momento. Por su aspecto, debía tener más o menos la edad de haber crecido con Meredith, la Muerte, de ahí su simpatía hacía ese foco de mala suerte. Además, sus ropas, algo viejas y gastadas, eran las propias de una mujer trabajadora, sin duda.

Perseguir al servicio de la casa era algo imperdonable, desde luego. Pero perseguir a una institutriz no le parecía algo tan deshonesto.

—No hay ningún problema, señora Abbott. Dígale a su hija que es bienvenida en Clover Park. Espero conocerla a mi vuelta. —Ese era el modo de pedirle perdón por su conducta, dejar que viviera en su casa.

—Por supuesto, milord.

Le hizo un gesto con la cabeza para despedirse y se marchó de su nueva finca con una gran sonrisa en la boca.

El plan de la señora Abbott podía funcionar. Meredith se habría dado cabezazos contra la pared por no haberlo pensado ella misma. Tras hablar con el señor Gibbons, el mayordomo, y dar su visto bueno, el ama de llaves fue a hablar con el marqués antes de su partida.

Meredith observó la escena desde un lugar escondido, pero pudo escuchar casi todo. Así que era bienvenida en Clover Park, su propio hogar. ¡Qué ironía! Tras asimilar que esa ya no era su casa, decidió subir a despedir a sus hermanas, que pronto también se marcharían. Había arreglado su aspecto gracias a la señora Abbott y ya podía ver a su familia sin asustarlas o contarles la verdad de lo ocurrido en esa mañana.

Margaret ya había organizado casi todo el equipaje, incluido el suyo, cuando ella entró a la estancia de su hermana. Contaba los baúles en voz alta y los señalaba con el dedo. Parecía que había reunido las pertenencias de las Tanner en su habitación.

—¿Qué ocurre, Margie? —preguntó al verla fruncir el ceño.

—¡Meredith! Siempre me sorprende lo sigilosa que eres... —Quizás el problema no era el sigilo de Mer, sino la forma de concentrarse de Margie—. Tenemos un problema de logística, como diría padre. Los baúles no caben en los dos carruajes que, tan amablemente, nos ha dejado nuestro tío —dijo con sarcasmo.

—Quita los míos.

—Mer, no puedes vivir en casa de los abuelos con nuestra ropa.

—¿Madre no te ha informado?

—A mí nadie me ha informado de nada, más allá de que debíamos abandonar nuestro hogar.

—Me quedo unas semanas en casa de Harriet, como despedida.

—¡Oh, magnífico! Nos dejas solas con los abuelos... ¿lo sabe Mehetabel?

—¿Si sé qué?

Su otra hermana entró en la estancia sujetando un chal que, casi con seguridad, querría meter en algún baúl. Se acomodó las gafas, que estaban sujetas a la perfección en su cara, y sonrió.

—¿Qué más nos puede pasar?

—¡Meredith nos abandona!

—¿Qué dices, Margie?

Mabel, como llamaban con cariño sus hermanas a Mehetabel, dejó caer el fular y abrió la boca, incrédula. Ella conocía las aspiraciones artísticas y de futuro de Meredith, pues ambas tenían una gran inclinación por el arte, por lo que, casi con seguridad, pensaría que se marchaba ya a Italia. Debía arreglar ese problema cuanto antes. No quería que su plan, no tan secreto, fuera del dominio de todas sus hermanas, o ellas planearían algo en contra.

—Me quedo unas semanas en casa de Harriet. No es para montar ningún alboroto. Pronto iré con vosotras a casa de los abuelos, no lo puedo retrasar de manera indefinida.

—¡Ah, bueno! Margie, me habías asustado. Usa bien el cupo de sobresaltos que te quedan, pronto no te haré ni caso.

Margaret, un par de años mayor que Mabel, le sacó la lengua y la otra se encogió de hombros. Esa debía ser la estampa que recordara de sus hermanas. Nunca había pasado tanto tiempo separada de ellas, varias semanas se le antojaba un mundo, pero no quería pensar en eso.

—¿Dónde está Madeleine?

Su hermana pequeña había sido mimada en exceso. Así que debería estar enfadada por algún lugar de la casa.

—Con madre, llorando y suplicando por quedarse, no le sentará bien que tú sí puedas hacerlo.

Meredith sonrió y se marchó a la estancia de su progenitora donde, tal y como le había narrado Mabel, su hermana menor estaba dando todo un espectáculo. Tumbada en las piernas de su progenitora, que a su vez estaba sentada en la cama, lloraba y suplicaba quedarse como Meredith. Algo que era imposible, como le decía lady Honora, mientras le acariciaba el pelo y le secaba las lágrimas. Su madre alzó la vista y dio con Mer en la entrada.

—Pasa, no te quedes ahí.

—¡Es muy injusto! ¡Meredith es la favorita!

—No, eso no es cierto —dijo la aludida—. No soy la favorita, soy la mayor, y como tal, tomo decisiones distintas a las tuyas. Solo tienes catorce años Madie, cuando seas diez años mayor, como yo, podrás quedarte unas semanas en casa de una amiga.

Su hermana, que había escondido la cara entre sus manos, dejó un ojo visible y la miró con incredulidad.

—No sé si puedo creerte. Lo haré si me dejas quedarme.

—Madie, eso es imposible.

—¡Meredith siempre hace lo que quiere!

Ojalá esa exclamación fuera verdad, solucionaría muchos problemas.

—Vamos, vamos. Basta de lágrimas, salimos en media hora o no llegaremos a tiempo. Madeleine, ve con tus hermanas a ver si te has dejado algo. No hay más discusión.

La pequeña Madie claudicó y se marchó enfadada. A Mer se le partió el corazón. Sabía que era una mimada, pero la quería demasiado para tenérselo en cuenta.

—Meredith, querida, toma.

Su madre le entregó una segunda carta en ese día.

—Es una nota de agradecimiento para la familia de Harriet, no tengo tiempo para ir en persona. ¿Has hablado ya con ella?

—No, madre, pero no habrá problema. Estoy convencida.

—Pues, ¿a qué estás esperando? Salimos en una hora más o menos y antes quiero saber que estarás bien.

—A Madie le has dicho media...

—Para que nos dejara hablar tranquilas. —Sonrió su madre con picardía—. Así se le pasará pronto, solo le queda asumir la realidad.

Sí, como a Meredith.

Encontrarse con Harriet en menos de media hora era algo más que factible. Desde pequeñas habían compartido una gran amistad, aunque Meredith tenía a sus hermanas, Hatty tan solo había podido jugar con ella, pues solo tenía hermanos mayores que, más que mimarla como hacían ellas con Madie, le tiraban del pelo y le gastaban bromas. Así que, cada vez que deseaban verse, se mandaban una nota que decía: «Ya está en casa Napoleón Bonaparte», lo que quería decir que debían verse de manera urgente en un lago que se encontraba dentro de los límites de Clover Park, lugar al que ambas podían llegar en poco tiempo. La extraña frase surgió por una larguísima clase de historia en la que Meredith no pudo mantener los ojos abiertos. Su institutriz había sido una señora aburrida que con abrir la boca le daban a Mer ganas de bostezar. Así que había mandado una nota a Harriet con esa frase y fue el comienzo de sus escapadas. Utilizar el «ya está en casa Napoleón Bonaparte» significaba una urgencia, y ninguna de las dos usaban ese término en vano. Era sacrosanto.

Así que allí se encontraba Meredith, a orillas del lago, tirando piedras mientras esperaba a Hatty. Su amiga era una chica menuda, pero con mucho genio. Se impacientaba enseguida y no se dejaba manipular por ninguna Lydia Coleman o por nadie que se asomara. No podía mentir a Harriet abiertamente, aunque tampoco podía contarle la verdad al completo, sobre todo se ahorraría la parte en que cierto marqués se había propasado con ella. Con un carácter fuerte, el pan de cada día en el hogar de su amiga eran unas constantes peleas con su progenitora. Mer sabía que si le pedía el favor a Harriet de quedarse en su casa, ella la colaría de cualquier manera, pero no deseaba ser un foco de discusión. Hospedarse en Clover Park parecía la opción más razonable.

—¡Hatty! —saludó a su amiga con una sonrisa en la boca. Había aparecido a pocos metros, saliendo de la espesura del bosque que rodeaba Clover Park y su lago, con un lindo parasol y una sonrisa radiante, una que decía que ella estaba dispuesta a matar a un dragón por su amiga. Si hacía falta.

—¡Mer! Siento mucho lo que ha pasado hoy en mi casa, y justo hoy, cuando debíamos despedirnos. Tu nota ha sido providencial, pensaba pasar a verte antes de tu partida.

—No te preocupes, Hatty, Lydia ha sido descortés, pero no ha hecho nada que nos sorprendiera, ¿verdad?

Cuando las amigas se encontraron se tomaron las manos con una sonrisa.

—Verdad, siempre ha sido igual.

—Tengo una cosa que decirte y un favor que pedirte. Pero, me temo que no puedo darte muchas explicaciones.

Harriet frunció el ceño y borró la sonrisa de su boca.

—Pensaré que te lo debo por lo de esta mañana. Cuéntame.

—No me voy a ir a casa de mis abuelos con mi madre y mis hermanas, me voy a quedar aquí, en Clover Park, con otra identidad, y nadie debe saberlo. Mi madre pensará que me he quedado en tu casa, pero no puedo hacerte eso, tu familia me aceptaría, aunque sé que no sería agradable con el asunto de Nicolaas todavía tan cercano. Así que me escribiré allí. Necesito que interceptes las cartas y se las entregues a la señora Abbott. Ella me las hará llegar.

Harriet se quedó petrificada, el ceño fruncido no se disolvió, sino que se acentuó más.

—Meredith... es mucha información. No sé por donde comenzar a preguntarte.

—Hatty, por favor, no preguntes. ¿Podrás hacer eso por mí? Te prometo que te contaré todo en cuanto pueda. Ahora necesito que me hagas ese favor, sin preguntas.

—Pero Mer...

—Por favor, Hatty. Te prometo que pronto te mandaré otro «Napoleón» y lo hablaremos.

—Meredith.

—Harriet.

Las dos sostuvieron la mirada durante un rato que pareció muy largo. Hasta que, al fin, Harriet claudicó. Asintió con la cabeza. Estaba molesta, sin duda. Pedirle un favor tan arriesgado era algo muy egoísta. Pronto podría contarle lo ocurrido.

Una de las cosas más duras que había tenido que hacer Mer en aquel extraño día de su vida fue despedir a su familia. Su tío se había marchado por la puerta sin mirar atrás y sin decir ni una palabra. Una vez vendida la finca, nada más le ataba a las Tanner, solo su apellido. Meredith le comentó a lady Honora que todo estaba arreglado, y fue una gran suerte que el camino que daba a casa de sus abuelos fuera el contrario del que llevaba a casa de Hatty. Aun así ella le había dicho a su madre que quería ultimar unas cosas antes de partir a casa de su amiga.

Se despidió de su familia en muy poco tiempo, con la esperanza de que Eugene Brown apareciera pronto en Clover Park. Y para que eso ocurriese, se decía Mer, también tendría que aparecer Simon Shelbrook y el recuerdo del beso que le había plantado esa mañana. Aunque habían pasado unas pocas horas, parecía que había sido en otra vida, en otro mundo y a otra persona.

¿Había pasado de verdad?

Cuando los dos carruajes que trasportaban a su familia y sus bienes personales desaparecieron de su vista, Meredith dejó que un largo suspiro saliera de ella. Se sintió como si hubiese contenido el aliento durante mucho tiempo. Había mentido a tantas personas sobre cosas tan distintas que no sabía por dónde comenzaba una mentira y terminaba la otra. Para Simon Shelbrook y los nuevos criados que llegarían desde Londres era Mary, la hija de la señora Abbott; para sus hermanas y su madre ella se hospedaba en casa de Harriet y para sí misma era una persona mucho más fuerte, una que podía aguantar casi cualquier problema.

Elevó su vista al cielo, para pedir una dosis de confianza.

Meredith nunca había sido una mujer fuerte, no, antes de la muerte de Marlowe. Luego los acontecimientos fueron cada vez más desastrosos y se tuvo que ir adaptando a lo que venía, hasta ese momento, que debía ser una más de Clover Park para poder llegar a hablar con un caballero que no conocía y darle una misiva que, quizá y solo quizá, pudiera salvar a sus hermanas de ser unas parias sociales por su culpa, de la eterna soledad de la soltería, algo que ella misma debería aceptar en poco tiempo, pues ya no era niña. Aunque eso no le importaba, lo último que deseaba Mer era tener otro prometido que el destino pudiera matar para hacer más grande la leyenda de Meredith, la Muerte.

Con ese pensamiento en la cabeza, se introdujo en la zona de servicio y asimiló que ese era ahora su lugar, su sitio en el mundo.

Capítulo V

Nadie esperaba al marqués de Dare en tiempo, sí a su administrador o a quien quisiera mandar. Fue por eso que la llegada de aquel hombre con nuevos criados fue una verdadera sorpresa, solo tres días después. Cuando su carruaje se asomó por el camino, el señor Gibbons entró en estado de pánico y llamó a la servidumbre a la puerta, debían recibir a su nuevo señor como se merecía, nadie tenía el puesto asegurado. Así, Meredith se colocó en la esquina más alejada de él, al ser una institutriz invitada en la casa o algo parecido. Aunque, a fin de cuentas, era solo una criada.

En cambio, cuando él bajó del carruaje, incluso antes de saludar al mayordomo y al ama de llaves, la miró a ella. Meredith sintió su mirada más allá de la decencia, de la ropa o de nada racional. Ese hombre sabía sacar de ella mucho más que un sonrojo, hacía que el cuerpo se le estremeciera. Pero ese momento de intimidad duró un instante, y nadie más lo percibió, o eso creyó. Pronto él volvió a ser el marqués estirado que debía ser y entró en la casa para inspeccionarla, con una sonrisa pícaro en la boca y aire de superioridad. A su pasó, dejó unos cuantos criados que debían instalarse en las estancias vacías. Previendo algo parecido, la señora Abbott la había acomodado con Becky, alguien de confianza sería mucho mejor que una persona desconocida.

Aquella mañana, con el recuerdo reciente del beso con Simon, se le antojaba una tortura a Mer.

Simon no había tardado ni tres días en volver a Clover Park. Había arreglado con Robert el problema de las obras, contratando una empresa de la localidad que llegaría en pocos días y, además, también se habían encargado de encontrar a un capataz que comenzaría sus labores en cuanto todo estuviera terminado. Como las primeras sesiones del Parlamento empezarán en seis semanas, se establecería en su nueva casa de campo ese tiempo y volvería para comenzar la temporada junto a su familia. Kit ya había amenazado con visitarlo junto con su esposa, Kate, pues decía que le haría falta la mano de una mujer en casa. Simon los esperaba en poco tiempo, a lo sumo una semana, dependiendo del estado de su cuñada, embarazada de pocos meses. Durante el trayecto en carruaje, el marqués había pensado en muchas cosas importantes, como sus finanzas, su familia, su futura búsqueda matrimonial y, sin saber bien cómo, se había colado la imagen de Mary. El momento exacto en que la había besado bajo un sol de febrero y en un camino transitado. Recordaba casi al detalle cómo mantenía los ojos cerrados con deleite, como si hubiese catado un postre increíblemente sabroso, pero a la vez se sintiera culpable. Sus labios, sonrosados y voluptuosos, brillaban,

manteniendo su boca entreabierta. En ellos, Simon había impreso su beso, su abrazo, todo su ser, en cuestión de segundos. Observó el paisaje, todavía algo blanco, para poder quitarse de la cabeza esa imagen. ¡Era una institutriz, por Dios! Si había algo que podía bajar el apetito sexual de cualquier hombre era recordar a la mujer que de pequeño le daba clases de francés. Debía olvidar ese momento, era el año de Simon, no el de Mary.

Cuando Clover Park apareció ante su vista, sonrió. Era el lugar perfecto para lo que quería. A lo lejos se veía cómo unas personas pequeñas se iban colocando en la entrada. Había sido muy descortés por su parte no avisar al señor Gibbons de su regreso, pero había sido fruto de un impulso, no se pudo controlar. Sus hermanos, al enterarse de su decisión de pasar unas semanas en el campo, habían apostado, sin mucho disimulo, el tiempo que tardaría en volver a Londres. El que menos tiempo le había dado había sido Damon, que lo dejó en cinco días, el que más, Kit, que le había dado hasta las sesiones parlamentarias. Lizzy, su única hermana, había bufado y le había dado a lo sumo dos semanas, mientras que su gemelo, Robert, no quiso meter las narices en ningún tipo de apuesta, como era su *modus operandi* habitual.

Al llegar al lugar se sintió mucho más seguro que antes. Ante él se presentó un edificio magnífico con unas tierras fértiles que eran suyas. Salió del carruaje y, por un pequeño instante, se fijó en Mary, en una esquina, lo más alejada posible de él. Sus ojos se cruzaron y un rayo le atravesó el cuerpo a Simon. Su primer impulso fue acercarse a ella, pero agarró con fuerza el bastón y dirigió su atención al mayordomo y al ama de llaves.

Había llegado pasada la hora del almuerzo y ya estaba pensando en ella. Sacudió la cabeza y, con una sonrisa en la boca, decidió centrarse en el futuro venidero y no en el pasado.

Tras una mínima inspección al servicio, al que saludó con amabilidad, se instaló en la estancia principal. Dejó al nuevo ayuda de cámara que había contratado, pues había decidido que el suyo habitual se merecía unas vacaciones, y se había marchado de visita a casa de una hermana. Y, en su cabeza, aparte de los labios de Mary, que relegó a un segundo plano, solo había sitio para poder acudir a los establos e inspeccionarlos. Esa, y no un encuentro casual en medio del camino con una mujer, había sido la verdadera razón para instalarse en Clover Park con tanta premura.

A ver si de una vez por todas su cabeza entendía ese concepto.

—¿Quién cuida de ellos? —preguntó Simon al lacayo que había en la puerta de los mismos. Unos pocos caballos comían con tranquilidad, los únicos que el antiguo dueño no había vendido. No estarían en muy buen estado. Menos mal que él había comenzado a negociar la venta de unos buenos ejemplares y había traído a su propio pura sangre.

—Me ocupo yo. —Un chico desgarbado se incorporó para verlo. Antes había estado mirando la pata de uno de los animales—. Me llamo Thomas, milord.

—¿Eres lacayo y mozo de cuadra? —preguntó alzando las cejas, pues recordaba la cara del chico, momentos antes, en la fila de los criados.

—Sí, milord. Aunque se me dan mejor los caballos que otra cosa.

—Muy bien, pues te quedarás al cargo de ellos hasta que lleguen los demás empleados.

—Gracias, milord.

Junto a Simon habían llegado unos pocos refuerzos a Clover Park. Según le había contado el anterior dueño, no había mucha servidumbre y, además, parte de la misma se había trasladado con las mujeres de la casa, entre las que se encontraba Meredith, la Muerte. Simon esperaba que junto a ella también se hubiese marchado su influjo. Además, había contratado a los nuevos sirvientes en base a la conversación que había mantenido con el mayordomo en la última visita al predio.

Como tenía toda la tarde por delante, Simon se dedicó a inspeccionar los caballos, las cuadras acabadas y hablar con Thomas de lo que necesitaban. Se iba a tomar muy enserio que esa finca funcionase a la perfección.

Tras un rato, decidió volver a la casa principal para asearse y prepararse para una cena en soledad. En otro momento de su vida, eso hubiese sido el equivalente al infierno. Con una familia tan numerosa, era extraño estar solo en algún momento, y Sim se había acostumbrado a ellos. Pero ahora necesitaba descanso y despejar la mente.

Atravesó la cocina, asustando a los criados que se encontraban en la misma. Sabía que no había dado una buena impresión al llegar sin avisar, así que decidió probar lo que estaban cocinando y alabarlo en cierta medida, sin mentir; Simon odiaba las mentiras.

Ese pequeño truco y una sonrisa cegadora le granjearon el amor eterno de la cocinera y las ayudantes de cocina. De eso estaba seguro.

Una vez que se forjó una impresión de los pocos empleados que todavía trabajaban en la parte baja, subió silbando una cancioncilla infantil que recordaba solo por encima. Tener una buena cocinera era algo por lo que alegrarse, sin duda alguna. La primera vez que se había hecho cargo de su propiedad en Londres había tenido una cocinera horrible que confundía la sal con el azúcar, los tipos de carnes y todo lo que uno se pudiera imaginar. Las comidas eran veneno y tenían el sabor que uno le otorgaría al barro de los zapatos. Simon pensó qué hacer con aquella mujer, no quería dejar sin un salario a nadie, no conocía lo que eran las penurias económicas, pero tampoco le parecía una buena opción despedirla sin más. Por aquel entonces, su padre estaba casado con una bruja que odiaba a los hijos del duque, que le había aconsejado un despido fulminante. Algo que pegaba mucho con su forma de ser. Una tarde, Simon decidió bajar a la cocina y puso a los criados muy nerviosos, pero él los tranquilizó con una buena sonrisa y sus mejores palabras. Pronto se había dado cuenta del verdadero

problema: su cocinera no veía bien, y como era una mujer orgullosa que había trabajado en esa casa durante mucho tiempo, no había dejado que nadie más hiciera sus tareas. A la mañana siguiente a su visita, la hizo llamar a su despacho, en él se encontraba el médico de la familia que, pese a la reticencia de la cocinera, la examinó. Necesitaba lentes. Nada más y nada menos. Algo tan simple y sencillo como eso. Válgame Dios, lo que podía hacer el orgullo a las personas. Así que Simon había apostado por su vieja cocinera, le había obligado a aceptar esas gafas que, según ella, ni necesitaba ni podía permitirse tener. Había sido una negociación dura, pero al final se salió con la suya. Días después, cuando llegaron las dichas lentes, Simon cenó por primera vez de maravilla en su propio hogar. A partir de ese día, ninguno de sus hermanos se negó a compartir mesa con él en su casa.

Al no tener mujer ni necesitar una hasta ese momento, se desenvolvía muy bien con los asuntos domésticos, aunque no era algo de lo que le gustara alardear ni presumir. Por eso, al subir la escalera de servicio y escuchar unas voces más altas que otras, se acercó con sigilo y se quedó quieto observando una escena. El señor Gibbons escuchaba cómo su nuevo ayuda de cámara gritaba que él era inocente de alguna fechoría. A su lado, Mary, la misma Mary que le había robado los pensamientos con una facilidad pasmosa, miraba sus manos con la cabeza gacha. Daba la sensación de que si dejara de hacerlo, sus pensamientos cobrarían vida propia y ahogaría al que gritaba.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Simon sin dejar de observarla. Más bien, sin dejar de mirar él también sus manos.

La muchacha, al escuchar su voz, levantó la vista y le sostuvo la mirada de igual a igual, como si ella no fuera parte de la servidumbre o como si él no fuera un marqués. Las dos opciones se mezclaron en su cabeza para sentir empatía con esa mujer. Su actitud podría haberle molestado, pero algo removió en él.

—Un asunto doméstico sin más importancia, milord —contestó el mayordomo.

—Aun así, quiero saber qué está pasando en esta casa el primer día que me instalo en ella.

—La señorita Abbott acusa al señor Bird de haberse propasado con ella —dijo el mayordomo sin florituras ni adornos. En ese instante se ganó el aprecio infinito del marqués.

Eso no se lo esperaba Simon. De todos los asuntos domésticos que podrían llamar su atención ese era, sin duda, uno muy curioso. Observó con cuidado a Bird, recién contratado gracias a una agencia de Londres, su primera impresión no había sido mala, había aportado buenas credenciales y sabía que no estaría al servicio de Simon más de unas semanas, pero que su recomendación valdría la pena. Su mirada denotaba rabia contenida y apretaba los puños y los estiraba como si fuera un tic nervioso. Pronto comenzó a narrarle su versión de los hechos: un simple malentendido.

En cambio, Mary lo retaba con los ojos, de forma pausada, tranquila, como si su lado fuera el de la verdad. Aunque en un malentendido bien podría haber dos verdades.

Observándola, sus manos fueron lo que a Simon más le extrañó. Tenía los dedos largos y delicados de una dama; no había trabajado en su vida. Bueno, tampoco era experto en el trabajo de las institutrices ni mucho menos se había fijado en las manos o en nada de ninguna, pero parecía que su impostura y su forma de ser no eran tan envaradas como deberían, al menos para el aspecto que para él debía tener alguien de su posición. Desprendía un aire señorial.

Los ojos de Mary eran verdes como un prado en otoño, con un verde oscuro que recordaba a un musgo brillante y húmedo, salpicado con gotas de rocío chispeantes. Gracias a ellos podías trasladarte a la zona más agradable de esas tierras, y Simon así lo había hecho. Tuvo la certeza de que ella no había hecho nada, y que el señor Bird, en efecto, se había propasado. Algo que quizás otro tipo de criada hubiese aceptado o no hubiese hecho un gran escándalo, pero que a Mary le había parecido imperdonable. Una cuestión curiosa, cuanto menos, pues él mismo también se había propasado con ella y no había puesto muchas trabas a su acercamiento. Descartó ese pensamiento en un instante y se centró en el problema doméstico.

Y, en un impulso, Simon tomó una decisión.

—Señor Bird, haga sus maletas y regrese a Londres, no requerimos más de sus servicios. —Sim nunca supo si estaba haciendo justicia o si se estaba dejando llevar por los celos. En ese instante, albergaba un sentimiento de posesión que le hacía actuar sin pensar.

—Pero, milord, me parece excesivo... —comentó enfadado el aludido.

—Excesivo ha sido su comportamiento, que no toleraré en mi casa.

El señor Bird abandonó la habitación hecho una furia. La mirada de Simon se posó en Mary, que tenía los ojos abiertos como si hubiese visto a un fantasma.

—Si no desea nada más el señor.

—Puede marcharse, Gibbons.

Simon, desde que había puesto su mirada en Mary, no le había hecho el menor caso al mayordomo.

—Milord —hizo una reverencia y cruzó la puerta de la estancia tras el señor Bird, debía asegurarse de su marcha. Aunque el marqués supo que no andaría muy lejos.

—Creo que debemos hablar, Mary.

—Sí, claro. Gracias, milord. Debo marcharme a seguir trabajando, milord.

—Me debes un ayuda de cámara.

—¿Cómo? ¿Yo?

—Sí, tú. Así que ve a hablar con la señora Abbott y comunícale que, a partir de ahora, estarás a mi exclusivo servicio. Serás quien cuide directamente de mí.

—Pero yo no puedo ejercer *todas* las funciones de un ayuda de cámara.

—Por supuesto que no. Algunas son muy... íntimas, pero harás lo demás. Cenaré en mi despacho, espero que me lles la comida en una hora.

Y la dejó plantada en ese salón, mientras él, cantando de nuevo el soniquete de la misma cancioncilla infantil, se dirigía a su despacho a repasar aburridos papeles. Esa hora se le iba a hacer muy larga.

Capítulo VI

Cuando aquella mañana Meredith se puso un vestido negro anodino prestado de una sirvienta que se había marchado para cumplir su sueño de casarse y tener una granja, se dio cuenta de que le venía un poco estrecho, pero no encontraron otro mejor. Siempre había sido una mujer con curvas, los corsés eran para ella una verdadera pesadilla, pero lo soportaba como si fuera un capitán esperando en la cima de la colina una batalla: aguantando el aire y rezando.

La carta de su madre se la había guardado en el estúpido delantal blanco que debía llevar cuando trabajara en la parte de arriba de la casa. A buen recaudo, cerca de ella, sin que nadie pudiera leerla. El problema de trajinar tanto por Clover Park podría ser que la carta se ajara un poco, pero era algo que debía asumir.

A primera hora de la mañana, se levantó junto a Becky, se asearon, se vistieron y desayunaron. La señora Abbott no podía tenerla en consideración, pues, aunque muchos de los sirvientes supieran quién era y alguno soltara un «señorita» sin querer, aunque disimulado con una tos cuando ella abría los ojos de par en par, el resto del servicio debía pensar en ella como en Mary. Y ese tercer día se había acabado el entrenamiento, debía desenvolverse sola por la casa a causa de la llegada del marqués.

Antes de la hora del almuerzo, para su desgracia, junto al nuevo dueño de Clover Park habían llegado dos nuevos lacayos, tres nuevas sirvientas, una ayudante de cocina –que solo estaría el tiempo suficiente para aleccionar de los gustos de su señor al resto– y un ayuda de cámara, el señor Bird.

El señor Bird había entrado en la estancia donde los criados descansaban como si fuera el rey del lugar. Había mirado por encima del hombro a todos y cada uno de ellos y se había colocado entre Becky y ella misma con muy mala educación. Desde el primer momento, algo en Meredith le había llamado la atención. No sabía si había sido su halo de desesperación y nerviosismo por estrenarse como criada con veinticuatro años o cualquier otra cosa que se le escapaba. Intentó mantener una conversación con ella, que Mer ignoró. No quiso ser descortés, solo no quería que su disfraz se descubriera antes de la llegada del señor Brown. En cuanto pudo, huyó de él, no podía confraternizar con nadie y que se le escapara algún detalle importante de su vida.

La señora Abbott la llamó a su habitación para indicarle sus tareas con la excusa de tener que reorganizar la casa con los nuevos criados. Le indicó que, sintiéndolo mucho, debía empezar, así que le mandó a ordenar la estancia donde solían tomar el té y que, cuando terminara, siguiera con las siguientes de la planta.

No parecía un trabajo muy pesado. O, al menos, eso fue lo que se dijo Meredith para no asustarse. Comenzó con torpeza: tiró un cubo de agua, arruinó una esquina de una alfombra limpiando mucho tiempo y mal. Acabó con un dolor de riñones que no esperaba tener hasta la noche, por no saber qué hacer con corrección. En ese

momento, se habría pegado a sí misma por no haberse fijado nunca en cómo hacían las cosas las criadas. Había supuesto que sería una tarea sencilla, que solo se necesitaba paciencia y tiempo para hacerla a la perfección. Ahora, Meredith, la Muerte, le haría un altar a todas las criadas que había conocido y a las que no, con su más sentido reconocimiento. Nunca más daría nada por sentado. ¿Esa no era una lección que debía haber aprendido ya? Pues parecía que no.

Habían pasado varias horas, y solo unas pocas estancias habían quedado limpias, y no muy bien, cuando Meredith se dijo a sí misma que había avanzado un poco en su curso acelerado. Escuchó cómo las nuevas criadas cuchicheaban cuando pasaban por las habitaciones que ella había arreglado y le dedicaban improperios que una dama no debería escuchar. Ella agachaba la cabeza y asentía, se lo merecía, ¡vaya si se lo merecía! Meredith había creído muchas cosas en su vida: que sería hermosa como su madre, algo que el espejo le desmentía cada día de su vida; que tendría dinero y buena posición, un error de cálculo que se había visto culminado con la venta de Clover Park; que se casaría, y ya llevaba dos muertos y un abandono a sus espaldas; y que sería feliz, nada más lejos de la realidad. Las decisiones de Meredith no habían sido de lo más afortunadas, pensaba ella mientras limpiaba un jarrón, aunque el destino tampoco había sido muy bueno con ella. Culpar a la providencia bien podría ser una forma de tranquilizarse, pero Meredith no era de ese tipo de persona que cree que todo el mundo hace algo mal menos ella. No, no, no era así, más bien era de las que se martirizaban hasta el infinito.

Centrada en sus pensamientos, no notó el momento en que unas manos la rodearon por la cintura y unas palabras suaves se susurraron en su oído. Solo tres días atrás, había mantenido un encuentro con el marqués, y algo en su interior le indicaba que podría reconocerlo en cualquier sitio y en cualquier lugar, con los ojos cerrados, solo por el tacto.

Y ese no era Simon Shelbrook.

Con un movimiento brusco se deshizo del abrazo de ese hombre. Se giró y encontró a un sorprendido señor Bird.

—¿Qué se piensa que está haciendo? —preguntó Meredith, todavía con el jarrón en la mano, que ahora le parecía la perfecta arma arrojadiza si ese hombre se acercaba a menos de dos pasos de distancia.

—Conocernos un poco mejor. Hace un rato me ha dado la sensación de que podríamos ser muy buenos amigos.

El hombre dio un paso hacia delante y Meredith dio un paso hacia atrás. ¿Qué demonios le pasaba al señor Bird? Ella nunca había sido una belleza, cualquier mujer de la casa era más apetecible. ¿Por qué tenía que agobiarla a ella? Y en ese instante, Mer se dio cuenta: por su vulnerabilidad. Desde que se había levantado esa mañana había actuado como un pajarillo herido, con los ojos desorbitados cuando alguien casi la llamaba «señorita Tanner» y con miedo, por lo desconocido, que estaba a punto de conocer. Como una estúpida, se había convertido en una víctima perfecta.

Estúpida, estúpida, estúpida Meredith.

Pues iba a salir de ese embrollo por su cuenta, bien dejando a su paso un jarrón roto o un morado en la cara de ese hombre. Cogería fuerzas de cualquier sitio.

—Se ha equivocado. No quiero nada con usted ni con nadie.

—No sea tímida, si le da apuro encontrarnos aquí, bien podemos hacerlo en otro lugar.

—Ni aquí ni en otro lugar. Si da un paso más hacia mí, le tiraré este jarrón.

El hombre esbozó media sonrisa y se acercó a ella, Meredith no se lo pensó y le lanzó el florero. A esa distancia, una persona normal hubiese acertado de pleno; ella no, entre sus nervios y la situación erró por mucho. Así que solo le quedó darle un buen empujón al ayuda de cámara, que se convertiría en un puñetazo si se acercaba de nuevo. En ese instante de separación, apareció el señor Gibbons por la puerta y preguntó qué estaba pasando. El señor Bird comenzó a decir que no ocurría nada, hasta que Mer estalló y le relató lo acontecido al mayordomo. El nuevo criado se indignó y comenzó a gritar.

Meredith no soportaba bien los gritos, le habían chillado mucho en su vida, y en esa casa se había alzado la voz en múltiples ocasiones por su culpa. Por los muertos que llevaba a sus espaldas, por su mala suerte y por ella misma. Así que observó los restos del jarrón, agachó la cabeza y dejó de pensar en lo ocurrido, pues se transportó a otra estancia de la casa, donde su padre discutía con su madre por ella. Se decían cosas horribles, tanto que ni ella misma las quería asimilar. Pero una voz fuerte hizo que su recuerdo desapareciera, era el marqués, el nuevo dueño de Clover Park. Alzó la mirada y se fijó en sus ojos, cristalinos, que cuando se posaron en los suyos tampoco se querían marchar. Notó que a Simon le costó un infierno apartarlos de ella y, cuando despachó al señor Bird, ya no pudo apartar su mirada de Meredith.

Simon representaba el pecado, y ella estaba harta de pecar sin tomar decisiones. Si en ese momento alguien le hubiese preguntado a Mer qué quería hacer, ella habría respondido sin duda que lanzarse encima de ese hombre y repetir la escena que habían protagonizado en medio de un camino transitado, pero esta vez, sin poner freno a sus acciones.

Pero Simon Shelbrook era marqués, y como tal parecía que nada se interponía entre él y lo que quería. Y dejó a Meredith plantada en la estancia indicándole que debería hacerse cargo de su persona, de sus caprichos y de sus quehaceres, pues por su culpa se había quedado sin ayuda de cámara. ¡Lo que le faltaba a Meredith! Que le echaran la culpa de más cosas de las que no tenía nada que ver.

Era la historia de su vida.

Cuando la silueta del nuevo dueño de Clover Park desapareció por la puerta, Meredith se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Por primera vez en su vida sentía una atracción increíble por una persona, a la cual no debía hacer caso. En el poco tiempo que había conocido a Simon Shelbrook él había representado muchos papeles: el de buen samaritano, cuando se chocó contra él; el de amante

delicioso, cuando la besó; y el de marqués caprichoso, en ese momento. ¿Cuál de aquellos era el Simon de verdad?

Con la cabeza en resolver ese enigma, como si fuera el de la Esfinge, que había podido transmitir gracias a los entresijos de las musas, bajó a la cocina para encargarse de la cena del marqués, que ella misma llevaría a su despacho. Cuando informó de su nueva posición a la señora Abbott, esta entornó los ojos y le advirtió que tuviera cuidado. Ella misma ya lo sabía. Había sido descuidada con el señor Bird, pero no debía volver a serlo, pues si no su identidad saldría a la luz y sus hermanas estarían perdidas para siempre.

La cocinera preparó la comida en muy poco tiempo, en tanto a la percepción de Meredith, que tenía un sentimiento encontrado entre querer ver a Simon y salir corriendo y pedirle a algún lacayo que la llevara a casa de sus abuelos. Sí, huir sin mirar atrás. La humeante bandeja olía de maravilla, su cocinera siempre había sido maravillosa y la mimaba de una manera especial. Su amor y sus cuidados irían dirigidos, a partir de ahora, al nuevo dueño de Clover Park.

Meredith suspiró y agarró con fuerza la bandeja de la comida.

Subir la escalera con peso no era una tarea sencilla, así que tardó mucho más de lo planeado en hacerlo. Una vez en el piso de arriba, daba pasos cortos y lentos para que no se cayera nada. El verdadero problema fue encontrarse con la puerta cerrada del despacho que fue de su padre. Entró en pánico, dio vueltas absurdas sobre sí misma con la bandeja en la mano, no sabía qué demonios hacer.

Piensa, Meredith, piensa. No eres tan inútil. ¿Verdad?

Al final, decidió dejar la bandeja en una mesa y llamar a la puerta.

Un golpe. Nadie respondió.

Dos golpes. Nadie respondió.

Tres golpes. Escuchó un «pase» con voz de enfado.

Meredith abrió la puerta, dijo algo que ni ella misma entendió, corrió a por la bandeja y con sus pasos cortos y aprendidos la dejó en el escritorio. Sonrió como si hubiese conseguido una hazaña sin igual, solo le faltó dar saltitos de alegría.

Simon la había observado durante el camino, cuestión que no ayudó a que se diera prisa. Y cuando ella sonrió satisfecha al ver la comida en su sitio, levantó la mirada y lo vio a él levantando las cejas. Casi con seguridad, sería la primera vez que vería a una criada dándose ánimos por hacer su trabajo.

Avergonzada, hizo una reverencia y se fue hacia la puerta.

—Espera, Mary.

La voz de Simon llegó a su cuerpo como una caricia, pero también como un gran temor. ¿Qué querría ahora?

—Hazme compañía mientras ceno, así me contarás cosas de la finca.

En sus palabras había tanto una propuesta como una orden velada. Y ella no pudo más que asentir con la cabeza.

Simon sabía que había mucho más detrás de Mary de lo que parecía en un primer momento. Al principio fue por puro instinto; luego observó sus manos, delicadas, sin mácula, no parecían las de una criada y, aunque no lo era en el sentido estricto de la palabra, la hija de un ama de llaves no se criaba como una dama; después fue su mirada, retadora, de igual a igual; y, por último, su torpeza al ejercer su labor. Una institutriz no era más que una criada venida a más, según la opinión de Simon. Y esta se había criado en Clover Park a instancia de su dueño y había podido ser testigo de la miseria que pasaron las Tanner tras la muerte de su padre. Ella no podía ocultarlo, era mucho más de lo que le había dicho en un principio.

Mientras entraba en su despacho con pasos torpes para dejar la cena en la mesa, pensó que debería hablar con la señora Abbott sobre su hija. ¿Quién era en realidad? Ante Simon se presentó un acertijo. Había descartado que fuera una sirvienta sin más, aunque ejerciera como tal, y si su intuición era certera, el campo tendría mucho más aliciente de lo que pensaba en un primer momento.

Pero la puntilla a sus pensamientos la puso esa sonrisa de satisfacción en cuanto la bandeja tocó la mesa. Mary era mucho más, y Simon iba a descubrirlo sin dudar. Si hubiese querido apostar, lo haría a que ella podía ser la hija bastarda del antiguo señor.

Fue por eso que se saltó las normas del decoro y le pidió a una criada que lo acompañara a cenar. La excusa, por supuesto, sería preguntar por su nueva propiedad.

Mary titubeó, pero comprendió que su petición no era otra cosa que una imposición en toda regla. Quería saber más de ella, ¿qué le había obligado a trabajar como sirvienta en la casa? ¿Solo las ganas de visitar a su madre entre trabajos? ¡Anda ya!

—¿Siempre has vivido en Clover Park? —preguntó Simon, mientras se acercaba la bandeja de la comida. Rodeó a su presa y se sintió como un verdadero depredador. Bien, eso resultaba magnífico.

La chica titubeó, y él le hizo una señal con la cabeza para que se sentara. Para un primer acercamiento ya era más que suficiente. Al seguir sus instrucciones, se acomodó con la pose perfecta de una señorita, aunque con uniforme de criada, el pelo algo revuelto y sus ojos verdes deslumbrando cada paso que daba.

—Desde siempre, pero volví hace algún tiempo tras mi último trabajo —dijo al tiempo que sonreía.

¿Algún tiempo? Su imprecisión le hizo pensar a Simon que llevaba razón. Bueno, como siempre. Si sus hermanos hubiesen estado en esa estancia seguro que le habrían

dicho a la chica: «Déjalo, Mary, Simon ya lo sabe. Suelta lo que tengas que decir. Más tarde será peor».

—¿No puedes ser más precisa? ¿Cuánto tiempo llevas en esta casa sirviendo? Sin ser institutriz, me refiero

—Los últimos meses.

¡Y un cuerno! Con esas manos...

—¿Y estabas al servicio de Meredith Tanner?

—Sí, así es o así era.

—Bien, así estar a mi servicio no te será extraño.

Ella alzó las cejas. Sí, bueno, Simon había exagerado. En nada tenían que ver los vestidos, los tules, las mañanitas o cualquier cuestión femenina con él. Pero no le iba a exigir mucho, solo la quería a su lado, desentrañar su misterio y seguir con su vida.

—Cuénteme, ¿es Meredith Tanner tan peligrosa como la pintan? —Cuando la conoció por primera vez mostró una tendencia a defender a la dama, cuestión que no le pareció extraña, pero si la alteraba, quizás consiguiera algo más de ella al ponerla nerviosa. Dio un paso al frente y se sentó para mirarla directamente a los ojos. Tras un pequeño receso, comenzó a cenar.

Mary se rebulló nerviosa en su asiento, pero le aguantó el juego.

—En absoluto, es una fama inmerecida. La señorita Tanner es una dama de los pies a la cabeza. Ha tenido mala suerte, milord. Resulta que, si le dieran una oportunidad, conocerían a una mujer generosa, amable, que solo piensa en los demás, una altruista.

—Una altruista con mala suerte.

—Esa sería una gran definición.

—Comprendo. —Pero Simon no comprendía nada. Se giró para tomar un bocado del cordero que le había preparado la cocinera y observó de reojo a Mary. No era una belleza al estilo clásico ni una mujer que llamara la atención, pero tenía algo que a Simon le gustaba y comenzaba con su mirada—. ¿Y en qué ha sido altruista contigo, Mary? Por lo que yo veo te ha dejado aquí plantada para que te amoldes a una nueva vida.

La chica dio un respingo, se frotó las manos y lo miró con decisión.

—Aquí estoy con mi madre. Pronto espero marcharme a Escocia. Ella no pudo hacer otra cosa, milord, las circunstancias resultaron... complicadas.

—Ya, circunstancias económicas.

Mary se sonrojó, no era decoroso hablar de dinero, aunque no bajó la vista en ningún momento. Había tocado un tema delicado, no debía asustar tan pronto a la muchacha. Por lo que terminó de comer y se despidió de ella, para que se llevara la bandeja.

Y al final no le había preguntado nada de la casa.

Cuando la chica se hubo marchado, Simon se acercó a la chimenea, que crepitaba en la estancia. A mitad de febrero hacía mucho frío en casas tan grandes y deshabitadas. El enigma de Mary sería algo divertido con lo que lidiar las semanas que viviera en el campo, pero a él lo que realmente le importaba era continuar con su vida. Entre los objetivos de un marqués con opción a ducado se encontraba el de perpetuar el apellido. Como bien le había dicho hacía mucho tiempo a su hermano Kit: si su mujer lo merecía, él no tendría amantes, siguiendo así el ejemplo de su padre con todas y cada una de sus esposas... ¡Y ya iban cuatro! Por eso, la búsqueda de pareja esa temporada debía ser minuciosa; contaría con la ayuda de Lizzy, por supuesto, su única hermana, quien, con un matrimonio casi inexistente y fallido a sus espaldas, sería un gran apoyo para él. Lo cierto era que para dar lecciones conyugales no tenía ninguna validez moral, pero para encontrar esposa era la confidente perfecta. Aunque habría que atarla en corto y no dejarle ver al completo sus intenciones, o se emocionaría demasiado.

¿Quién iba a decir que Simon, el mayor de los Shelbrook, fuera de los últimos en casarse? Su padre le acuciaba con el asunto, y con razón. La primera en contraer matrimonio había sido Elizabeth, la única chica, con Michael Holden, un amigo de la universidad de Simon que no resultó ser un buen marido, pues se separaron nada más volver de su viaje de novios. Luego el pequeño de la familia, Damon, se había casado con Frances y los bendijo con su única sobrina: Anne. Más tarde, Kit se casó con una duquesa española, a la que le estaba costando trabajo entrar con buen pie a la familia por culpa de Lizzy. De todos, solo Robert, su hermano abogado y gemelo de Elizabeth, y él mismo seguían solteros. Pero lo suyo era imperdonable, debía ponerse serio con ese asunto lo antes posible.

Y pensar en Mary no ayudaba en absoluto.

No.

Capítulo VII

Meredith no pudo pegar ojo en toda la noche de su primer día como sirvienta oficial, y eso que sentía el cuerpo molido. Como si dos mulos le hubieran pasado por la espalda y por las piernas. Agradeció el poder descansar en una cama, aunque estuviera llena de bultos, pero no que el sueño le fuera esquivo. Cada vez que cerraba los ojos se encontraba con la misma escena en su cabeza: Simon Shelbrook averiguando quién era y destrozando el poco prestigio que le quedaba a su familia. No, no pensaba que fuera un hombre cruel, pero sí el típico aristócrata que pensaba que Mer era un talismán para lo malo de ese mundo. Su defensa de ella misma había sido demasiado apasionada y su actitud nada tenía que ver con la de una sirvienta, según había podido analizar y desmenuzar durante la noche. Con el corazón en un puño, se prometió alejarse de ese hombre. Aunque también debía admitirse que, durante unos minutos, aquella noche también había soñado con su único beso y con esos ojos penetrantes que parecían querer quitarle la ropa... ¡y la decencia! A ella, a Meredith, la Muerte. O, bueno, a Mary, la Sirvienta.

—Es hora de levantarse. —Escuchó decir a Becky, la ayudante de cocina con quien compartía habitación—. Será mejor que se levante ya. Hoy muchos querrán saber durante el desayuno qué hizo con el señor hasta tan tarde.

Meredith se levantó como un resorte, lo que fue muy mala idea, pues notó como si todos los huesos se le quebraran a la vez.

—¡Nada! ¡Solo me preguntó cosas sobre Clover Park!

—Sí, ya. Eso lo explicas abajo.

En efecto, aunque el señor Gibbons y la señora Abbott intentaron parar las preguntas, primero con carraspeos, luego con delicadas frases veladas y, por último, con la admonición de trabajo doble a quien volviera a sacar el tema, nadie dejó de preguntar por su velada con el marqués. Meredith no sabía si tanta atención era buena, pero no podía hacer otra cosa. Los nuevos criados y algunos de los que ya servían en la casa quisieron saber hasta el último detalle de su conversación con Simon. Algunas criadas nuevas ya cuchicheaban a sus espaldas cuando entró en la estancia, y ella se sintió el horrible centro de atención. Más bien, el centro de un huracán, una multitud de viento que alborota lo que hay alrededor, pero que en su centro se mantiene tranquilo. Tanto como ella quisiera estar.

Tras tomar algo de desayuno, la campanilla de la habitación principal sonó dos veces. Los presentes clavaron la mirada en ella, el marqués había sido muy claro: solo Mary debía atenderlo. Con torpeza, dejó la servilleta en la mesa y se levantó tirando la

silla, a lo que más murmullos se alzaron a su paso. La señora Abbott le había dicho que, tras comer con ellos, cada uno recogía su plato, por lo que las manos temblorosas de Meredith recogieron su servicio con fuerza y lo llevaron a la cocina.

Subió la escalera reservada a la servidumbre con las voces de los criados dando vueltas en su cabeza. Pasó por los entresijos de la casa, esos que solo usaban los sirvientes, hasta llegar a la planta donde se encontraba la habitación del marqués, la que fue de su padre antaño. No llevaba nada consigo, se había olvidado siquiera de preguntar si debía subirle el desayuno o alguna cosa, pues los nervios por ver a ese hombre, que le había robado el sueño, eran como una bola atascada en su garganta. Fue a entrar sin más, cuando se acordó que debía llamar a la puerta. Ya nadie de su familia vivía en Clover Park. Así lo hizo, y la voz profunda de Simon Shelbrook le dijo que podía pasar.

—Milord. —Meredith hizo una reverencia y fijó su mirada en el suelo.

—Mary, perfecto, llamaba por ti.

¿Por quién si no?

—Hoy quiero conocer los alrededores de la finca y, como ayer me dijiste que llevabas aquí toda la vida, quiero que me acompañes, ¿sabes montar a caballo?

—¡Por supuesto que sé!

Cuando contestó con ese ímpetu, Meredith se dio cuenta de que había cavado su propia tumba. Había cogido una pala, se había dirigido al patio, había hecho un agujero y se había tumbado en él. Ahora solo cabía esperar que el nuevo dueño de la casa rellenara el hueco que había creado con su estupidez. ¿Qué clase de sirvienta sabía montar a caballo? Meredith, la Muerte, estaba muerta. Adiós, mundo. Solo esperaba no llevarse consigo a sus hermanas.

Sin embargo, aquellos malos presagios desaparecieron de su cabeza al alzar la vista y observar al marqués ante ella, solo con un pantalón, mientras un chico, un lacayo traído con su séquito, de manera torpe, le elegía la ropa. Ver el cuerpo casi desnudo de Simon le hizo sentir una oleada de calor que le recorrió el cuerpo como un rayo. Y se olvidó de lo demás. De la decencia, por ejemplo, pues no dudó en recorrerlo con la mirada. Cuando llegó a su cara, se dio cuenta de que él sonreía sin mirarla, como si sintiera su mirada lamiendo su cuerpo.

—Muy bien —dijo sin darle importancia al hecho de que, hacía apenas unos segundos, ella había confesado algo que debería estar fuera de su alcance—. No tendrás traje de amazona, imagino, busca alguno que te sirva. Saldremos en una hora.

—Milord, yo...

Por primera vez desde que había entrado, Simon posaba su vista en ella. En sus ojos denotaba incredulidad, ¿le estaba cuestionando?

—Yo... querría preguntar si estaremos mucho tiempo fuera, por llevar el almuerzo.

Meredith decidió no quejarse, actuar de forma servil, pues era ahora su cometido, ¿no?

—Una idea fantástica, Mary, que lo preparen por si acaso.

De inmediato, la atención de Simon se centró en el torpe ayuda de cámara que se había buscado. Y Mer se vio en la obligación de informar de sus planes. La voz le tembló al pedir el almuerzo a la cocinera, que la miraba con una chispa de pena en los ojos. Su nerviosismo radicaba en el hecho de que si se encontraba con algún conocido, ella no era Mary, sino Meredith Tanner, Meredith, la Muerte, válgame Dios. ¿Qué iba a hacer en ese momento?

Cuando la señora Abbott se enteró de lo que quería hacer el marqués esa mañana, no dudo ni un instante en urdir un plan absurdo.

Aquella mañana iba a ser un verdadero infierno.

Aquella mañana iba a resultar deliciosa.

Un sol radiante brillaba en el firmamento y se había levantado de muy buen humor. Aunque fuera el año de Simon —y Dios sabía que debería centrarse en cosas más acuciantes, como su futura esposa—, había pasado gran parte de la noche pensando en las incoherencias de Mary. Estaba claro que no había trabajado mucho como criada, por sus manos, sus maneras y su cara de satisfacción cada vez que hacía un pequeño avance. El marqués no era un experto en institutrices, pero estaba convencido de que no tenían ese aire de señorita, sino, más bien, deberían tener un aire rancio a su alrededor que les señalara como parte del servicio que cuidaba de mocosos y mocosas malcriadas. Y Mary, para Simon, era deliciosa, sin olores raros ni auras maliciosas. Además, una institutriz debía tener paciencia, ¿no? Y en su primer encuentro había notado que ella no tenía la necesaria. Quizá su anterior trabajo no había sido de institutriz, después de todo. Lo que le dejaba otra opción: había sido dama de compañía y, casi con seguridad, de Meredith, la Muerte. Llegados a este punto, dos opciones factibles se abrieron ante el insomnio de Simon: una, que de verdad fuera la hija de la señora Abbott y algún señor Abbott, ambos fieles al difunto señor Tanner y que, como agradecimiento, le dieran una buena educación, o que fuera una hija bastarda del señor Tanner con la señora Abbott, criada en la casa como una más. No era una situación tan inusual, sobre todo en el campo donde, según la creencia del marqués, la vida era lo contrario a civilizada. Pero lo extraño de esa segunda opción sería que la señora Tanner mantuviera en el servicio a la señora Abbott. Quizás no lo sabía.

La familia había dejado atrás a Mary, algo normal, dadas las circunstancias económicas de los Tanner y que su madre seguía siendo el ama de llaves de Clover Park. Aun así, algo en ella le recordaba a una verdadera dama. Su olfato no le fallaba, estaba ante una hija bastarda criada entre algodones. No lo suficientemente buena para casarla bien, pues tenía cuatro hermanas legítimas, pero sí para ser dama de

compañía o institutriz, si se pasaba por alto su pecado de nacimiento o se escondía. Y también perfecta para ser la amante de Simon. Sí, para eso también.

Había alejado ese pensamiento por un momento, y había estado seguro de su conclusión. Ya que a Mary le estaba costando mucho adaptarse a su nueva situación. Una dama de compañía no era una sirvienta en sí, habría sido criada como una dama, pero jamás llegaría a ser una, y siendo bastarda mucho menos. Su mejor opción era ser sirvienta o ser amante. Y, aunque Simon encontrara en ella algo agradable que hacía que sus pensamientos siempre volvieran a sus labios, no era una belleza delicada que contemplar y que dejara encandilado. Por eso, Mary había optado por el trabajo duro. Si Simon no estuviese pensando en el matrimonio, se plantearía si hacerla su amante, ahora que Constance había desaparecido del mapa. Bueno, lo mismo lo rumiaba un poco más antes de desechar la idea.

Desterró esos pensamientos esa mañana, debía conocer la finca y ¿quién mejor para poder hacerlo que una persona criada en ella? Así que se le ocurrió una gran idea: Mary le enseñaría lo que él deseaba saber. Con tan pocos empleados, sin capataz y sin una persona al mando, ella era la persona ideal. Cuando se lo contó, no le llamó la atención que supiera montar a caballo, eso ya lo había supuesto. Pero las sospechas sobre la ilegitimidad de Mary se confirmaron cuando apareció vestida de una forma ridícula a su cita: un traje de montar que le venía pequeño, una pamelita tan grande que le escondía el pelo y parte de la cabeza, pero, para colmo, también llevaba un fular que le cubría media cara. Simon tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír a carcajada limpia. Se giró para observar el caballo que le estaban arreglando, hizo un esfuerzo extraordinario por controlarse y volvió su mirada hacía ella.

Un caballero era siempre un caballero, en cualquier circunstancia. Incluso en una tan ridícula.

—Mary, bienvenida. —En su voz se podía escuchar una nota de humor—. ¿Y ese atuendo? —No pudo dejar de preguntar, al menos se merecía eso como premio por aguantar su risa.

—No tolero bien el sol, milord. Espero que no le importe.

—No, no, en absoluto. La salud es lo primero. Creo que he sido muy descortés al no preguntar si le apetecía el paseo a caballo. ¿Prefiere ir andando con una sombrilla?

Mary negó con la cabeza, toda la parafernalia que se había colocado en el cuerpo giró con ella, pero a destiempo, como si los minutos se hubiesen pausado a su alrededor y cobraran vida poco a poco. Por un momento, Simon temió que aquel aparataje se cayera al suelo. Luego, la muchacha se acercó a un caballo de color marrón tostado, que pronto se dejó acariciar. Dejó una cesta atada al lado y se dignó a mirarlo. Estaría ofendida por el humor en su tono de voz o por el hecho de dudar de sus habilidades que, si solo fuera una criada más, no tendría en absoluto.

—Sé montar muy bien, milord. No habrá ningún problema.

—¿Y cómo una criada sabe montar a caballo?

Simon, uno. Mary, cero.

La muchacha, detrás de aquel estúpido disfraz, titubeó durante unos segundos. El marqués observó cómo sus manos se movían ansiosas y cómo sus ojos, o la sombra de ellos tras ese sombrero, buscaban una salida.

—La señorita Tanner insistió en que debía aprender. Ella es una gran amazona y no le gustaba ir acompañada de un lacayo, prefería mi compañía. Así que fue tan amable de darme clases.

Mary se refería a Meredith Tanner que, al ser la hermana mayor, tenía el honor de poder ser llamada señorita Tanner, en detrimento de las demás, que solo se las podía llamar por su nombre. Simon sonrió, siempre Meredith, la Muerte. La defendía como una leona, como si fuera... su hermana.

Pues él haría lo mismo en esa situación por cualquiera de los suyos.

—Como es una dama tan altruista...

—¡Exacto!

—Pues bien, demos las gracias a la generosidad de la señorita Tanner y emprendamos la ruta.

Con una sonrisa plantada en la cara, Simon ayudó a Mary a subir al caballo. Pronto comenzaron un paseo por Clover Park y sus maravillas. La mañana resultó muy amena, gracias a los detalles que le contaba la chica sobre el paisaje y sobre las casas por las que pasaban. Era verdad que había vivido allí toda su vida, o, al menos, gran parte de la misma. Se le notaba el amor por la tierra, por las gentes y por cualquier cosa que residiera en Clover Park. En cambio, si alguien se acercaba a saludar al marqués, ella se alejaba unos pasos a caballo y se escondía bajo el ala de su sombrero monstruoso. Eso hacía que la teoría de Simon fuera cada vez más real. No querría que nadie le fuera con el cuento de su nacimiento.

Pasadas unas horas, habían visto ya casi todo lo importante de la propiedad, menos un lago, que Mary se guardó para el final. Cercano a la casa principal, Simon no había reparado en él cuando visitó por primera vez sus nuevos dominios. Según ella, era el mejor emplazamiento para descansar y comer algo. La muchacha preparó el lugar con esmero, como cualquier señorita de Londres hubiese hecho en plena temporada en Hyde Park. Con unos modales impecables se sentó y esperó a su acompañante. Simon sonrió y se le escapó un pensamiento que, por un instante, creyó que ella había descifrado. Mary era una dama.

—Estamos bajo una preciosa sombra frente a un lago muy fresco. Creo que puede deshacerse del aparataje que lleva, Mary. Si no, le costará almorzar.

Ella asintió con la cabeza y, sin ninguna gana, comenzó a quitarse el fular. Fue lo máximo que consiguió Simon. El horrible sombrero de ala ancha siguió en su sitio. Resultaba muy molesto hablar con una persona a la que no podía mirar a los ojos.

—Cuénteme qué más cosas aprendió de la señorita Tanner. Aparte de montar a caballo de maravilla.

Siendo ese tema uno que le molestaba tanto, Sim pensaba sacarle todo el partido que pudiera.

—Como la señorita Tanner es tan...

—Altruista —interrumpió algo cansado de comenzar siempre igual—. Ese punto lo hemos dejado claro.

—Me enseñó a jugar a las cartas, al ajedrez y cosas por el estilo.

Ese era el momento de atacar. Simon tenía el pase perfecto. Pronto sería un Simon dos, Mary cero.

—Cuando me habla de su vida anterior en Clover Park, me da la sensación de que más que como una sirvienta, fue usted educada como una dama.

—No, no, soy hija del ama de llaves, tuve algunos privilegios, la verdad, pero nada que ver con el de las hijas del patrón. Pero la señorita Tanner, que es tan... —Simon bostezó, y ella entendió la indirecta, pues cambió la frase—. Le gustaba mi compañía, pero no era su dama de compañía. Como no se presentó en sociedad, no le hizo falta ninguna.

—Oh, es cierto. Se cargó a los dos incautos aquellos antes de su presentación en sociedad. Toda una marca.

—¡Eso es muy injusto por su parte! Yo... ella... no... —La chica se comenzó a poner roja, según distinguía bajo el sombrero y, además, muy nerviosa—. ¡Se murieron ellos solos!

—Pero el hilo de unión fue única y exclusivamente la señorita Tanner. —Simon quería ver qué conseguía con esa conversación—. Y luego el último escándalo, el prometido que la abandona tras su baile de compromiso.

—Fue durante la noche del baile —admitió Mary compungida, como si lo sintiese mucho.

—¡Peor me lo pone! Esa mujer está maldita, es un desastre. Nadie en su sano juicio se acercaría a ella a menos de una yarda. Es por eso que en Londres se le llama Meredith, la Muerte.

Alrededor de la figura de la señorita Tanner había un grupo de morbosos a los que les gustaba acrecentar su fama. Simon lo sabía, ni tan siquiera él era ajeno a esos rumores, pues la fama de esa mujer había sorteado pueblos y ciudades.

Mary, por su parte, apretó los puños y lo miraba como si quisiera partirlo en dos. Respiró hondo e hizo dos intentos por hablar. El marqués esperó con tranquilidad mientras se llevaba a la boca un delicado vaso con un vino que sabía y olía de maravilla. Tras la copa, pudo ocultar una sonrisa socarrona.

Sirvienta, ¡ja!

Dama de compañía, ¡ja!

Hermanastra, ¡eso sí!

—Milord, creo que el sol me está sentando mal. ¿Le importa si vuelvo a la casa para seguir con mis obligaciones habituales?

Bueno, parecía que la chica no podía aguantar otro asalto más. Así que Simon, como un caballero que era, se levantó. Algo más se cocía tras la fachada de esa mujer, de eso estaba seguro y él iba a conocer todos y cada uno de sus secretos. Su tiempo en el campo sería beneficioso. Odiaba los bichos, el clima saludable y levantarse temprano, pero estaba más que dispuesto a desentrañar a esa mujer.

—Por supuesto, ya la he alejado suficiente por hoy. Recoja el almuerzo, yo seguiré dando un paseo por mi cuenta. Esta noche espero la cena a la misma hora en mi despacho. Hasta luego, Mary.

No dejó que la muchacha dijera ni una sílaba, la dejó boqueando como un pez fuera del agua y con los ojos, casi con seguridad, pues su atuendo no dejaba verlos, desorbitados. ¿Quería volver a sus obligaciones? Pues no sería él quien la alejara por más tiempo. Subió a su caballo y se alejó de ella con una idea en la mente: a Mary le importaba demasiado lo que tenía que ver con la señorita Tanner, tendrían una edad parecida, había sido criada por alguien que le había inculcado buenos modales y hablaba a la perfección. Para Simon no había ninguna duda: Mary era una hermana bastarda de las Tanner, que, una vez muerto el padre, habían abandonado en Clover Park.

Capítulo VIII

Cuando Meredith vio alejarse la silueta del marqués más allá del lago, agarró un tarro de mermelada de frambuesa y lo estampó contra un árbol. ¡Pobre vegetación! En cuestión de días había sido el objeto de su furia en varias ocasiones, cuando quien realmente se la merecía eran todas aquellas personas maledicentes que hablaban de ella a sus espaldas. Y el primero Simon Shelbrook, que no se había pensado ni por un momento el daño que hacían esas palabras en boca de un marqués. Su reputación era historia, estaba perdida, ahogada, muerta, como ella misma. ¡Pues adiós muy buenas! No se lamentaría por algo que no tenía solución. Debía ser práctica, pensar en sus hermanas y olvidarse de ella misma por un tiempo.

Se tumbó en la manta que había dispuesto de mantel e intentó tranquilizarse. Cada día que pasaba podía aparecer por la puerta Eugene Brown y con él la salvación para sus hermanas. Italia cada vez estaba más cerca y también su huida de una sociedad de necios. Empezar de cero era ahora su objetivo más cercano, una vez que su familia estuviera bien situada.

Comenzó a recoger el almuerzo con furia, pero acabó haciéndolo con tranquilidad. Lo que estaba haciendo era bueno para las Tanner, debía recordárselo un poco más para sentirse animada y soportar a Simon Shelbrook y sus provocaciones. Aunque, en realidad, él no sabía que eran provocaciones, pues no tenía ni idea de que ella era Meredith, la Muerte. Además, también tenía que soportar sus miradas, sus ojos penetrantes, su presencia, que cada vez se hacía más intensa, y su risa.

Su estúpida y espontánea risa. ¿Qué marqués se reía así? Ninguno que ella conociera. Pero, en honor a la verdad, no había conocido a muchos.

Simon tenía lo necesario para ser un noble estirado de la alta sociedad, según un análisis rápido que Meredith le realizó mientras acababa de recoger. Tenía, por un lado, una prepotencia muy desarrollada. Él ordenaba, él mandaba. Y nadie podía objetar. El más mínimo signo de posible insurrección era atajado bajo esa mirada acusadora y esa voz penetrante. Su presencia resultaba perturbadora en muchos aspectos, tantos que ella no tenía ganas de analizar. Pero, además, poseía un lado extraño, curioso, para ser un noble: sonreía mucho, reía sin tapujos –salvo que supiera que su risa podía ser interpretada como burla–, era amable con cualquier persona que se cruzara en su camino e intentaba ser justo.

El marqués era una caja de sorpresas contradictorias. Para ella era como abrir un cajón, encontrárselo lleno de papeles y descubrir palabras que no tenían nada que ver las unas con las otras. Un misterio profundo y extraño que, casi con seguridad, no estaba destinado a ser desentrañado por ella. Como casi nada en la vida.

No sentía que pudiera valer para nada. Bueno, quizás como sustituta del hombre del saco en algunos lugares. Para eso sí.

Meredith agarró la cesta y la ató al caballo. Acto seguido, se enfundó el fular y se subió al animal. Debía llegar a casa antes de que alguien la viera. Aunque lo más acuciante era quitarse a Simon Shelbrook de la cabeza. Nunca ningún hombre se le había metido en el cuerpo así. Recordó cuando Nicolaas apareció en su puerta, había pensado que era el hombre más apuesto del mundo y, para su desgracia, seguía siéndolo. Pelirrojo, con una sonrisa perenne y unos ojos cristalinos, Meredith tuvo que hacer malabares con su corazón para no caer rendida a sus pies. Con el tiempo, la había traicionado hasta un punto deleznable. Por eso, Meredith debía acordarse de que el amor no era para ella, sus prometedos o se morían o huían. Si llegara a sentir por Simon Shelbrook algo más que aprecio, nunca llegaría a tener nada con ella, por supuesto, y su corazón sufriría demasiado. Se lo habían roto tantas veces que cualquiera diría que ya debería estar preparada para otro desengaño, pero Meredith había llegado a la conclusión de que con cada ruptura, algo se perdía para siempre y ella se hacía más vulnerable. Estaba expuesta, su coraza menguaba con cada traspasé.

Una vez en los establos de Clover Park, llegó a la conclusión de que debía ser más cauta con el marqués, no debía hablar tanto con él, solo limitarse a ser su empleada. Esperaría un tiempo prudencial a que apareciera el señor Brown, si este no lo hacía en unas semanas, abandonaría su puesto y se marcharía. Eso sería lo mejor.

Llegada la hora de la cena, Meredith, ya con su uniforme de sirvienta y mucho más tranquila, hizo el mismo paseo desde la cocina hasta el despacho de Simon con la bandeja en la mano. Hubo dos momentos donde pensó que iba a tirar la comida, tanto por nervios como por inexperiencia, pero llegó a la puerta sin más percances. Como la noche anterior, dejó la bandeja en un lugar cercano, llamó con los nudillos un par de veces, esperó a que le dieran permiso y abrió. Con paso decidido, la firme promesa de no hablar más de lo necesario y un rictus de profesionalidad en la cara, entró en la estancia.

El problema fue que Simon no estaba sentado mirando papeles, sino de pie observando la ventana, sin chaqueta, en mangas de camisa y sereno. Una imagen que a Meredith le cortó el aliento. Aunque, cuando se fijó un poco más en su postura, pudo notar que él se encontraba en otro lugar, en uno donde no parecía pasar nada agradable. Su mente no estaba en Clover Park. De esa guisa, no se asemejaba al aristócrata engreído que la llamaba por su estúpido mote a cada momento, solo era una persona preocupada. Tampoco ayudó, en absoluto, que la iluminación de la habitación fuera poca y el fuego solo enseñara la mitad del hombre, dejando a su imaginación libre, para fantasear con esos brazos sin camisa y con el único beso que se habían dado.

Tanto fue así que Meredith tropezó y cayó. Arruinando la cena, la alfombra y la cristalería.

Adiós, pose de profesionalidad. Hola, Meredith, un placer verte de nuevo.

¡Bien por Mer!

Para su sorpresa, Simon apareció al momento a su lado. No lo vio ni moverse.

—Mary, ¿está bien? —Por un instante, sus ojos chocaron, como dos niños que corren por el campo sin mirar por dónde van, y una chispa brotó de ellos. Fue el marqués quien apartó antes la mirada—. Oh, su mano, está sangrando. Ha caído sobre la copa. Yo la ayudo.

Meredith, si hubiese tenido un poco de sentido común, se hubiese levantado, disculpado y negado. Pero se dejó hacer, embobada, como una estúpida.

—¿Qué ha ocurrido? —La señora Abbott apareció por la puerta.

Simon y el ama de llaves se pusieron a hablar a su alrededor, como si ella no existiera, como si fuera un fantasma. Bueno, bien pensado, eso parecía. Ambos la trataban de una manera singular. La señora Abbott había estado espiándolos, cosa que sabría Mer esa misma noche en la habitación de la mujer mientras le repasaba la herida y la invitaba a una taza de té. Su actitud era normal, había visto crecer a las hermanas Tanner y no quería que esa situación fuera más extraña de lo que ya lo era. Sin embargo, Simon no la trataba como a una sirvienta cualquiera. Cabía la posibilidad de que fuera una persona amable con todo el mundo, pero ella lo había observado – espiado– y sabía que eso no era así. Algo sospechaba, casi con seguridad. Meredith debía alejarse de él, pero ¿cómo?

Ayudó a recoger el desastre. Al marqués le trajeron otra bandeja, que esta vez cenó en su cuarto. Ella, avergonzada, pasó un rato con la señora Abbott y se fue a dormir. Cuando cerró los ojos, en aquella incómoda cama llena bultos, solo pudo ver la mirada de Simon Shelbrook.

Maldita fuera.

Aunque el día había comenzado prometedor junto a Mary, había acabado de la peor manera posible. Por la tarde, su hermano Kit le había mandado una misiva donde le explicaba que, a causa de una caída, Kate, su cuñada, había perdido el hijo que estaba esperando. Su primer impulso había sido coger un caballo y marcharse a Londres para estar con ellos. Pero, luego, recapacitó. La familia de su cuñada era algo opresiva, sobre todo su madre, que bien podría estar en estos momentos volviéndolos locos a los dos. Así que pensó que, si Kate podía realizar el viaje, lo mejor sería que se hospedaran en Clover Park hasta que ella se recuperara, al menos, de ánimo. Sabía que perder un hijo era algo muy doloroso, su penúltima madrastra había estado embarazada en varias ocasiones y nunca llegaron a término. El dolor físico desapareció en días, pero el anímico le duró años. Si su cuñada necesitaba algo en esos momentos, no era otra cosa que paz. Algo que no encontraría en Londres, pero sí en Clover Park.

Esa tarde, había escrito una nota a Kit con su plan. Como Clover estaba a pocas horas de Londres, le pidió a Thomas que se diera la mayor prisa posible, a su vuelta lo recompensó con creces. Christopher había visto su plan con buenos ojos, según la nota que había llegado por la noche. En unos días, cuando Kate estuviera lo suficientemente fuerte como para viajar, irían de visita. Y Simon los acogería con los brazos abiertos.

Para colmo, entre esa mala noticia y el ajetreo del día, Mary se había lesionado con su cena. Una copa había atacado a la muchacha torpe y le había hecho sangre. Por lo que le había contado otra chica del servicio, si Mary continuaba mucho más tiempo como sirvienta, se quedaría sin jarrones que enseñar y sin vajilla para comer. Debía buscarle otra obligación, una alejada de cosas que se pudieran romper. No, no parecía tarea sencilla.

Cenó en su habitación, preocupado por su familia. Nada podía hacer Simon para solucionar esa situación, pero habría dado su fortuna por no ver sufrir a ninguno de sus hermanos. Sin querer, un pequeño sentimiento de culpa le atenazó. Si Meredith, la Muerte, era hermana de Mary, su comportamiento al respecto había sido imperdonable. No estaba bien hablar mal de familia ajena. Le sacaría la verdad, aunque fuera a empellones, y podría poner cada cosa en su lugar.

Al día siguiente, la vida de Mer cambió por completo. A primera hora de la mañana apareció el señor Bauer, el capataz que iba a realizar una serie de cambios en Clover Park para terminar de adaptarla a su futuro como criadero de caballos. Y Meredith fue informada por la señora Abbott de sus nuevas funciones, pues Simon estaba muy ocupado. De ese modo, se dedicaría a limpiar la habitación del marqués, a cuidar de su ropa, a servirle el almuerzo, que comenzó a tomarlo con el señor Bauer desde ese mismo día. Su rutina solo cambiaba por las noches, cuando le llevaba la cena y cruzaba alguna palabra con Simon. Pero solo el tiempo justo para que ella no se sonrojara y pudiera salir corriendo.

Poco a poco fue adaptándose al ritmo de la casa, a las criadas, a sus cotilleos y a lo que se cocía bajo la estricta mirada de los amos. Había un mundo por descubrir escalera abajo, y Meredith lo estaba disfrutando.

A ese ritmo pasó tres días casi sin pensar, donde Simon Shelbrook no fue el centro de su vida, aunque sí de sus pensamientos. Ella era una dama, educada para ser la mujer de alguien importante, no obstante durante esos días se estaba integrando en el submundo de las criadas a la perfección.

Sin embargo, cuando llegó la tarde del jueves, se dio cuenta de que ella no era como los demás, y fue como un golpe de realidad en la cara. Había vivido en una burbuja donde Meredith, la Muerte, estaba olvidada, donde no cargaba a sus espaldas los fallecimientos de sus prometidos o la vergüenza de haber sido abandonada por Nicolaas. Ella era una criada más, con un trabajo más, que acababa molida tras su jornada y que se podía reír de cosas que antes ni atisbaba a ver. Por mucho que las Tanner hubiesen pasado penalidades y hubieran contado cada chelín, no sabían lo que era trabajar y soportar las manías de los demás. Meredith jamás lo olvidaría.

Esa tarde, la mayoría de las sirvientas libraban y se marchaban al pueblo a pasear. Meredith no podía hacer eso, era una diversión vedada para ella. Así que se tuvo que quedar en Clover Park junto al señor Gibbons, la señora Abbott y la cocinera, que tomaban el té con parsimonia en la sala donde comían y disfrutaban de su compañía. Para ella la reunión duró poco y se disculpó para acudir a su habitación. Allí nada tenía que hacer, y las horas de la tarde iban a pasar entre golpes de martillo de los obreros, que no tenían vacaciones en jueves, y un profundo aburrimiento.

Una idea se asentó en su mente. Así que en vez de cruzar el pasillo para ir a las habitaciones de los criados, subió la escalera principal para poder llegar al piso de arriba. Durante los últimos días, el marqués había tenido un horario fijo: se pasaba el día junto al señor Bauer dando órdenes para las obras de los establos o se iba de la casa para atender asuntos que Meredith desconocía. Por lo que no era habitual que llegara antes de la cena. Así que ella, con mucho sigilo, se dirigió a la biblioteca. A Mabel le encantaba leer, devoraba casi cualquier cosa que le cayera en las manos, y últimamente hablaba mucho de una autora llamada Abigail Leigh. Al parecer había sido un éxito con una historia que publicaba por capítulos en una revista, había comenzado a hacerlo justo al final de la pasada temporada y ahora los habían recopilado en un libro. La expectación alrededor de la señorita Leigh no era otra que los detalles que relataba, que parecían estar sacados de la vida real de la élite londinense, por lo que se sospechaba que el nombre era una tapadera de una dama aburrida con buena pluma. Meredith había postergado la lectura del libro, pues, después de Mabel, Margie también quiso leerlo y luego Madie, por supuesto, a ella no le importaba esperar. Como no era una lectura de la que pudieran hablar delante de su madre, la escondían en un rincón de la biblioteca, donde sabían que nadie podría encontrarla.

Mer entró en la estancia con cuidado, las cortinas estaban a medio echar, pero le dio igual, podría haber pasado por esa habitación a oscuras. El fuego de la estancia iluminaba parte de la misma, siempre estaba todo preparado por si Simon deseaba volver y sentarse a hacer cosas de marqués, Meredith no tenía ni idea de lo que hacían la mayoría de aristócratas durante el día. En su cabeza hablaban de tonterías y se jactaban de eso. Todo muy absurdo.

Agarró una silla y la encaramó a una de las estanterías. Con la mano fue tocando uno a uno los libros de la balda hasta dar con el que estaba hueco. Por fuera parecía un respetable libro de botánica, por dentro escondía un tesoro. Mabel lo había vaciado en un momento dado para poder guardar otros, pues gracias a su tamaño y grosor era el perfecto escondite para sus travesuras. Lo sacó con cuidado para que el de la señorita Leigh no se cayera y lo abrió. Allí estaba, el grimorio, el libro que su madre no quería que leyese, y ya era hora de que ella, al fin, lo tuviese en sus manos. Sonrió como un gato al que acaban de ponerle la cena y lo acarició.

—No sabía que mi biblioteca guardara libros secretos.

La voz del marqués desestabilizó a Meredith, que estuvo a punto de caerse de la silla. Con cuidado, se bajó y apretó el ejemplar de botánica contra el pecho.

—¿Puedo verlo? —Simon sonrió, y Meredith se derritió.

Con desgana le tendió el ejemplar al marqués. Este lo abrió y descubrió su interior con una amplia sonrisa.

—*Historias de sociedad*, de Abigail Leigh. No sé que os pasa con este libro, que todas las mujeres estáis locas con él. Mi hermana, mis cuñadas, mi... bueno, en fin. Todas.

Meredith no supo qué decir y se quedó plantada como una estatua, como cuando esperaba a que su padre le diera el visto bueno al vestido que iba a llevar los domingos a misa.

—¿Por qué no estás en el pueblo con el resto de chicas?

—No me apetecía bajar.

—¿Cómo conocías el escondite de este libro? —Simon no dejó que ella contestara—. Déjame adivinar: la portentosa Meredith te contó el secreto. —Ella asintió con cuidado— ¡Déjate de juegos, Mary! Desde que te conozco me has estado mintiendo, y detesto las mentiras.

Meredith notó cómo en las palmas de las manos comenzaba un hormigueo, tragó saliva con cuidado de que él no se percatara y un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba perdida, él lo sabía.

Estaba perdida.

—Dime quién eres realmente —ordenó—. No tienes dedos de sirvienta. —Tomó una de sus manos y la expuso—. Ni modales de sirvienta. Conoces la propiedad, no quieres que te reconozcan fuera de esta casa y defiendes como una leona a las Tanner. No soy idiota. La hija del ama de llaves no se cría como una señorita. Dime quién eres.

—Yo... yo... —titubeó. No podía decirlo en voz alta. Su familia sufriría con el golpe.

En su mente, la frase que debía decir comenzó a recitarse en bucle: «Soy Meredith Tanner; Meredith, la Muerte. Soy Meredith Tanner...».

—No me importa que seas la bastarda de los Tanner.

¿Qué?

El cuerpo de Meredith se sintió ligero y pesado al mismo tiempo. Por una parte, le pareció algo bueno que él no supiera quién era en realidad, pero por otro lado no sabía si quería que pensara que era una bastarda. Aun así, se presentó ante ella la que parecía ser su única alternativa factible.

—Es muy complicado para mí, milord —dijo sin titubear.

—Tienes muy buenos modales, ¿te has criado con las señoritas Tanner como una más o como su dama de compañía?

—Como su dama de compañía. —La mentira brotó de sus labios sin ninguna dificultad.

—¿Y por qué no te fuiste con ellas?

—No quería ser un estorbo. —Hasta cierto punto, eso era verdad—. Aquí sería de más utilidad. Además, estoy con mi madre.

—Bien, basta de mentiras. Ahora que conozco tu situación podríamos tomar alguna medida.

—No, por favor, estoy bien así.

Simon se quedó callado un momento. Ella no supo qué pasaba por su cabeza.

—Como deseas. Toma tu libro. —Le tendió el objeto con cuidado—. Disfrútalo.

—Gracias, milord.

—Esta noche cenaré aquí, en la biblioteca.

—Muy bien, milord.

—Una cosa más, Mary. —Ella ya había echado andar cuando él la detuvo con sus palabras—. Sabes jugar al ajedrez, ¿no es cierto?

—Así es.

—Bien, esta noche probaremos tu destreza.

Cuando Meredith salió por la puerta, se aseguró de que él no pudiera verla antes de echar a correr hasta su habitación. Ya no tenía ganas de leer *Historias de sociedad*, sino de soñar despierta con Simon Shelbrook. Por un momento, hubiese jurado que la había tratado como a una igual.

Capítulo IX

Simon había pasado los últimos días con la cabeza puesta en Mary. Desde que había llegado su capataz, se había centrado en las obras, en ocupar su tiempo y en cruzar con ella pocas palabras. La había visto servir en la casa, y no tenía ni idea de lo que hacía. Fue por eso que su teoría era cada vez más un hecho que una conjetura. Llevaba ya unos días viviendo en Clover Park y su única obsesión era una sirvienta. Estaba perdiendo el norte. En pocas semanas comenzaría la temporada y, con ella, su vuelta a la realidad.

¿Qué le estaba pasando al perfecto Simon? Antes nunca hubiese dudado a la hora de poner en orden su mente y sus pensamientos. Nunca había tenido problemas a la hora de saber qué estaba bien y qué estaba mal.

Así que esa tarde, cuando observó a Mary robándole un libro de la biblioteca, se olvidó de lo que había cavilado los últimos días: no podía olvidarse de ella con tanta facilidad. Había conseguido, gracias a su don de gentes, sonsacarle la verdad de su situación. Ahora que las cartas estaban sobre la mesa, Simon sabía perfectamente lo que quería de ella: quitársela de la cabeza. Y solo había una manera. Esperaba que Mary ayudara en esta situación, aunque no las tenía todas consigo.

Hacía años que Simon no esperaba con ansias una cita tan extraña. Durante mucho tiempo, se había acostumbrado a capear los ataques de las damas de la alta sociedad, de las hijas de estas y de su propio padre, que a veces podía ser muy pesado. Y en los últimos tiempos también de su hermana Lizzy. Había saltado de amante en amante hasta Constance, la última en engrosar la lista, y había vivido situaciones extrañas y curiosas. Como aquella vez que una baronesa francesa se presentó en su casa a plena luz del día para seducirlo, pero tuvo que salir, con traje y todo, por una ventana, al aparecer Lizzy junto a su madrastra de turno por la puerta de su hogar.

Pero ahora resultaba distinto. Él se había codeado con las mujeres más apetecibles de la sociedad londinense, ya fueran casadas aburridas, viudas con ganas de compañía o solteras cansadas de que nadie les hiciera caso. En esa ocasión, su cuerpo vibraba por una sirvienta, que no era tal, pero que se encontraba a años luz de la posición de Simon o de sus amantes.

Daba absolutamente igual. Él sabía lo que quería. Bueno, su cuerpo y su mente, al menos, lo tenían muy claro.

Cuando Mary entró por la puerta con su cena, le hizo un gesto para que la dejara cerca de la chimenea. Febrero avanzaba lento pero seguro, y pronto él tendría que volver a Londres. Le pidió que se marchara, que cenara y que volviera más cómoda para hacerle compañía. Si su cabeza no se encontrara nublada a causa de sus ojos, su boca o sus caderas, hubiese invitado al señor Bauer a jugar al ajedrez o a charlar, y no a una presunta institutriz venida a sirvienta.

Pero el señor Bauer no tenía ninguno de los encantos de Mary.

Con esos pensamientos, degustó la comida sin ganas. Momentos después no supo ni qué había cenado ni si había sido de su agrado. Notaba unos nervios de anticipación que no había sentido en años. Se sirvió una copa y esperó. Mary volvió sin delantal, sin cofia y frotándose las manos. Incluso de esa guisa, se le antojó una mujer muy apetecible. Simon había preparado un tablero de ajedrez y sonrió al verla.

—¿Lo echamos a suertes? —preguntó con tranquilidad. Ella ya estaba allí.

—Perdone, milord...

—Para saber quién juega con blancas.

—Oh, claro, claro.

El azar fue beneficioso para Simon, que se sentó frente a las preciosas piezas blancas de un tablero de ajedrez que era una mesa en sí. Una belleza que había adquirido con la casa.

—¿Era de su padre el tablero?

—Sí, así era.

Cuando ella respondió, Simon notó cómo la tez se le coloreaba.

—No pasa nada, Mary, aquí nadie nos escucha. Tu secreto está a salvo.

—Sí, pero es algo doloroso. Desde que murió, nadie había jugado con este tablero. Mabel es quien sabe jugar bien, las demás solo nos defendemos.

—Vamos a verlo —dijo Simon con una sonrisa en la boca.

Al principio, a Mary le costó trabajo ver las estrategias de Simon en el juego, pero luego pudo adivinar alguna. Se notaba que hacía mucho que no jugaba y vencer no supuso un gran reto. La primera partida fue casi como quitarle el caramelo a un chiquillo. Durante la segunda, ella le puso entre la espada y la pared en una ocasión. Todo un récord, teniendo en cuenta la anterior partida.

—En mi casa —estaba contando Simon, sin saber bien la razón—, el que sabe jugar de verdad es Robert, pero no tiene tiempo para mejorar.

—No lo hace mal, milord —dijo la chica tras perder la segunda partida.

—Voy a por una copa, ¿quieres algo?

—Sí, un jerez. Si es posible.

—Sea.

Sirvió las dos bebidas. Ella se levantó de su asiento y se acercó a él. Cuando le tendió la pequeña copa con un dedo o dos del licor, ella la observó y dio un sorbo corto. Simon habría dado cualquier cosa para poder probar el sabor que había dejado en sus labios. Mary, tras paladearlo, sonrió, no sin antes humedecerse los labios con la lengua, de una manera muy delicada y casi imperceptible.

No se lo pensó dos veces y se acercó a ella, a una distancia inadecuada.

—Vas a tener que disculparme, Mary.

—¿Por qué razón, milord?

—Por esto.

Simon la cogió de la cintura e, imitando la escena que protagonizaron en medio de la calle, comenzó a besarla. Primero con rabia, con el deseo que había estado guardado esos días para ella, solo para ella. Para su sorpresa, Mary también respondió a su abrazo. Escuchó cómo la pequeña copa cayó a la mullida alfombra, sin romperse, como el testigo mudo de lo que estaba ocurriendo en esa habitación.

Ella le acarició el pelo, y cuando dejaron de besarse, tenía las manos en su cara. El volvió a sonreír, con esa mujer era casi imposible no hacerlo todo el tiempo. En un impulso, la levantó en el aire como si fuera una recién casada, se sentó en uno de los sillones que había frente al fuego y la depositó a ella en sus rodillas. Pronto volvió a besarla y con las manos comenzó a recorrerle el cuerpo. No quiso apabullarla, por lo que se detuvo en su cuello, sus hombros su clavícula y dejó su apetecibles pechos para más tarde. Mary tuvo que notar que su anatomía se había vuelto loca por ella, pero no dijo nada.

Tras besarlo tres veces seguidas de manera rápida, se quedó mirándolo a los ojos.

—Creo que el jerez se me ha subido a la cabeza.

—No te ha dado tiempo.

—Milord, deme al menos ese beneficio.

Simon le respondió mordiéndole el labio.

—No deberíamos hacer esto, señor. —Susurró mientras disfrutaba de la situación con los ojos entreabiertos.

—Llámame Simon, al menos cuando estemos a solas.

El marqués volvió a su cuerpo. No a sus labios, sino a dejar un reguero de caricias por su cuello, por sus preciosas orejas, y decidió intentar abrir el vestido.

—No. Yo... no puedo.

Mary se levantó de su regazo acalorada.

—¿Qué ocurre? Yo pensé que los dos nos entendíamos.

Ella lo miró como si no comprendiera sus palabras. Formuló un tímido «lo siento» y se marchó por la puerta, apresurada. Simon se quedó quieto, sentado en medio de la estancia, esperando a que ella volviera. No ocurrió. Y se maldijo por haberla empujado a esa situación.

Cuando Meredith llegó a su habitación, Becky dormía como una bendita. Se desvistió a oscuras, mientras todavía sentía los besos de Simon, las manos de Simon y el cuerpo de Simon en su piel. Había sido el momento más excitante de su vida... ¡en la biblioteca de su casa! Bueno, de la que fue su casa. Había roto el momento por miedo. Conocía desde hacía poco tiempo al marqués, pero le encantaba estar con él, su conversación, su forma de besarla. Todo. Maldita fuera, todo. Pero Meredith no podía dejar que otra persona cayera dentro de las garras de su maldición. Con solo pensar que a Simon le ocurriese algo malo, ella se echaba a temblar.

Se puso el camisón y se metió en la cama. Su cuerpo aún vibraba, resonaba en ella el eco de lo que pudo haber sido y de lo que no fue. Ojalá su miedo no la hubiera hecho correr de él, huir de él. Ojalá se hubiera podido quedar.

Meredith solo podía aspirar a una cosa con Simon: a ser su amante. Quizás algo no tan descabellado. Su reputación ya no importaba a nadie, y si eso era así, su virginidad tampoco. Esa cosa sacrosanta que le habían hecho proteger como oro en paño, ya no merecía la pena. ¿Qué se sentiría al estar con un hombre de manera tan íntima? Se había guardado para dos prometidos que habían muerto y para uno que la había abandonado, la había dejado tirada, como un trapo sucio.

Recordaba a la perfección la noche de su baile de compromiso en Londres. La velada había resultado maravillosa, Nicolaas estuvo exquisito a su lado y nada había salido mal, hasta ese instante. Su prometido había desaparecido hacía un tiempo, mientras ella se despedía de los invitados. A nadie le había parecido extraño que acabara la noche con sus amigos, quizá borracho, por algún antro de la ciudad. Por primera vez en años, Meredith se había sentido protegida, feliz y esperanzada. Cuando el último invitado cruzó el umbral de la puerta, su madre la había cogido del brazo, le había sonreído y le había hecho un gesto para subir a su habitación. Despició a su sirvienta y le pidió que se sentara con ella en la cama. Comenzó diciendo que lo que ocurriría durante la noche de bodas le cambiaría la vida. Había empezado a hablarle de los secretos entre hombres y mujeres cuando una criada llamó a la puerta. Desde ese momento, se desató el caos en la casa: Nicolaas había enviado una misiva avisando de su renuncia a su compromiso y anunciando su futuro enlace con la debutante aburrida que ya había sustituido a Meredith en su corazón.

El primer pensamiento que había tenido con aquel trozo de papel infame en sus manos fue: «¡Por Dios, Meredith! Es que no aprendes». Y esa parecía ser una gran verdad en su vida. Así que experimentar con el marqués todas esas sensaciones que le habían sido vedadas por otras personas y disfrutar del tiempo que pasara en el campo no sería tan mala idea. Por primera vez en su vida tomaría sus propias decisiones sin contar con la sociedad, su familia o el odioso qué dirán. Luego se marcharía a Italia, y él nunca sabría que había pasado unos momentos muy íntimos con la pérfida Meredith, la Muerte. El problema estaba en saber si ella podría llevarlo a cabo.

«Sigue soñando, Meredith. Nunca serás tan audaz».

Y con ese pensamiento, se quedó dormida.

Capítulo X

Simon se levantó con el firme propósito de dejar a Mary en paz, alejarse de ella. Un caballero no lleva a una dama, por muy bastarda que sea, a esa situación con orgullo. Ella estaba dispuesta, pero cuando se marchó corriendo por la puerta, el mensaje resultó claro como un chorro de agua fría en la cara: no, gracias. No requiero de sus atenciones.

Y él no era tonto. Comprendía lo que había ocurrido.

Las relaciones personales no eran iguales para los hombres que para las mujeres. Y lo último que quería Simon era hacer que Mary se sintiera incómoda a su lado. La trataría bien, con cordialidad e, incluso, le buscaría un buen puesto de institutriz si lo de su trabajo en Escocia no resultaba o si era otra mentira. Aunque Simon no soportaba bien los engaños, entendía que la señora Abbott y su hija mantuvieran el secreto de su nacimiento, no debió de ser una situación sencilla.

Así que el marqués iba a dejar ese asunto de lado, arreglaría su finca para poder comenzar la doma de caballos y buscaría una buena esposa durante la temporada. Fue por eso que aquella mañana habló con la señora Abbott para librar a Mary de su servicio. Que hiciera las tareas que le asignara ella, él no se metería más en esos asuntos.

Tras el almuerzo, recibió dos cartas. Una de Christopher, su hermano, que le indicaba que él y su mujer llegarían en tres días a Clover Park, que se preparara para su llegada. Lo hacía de una manera tan escueta y curiosa que parecía un telegrama de guerra que quería decir algo así como: «Sitio en tres días. STOP. Aprovechados. STOP. Posible catástrofe en camino. STOP. Christopher. STOP. Sí, tu hermano». La segunda, si se podía llamar carta, era una invitación formal a cenar en casa de los Coleman, unos vecinos del lugar, que habían decidido que las buenas formas no regían en el campo y lo habían citado para la noche siguiente. El mayordomo le comentó que eran una de las familias más pudientes de la zona, con contactos y amigos, nada que ver con la posición de un marqués, pero que quizás podrían ayudarle en su negocio. Simon escribió una escueta misiva en respuesta, pues él sí se regía por las normas y los convencionalismos. Bueno, al menos la mayoría del tiempo.

La tarde la pasó junto al señor Bauer, un hombre robusto, alto y ancho, al que le costaba tomar decisiones con rapidez –para eso tenía a un chico llamado Hank–, aunque una vez que las tomaba, iba hacia delante sin pensar más. No tenía las características propias de un jefe de obra, pero lo cierto era que sus trabajadores le tenían en alta estima y cumplían con sus mandatos sin rechistar. Simon estaba más que contento con el avance en tan pocos días, el precio convenido era correcto y el trabajo marchaba como la seda.

Por la noche, echó de menos a Mary, poder intercambiar con ella aunque fueran un par de palabras se había hecho una costumbre. Algo muy extraño, teniendo en cuenta lo poco que la conocía. Cenó en soledad, organizó su agenda de los próximos días en su escritorio y se preparó para la llegada de Chris y Kate.

La señora Abbott había mandado a Meredith las faenas más alejadas del marqués que había podido imaginar. No había sido muy discreta en su plan para salvaguardar su reputación, como si eso hubiese hecho falta en algún momento. Entre trapos, cubos, limpiezas y demás cuestiones, no tuvo tiempo para pensar. Cuando llegó la noche, Mer solo tenía ganas de descansar, cerrar los ojos y soñar con su cama, la de verdad, la que no tenía bultos. Becky, su compañera de cuarto, tenía otra idea en mente.

—Parece que el señor marqués te ha soltado, ¿se ha cansado de ti?

—No tengo ganas de discutir, Becky.

La chica no había parado de insinuar que entre Simon y ella había una relación más allá de la meramente profesional. Según ella, las razones eran las siguientes: en primer lugar, que habían despedido al señor Bird; en segundo lugar, que el marqués la quería tener cerca y, en tercer y último lugar, que un hombre solo busca lo que busca. Fuera lo que fuera eso que buscaran.

—¡Ni yo! Pero me alegro, seño... Mary, si no se va a casar con usted, lo mejor es que se olvide de él. Yo solo quería decirle que el Marquesito ha puesto los ojos en otra, que ya puede estar tranquila.

Becky no era mala chica, algo envidiosa, sí, pero también torpe a la hora de expresar sus ideas. Para ella que Simon Shelbrook fuera atractivo, atrayente, fantástico y un hombre de posibles, no era nada comparado con el hecho de que no podría casarse con ella o con Meredith. A su extraña manera, le estaba diciendo que su situación resultaba insostenible y que todo iría mejor a partir de ahora. Bueno, o eso quería creer ella.

—Estoy muy tranquila, te lo aseguro.

—Entonces, ¿no quiere saber con quien cenará mañana el Marquesito?

—No es de mi incumbencia —aunque se moría de ganas por saberlo—, pero si insistes...

—¡Con los Coleman! La señorita Lydia hará lo posible por engancharlo, de eso no le quepa la menor duda.

Y no le cabía. Becky dio por terminada la sesión de cotilleos de campo, apagó la vela y se acostó. Meredith se quedó con los ojos abiertos como platos en la oscuridad. La odiosa y malcriada Lydia Coleman. Si Simon se fijaba en ella, no era el hombre que había pensado que era. Aun así, las entrañas se le volvieron del revés y una ira comenzó a calentarle el cuerpo.

Bien, perfecto, el cansancio se había esfumado o, más bien, el sueño. Ahora le tocaría una noche de notar en cada parte de su cuerpo los estúpidos bultos del colchón.

Felicidades, Meredith, te lo has buscado.

Al día siguiente, la señora Abbott continuó con el plan que había trazado: Meredith alejada del marqués –o el Marquesito, según Becky– en todo momento y muy ocupada como para quejarse. Se estaba ganando el jornal, sin lugar a dudas. Pero en su cabeza ya no había hueco para las ampollas de las manos o para el dolor de espalda, estaba más que segura de que si su corazón no hubiese sido destrozado, martilleado, cortado, empujado y quemado, habría podido sentir algo hacia Simon Shelbrook. Pensar en él le cortaba la respiración, y esos días sin poder verlo se le antojaban largos y angostos. Pero él iba a cenar con Lydia Coleman... ¡Que se le atragantara la comida!

Pasó el día sin poder atisbar ni un poco de lo que hacía el marqués, todo un fastidio. Y, por la noche, escuchó cómo un caballo se alejaba de la casa. Cuando se asomó a la ventana, observó que Simon se dirigía a casa de Lydia, el mismo camino que tomaría alguien que quisiera ir a ver a Harriet, ya que eran vecinas. Eso le hizo pensar en su amiga, al día siguiente hablaría con ella y le daría una explicación que ya estaba tardando en ofrecerle.

Suspiró y bajó a cenar con los criados.

Aquella noche, Becky cayó molida a su cama, y Mer deseaba poder distraerse de alguna manera, así que volvió a abrir el libro de Abigail Leigh. En su cuarto y con la escueta llama de una vela, no había manera de poder juntar una letra con la otra. Así que, sin pensárselo dos veces, se colocó un chal que le había prestado la señora Abbott y, de puntillas, salió de su habitación para ir al piso de arriba.

Leería en la biblioteca.

La mayoría de los criados se habían acostado, nadie podría verla, y ella se conocía la casa como la palma de su mano. Por lo que llegar al lugar le pareció un juego de niños. Se sentó en un sofá cercano al fuego, que siempre permanecía encendido hasta que el señor se acostara, y abrió el libro.

La autora había comenzado publicando su historia en una revista, así que cada capítulo venía reseñado con la fecha en que se había podido leer por primera vez. La trama era en torno a un amor imposible –¡cómo no!– entre lady Evelyn Arbuthnot y lord Marcellus Galsworthy, y, entrelazado a la historia iba desvelando los entresijos de la sociedad en que se mueven y sus amistades, todas y cada una de ellas muy parecidas a la vida real de la flor y nata londinense.

La historia resultaba truculenta, pues gracias a Madie, que no podía tener la boca cerrada, se había enterado de que Eve y Marcellus estaban casados en secreto, pero que a causa de un malentendido no convivían como marido y mujer. Él toleraba la

situación por ella, por amor, por supuesto. El no sacar a la luz su relación era su tortura, mientras que ella sufría por no estar al lado del hombre que amaba.

Una soberana tontería.

Si a Eveleyn se le hubieran muerto dos prometidos y uno se hubiese fugado el día de su baile de compromiso, sabría lo que son problemas. Sobre todo si estaba sin un penique y sus hermanas dependían de ella para poder prosperar en la vida.

¿Problemas, Evelyn? ¡Y un cuerno!

La desagradecida de Eve, en opinión de Mer, podía volver con su marido cuando quisiera, tener una vida regalada y ser feliz, pues sabía que él bebía los vientos por ella. De otra forma, ¿quién le enviaba regalos el once de cada mes? Exactamente el día en que se casaron. ¿Quién velaba por ella en cada encuentro que tenía con su madrastra malvada? Pues él. Y ella se quejaba y no hacía nada. Seguro que si la tal Evelyn tuviera que hacerse pasar por una criada, habría desistido en la historia y se habría ido a casa con su marido.

Y cuento terminado.

Pamplinas.

Pero lo que Meredith había postergado desde que había podido leer ese libro, y por esa razón no le había importado que sus hermanas lo leyeran antes, era el capítulo que se publicó justo después de su fiesta de compromiso. Mabel se había ofrecido a arrancarlo, quemarlo y esparcir las cenizas por el lago, pero ella no la dejó. Quería saber qué opinaban de esa desgracia las personas que la vivieron pues, sin duda, la señorita Leigh había sido una de ellas.

Pasó por encima del resto de capítulos hasta llegar al punto que sabía le haría daño. Y leyó, claro que leyó. Devoró cada letra, regodeándose en su mala suerte y en la ojeriza que le tenía la providencia.

Para empezar, la autora no se había dignado ni en darle un nombre. Ella era, simplemente, la Prometida. Un personaje soso, cabizbajo que sonreía sin ganas. Vamos, una bobalicona estúpida. ¿Eso era Meredith? Empezaba bien la cosa. En cambio, Nicolaas, el Prometido, fue presentado como un hombre lozano, agradable, que le obsequió a Evelyn unas cuantas palabras de galanteo amistoso. Y luego, para colmo, apareció la Otra, la odiosa debutante por la que habían abandonado a Mer. Pero en esta versión, el escándalo fue muy público, con una escena del Prometido jurando amor eterno a la Otra delante de todos los invitados, mientras los asistentes aplaudían y la Prometida se diluía con las paredes estampadas del salón. Llegados a ese punto, Meredith desaparecía de escena, ya no saldría más, no se lo merecía, al parecer. Y la pobre y desdichada Evelyn se preguntó por qué Marcellus no luchaba así por su amor. De una punta a otra en la sala de baile, se cruzaron una mirada significativa y fin del capítulo.

¿Fin del capítulo?

¿Eso era Meredith?

¿Un cero a la izquierda?

Una persona a la que no importaba herir, en la que nadie pensaba cuando hacían esos comentarios tan maliciosos. No supo de qué manera una lágrima cayó al libro, no fue consciente de que estaba llorando hasta ese momento. Se sentía mal, rota y abandonada de nuevo.

Ahogó un sollozo. Era alguien insignificante y bobo para los demás. Lo cierto era que hasta ese momento no había pensado tanto en la sociedad, pero durante las últimas semanas, entre su mote, Meredith, la Muerte, y la llegada del marqués a su vida, se había dado cuenta de que no podía abstraerse de ellos. Debía huir a Italia lo antes posible. La mera idea de abandonar a su familia hizo que otro quejido saliera de su boca.

Desde pequeña le habían enseñado todo lo que debía ser una dama, en qué pilares debía basarse su futura vida: en las buenas formas y en un matrimonio sólido. ¿Qué ocurría cuando eso no pasaba? Nadie le había explicado que ocurría para las parias sociales, de las que nadie hablaba, pues ella formaba parte de ese club, sin lugar a dudas. ¿Qué le importaba a ella la sociedad? En concreto, un cuerno. Un cuerno. Sí. Solo le importaba lo que las personas que ella apreciaba opinaban y el futuro de su familia, pues, aunque fuera muy duro asumirlo, no le quedaba nada más.

¿Qué podía hacer una mujer sin ningún atributo y que solo sabía pintar? Pudrirse y vivir de la caridad.

Otro sollozo salió de su boca. Las lágrimas eran un río desbocado.

¿Qué puedo hacer? ¿Qué...?

Unas manos fuertes le quitaron el libro y la abrazaron. Ella comenzó a llorar con más fuerza y se dejó fundir durante un rato por el olor de Simon. Lo habría identificado entre un millón de personas. No sabía qué hora era ni si había vuelto pronto de su cena con Lydia, pero estaba allí con ella, dándole consuelo y no con la repelente hija de los Coleman.

En un momento dado, notó cómo el abrazo se hacía más flojo. Abrió los ojos, todavía anegados de lágrimas, y contempló a Simon leyendo el libro por encima con la mano que la había soltado.

—Lo siento, Mary —dijo a media voz—. Si alguien plasmara así un momento tan duro de un hermano mío, yo también estaría furioso. No es justo.

Meredith agradeció que hubiese tomado ese momento de debilidad como un momento de rabia contenida. La hacía parecer más fuerte de lo que era en realidad. ¿O lo era en realidad?

—No, no lo es. —Intentó no hipar y secarse las lágrimas.

—No estuve en la fiesta de compromiso de la señorita Tanner, pero sé que no fue así, me lo contó Lizzy, mi hermana, que sí asistió a la misma. Debes tomarte estas palabras como ficción.

—Nadie lo hará —logró decir de manera entrecortada.

—Es cierto, no te voy a mentir. La gente prefiere la versión más sórdida y enrevesada. Te voy a hacer una promesa aquí y ahora, Mary, pero solo si tú también me correspondes.

Meredith lo miró a los ojos y, sin saber a qué se estaba comprometiendo, asintió levemente.

—Te prometo que no te mentiré nunca. Siempre te diré la verdad, aunque duela, aunque te haga llorar y aunque sea peor saberla que no. ¿Harás tú lo mismo por mí?

Esa era una promesa que no podría mantener, pero los ojos de Simon puestos en ella le hicieron temblar de anticipación. Así que cuando él se acercó y la besó con delicadeza, supo que entendería ese gesto como un sí. El calor de su cuerpo la traspasó y deseó más, mucho más. Hasta que él se separó y comenzó a hablar.

—¿Es una promesa?

—Lo es.

Se había vuelto loca, sin duda.

—Ahora debes marcharte a la cama, Mary. Será lo mejor.

Ella se levantó tambaleante y fue a agarrar su libro. Pero él se lo impidió.

—Basta de folletines por hoy. Mañana ven y escoge otro libro. El que quieras y, si no está, te lo conseguiré. Pero deja este, no te hace bien.

La actitud de Simon la sorprendió. Le pareció sobreprotector, pero tenía razón. Con los nervios a flor de piel y todo lo ocurrido, no estaba lista para enfrentarse a la sociedad. Pero ese libro no le haría más daño, ella ya no saldría más.

—Quiero leerlo.

Con autoridad lo agarró y lo colocó en su pecho, abrazándolo. Por un momento, la mirada de Simon se quedó fija en ella y suspiró.

—Como desees.

Y con esa frase se marchó a dormir a su habitación. Esa noche soñó con el beso que se habían dado, dulce y cariñoso, y no notó tanto los bultos del catre.

Capítulo XI

A la mañana siguiente, Becky la despertó con un empujón. Se le había hecho muy tarde. Se vistió de prisa, pero con una sonrisa en la boca que debía disimular ante la señora Abbott. Sobre todo en el momento en el que le pidió poder tener un tiempo esa mañana para hablar con Harriet. Se lo concedió, no sin antes advertirle que su trabajo era lo primero, al ama de llaves poco le importaba quién era en realidad Mer, mientras que el trabajo quedara bien hecho.

A media mañana, le envió un «Napoleón» a su amiga y, tras acabar con las tareas que le habían asignado, se fue paseando al lago. Una vez allí no le vinieron a la mente la multitud de recuerdos que tenía con sus hermanas o Harriet, no, le llegó la comida con el marqués. Sonrió y buscó un lugar con sombra para esperar.

Estaba tan embelesada pensando en la noche anterior, que no advirtió la presencia de Harriet.

—¡Madre mía, Mer! ¡No pareces tú!

Con ropa prestada de sirvienta, desde luego que no parecía la señorita Tanner, debía parecer Mary Abbott.

—Lo se, Hatty, lo se.

Ambas se acercaron, se abrazaron y se sentaron en el árbol, donde momentos antes Mer descansaba.

—Tengo solo media hora, mi madre quiere que vayamos de visita a casa de Lydia para saber cómo fue la cena con el marqués.

Meredith hizo un mal gesto, pero comenzó con su historia. Poco a poco, fue narrando lo ocurrido durante los últimos días, cada paso que había dado desde aquella mañana en que su tío vendió Clover Park hasta ese mismo momento. No obvió nada, ni los besos del marqués ni el encuentro con el señor Bird. Necesitaba a su amiga y sabía que ella podría guardarle el secreto. Los labios de Harriet, una vez que acabó su relato, formaban una «o» perfecta.

—¡Meredith Tanner! No sé por dónde empezar.

—Ya, ni yo tampoco, créeme.

—Bueno, comencemos con lo de tu madre, ¿sabes qué dice esa carta? ¿La llevas encima?

—Sí, siempre la llevo conmigo. —Se dio unos golpecitos en el bolsillo con la mano—. Y no, no sé nada de su contenido, solo que mi madre asegura que puede hacer que mis hermanas se presenten en sociedad y tengan un buen futuro.

Harriet frunció el ceño. Ella misma estaba prometida desde hacía tiempo con el hijo de unos amigos de sus padres, lo había visto una vez en su vida. Él le parecía pomposo y la tradición de casarlos desde la cuna, una costumbre horrible. Según le había dicho a Mer, se sentía como una vaca vendida al mejor precio. Para ella presentarse en sociedad y buscar marido era algo que no podría vivir.

—Esperemos que esta aventura acabe bien, aunque sea para tus hermanas. — Hatty hizo una pausa y, como cogiendo fuerzas, tragó y dijo:— ¿Y para ti, Mer? ¿No te podrían ayudar a ti también?

—No lo sé, pero no quiero.

—No tienes nada malo —le dijo, mientras le cogía de la mano, con una sonrisa compasiva de la boca—. No hay nada malo en ti, solo ha sido mucha mala suerte.

—Mucha, pero mucha, Hatty.

—Pero mucha, mucha, Mer, desde luego. —Sonrió incluso más—. Quizás, si le dijeras al marqués quién eres...

—¡No! Si le dijera quién soy me echaría de Clover Park. Cree que soy el adalid de la maldad, ya me lo ha dicho.

—Pero se ha interesado en ti, te ha besado y te ha prometido ser honesto. Puedes intentar confiar en él y...

—Nunca hubiese dicho que fueras una romántica, Hatty. ¿No recuerdas lo que pasó con Nicolaas? Me prometió... bueno, me prometió todo lo que se puede prometer a una mujer y me abandonó. El marqués no hará eso, pero tampoco me querrá a su lado, créeme, Harriet, estoy desahuciada.

—Vale, Mer. Te entiendo, no puedo rebatir nada ante el argumento de Nicolaas. Aunque, piénsalo. Ahora me tengo que ir o mi madre se volverá más loca aún de lo que está.

—Claro, gracias, Hatty, por todo. ¿No ha llegado carta de mi madre?

—No, cuando tenga alguna te la traigo. ¿Puedo hacer algo por ti, entre tanto?

—No, nada. Solo que nos veamos un poco de vez en cuando.

—Eso está hecho.

—Ahora debo ir a visitar a la odiosa Lydia Coleman. Deséame suerte.

—Mejor te deseo un rayo en la cabeza de Lydia para que te deje en paz.

—Cuando quieras, eres perversa, Meredith Tanner.

La llegada de Christopher con Kate no era el centro de los pensamientos de Simon, y eso se hizo patente cuando los criados tuvieron que soportar órdenes

contradictorias sobre dónde alojarlos, a qué hora llegarían y qué le gustaba a los duques tener en su habitación. Sí, su habitación, dormían escandalosamente juntos.

La cabeza de Simon intentaba regir, ordenarse y hacer las cosas bien, pero a sus pensamientos volvían las lágrimas de Mary, su olor y el momento en que se habían acercado. Algo que debería olvidarse, pues en el año de Simon debía encontrar a una mujer a su altura, no a una institutriz que, además, era la hija bastarda de un baronet, nada más y nada menos. Bueno, podría ser mucho peor y que Mary fuera Meredith, la Muerte. Un escalofrío le atravesó el cuerpo a Sim solo con pensarlo.

El mayordomo le devolvió a la realidad cuando le avisó de que un carruaje estaba llegando a Clover. Simon sonrió y fue corriendo a la entrada, estaba deseando ver a Kit.

Su hermano apareció montado en Atila, un caballo que el mismo Simon le había regalado. Se apeó del animal, abrió la puerta del carruaje y Kate surgió de ella. Parecía un alma en pena. Su cuñada era una mujer enérgica, tanto que una ocasión vio cómo le daba un puñetazo a un médico. Pero, en esos momentos, parecía la sombra de lo que fue. Alzó la vista para saludarlo con la cabeza. Tras ellos venía otro carruaje con más equipaje y los criados de ambos.

—¡Bienvenidos a Clover Park! —dijo el marqués con toda la energía posible.

—Gracias, Sim.

Kit, con su mujer del brazo, le sonrió sin ganas y le dio un golpe en el hombro como saludo.

—¿Podemos ir a la habitación?

—Claro. Gibbons —llamó al mayordomo—, acompaña a los duques a la estancia.

A Simon se le partió el corazón al ver la triste pareja que hacían. Kate no había dicho ni una sola palabra, mientras que Kit intentaba parecer animado por los dos. En cuanto se instalaran, su hermano lo buscaría, así que dio las últimas órdenes a los criados y se marchó a esperarlo. Ojalá pudiera pensar con claridad y olvidarse de cierta institutriz. Su hermano se merecía su atención, aunque poco más podría ofrecerle que su hospitalidad y su apoyo.

Con paso decidido se dirigió a ese lugar sacrosanto que había hecho que se sintiera como en casa en Clover Park: su despacho, pero una vez dentro, tuvo una visión. Bueno, no era una visión, aunque pasarse el día entero pensando en ella, bien podría haber sido solo el reflejo de su imaginación.

Mary, subida a una silla, limpiaba el ventanal que había tras su escritorio. Se encontraba tan concentrada que no lo escuchó a sus espaldas. La parte más malvada de Simon se apoderó de él y se acercó silencioso a ella. Una vez en posición, habló:

—Mary —casi gritó—, se va a caer.

Efectivamente, la chica se tambaleó y estuvo a punto de verse en el suelo, si no llega a ser por los brazos de Simon, que estuvieron prestos a sujetarla. Tal y como había planeado.

—Milord —dijo la chica, algo enfadada, una vez que se estabilizó—, ¿desea algo?

¡Claro que deseaba algo! Nada que pudiera decir en voz alta, a media tarde, en su despacho y con la puerta abierta. Pero, por Dios, claro que deseaba algo. Su cabeza, tan obnubilada durante el día, se despejó para tener una magnífica idea.

—Sí, baja, Mary, quiero hablar contigo.

—Como desee.

Esas dos palabras sonaron en su cabeza mucho más lentas, suaves y pecaminosas que lo que en realidad fueron, sin duda.

—Bien. —Tragó saliva—. Toma asiento.

La muchacha, muy servicial, se contoneó hasta sentarse en una de las sillas que había frente a su escritorio.

—Tienes formación de institutriz, ¿no es cierto? —Mary asintió—. Y durante los últimos tiempos has sido la dama de compañía de las Tanner, ¿me equivoco?

—No, milord —respondió con un tono más bajo de lo normal, como si le costara contestar.

—Bien, pues tengo un trabajo perfecto para tus aptitudes.

—¿Me mandas fuera de Clover Park? —Simon sintió un escalofrío al ver que le hacía caso y, que cuando estuvieran solos, se tratarían como a iguales.

¡Ni loco!

—Por supuesto que no, Mary. El trabajo es en el propio Clover Park.

—No lo entiendo.

—Verás, como dama de compañía de la señorita Tanner, estoy seguro de que habrás tenido que lidiar con la melancolía y la tristeza en muchas ocasiones. —La chica asintió levemente, casi sin entender cuál era su punto de vista—. Bien, pues necesito que mi cuñada, la duquesa, tenga una dama de compañía en condiciones, una que sepa cómo hacerla sonreír. Acaba de sufrir un duro golpe e imagino que, con tu experiencia, sabrás cómo animarla.

—¿Yo? ¿Con una duquesa? Milord, no parece una buena idea.

—Es perfecta. Hoy la dejaremos descansar por el ajetreo del viaje, pero mañana, a primera hora, comenzarás tu nuevo trabajo. Yo hablaré con mi hermano del arreglo. Y cada noche, puntual, espero un informe de cómo se encuentra mi cuñada. ¿Te parece un buen cambio, Mary? No más ventanales ni llevar comidas en bandejas.

La chica puso cara de estar viendo las puertas del cielo. Y sonrió. De tal manera que Simon supo que había tomado una buena decisión.

—Creo que podré, milord.

—Muy bien, ve a avisar a la señora Abbott, quiero hablar con ella antes de la cena, yo le comentaré el cambio de planes.

En ese preciso instante, en el que el hermoso cabello de Mary ondeaba un poco, al estar mal recogido, gracias al movimiento de levantarse de su asiento, Kit apareció en escena. Frunció el ceño cuando observó a la chica y la dejó marchar sin decir una sola palabra.

Antes siquiera de saludarse, Sim y Kit se abrazaron. Era su manera de decir lo mucho que lo sentían. Una vez pasado ese momento, ambos se sentaron, uno frente al otro.

—¿Cómo estás, Kit?

—Tengo que estar bien, no me queda otro remedio. Kate se ha sumido en una absoluta tristeza. —Se encogió de hombros—. Fue un desdichado accidente, Sim, pero ella se culpa por no ser más cuidadosa.

—¿Cómo ocurrió?

—Se resbaló mientras salía de la bañera, con tan mala suerte de que Della, su criada, había salido un instante de la estancia. Cuando llegó, Kate se encontraba inconsciente en el suelo.

—Es horrible, Kit, lo siento.

—Tenemos que superarlo. El médico es optimista, no hay que preocuparse a la hora de tener más hijos, solo debemos esperar un poco.

—Lo superaréis.

—Estoy convencido, pero Kate necesita salir de ese estado en el que se obliga a estar.

—Tengo una idea, Kit, no sé qué te parecerá.

—Cualquier ayuda es bienvenida, Sim. Soy todo oídos.

Meredith no sabía si debía dar saltitos de alegría o si debía darse coscorriones contra la pared. Por una parte, era maravilloso dejar de limpiar estancias; sus riñones, su espalda y sus manos se lo agradecerían mucho, pero por otra... ¿ser la dama de compañía de una duquesa? Durante los últimos años de cautiverio consentido, antes de su compromiso con Nicolaas, Mer había perdido muchas de las formas y cualidades de una dama, le daba igual. Cuando se encontraba tranquila y podía despejar su mente de las cargas que llevaba a sus espaldas, podía llegar a ser hasta deslenguada, como bien le había advertido su madre. ¿Y si decía alguna cosa inconveniente delante de una duquesa? ¡Eso podría ser su ruina! Además, la presunción de Simon de que solo por haber estado cerca de Meredith, la Muerte, podría animar a alguien, era ridícula. Ella

no era un alma en pena, aunque tuviera razones para serlo, no se vanagloriaba de ese aspecto de su personalidad. Sus caídas de ánimo duraban días, luego tenía que cuidar de sus hermanas y de su madre, y todo pasaba. Como en esos momentos, en los que debía estar furiosa por lo acaecido y, en el fondo, le daba igual.

¡Fuera Meredith, la Muerte!

Cuando llegara Eugene Brown, habría vivido una aventura, una que había sido a ratos divertida y a ratos frustrante, pero mucho más de lo que hubiese pensado jamás que viviría ella. Luego, se marcharía a Italia con la certeza de saber que ella era mucho más que un adalid de la mala suerte, que una criada, que una dama o que la hija o hermana de alguien. Ella era algo más. Meredith se estaba conociendo a sí misma y no estaba resultando ser tan malo.

Aquella noche, la señora Abbott le presentó a la criada personal de la duquesa, una mujer francesa llamada Adella que, de primeras, no se mostró muy conforme con aquella situación. Fue educada mientras el ama de llaves estuvo presente, pero una vez que se quedaron a solas, en el saloncito donde tomaban el té, surgieron sus dudas.

—¿Y qué credenciales tiene para poder acompañar a mi señora, *mademoiselle*? —preguntó con un acento francés velado por los años.

Eso mismo se había preguntado Meredith momentos antes, pero la forma grosera y con ínfulas en la que se lo había cuestionado la chica, le hizo sacar su peor cara.

—¿Está poniendo en duda una decisión tomada personalmente por el marqués?

La francesa la miró achicando los ojos, sonrió y se tomó su tiempo para decir:

—Oh, comprendo.

—¿Qué comprende? —Mer le sostuvo la mirada, intentando descifrar qué le pasaba por la cabeza a esa mujer.

—La situación. —Sonrió como si hubiera descubierto un secreto de estado—. Si no quiere darme sus... *credenciales* a mí, tendrá que hacerlo a la duquesa mañana. Yo le informaré del resto, no se preocupe.

—¿De qué quiere informar? No lo comprendo.

—De su relación con el marqués. —Soltó aquella frase como si le estuviera dando un consejo de cómo arreglar mejor el pelo rizado.

Meredith supo que, con aquella criada, ya había demasiadas personas que creían que ella y Simon tenían una relación más allá de la de empleador y empleada. Por un instante, deseó que eso fuera verdad.

—No existe tal cosa, solo soy una sirvienta más de la casa, con la salvedad de que mi madre es el ama de llaves.

—Ya. Entonces, ¿qué la hace tan... apta para el puesto, *mademoiselle*?

Meredith tomó aire y creyó que valía la pena alejar la sombra de una aventura con Simon. Si lo veía desde otro punto de vista, quizás ponerse a ella misma de excusa era algo, incluso, divertido.

—Meredith, la Muerte, ¿la conoce?

—Meredith, *la Mort*... ¿La dama a la que plantaron en el altar hace unos meses, delante de sus invitados, en su fiesta de compromiso, y que había matado a dos pretendientes anteriores? Sí, creo que sé quién es.

—Eso no es el todo cierto. —No se cansaría de relatar su verdad a quien quisiera escucharla—. Nicolaas no la dejó frente a los asistentes, le envió una nota esa madrugada. No fue tan dramático.

—A mí me parece muy dramático, pero ¿qué tiene eso que ver con mi señora?

—Yo fui su dama de compañía durante un tiempo. —La mentira surgió de su boca sin problema, se estaba haciendo una experta—. Y el señor ha creído que sabría lidiar con la tristeza, ya que era el pan de cada día en esta casa.

—Pero Meredith, *la Mort*, no se recuperó del golpe, se dice que ahora anda llorando por los rincones como una loca, que está esperando su ingreso en Bedlam.

—Créame, Adella, Meredith está divinamente, no llora por los rincones y su salud mental está en perfecto estado. Al menos, la última vez que la vi. Lo que ocurre con ella es que hay mucha leyenda a su alrededor.

Tras sus palabras, la mujer sonrió, como si hubiese sacado toda la información que requería de ella.

—Bien, bueno, ¿quién soy yo para desobedecer al marqués? —Se encogió de hombros la muy bribona que, tras sonsacarle lo que quiso, parecía que lo había hecho solo por charlar—. Mañana, cuando la señora haya desayunado, la haré llamar para que la conozca.

A Meredith le hubiese gustado tener algún tipo de excusa para poder ver a Simon otra vez ese día, pero no la tuvo. Y no fue por falta de intentos. De ese modo, cuando se levantó al día siguiente, no lo hizo con una sonrisa en la boca. Aunque se sentía contenta. Ella sería una gran dama de compañía y le haría unos informes más que detallados al marqués.

Se estaba volviendo loca.

Su alegría creció cuando la señora Abbott le indicó su nueva posición en la casa. Simon había previsto que, al ser la dama de compañía de la duquesa, se trasladara al piso de arriba, a una de las habitaciones de invitados. Ya habían arreglado la estancia cuando Meredith entró y se encontró sus pocos vestidos ordenados. Además, se le informó de que esa misma tarde acudiría a una modista para confeccionarle trajes para sus nuevas funciones.

Orden de Simon, ese hombre no sabía hacer nada a mitad.

Cuando se quedó sola en la habitación, esperando la llegada de Adella, para presentarle a la duquesa, no pudo perder la ocasión de tumbarse en la cama y notar que no había bultos. Esa noche dormiría como un bebé. Tomó nota mental de que si alguna vez volvía a tener servidumbre a su cargo, repartiría el dinero para que ellos también pudieran descansar bien.

Sonrió pensando que Simon se encontraba a unos escasos metros de distancia. Quizás, en aquel momento, se estuviera vistiendo para bajar a desayunar. Ella lo había hecho con los criados, pero a partir de ese día, lo podría hacer con los señores.

Tonteando con la idea del marqués en poca ropa la encontró Adella cuando abrió la puerta.

—*Mademoiselle* —dijo con tono de sorna. Meredith se levantó de un salto, sin parar de sonreír—, mi señora la espera.

Aunque pareciera algo imposible el día anterior, ese pequeño gesto, que no dijera nada sobre su felicidad al verse acostada en una cama de verdad, hizo que tuviera más simpatía por Adelle.

Siguió a la francesa por el pasillo y contó las habitaciones que pasaban. Estaba alojada a solo cinco de Simon. ¡Como si no lo supiera de antemano! Pero ese cálculo le ayudó a calmar los nervios. Además, habían instalado a los duques en la habitación que fue de Margie, la más grande tras las de sus padres. Cuando abrió la puerta y entró, le resultó extraño no encontrar los enseres de su hermana, sus ropas o a ella misma. El corazón le dio un vuelco y deseó, por un momento, poder estar con ellas. Las echaba de menos.

Aunque tocaba centrarse en la duquesa.

Sentada en una silla, mirando a través de la ventana, se encontraba Catherine, duquesa de Alma. Delgada, con los ojos hundidos y con ojeras, no parecía tener ganas de mucha compañía. Aun así, se presentó.

—Su excelencia —dijo mientras hacía una reverencia digna—, soy Mary Abbott, su nueva dama de compañía.

Su excelencia no se dignó en echarle una mirada, así que Meredith se quedó de pie, esperando, mientras Adella recogía la ropa de su señora. Era toda una suerte que la duquesa española no asistiese a su fiesta de compromiso, pues no se encontraba en Inglaterra por aquel entonces. Aunque a las pocas semanas, ella misma se había casado con su esposo.

Meredith, gracias a ese trabajo, había conseguido dejar de ser una sirvienta, jugar un poco con fuego con Simon Shelbrook y una posición más elevada en la casa. No iba a dejar que la melancolía de la duquesa fuera un impedimento para continuar allí hasta que el señor Brown se dignara en aparecer.

—Su excelencia —casi gritó—, ¿puedo sentarme?

—Oh. —La mujer, al fin, se fijó en ella. Y en sus ojos solo pudo ver tristeza. Bueno, pues para eso estaba Meredith allí—. ¿Es usted la enviada de Simon?

—Bueno, soy su dama de compañía.

—Dama de compañía, niñera o carcelera. Me da igual. La verdad es que desearía estar sola.

—Me sentaré a su lado y no molestaré —dijo a la par que sonreía y se sentaba, sin pedir permiso.

Y eso hizo. Su primer día fue silencioso y aburrido. Por la tarde, la modista le tomó las medidas y volvió a sentarse a mirar por la ventana con la duquesa. Por la noche, poco tuvo que decirle al marqués que, por cierto, no estaba solo, sino que su hermano también esperaba como agua de mayo algún gesto en su esposa.

Si ese iba a ser su día a día, iba a ser mucho mejor cambiarlo.

Pero no, su día a día no fue así, básicamente porque el duque no se quería despegar de su mujer, y eso le daba a ella casi todo el día libre. Solo por las tardes, cuando salía a cabalgar con su hermano, dejaba de hacerle compañía a Kate.

A la tercera tarde de aburrimiento absoluto, Meredith decidió cambiar de táctica. Obligó a Adella a ser su compinche, y ambas, con mucha paciencia, convencieron a la duquesa a bajar y sentarse en la biblioteca. Un lugar mucho más cómodo y civilizado que la habitación que compartía con el duque. Sin lugar a dudas.

—¿Ha leído *Historias de sociedad*? —preguntó Meredith. Sabía que ese libro no era el adecuado para ella, le hacía sufrir, pero que quizás divertiría a alguien de nobleza.

—No, era algo que tenía pendiente de hacer —respondió mientras mantenía la mirada fija en las llamas.

—Está bien, pues ha llegado el momento de que lo haga. Se lo leeré.

—No hace falta, estoy bien así.

—Se lo leeré, he dicho.

Kate se encogió de hombros, y Meredith comenzó a leer.

Gracias a que el libro estaba ubicado en la única temporada que la duquesa de Alma había pasado en Londres, poco a poco comenzó a relatar quiénes creía que eran cada uno de los personajes del libro. La mayor incógnita, por supuesto, era si los protagonistas estaban basados en alguna pareja real. Meredith lo dudaba.

Durante la primera tarde de lectura, consiguió de la duquesa casi una conversación sobre lo que le había leído. En la segunda, ya hablaron sin reparos, pues Meredith, aunque no había frecuentado Londres, conocía a aquellas personas de las que hablaban de oídas. Y en la tercera, consiguió que Catherine casi sonriera.

Mer no pensaba que hubiese obrado un milagro, observaba todos los días cómo Christopher cuidaba a Kate, cómo se hablaban entre ellos y qué hacían para sobrevivir a ese horrible golpe del destino. Ella solo había ayudado un poco y se sentía muy bien con su propio trabajo.

Por las noches, sin importar la hora, bajaba a contarle a Simon y a Chris los avances con la duquesa. Ellos la escuchaban encantados y la despachaban para que descansara.

Meredith comenzó a echar de menos la intimidad que había compartido con el marqués antes de la llegada de su familia. Pero también pensó que era lo mejor, ella no debía acercarse mucho a la gente o podría salir perjudicada. El mundo de Meredith, la Muerte, era eso, muerte.

Sin embargo, durante la cuarta noche algo cambió. Cuando Meredith entró en el despacho de Simon, este se encontraba solo observando las llamas que calentaban la estancia. Al pasar, como hacía siempre, cerró la puerta.

—Siéntate, Mary. —Se giró hacia ella y sonrió—. ¿Quieres algo? —Negó con la cabeza—. Bien, pues cuéntame cómo ha estado hoy mi cuñada.

—Elocuente, milord. Seguimos leyendo *Historias de sociedad* y se aventuró a identificar a varios personajes pero, debo decir, que ella tiene más imaginación que la propia autora. ¿Sabía que para ella el difunto lord Edenford era Midas y lady Edenford era la reina de Saba?

—Primera noticia. Aunque no me extraña.

Simon se sentó al lado de Meredith en el único sofá que había en la estancia. Mientras que ella se había situado junto al fuego, él lo hizo en la otra punta, dejando un cuerpo de diferencia entre ambos.

—Creo que va mejorando poco a poco.

—Sí, estoy convencido de que alejarse del lugar donde ocurrió le ha venido bien.

Meredith sonrió. Simon esbozó una sonrisa pensativa.

—¿Qué ocurre, milord?

—¿Recuerdas que te prometí que no te mentiría?

—Claro. —Y ella hizo lo mismo sabiendo que no lo podía mantener.

—Creo que es mejor que te marches por esta noche, Mary —dijo al tiempo que se acercaba a ella.

—¿Por qué razón?

—Porque, si te quedas más tiempo a mi lado, acabaré abalanzándome sobre ti.

El corazón a Meredith se le desbocó.

—Por eso mismo —susurró Simon, acercando su cuerpo al de ella—. Deberías marcharte ahora que te he avisado.

Lo lógico, en una situación como aquella, siendo Mer una dama bien educada, habría sido levantarse y correr. Bueno, quizá no correr, pero sí andar lo más deprisa posible. Sin embargo, lo que hizo fue dar el último pasó que les quedaba para juntarse, para estar piel con piel o vestido con traje, según como se viera.

La sonrisa de Simon iluminó la estancia.

Meredith se humedeció los labios.

Por un momento, la habitación quedó suspendida, el fuego no crepitaba, el viento que soplaba en el exterior se había calmado y sus respiraciones no eran tan fuertes como debían.

Simon alargó la mano y le rozó los labios a Meredith, siguiendo la misma estela que, momentos antes, había seguido ella con su propia lengua. La misma mano le recorrió la cara hasta llegar a su cuello donde, a base de caricias, llegó a su nuca. Con muy poco esfuerzo la atrajo hacia él y la besó.

Al principio, el beso fue lento, pausado, casi hipnótico. Meredith se dejó llevar, emitiendo pequeños ruidos de placer, mientras él, con su mano en su nuca, la masajeaba. Cuando su acercamiento se volvió mucho más fuerte, con la otra mano, Simon comenzó a acariciarla, primero la cintura, para subir hasta sus pechos. En otra circunstancia, más formal, Meredith hubiese debido llevar más capas de ropa y el miriñaque, pero en el campo se obviaba el mismo en algunas ocasiones, utilizando solo el almidón de la ropa para dejarla con la forma perfecta. Así que, cuando el marqués quiso desvestirla por la parte de arriba, se encontró una fortaleza difícil de asaltar, para su desgracia, no podía vestir sin corsé. Sin embargo, cuando exploró por debajo de su falda, pudo profundizar más en sus caricias.

Sus labios se separaron para que Simon pudiera hacerse cargo de su cara y de su cuello, sus cuerpos se fueron amoldando, rozando y tocando hasta que ella se encontró tumbada en el sofá con el marqués recostado a su lado.

Pronto, la mano de Simon consiguió llegar a un lugar tan íntimo que Meredith tenía olvidado. La confianza en él era tal que dejó que avanzara a su antojo, hasta que notó que uno de sus dedos tocaba una zona delicada, sensible y placentera. Su primer impulso fue pararlo, pedirle que no siguiera. Pero ¿quién iba a querer a Meredith, la Muerte? Si no aprovechaba esa oportunidad se perdería algo que, de otra manera, no experimentaría jamás. Simon Shelbrook no la amaba, eso lo sabía, pero sí la apreciaba hasta tal punto de ser cariñoso con ella. Eso debía valer.

Meredith se quitó la coraza de señorita y decidió disfrutar de lo que estaban haciendo.

Con un gesto de sus manos, Simon pidió que ella abriera las piernas, algo escandaloso que, minutos antes, habría jurado no hacer, pero sus manos eran mágicas y sacaban de ella todo lo que querían. Pronto se vio sin ropa interior, expuesta ante él.

Y cómo la mirada del marqués la recorría sin tapujos ni vergüenza. Igual que se sentía ella.

Las caricias de Simon la hicieron gemir, vibrar y sonreír. Cada vez que la tocaba, sentía cómo el placer le subía por el cuerpo, una sensación que no había conocido comenzó a anidar en esa parte tan escondida de su cuerpo. Sin saber cómo, supo que estaba a punto de llegar a un placer más grande. Y en susurros le pidió más con su boca pegada a la de Simon.

Hasta que explotó, algo en su interior explotó y sucumbió a una oleada de placer como no había sentido jamás. *¿Qué era eso?* Se preguntó vagamente mientras navegaba todavía por los mares de la sensualidad.

—Eres bellísima —susurró el marqués, y Meredith se lo creyó.

—Eso es... ¿ya no soy...? —Tenía la cabeza tan perdida en su mundo que no atisbaba a preguntar lo que debía.

—Sigues siendo virgen, Mary. Solo has experimentado algo de placer. —La besó de nuevo y le arregló el vestido, mientras ella se dejaba hacer.

—¿Algo de placer? ¿Es que hay más?

—Mucho más, querida, mucho más. Pero para eso, debemos derribar otro tipo de barreras. —Sonrió—. Y dudo que quieras hacerlo. Eso, Mary —dijo mientras le daba un beso en la nariz—, te convertiría en mi amante. Y te cerraría las puertas del matrimonio.

—¿No soy ya tu amante?

—No, no en el sentido estricto de la palabra.

Hay más, pensó.

—Ahora, deberías irte a dormir, seguro que estás cansada.

No había escuchado en su vida un consejo más sabio. Subió la escalera hacia su habitación en una nube y, en cuanto puso la cabeza en la almohada, cayó rendida, no sin antes volver a pensar que eso que había experimentado era solo el aperitivo de algo más.

Algo más.

Capítulo XII

A la mañana siguiente, se levantó con la sensación de haber descansado más que ningún día desde que se fueron sus hermanas. Aunque pronto se dio cuenta de que la casa rebosaba actividad. Los nuevos criados se habían hecho con la rutina a la perfección, y todos y cada uno de ellos tenían algo que hacer. Todos, menos Meredith.

Desde que trabajaba como dama de compañía tenía muchas horas muertas. Así que solía bajar para ayudar en lo posible a la señora Abbott. Dormir en el piso de arriba le parecía ya una gran ventaja, pero, además, algunas veces había acompañado a la duquesa en el almuerzo, por lo que también comía con los señores. En el resto de ocasiones, seguía compartiendo mesa en el piso de abajo, con los criados.

Incluso antes de salir de su habitación, ya sabía que la casa vibraba. Algo estaba ocurriendo. No era que Mer se levantara tarde, sino que algo se movía en la superficie de Clover Park. Esa certeza se confirmó durante el desayuno, cuando comentaron que había llegado un invitado a primera hora: Eugene Brown.

Nada más y nada menos.

Meredith se puso nerviosa al escuchar su nombre. Por un lado, un sentimiento de alegría se le agarró al pecho, al fin podría volver con su familia. Sin embargo, otro de melancolía, vieja amiga de Mer, se agarró a su garganta, lugar donde tuvo que colocar su mano para poder controlarla. Ahora que todo marchaba bien, que era feliz en Clover Park como no lo había sido en años, que era, incluso, aceptada, debía abandonar. Otra vez.

Se agarró con más fuerza el cuello, observó que nadie se fijara en ella. De su boca surgió un pequeño suspiro y volvió a aceptar lo que estaba a punto de acontecer. Era algo que, antes o después, sabía que debía ocurrir.

La carta de su madre le quemaba en el bolsillo del vestido. Nunca se separaba de ella, era como un talismán. Y ahora se desprendería de ese bien tanpreciado, de su única excusa para seguir en Clover Park y pasar tiempo con Simon, quien, por cierto, le había regalado una experiencia la noche anterior que no olvidaría y por la que no se sentía culpable. Y con Kate, a la que le había tomado mucho cariño.

Esa mañana, según le había informado, no acompañaría a la duquesa, que estaría ocupada con el nuevo visitante. Si requerían su asistencia, la llamarían. Así que la señora Abbott le comunicó su nueva tarea: mirarían unos libros que llevaba el ama de llaves para actualizarlos en tanto a las nuevas criadas que habían llegado junto al marqués. Una tarea tediosa que no había tenido tiempo de realizar. Meredith creyó entender que el problema había sido la falta de ganas, pero no dijo nada. Ella lo haría gustosa, siempre que pudiera encontrarse con el señor Brown en algún momento del día. Algo que le prometió su madre ficticia con una sonrisa.

Pasó la mañana con la cabeza dividida entre los libros y la carta de su madre. La debía entregar, sin demora, pero se quedaría con las ganas de conocer su contenido. Le picaba la curiosidad y había sido fuerte al no abrirla y terminar con esa trama que su madre había forjado. Y aun siendo su prioridad el poder encontrarse con el señor Brown, fue imposible por la mañana, a la hora del almuerzo y por la tarde.

Ese hombre había estado todo el día ocupado y monopolizado.

Aunque halló la manera de dar con él.

Meredith se encontraba en la puerta de las habitaciones del señor Brown, esperando a que su ayuda de cámara, un hombre mayor y muy amable, acabara de vestirlo y le comunicara que la hija del ama de llaves esperaba para verlo.

Algo muy fuera de lo corriente.

Miraba a la derecha y a la izquierda, no quería encontrarse con Simon en el pasillo y tener que dar explicaciones. No sabía qué milonga podría contarle, y, en realidad, no tenía ninguna intención de mentirle de nuevo, o, bueno, más de lo necesario, en realidad. Haber cambiado su nombre, su familia y su identidad parecían suficientes embustes para toda una vida.

Mientras observaba el pasillo que daba a las habitaciones de Simon, que una vez fueron de su padre, la puerta se abrió, y el amable ayuda de cámara salió y le indicó que podía pasar.

—No es habitual que una institutriz quiera hablar conmigo, señorita Abbott —dijo el hombre nada más entrar—. Me tiene intrigado.

Sonrió y, con ese simple gesto, le infundió confianza a Meredith. Algo en él le transmitía tranquilidad.

Titubeó en la entrada antes de entornar la puerta. Ante ella se encontraba un hombre que, de no ser por su pelo casi blanco, podría haberse hecho pasar por el hermano mayor de Simon. Por lo que había investigado, Eugene Brown rondaría los cuarenta y cinco años, se dedicaba al comercio, pues su familia tenía negocios en Gales, y era el mejor amigo del duque de Albertany.

—El asunto que quiero tratar es delicado, señor.

—No logro alcanzar ni el asunto que le trae hasta mí ni lo delicado que pueda ser. Ya le he dicho que me tiene en ascuas. No sea tímida, señorita Abbott, la escucho. — Con esa última frase, el hombre hizo un gesto de cortesía para que ella comenzara cuanto antes con su requerimiento.

Meredith decidió sacar del bolsillo la carta de su madre. Se encontraba algo ajada por haberla mantenido consigo todos esos días. Antes de entregársela, antes de perderla de vista para siempre, se vio en la obligación de dar una pequeña explicación. Así, sin dejar de mirar la letra pulcra de lady Honora en el sobre donde solo podía leerse «Para Gene», habló:

—Espero que sea un hombre que pueda mantener los secretos bajo llave, señor Brown, pues con esta carta creo que se encontrará con varios. No soy la señorita Abbott, soy la señorita Tanner, la mayor, Meredith. Mi madre, Honora, escribió esta misiva para usted y quiso que yo se la entregara en mano. No sé qué dice en ella, es algo privado entre usted y mi madre, pero es algo tan importante como para que yo me haya hospedado en Clover Park con un nombre falso. Espero que sepa entender la envergadura de todo lo que acabo de contarle.

Alzó la vista, y ese hombre, antes risueño e intrigado, estaba pálido y con la boca desencajada. Al ser tan alto y delgado, en un primer momento, le pareció desgarbado, pero tras su discurso, se encogió un poco más. Meredith le tendió la carta, y él tardó un poco en alcanzarla.

Observó la misiva con la misma adoración que Meredith la había mirado antes, luego levantó la vista hasta ella, se fijó en los detalles de su cara y se giró hacia el otro lado de la habitación.

Ella esperó de pie, con la espalda bien recta, mientras él devoraba las letras que había escrito su madre. Se paseó por la estancia en pocas zancadas, para luego darle la vuelta a la carta y sentarse en una silla que había frente a un escritorio. Se tapó los ojos con la mano, y Meredith creyó que se había olvidado de ella.

¿Qué debía hacer? ¿Debía sacar a ese hombre de su trance? ¿Debía carraspear, hablar o toser con disimulo? En esos momentos le habría encantado haberle hecho un poco más de caso a su madre cuando intentaba inculcarle nociones básicas en la cabeza, que ella olvidó tras la muerte de dos prometidos.

Cuando la situación ya parecía ser absurda, el hombre salió de sus pensamientos.

—Siempre supe que había algo tras tu nombre.

—¿Tras mi nombre?

—Que Honora te hubiese llamado Meredith...

—Sí, a más de una persona le ha llamado la atención. Estando tan lejos del mar...

—¿Del mar?

—Mi nombre significa «diosa del mar» o algo así, según me comentó mi madre.

—Significa «señor del mar».

—¿Señor? ¡Oh! Es cierto, mi madre me contó que en Gales es un nombre que se usa más en hombre que en mujer.

—¿Y te contó por qué te lo puso?

—Sí, me lo había puesto por alguien muy especial a quien conoció. Por su forma de hablar, supongo que se refería a una amiga muy querida que ya no está entre nosotros.

Eugene asintió con la cabeza y desvió la mirada, como si un horrendo recuerdo le cruzara la mente o como si mirarla de nuevo fuera algo insoportable.

—¿Y bien, señor? ¿Qué le comunicaba mi madre en la misiva? Solo sé que este esfuerzo es para ayudar a mis hermanas, ¿lo hará?

—Con sinceridad, ya que tú has sido honesta conmigo, Meredith, te diré que no lo sé. Debo hablar con tu madre.

—Comprendo. Mañana me marcharé a casa de mis abuelos y le diré que le entregué su carta. Si quiere escribirle una a cambio, yo se la puedo dar en mano. Le prometo que llegará sin percances.

—¿Tu madre se hospeda con tus abuelos maternos?

—Así es, señor. Ella y mis tres hermanas.

—Bien, pues seré yo quien le dé una respuesta en persona. —El señor Brown hizo una pausa y cerró los puños—. Pero, Meredith, ¿podrías quedarte ese tiempo en Clover Park?

La pregunta le resulto extraña e inadecuada. Una vez realizada su misión, no tenía más excusas para quedarse.

—Quiero hablar con tu madre primero —dijo con convicción. El color había vuelto a su cara y ahora en su cabeza parecía haber surgido un mecanismo que daba vueltas—, luego mandaré a alguien a por ti o vendré yo. Pero, entre tanto, necesito que te quedes en Clover Park. Deberemos contarle a Simon la verdad, por supuesto...

—¡No! Eso es imposible, por favor. —Sin ningún esfuerzo, había cedido a la idea de continuar al lado del marqués.

—¿Qué ocurre? No podemos seguir engañándolo, en cuanto conozca tu identidad arreglaremos esta situación. La duquesa es una carabina perfecta y...

—¿No está al tanto de los rumores que corren sobre mí? —El señor Brown se quedó quieto, como esperando más información—. Me llaman Meredith, la Muerte, señor. Soy la mala suerte personificada y sé de buena tinta que el marqués no me querrá en esta casa. Si quiere que me siga hospedando en ella, deberé seguir siendo la señorita Mary Abbott. La señora Abbott es una buena carabina, se lo aseguro, no se le escapa nada.

El hombre achicó los ojos y asintió.

—Qué así sea, Meredith. Pero mandaré a por ti en poco tiempo.

—Las importantes son mis hermanas, señor, no yo.

—Las ayudaré en todo lo posible, Meredith, pero tú también eres importante.

—Gracias —dijo de corazón—. Pero tampoco puede decirle a mi madre que me hospedo en Clover Park, es una historia que debe conocer por mí, ella piensa que estoy en casa de una amiga.

—Tenías razón desde el principio, Meredith, esta misiva conlleva muchos secretos. No te preocupes, si la señora Abbott es tan de fiar como dices, mantendré tu secreto a salvo. Solo cuídate.

Esa frase se quedó flotando en el ambiente durante un rato, como forjando un hilo invisible que los unía a los dos, dándole calor y ánimos.

—Y, ahora, márchate. Se me hace tarde. No me despediré de ti por la mañana, será mejor para salvaguardar tu fachada de institutriz.

Se despidieron con la cabeza, y ella abandonó la estancia. Mientras bajaba la escalera de servicio, pensó que bien podría haberse negado o haber opuesto más resistencia a que ese hombre, que no conocía de nada, pero al que su madre parecía tenerle un gran respeto, organizara su vida en las próximas semanas, obligándola a vivir en Clover Park. Meredith jamás se hubiese negado, pues eso le daba la excusa perfecta para poder seguir al lado de Simon durante un tiempo. Sin importar de donde viniera la idea, era más que bienvenida.

Cada día se estaba volviendo más tonta.

Capítulo XIII

Simon nunca había tenido una opinión contraria al onanismo, máxime si era la antesala de algo más. Pero la noche anterior no había dudado en hacerlo dos veces: la primera, a Mary; y, la segunda, a él mismo, cuando la chica se marchó. Bueno, como si no lo hubiese hecho otras tantas veces desde que ella había entrado en su vida.

Había disfrutado con el mero hecho de darle placer, de ver cómo ella descubría un mundo entero sin pedir nada a cambio. Una experiencia nueva para Mary y para él. Pero no podía pedirle más. Suficiente con lo que habían hecho. Aunque, para su desgracia, eso le había dejado con ganas de más, de mucho más, de hecho.

La idea de hacer de Mary su amante había desaparecido al conocerla más en profundidad. No era una mujer que se conformara con poco, las circunstancias de su nacimiento y su situación actual la habían abocado a un segundo o tercer plano de la sociedad, pero a Simon le parecía con ella un todo o nada. Si le planteara una situación más seria, más formal, sería algo duradero, no momentáneo. Y eso arruinaría los planes de matrimonio del marqués.

Había sido una noche especial, un momento mágico, que quedaría en el recuerdo. Debía alejarse de esa mujer.

La llegada del tío Gene había sido una sorpresa y una alegría a la vez. Gracias a él pudo dejar de pensar a cada momento en lo vivido con Mary como si fuera un chiquillo de quince años. Parecía que no había tocado a otra mujer en su vida, ¡válgame el cielo!

Como era de esperar, Eugene no sabía nada de la desgracia de Kit. No era un hombre que frecuentara los salones de baile, le gustaba estar al cargo de sus negocios y en su Gales natal. Que fuera el mejor amigo de su padre había sido una carambola del destino, pues eran tan distintos como el día y la noche. Su padre era soñador, rico de cuna y despreocupado; mientras que tío Gene había podido costearse una buena educación gracias al negocio de su padre, que él mismo había continuado, era un hombre con los pies en la tierra y trabajador. Aun así, los dos se querían como hermanos. Al ser los únicos varones de una familia plagada de mujeres, se habían entendido a la perfección. Y la excentricidad de su padre también había ayudado a que su mejor amigo no fuera una persona con título. Desde que Simon había tenido uso de razón, durante el verano, su tío Gene pasaba unos días con ellos.

Al tener mejor cabeza que su progenitor para los negocios, había sido él quien le había hablado de la compra de Clover Park. Le había ayudado en todo momento, pero no asistió a la firma del contrato. Ahora había llegado para ver cómo le iba a Simon, quien era, según palabras suyas, su *sobrino* favorito.

—Todo va viento en popa, tío Gene.

—Me alegro mucho, muchacho —le dijo, mientras observaban las obras de los establos—. ¿Cuándo bajará Christopher? Quiero verlo.

—Almorzaremos con él, está avisado.

—Bien, ¿y Catherine?

—La veremos para cenar, suele pasar la tarde con su dama de compañía leyendo *Historias de sociedad*.

—Ese libro está causando sensación. Las hijas de Bronwyn están entusiasmadas con él.

—Tus hermanas solo han tenido hijas, ¿no es así? —preguntó, pensando en la suerte de tener a Chris, a Robert y a Damon en su vida.

—Sí... ¡qué Dios me libre! Es por eso que intento pasar más tiempo con vosotros.

Ambos se rieron y continuaron su visita a la mansión. Simon creyó que era mejor dejar que Kate se recuperara a su ritmo, así que decidió no molestarla mientras pasaba la tarde con Mary. Además, no verla también era un aliciente, ya que la noche anterior todavía estaba muy presente y no quería perder el control. Estaba volviendo a su adolescencia por esa mujer y no le gustaba nada esa sensación.

Tío Gene le dio varios consejos interesantes para aprovechar al máximo la capacidad de la finca, le dio su visto bueno al señor Bauer y distrajo a Kit de su situación familiar. Simon esperaba que se quedara unos días con ellos. Fue por eso que se sorprendió tanto cuando, durante la cena, anunció que se marchaba al día siguiente, pero que volvería pronto. No pudo sonsacarle ni una palabra de su repentina marcha. No había recibido ninguna misiva ni nada que él supiera y, por sus palabras de esa misma mañana, pensaba quedarse con él unos días. Su cambio de parecer le pareció extraño, más en alguien como tío Gene, que no actuaba sin pensar. Pero creyó que cada persona debía tener su parcela de intimidad. Si necesitaba algo, sabía que Simon estaría siempre para ayudarlo.

A causa de la noticia de la pronta partida de Eugene, la cena se acortó, ya que se marcharía, incluso, antes de desayunar. Kate se retiró pronto, junto con Gene, y Kit los siguió minutos después. Simon se vio solo en la sala de lectura sin ganas de leer. Y, como le había mandado una nota a Mary indicándole que ya no requeriría de sus informes, se fue a la cama con la sensación de no saber qué diantres pasaba bajo su propio techo.

Su nuevo ayuda de cámara le desvistió y se marchó cuando ya se encontraba listo para irse a la cama. Miró en su mesita de noche las tres o cuatro obras que siempre llevaba en danza, era un ávido lector; no soportaba empezar solo un libro. Y, mientras decidía qué humor tenía y con cuál quería continuar, la puerta de su habitación se abrió.

Mary entró en su alcoba. Agitada, cerró la puerta y se apoyó en la misma. Parecía que hubiese corrido un maratón. Sus ojos, abiertos de par en par, denotaban ansiedad

y su pecho subía y bajaba con un movimiento hipnótico. Antes de que Simon pudiera preguntar qué ocurría, la chica habló:

—Quiero ser tu amante.

Simon no se hubiera sorprendido más si la reina Victoria hubiese decidido divorciarse del príncipe Alberto y se hubiese presentado en su alcoba para comentárselo. Durante todo el día había intentado olvidarse de ella, de su olor, de su tacto, de su manera de gemir, en pos de lo que era mejor para Mary. Se centró en sus invitados, en la finca y en cualquier tontería que lo alejara de ella, pero había sido inútil. Y ahora ella se presentaba en su habitación y le hacía semejante proposición.

El marqués podría haberle preguntado a qué venía ese cambio, haber dudado o, incluso, haberse negado. No iba a hacer ninguna de esas tres cosas. Por lo que atravesó la habitación en cuatro zancadas y se abalanzó sobre Mary.

Si ella quería ser su amante, él no se lo iba a impedir.

Saqueó su boca como si fuera la última fuente de agua potable en un desierto. Ella no se amedrentó y demostró la misma pasión que él. Comenzó deshaciendo la trenza que llevaba hecha para dormir y se llenó las manos con su pelo rizado. Seguían en la puerta, y a Simon le daba absolutamente igual. A Mary también, al parecer.

Con presteza, impulsado por la ansiedad, comenzó a desabrochar los botones que hacían de su camisión una prenda recatada y horrible. Él prefería verla desnuda. Cuando el último botón, que llegaba al pecho, se desabotonó, Simon paró de besarla para poder observar sus pechos desnudos. Eran generosos, redondos y con unos pezones grandes de color café con leche, y se encontraban henchidos y dispuestos para él.

Solo para él.

Comenzó a besarlos, mientras escuchaba pequeños gemidos que surgían de la boca de Mary. Era todo perfecto, tan perfecto, que quiso más. Se separó un paso de ella, no sin antes susurrarle al oído «quíatelo para mí». Ella, con una timidez que encendía cada poro de la piel de Simon, dejó que la prenda fuera deslizándose con lentitud por su cuerpo. Mientras, el marqués se hacía cargo de quitarse la poca ropa que llevaba encima. No quería obstáculos entre ellos.

El tiempo se detuvo ante sus dos cuerpos desnudos, ella respiraba con agitación, con los ojos desorbitados, casi con seguridad sin saber bien qué hacer a continuación. Simon decidió ayudarle en el camino hacía él, tomó su mano y se la puso en el pecho.

—Haz lo que quieras —le dijo con la voz ronca.

Le había pedido que lo torturara.

Los dedos de Mary pasaron por cada uno de los rincones de Simon como una pluma, la espera era un martirio que debía soportar. Pero ella solo se detenía en el

torso, como si pasar sus manos más allá de la cintura fuera una línea que no se debía traspasar. Lo que no sabía Mary era que esa línea, la que no se debía cruzar, estaba ya tan lejos que se confundía con el horizonte. Esa noche iba a ser suya, de eso estaba seguro.

Cuando su inspección se convirtió en algo que no podía soportar, Simon la alzó en brazos. Ella jadeó y se rio a la vez, un sonido extraño de euforia que le hizo desearla incluso más. La depositó en la cama con cuidado. Mary tenía las mejillas sonrosadas, la boca húmeda y unos ojos que le pedían más y, si ella quería más, él le daría más. Fue a hundirse en su cuerpo cuando ella habló.

—¿Va a dolerme?

—No tiene por qué. Si estás segura, el placer superará cualquier molestia que puedas tener.

—Estoy segura.

Por supuesto, era virgen. Simon nunca había lo había dudado.

Con los dedos recorrió su estómago y comenzó a bajar hasta llegar al punto más delicado de su cuerpo, ese que había conocido la noche anterior y estaba deseando profundizar más en él. Con las manos, con delicadeza, le pidió que le dejara hueco y con un dedo comenzó a acariciarle los labios, esperando a que se humedecieran y se abrieran para él. Con la otra mano comenzó a acariciarle un pecho y ella comenzó a moldearse ante él. Se retorció, suspiró y, al final, volvió a verla llegar al orgasmo con un grito de placer.

Simon la observó jadear y cerrar los ojos. Se acercó a ella, casi se tumbó encima de su cuerpo, laxo por el esfuerzo, y le susurró:

—Todavía hay más.

Mary, sin abrir los ojos, sonrió.

Atrapó su boca con la suya, la besó, la saqueó hasta conseguir que ella se excitara de nuevo. La necesitaba despierta, alerta, y no adormecida. Una vez que obtuvo toda su atención, volvió a ocuparse con sus manos de ella. Estaba húmeda tras el éxtasis, y decidió entrar en ella con delicadeza, no quería hacerle daño.

Cuando Mary sonrió al notar su intento de intrusión, Simon creyó que perdería los nervios. Quería que esa experiencia fuera memorable, inolvidable. Así que se quedó en la postura en la que estaba y la observó, sabía que sería una imagen con la que soñaría toda su vida: ella entregada completamente a él, con su melena rizada esparcida por su cama y con sus ojos soñadores.

—Eres perfecta —susurró.

Notó cómo el cuerpo de Mary se estremecía gracias a sus palabras, que no era más que la verdad, lo que estaba viendo en esos momentos: una Venus. Volvió a introducirse hasta entrar completamente en ella. Los dos estaban tan ensimismados el

uno con el otro que no notaron romper la barrera de su virginidad, aunque a Simon no le cabía ninguna duda de que lo era. Así mejor, sin dolor habría más placer.

Comenzó a hacer círculos con los dedos en su sexo, mientras entraba y salía notando sus vibraciones, sus jadeos y sus movimientos. No podía parar de mirar a Mary, que ya se había abandonado al placer, con los ojos cerrados, disfrutaba de cada sensación que le proporcionaba el cuerpo de Simon. Sus jadeos se hicieron más fuertes, más rápidos, y él comenzó a mover con más decisión su mano y su cuerpo entero. Cuando ella apretó los ojos, gritó y se dejó llevar. Simon perdió el control y empezó su orgasmo justo cuando acababa el de ella.

Se derrumbó encima de Mary y la besó con locura. Esa mujer sería su perdición.

Meredith todavía vivía en esa nube gloriosa donde solo existían Simon y ella, cuando él paró de darle besos en el cuello. Salió de su interior y sintió que algo le faltaba, algo muy importante se marchaba con él. El marqués se acercó al aguamanil y con un paño se dedicó a lavarla. Era una escena entre excitante y cotidiana. Tras acabar con su trabajo se recostó a su lado.

Había deseado vivir ese momento desde el mismo instante en que Simon la besó en uno de los caminos de Clover Park, pero había tomado la decisión cuando se vio definitivamente alejada de él. Había una fuerza extraña que la atraía al marqués, no se arrepentía en absoluto de lo que acababan de hacer. Ella no iba a casarse con nadie, nadie la querría de esa manera y, llegados a ese punto, solo quería repetir esa experiencia con él. Solo con él.

—Ahora eres mi amante.

—Soy tu amante —repitió ella—. Pero con condiciones.

Él se recostó de lado, apoyó la cabeza en la mano y alzó las cejas a modo de incredulidad.

—Solo seré tu amante hasta que regreses a Londres. —O hasta que ella se tuviese que marchar, pero no lo dijo.

—Eso es muy poco tiempo. Unas semanas, apenas.

—Es lo que puedo darte.

—Ya hablaremos más adelante. —Susurró a su oído, y comenzó a besarle.

—No —dijo ella con convicción—, tras ese tiempo, haremos como que nada hubiese pasado.

—Mary —la llamó por ese nombre que comenzaba a odiar, le hubiese encantado que la llamara por su nombre de verdad, escuchar Meredith de sus labios sin que tuviera un tinte amargo. Él le dio un beso en el pecho—, ahora disfruta del presente. No sabemos lo que ocurrirá mañana.

—Yo, sí. —Se levantó de la cama, desnuda pero sin vergüenza—. Que tengo que trabajar.

—Quédate a dormir, olvídate de trabajar mañana, tu jefe te lo perdona. Además, la duquesa solo te requiere por las tardes.

Meredith se acercó a la cama y le dio un beso en los labios. Si ella no se hubiese estrellado tantas veces en la vida, se enamoraría de ese hombre, pero solo podía disfrutar de los días que le había regalado la vida. No debía darle más de sí misma, pues, de otra manera, se podría perder.

—Vendré a visitarlo mañana por la noche, milord —dijo con un tono servil, pero con una chispa en los ojos.

¿Qué diablo se había metido en su cuerpo?

Cuando Meredith abrió los ojos en la habitación de invitados del piso de arriba, se tapó la cara con la sábana. ¿Qué le había picado la noche anterior? Había sido una descarada y estaba más que orgullosa de sí misma. Durante años había sufrido el acoso de la sociedad, y ahora que se podía desembrazar de eso, se sentía una mujer nueva. Y, en cierta manera, lo era, ya no era la Meredith de ayer, se sentía fuerte, viva y poderosa.

Sabía que desde el momento en que había decidido quedarse más tiempo en Clover Park tomaría sus propias decisiones, y estas pasaban por Simon Shelbrook y, quizá, también acababan con él. Había perdido toda esperanza de amoldarse a una sociedad donde se la temía y donde se hablaba de ella a sus espaldas. Había elegido ser feliz, aunque fuera un pequeño periodo de tiempo, y era algo de lo que no se podía arrepentir.

Durante los siguientes días, la rutina, una rutina maravillosa y placentera, se alojó en su vida. Por las mañanas ayudaba a la señora Abbott; las tardes las pasaba con la duquesa, que cada día se encontraba mejor; y por las noches, bueno, por las noches, se escabullía como una ladrona a la habitación de Simon o él mismo, cuando no lo podía soportar más, se presentaba en su alcoba. Establecieron la norma de dormir separados, pues, de otra manera, podrían ser descubiertos.

Parecía que el plan de la señora Abbott de apartarla del marqués no estaba dando todo el resultado posible, pero Simon le confesó que él lo seguía a rajatabla durante el día, pues, si se la encontrara por Clover Park, no tendría otra opción que acosarla en cualquier habitación. Ella rio encantada con su confesión, sabiendo que mentía, nadie se volvía loco por Meredith, la Muerte. Nadie.

Las noches habían pasado a ser el mejor momento del día. Debía esperar a que la casa se tranquilizara para poder levantarse y llegar a la habitación del marqués, donde este la esperaba ya desnudo —a veces llevaba una bata— y se dedicaban a amarse casi hasta el amanecer. Dormitaban uno en brazos del otro, pero llegada cierta hora, ella se marchaba para que nadie la pudiera ver.

Una mañana, mientras se arreglaba el pelo y tatareaba un soniquete, la señora Abbott apareció en la puerta. Meredith se puso nerviosa pues, esa noche, Simon la había pasado con ella, pero el ama de llaves no pareció ver nada raro ni en ella ni en su alcoba. Le entregó una carta que Harriet le había hecho llegar y le informó de que la esperaba en media hora en su saloncito para continuar sus tareas.

La misiva era de su madre. Tan solo hacía una semana que el señor Brown se había marchado de Clover Park, por lo que, al leerla, no había noticias ni de él ni del futuro de sus hermanas. La escueta carta solo le informaba de algún agravio doméstico menor, protagonizado por Madie, ¡cómo no!, y de cómo se iban amoldando a su nueva vida.

Por un momento se sintió culpable. Meredith estaba disfrutando de su estancia en Clover Park, mientras que el futuro de sus hermanas pendía de un hilo. ¿Debía hacer algo más por ellas o había hecho todo lo posible?

—¿Molesto? —preguntó Simon, que se acercó a ella por la espalda y le besó el cuello.

—¿Qué haces aquí? Alguien podría verte.

—No lo he podido remediar, la puerta estaba medio abierta y te he visto tan concentrada en esa carta, ¿de quién es?

De mi madre. De mi verdadera madre, Simon.

—De las Tanner —mintió... ¿O no?

Simon le dio un beso mientras le sujetaba el cuello. Ambos sonrieron.

—Me tengo que ir o no respondo —dijo el marqués.

—Hará bien, milord.

—¿Milord? ¡Cómo odio que no me llames Simon!

—¡Fuera! —gritó entre risas.

—Hasta esta noche, Mary.

Meredith guardó la misiva en un cajón y pensó que, mientras durara su estancia en Clover Park, no pensaba tener ni un solo remordimiento.

Aquella noche, recién estrenado el mes de marzo, Simon disfrutó de la primera cena de verdad con su hermano y su cuñada. Kate parecía casi recuperada; el aire del campo le había cambiado el aspecto. Así que la velada transcurrió entre risas y los últimos cotilleos de su propia familia. Ver a su hermano tan feliz hizo que Sim tuviera un pinchazo de celos, ¿sería él alguna vez tan feliz con una esposa? Lo dudaba. Para Kit su posición de segundón de los Shelbrook había sido siempre una carga, Simon lo sabía bien, pero lo que no había podido comprender su hermano era que, gracias a

eso, él había tenido una posición distinta a la hora de vivir y elegir. Y en el tema matrimonial, su título no había sido un problema.

Cuando terminaron de degustar el faisán que habían cocinado para ellos, pasaron a la biblioteca. Simon sintió un escalofrío pensando en cómo había besado en esos sillones a Mary unos días antes. Y sintió la anticipación de volver a verla esa misma noche.

—Creo que Lizzy volverá a la carga esta temporada —comentó Chris mientras se servía una copa.

—¿A qué te refieres? —preguntó su mujer, sentada en un sillón junto al fuego.

—¿Para qué sirve la temporada, Kitty Cat? ¿Para que los Shelbrook busquen esposa de mano de su hermana!

—Pues no sería en tu caso...

—No juzgues a Liz con seriedad, Kate —dijo Simon, defendiéndola—. Solo vela por los cabezas duras de sus hermanos. Contigo se equivocó, pero otras veces ha acertado.

—Pues ánimo, Simon. Sus atenciones fraternales serán todas para ti. Luego le tocará a Robert y, una vez que estéis situados, ya será una madre pata contenta al ver a sus patitos bien avenidos.

—No será un problema. He determinado que esta temporada la acabaré casado. No puedo esperar más.

Ambos se quedaron callados observando a Simon como si tuviera un mono en la cabeza. Él nunca había sido reacio al matrimonio, solo con encadenarse a una mujer que no lo mereciera, que fuera su ruina. Tenía pánico a que le ocurriera como a su padre con su madre. Lady Arabella le había dado dos hijos: el propio Simon y Christopher. Y, cuando hubo dado un heredero al ducado y un repuesto, se olvidó de ellos, de su matrimonio, de su marido y de todo lo que significaba su posición. Tuvo tantos amantes que murió con el de turno en un accidente de carruaje en Albertany Hall. Ese era el gran temor de Simon, verse como su padre avocado a un matrimonio oscuro; no pedía amor, pero sí respeto y comprensión mutua.

Sus miedos podrían haberse visto apaciguados con las dos siguientes mujeres de su padre. La primera, lady Anne, había sido su madre en realidad, los cuidó como si lo fuera y les regaló a sus otros hermanos: Robert y Elizabeth, los gemelos, y a Damon, el más pequeño. La siguiente duquesa fue una pesadilla para Lizzy, pues todo le daba envidia, pero, en cierto modo, no fue una mala compañera para su padre. Ahora, el duque estaba casado por cuarta vez con lady Theresa, que tenía, más o menos, la misma edad que Christopher, pero que hacía inmensamente feliz a su padre, a quien se veía más joven y de mejor humor. Gracias a esa burbuja de felicidad infinita, los empujes de su progenitor para que Simon se casara eran incluso mayores.

La vida amorosa de su padre había sido un devenir de buenos y malos momentos, pero para colmo, a su alrededor, no había habido parejas felices hasta hacía bien poco. Robert había renunciado a ese tipo de felicidad en pos de su carrera, Lizzy se había

casado con un amigo de Simon, Michael Holden, y su matrimonio era un absoluto desastre, llevaban más de siete años separados, y Damon, su hermano más pequeño, había ido de falda en falda desde que tenía uso de razón. Aunque ahora estuviera casado y feliz con una familia completada gracias a su sobrina Anne, su historia tampoco fue un campo de rosas.

Sin embargo, en esos momentos de su vida, parecía que la felicidad sonreía a los Shelbrook, en cuestión de dos años, su padre había desposado a Theresa, Damon a Frances –tras un viaje de ida y vuelta a Gretna Green– y Chris había encontrado a Kate. La situación de Lizzy era ya un desastre tan absoluto que no tenía solución y el corazón de Robert había encontrado su pareja hacía años, pero las circunstancias habían cerrado esa puerta para siempre.

Solo quedaba él. Y se había propuesto encontrar una marquesa ese año.

—Me parece una idea espléndida, Simon —dijo su cuñada interrumpiendo ese extraño momento de silencio—. Si necesitas algún tipo de ayuda, estaré encantada de proporcionártela.

—Gracias, querida, lo tendré en cuenta.

—Creo que me retiraré, hoy me siento muy cansada.

—Te acompaño. ¿Te importa que te dejemos tan pronto, Simon?

No le importaba en absoluto, es más, lo deseaba.

—Me las apañaré.

Apuró su copa, esperó unos minutos a que la pareja subiera la escalera y se cobijara en su habitación para subir a su estancia. Despidió a su ayuda de cámara con rapidez. Su ansia le hacía esperarla desnudo, aunque también deseaba que sus dedos recorrieran su cuerpo quitando prendas. Si lograba calmar el ardor que le proporcionaba la espera, algún día lo haría.

Aquella noche Mary tardó más de lo habitual. Y Simon pasó a la cama. Cuando la manija de la puerta se movió y la vio entrar a la estancia, sintió que había estado conteniendo el aliento hasta su llegada. Una vez con ella a su lado, se olvidaba de lo demás.

Meredith descansaba tumbada encima de Simon. Acababan de hacer el amor y se sentía lánguida, hermosa y deseada. La mano de su amante le acariciaba la espalda con lentitud, mientras el sonido del fuego interrumpía sus pensamientos. Ojalá pudiera quedarse así toda la vida.

—Quiero replantear nuestro acuerdo —soltó el marqués sin previo aviso.

—Yo no —respondió ella con la boca pastosa, el sueño estaba por llegar.

—Escucha mi propuesta, sopésala y luego dame una respuesta, ¿de acuerdo?

Ella se quedó un rato callada, hasta que él llamó su atención dándole una palmada en el trasero.

—Conforme.

—Voy a casarme esta temporada. —Meredith pensó que esa no era la mejor manera de comenzar esa conversación—. Seguramente lo haré con una dama estirada, en el mejor de los casos podré mantener con ella una amistad, pero nunca lo que tengo contigo, eso me parece imposible. Es por eso que quiero mantenerte a mi lado. Te propongo una vida conmigo, no una vida pública, sería imposible, pero sí una vida privada. Podremos ser felices en una casa que será nuestra. Donde quieras, aquí, en estos campos, en Londres, en Edimburgo... donde quieras. Te lo prometo.

—¿Y si te cansas de mí? —preguntó Meredith alzando la cabeza para mirarle a los ojos.

—Eso no ocurrirá, Mary.

—¿Y si ocurre?

—Te proveeré para que no pases estrecheces.

—¿Y si vienen niños?

—Los querré y los cuidaré siempre, te lo prometo.

Meredith volvió a apoyar la cabeza en su pecho. Simon se quedó callado, como si entendiera que necesitaba tiempo para sopesar las opciones. Durante su vida había sido presa del qué dirán, de las habladurías y de las conveniencias sociales, solo se las había saltado con él. Sabía que sería feliz con sus migajas, con el tiempo que le pudiera robar a su esposa de verdad, la que compartiría su título, su vida, su familia y sus hijos legítimos. Meredith podía ser feliz así, se imaginó una casa en Londres, pequeña, nada ostentosa. Por las mañanas pintaría, tendría pocos criados, por las tardes podría leer o ver a alguna amiga que no le hubiese dado de lado, Harriet nunca lo haría. Y por las noches, no todas, por supuesto, las pasaría con él, a su lado, siendo la mujer más deseada del mundo.

Sí, sin duda Meredith podría ser feliz así, pero su familia no.

Si se supiera que ella era la amante de Simon, sería un escándalo difícil de superar, pero si se conociera el hecho de que, además, era su mantenida —¡qué palabra tan fea!— sería su ruina total. Ninguna de sus hermanas encontraría un hueco en la sociedad, serían apestadas, y mucho menos podrían pensar en casarse. Incluso cabía la posibilidad de que sus abuelos las repudiaran y quedarían a merced de hombres sin escrúpulos. No les deseaba eso. Si había comenzado esa aventura disfrazada de sirvienta había sido por ellas, y la acabaría de la mejor manera también por su amor hacia ellas. Se merecían una vida de verdad, la que ellas quisieran, sin necesidad de pasar penurias.

Con todo el dolor de su corazón, iba a rechazar la propuesta, pero algo saltó en su cabeza, si lo hiciera, Simon insistiría hasta arrancarle una promesa, y ella se vería más

que tentada a no romperla. Si le daba largas, en cuanto apareciera el señor Brown y solucionara el problema, se marcharía.

—Me lo pensaré —mintió, y sintió cómo en el corazón se le abría otra brecha.

—Me ha dicho un pajarito —dijo Christopher entrando al despacho de Simon— que estás jugando con una chica de por aquí.

—No hace ni diez días que estás en Clover Park, ¿y ya tienes espías?

Chris se encogió de hombros.

—No es un pajarito, es un pajarraco, tiene acento francés y le ha puesto la cabeza loca a Kate.

—¿Desde cuándo te preocupan mis amantes, Chris?

—¡Desde nunca! ¡Dios me libre! Pero como jamás hemos tenido reparos en hablar del tema, creí que con esta tampoco.

—Y no lo tengo.

—¿Es verdad que era una sirvienta, Sim? —preguntó Chris mientras se sentaba en una de las sillas frente a su escritorio.

—Es una historia mucho más larga. —Su hermano le hizo un gesto para que continuase—. En realidad, es la hija bastarda del anterior dueño de la casa, se crio junto a las hermanas Tanner y tiene buena educación. Pero, por las estrecheces económicas, la dejaron aquí y tuvo que trabajar como sirvienta.

—Y sigue trabajando... ¡Cómo dama de compañía de mi esposa! ¡No tienes vergüenza ni la has conocido! —Kit se rio, mientras Sim esbozaba una sonrisa.

—En contra de mi voluntad, te lo aseguro. Suficiente tiene conmigo.

—Le hace mucho bien a Kate, sea o no tu amante.

—Es que Mary es alguien muy especial.

—Hablas de ella como si...

—¿Como si qué?

—Como si te estuvieras enamorando.

—No sé si será para tanto. Pero admito que tiene algo que me hace perder la cabeza.

—Pues quiero que sepas que es muy posible que mi mujer hable con ella y no te permita seguir manteniendo ese tipo de relación con ella sin un papel de por medio.

Simon alzó una ceja.

—¿Que no me lo permitirá? —Sonrió Sim con picardía, lo último que quería era a su cuñada ahuyentando a Mary—. ¿Y cómo lo hará? Si puede saberse.

—Me hará montar guardia en tu puerta —dijo con sorna Kit.

—Tu mujer, al final, te requerirá en otro sitio.

—Ella me hará los relevos, no lo dudes.

—No veo a la duquesa de guardia.

—Pues mandará al pajarraco francés.

—Basta, Kit. Dejad mis asuntos en paz.

—Como guste el señor marqués, aunque no puedo prometer nada en nombre de Kate. —Hizo un gesto negativo con la cabeza. Simon sabía que poco podía hacer su hermano con su esposa—. ¿Y cómo casa esta nueva amante en tus planes de matrimonio?

—No cambia nada, no sé a qué te refieres.

Christopher sonrió. Su hermano era la viva imagen de su padre, enamorado y sentimental. Kate había resultado ser una duquesa, pero si hubiese sido una mendiga de la calle también la hubiese desposado. Simon no era así, él tenía que ser perfecto y velar por mucho más que por su corazón, también lo hacía por su apellido, por su título, que, en un día muy lejano, sería el de duque, y por todo lo que le rodeaba. Ser el hermano mayor tenía muchas ventajas, sí, pero también el inconveniente de no poder ser libre como Kit.

—Le he propuesto que sea mi única amante, le compraré una casa y la mantendré.

—Es un paso muy importante, Sim. No sé cómo le sentará a tu futura mujer.

—No voy a preocuparme por una hipotética esposa.

—¿Y los niños? Porque sabes que al final habrá niños.

—Se criarán bien. No lo dudes ni por un momento.

—Pero como bastardos.

—Lo superarán.

Kit levantó las manos como si se rindiera, como si hubiese hecho todos los esfuerzos posibles por unos sobrinos imaginarios. Simon era feliz con Mary, ¿eso no bastaba? No podía ser tan descuidado como Kit, él tenía que mirar más allá, pero no renunciaría a su felicidad con facilidad.

Aquella tarde, mientras el sol templaba los campos fuera de la casa, la duquesa, su criada y ella decidieron salir al patio. Desde un primer momento, lo que más llamó la atención de Meredith fue la gran confianza que mantenían Adella y la duquesa, para

ella era algo impensable. Se llevaba bien con la servidumbre de Clover Park, pero jamás había tenido una relación tan íntima, esa la guardaba para sus hermanas. En un momento dado, Catherine Drake mandó a su criada a hacer un recado y ambas se quedaron solas.

—Sin duda es verdad —dijo de una manera enigmática—. No sé cómo no me había dado cuenta antes.

Meredith no respondió, no sabía a qué demonios se refería. La duquesa se acomodó en su asiento y la observó con detenimiento. Ella tenía un libro en la mano, habían elegido otro tras acabar con *Historias de sociedad* y aún no lo habían empezado.

—Siempre me has hecho una reverencia perfecta para una dama, hablas con mucha corrección y te desenvuelves de una manera distinta a las demás. No sé qué te ha llevado a la servidumbre, Mary, pero debo contarte un secreto a voces: no se te da bien. Las pocas veces que has hecho cosas por las mañanas con Della, siempre acaba quejándose de ti. Lo achacaba a tu formación de institutriz, pero ¿qué hija de sirviente se cría con las damas de la casa? Solo la hija del señor...

Meredith se giró con los ojos como platos. ¿Qué le podía decir a esa mujer? ¡Era duquesa! La podía aplastar con un dedo.

—No te alarmes, no diré nada. Puedo ser muy discreta.

—Pero... ahora que lo sabe, no sé si es apropiado que sea su dama de compañía, su excelencia.

—¿Por qué razón? ¿Por lo de tu ilegitimidad? Si no se lo cuentas a mi madre, todo perfecto. Tengo un primo que también sufre del mismo mal, y no por eso hemos dejado de hablarnos. Piénsalo, Mary, no me quedaré tantos días; aunque mis vestidos digan lo contrario, fue la indecisión quien los trajo y no yo misma. Entre tanto, solo quiero saber una cosa, debemos tener confianza, ¿sabes lo que estás haciendo con Simon? —Kate paró un momento su perorata, esperando una respuesta quizá—. No sois muy disimulados, Della os caló el primer día. Parece ser que los demás hacen oídos sordos a tus pasos por el pasillo de noche.

Meredith se puso colorada como un tomate. Debía abandonar Clover Park, huir del país, mudarse a la otra punta de los dominios de su majestad, ¿cómo sería Camboya? Si los criados se enteraban de su aventura, pronto correrían rumores, alguien llamaría a su puerta, y alguien podría desvelar su propia identidad.

—Su excelencia, el marqués... yo...

Kate achicó los ojos y levantó el mentón.

—Simon es atrayente, magnético, diría yo. Entiendo que te guste, no te voy a juzgar por hacerlo, solo quiero que tengas en cuenta que, llegado el caso en que lo necesites, puedes contar conmigo. No importa que seas institutriz, bastarda o una dama, puedes tomar tus propias decisiones, Dios sabe que yo siempre he tomado las mías a mi manera. Pero ten cuidado, no vaya a ser que el juego te salga caro.

Dicho aquello, la duquesa le hizo un gesto con la mano para que comenzara a leer. Meredith titubeó al principio, pero lo hizo. A aquella mujer no le importaba nada, bueno, solo le interesaban las personas, y eso era algo con lo que no había contado. Se sintió asustada y protegida a la vez, una sensación extraña.

Aquella noche Meredith cenó con los Shelbrook. Disfrutó de una comida a su lado, se rio de sus bromas y fue una más entre ellos. Pero ella ya había rozado la felicidad con los dedos en varias ocasiones y se había escapado como si metiera la mano en un saco de sal, entre los dedos y sin avisar. Y como en su vida, en la sal nada podía vivir. Así que se tomó esa noche como un pequeño descanso de los sinsabores que acompañaban siempre a Meredith, la Muerte.

Cuando entró en su habitación, una sensación de pérdida la inundaba, ese era un sueño que no podía durar. El destino, que nunca le había sido favorable, estaría agazapado en algún sitio. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que eso no podía salir bien, algo se derrumbaría en algún momento. La experiencia le había enseñado que la gente que se acercaba a ella moría o desaparecía. Quizás Simon no tuviera que sufrir un destino cruel, ojalá fuera así, pero ella acabaría destrozada de nuevo. Con solo pensar en que él pudiera hacerle el mismo daño que le había hecho Nicolaas, un nudo se le alojaba en la garganta y no le dejaba respirar. El daño sería mucho mayor con Simon como protagonista. Con el marqués estaba viviendo nuevas experiencias y estaba descubriendo que hasta Meredith, la Muerte, podía ser amada y sentirse libre, algo que no había sentido hasta ese momento.

Apoyó la espalda en la pared. La habitación parecía la misma que había conocido siempre. La cama en el centro, una repisa con libros, el fuego crepitando, un armario, una silla, un aguamanil y un tocador. Nada había cambiado, pero Meredith era distinta. Sus dos primeros prometidos no habían significado más que la estabilidad y el sueño de ser alguien más que la señorita Tanner, la rica muchacha fea que consiguió hacerse con el premio de la temporada. Nicolaas fue su amigo, su confidente y la única solución a los males de su familia, estar casada con él parecía algo conveniente y seguro. Pero Simon era otra cosa, había despertado en Meredith un fuego que ella pensaba apagado o extinto, había conseguido hacerla soñar y, además, ahora lo podía decir sin duda alguna: estaba enamorada de él. De las pequeñas arrugas que se formaban en su cara cuando sonreía, de la forma que tenía de mover las manos cuando mentía a todas luces, de su cara cuando le hacía el amor o de su risa cuando bromeaba con ella.

No podía dejar que le pasara nada. Meredith le daría una semana más a Eugene Brown para aparecer por Clover Park. Si no lo hacía, ella se marcharía. Le pediría a su madre que utilizara otras vías, pues ella se iría a Italia, donde su mala suerte no pudiera tocar a Simon Shelbrook. Él encontraría una esposa esa temporada y se olvidaría de ella. Si tenía suerte, dentro de muchos años, volvería a verlo sano y salvo, con una caterva de niños, entre ellos un heredero, y una mujer que lo hizo feliz.

Pero eso sería en el futuro, el presente estaba en su puerta. Tenía una sonrisa en la boca, unas lindas arrugas en los ojos y una impaciencia que le había hecho ir a su habitación en vez de esperar a que ella lo buscara. Otra noche más en los brazos de Simon, comenzaba la cuenta atrás para marcharse.

Capítulo XIV

Lady Honora salió de la casa de sus padres para que nadie notara sus nervios. Hacía ya mucho tiempo que había dejado a Meredith con Harriet, que le había enviado una carta y no había tenido noticias de ella. Sabía que su hija mayor sabía cuidarse bien, sin embargo, una sensación de desasosiego la acompañaba desde que le había mandado la misión de salvar a sus hermanas. Se sentía culpable, ya había fallado a Meredith en varias ocasiones, no podía fallarles a las demás.

Se detuvo en el camino que daba a su antigua casa y la observó con ojos renovados. Era un desastre. El hogar de su infancia había envejecido mal. Nada era igual desde la muerte de Virgil. Meredith no lo sabía, pero su vida había estado marcada desde su nacimiento por la muerte.

Honora sacudió la cabeza, debía centrarse en su familia. Todavía escuchaba de lejos la lección de francés que Mehetabel intentaba darle a Madelaine, su hija menor, que parecía no gustarle nada en este mundo, solo peinarse y lucir su belleza. No se lo diría a ninguna, pero ella creía que era, hasta el momento, la más agraciada. En cambio, sus otras hijas tenían cada una cualidades que las hacían únicas y fantásticas. Aptitudes, a largo plazo, mucho mejores que la belleza.

No se arrepentía de su matrimonio, ella misma lo había elegido en contra de la recomendación de su padre. Su esposo había sido un compañero callado que nunca la había amado, ni ella a él, ya dicho de paso. Honora había tenido una vida apacible a su lado, fue por eso que cuando la desgracia asoló su hogar, ella se sumió en una profunda melancolía. Con la muerte del segundo prometido de Meredith, se había debido comportar de otra manera, mejor. Aun así se dejó embaucar por los recuerdos y se encerró en vida. La muerte de su esposo fue un golpe distinto. No duele igual lo que le ocurre a los hijos que a una misma. Eso lo había aprendido por las malas. Si fuera por ella, Margaret, Mehetabel y Madelaine se quedarían estancadas así, tal y como estaban en ese momento y no crecerían más, no se darían de bruces con la vida y no sufrirían.

Eso era un imposible. La vida era un muro que no se podía rodear. Y, para su desgracia, su hija mayor ya lo sabía.

Siguió andando por el camino. Deseaba aclarar las ideas y siempre le había gustado pasear. Fue por eso que cuando se casó con el señor Tanner, agradeció tener una vida de campo y no de ciudad. Sabía que los niños se criaban mejor al aire libre. Cuando pensó en eso, los recuerdos de Virgil, Hillary y ella misma jugando por ese prado se hicieron visibles. Se tapó la cara para que un sollozo no fuera audible, se encontraba muy cerca de la casa todavía. Siguió caminando a paso rápido, pues si sus recuerdos se hacían más fuertes, podría ver a Eugene con ellos, y eso sería peligroso para su inestable situación.

Cuando su esposo falleció, la familia quedó en la miseria. El descerebrado de su hermano heredó gran parte de la fortuna ante la incapacidad de Honora de darle hijos varones a su marido. Seis embarazos habían dado como resultado dos hijas muertas y cuatro sanas.

En los campos de su familia, podía ver el paralelismo de su vida, parecía que con la muerte de Virgil, su familia solo tendría hijas, como una maldición a lo ocurrido. Pero en aquel entonces, cuando se había leído el testamento de su esposo, solo les había quedado Clover Park y la casa de Londres, y aun la finca principal tuvo que negociar Honora por sus hijas. Durante los primeros años, habían ido saliendo al paso, sin caprichos, prescindiendo de muchos criados y de la vida regalada que habían tenido hasta ese momento. Meredith se había hecho fuerte, pero también algo deslenguada, y consiguió vender unos dibujos que hacía como ilustraciones para libros. Margaret, que siempre había tenido un gusto exquisito para la moda, comenzó a vender vestidos suyos a una tienda local, nadie sabía que los manufacturaba ella y era la que más dinero conseguía. Y, por su parte, Mehetabel, cuando supo de la situación pecuniaria de la casa, gracias a los contactos de Meredith, consiguió algo de dinero traduciendo textos. Se podía sentir orgullosa de haber criado a unas chicas fuertes, aunque, a veces, dudaba de si eso era lo que una buena madre debía hacer, pues su principal objetivo debía haber sido saber cuidar de una casa y tener hijos, como había hecho ella. Aunque tras lo vivido, mandaría al diablo los convencionalismos que trataban a su hija mayor como si fuera un trapo. Aunque tampoco deseaba privarlas de la posición que siempre debieron tener.

Y fue por eso que entraban en sus planes Eugene Brown y Meredith.

Solo Mer podría llegar hasta él, era por eso que había dejado que su hija mayor se encargara del asunto. Sabía que ella era una mujer diligente, lo conseguiría. Al pensar en Eugene todos los recuerdos del pasado llegaron a su cabeza, se apelotonaban y no la dejaban respirar. Parecía que estaba viéndolo en ese mismo instante, montado a caballo, llegando a por ella, como si no hubiesen pasado más de veinte años desde la última vez que se vieron.

Honora no estaba enloqueciendo, aquella persona a caballo era Eugene. De lejos podía reconocerlo. Aunque pasara el tiempo, él siempre sería aquel muchacho, vecino de su familia, con el que disfrutó la vida antes de casarse.

A mitad de camino, él también la encontró. Bajó de su montura y se dirigió a ella lento pero seguro. Por su semblante, no parecía muy contento de verla. El sentimiento de Honora era el inverso, aun en contra de toda expectativa.

—Si fueras un hombre, te habría mandado a mi padrino para vernos al amanecer con dos armas. ¿Cómo has podido, Honora?

Ella se quedó callada, sus palabras dolían como si, en realidad, le hubiese lanzado el guante del duelo. Hubo un tiempo en que se había prometido no volver a ver más a Eugene. Pero los años habían pasado y los recuerdos se habían dulcificado.

—No hay explicación posible —respondió ella pasado un tiempo—. Enfádate conmigo, pero ayuda a mis hijas.

—No es pequeña la tarea que me pides. Debo pasar por alto el daño que me has causado, debo olvidarme de lo ocurrido para poder ayudar a tus hijas.

—¿Lo harás? —Aunque deseaba más que nada en el mundo poder hablar con él de otros temas. Tras haberle fallado a Meredith, su único objetivo era no hacerlo con las demás.

Eugene le tendió una carta.

—Es una invitación de la condesa de Byford para que dos de tus hijas puedan pasar un tiempo con ella. Por lo que sé, la pequeña aún no tiene edad. Es una solución transitoria. Buscaremos una mejor.

—¿Y Meredith? ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido contigo?

—¿Meredith? —Eugene suspiró—. Se parece tanto a ti que creí que el tiempo no había pasado por nosotros. Tuve que pedirle que se quedara un poco más en el campo, Honora; con ella cerca, no podría hablar contigo de la manera que te mereces.

Ella se quedó asombrada. Si tuviera que apostar por la hija que más se le parecía era, sin duda, Margaret. Meredith había heredado sus ojos, pero un tono más claros, lo que los hacía un tanto menos cálidos y, por lo tanto, podían asustar al más pintado. Era un poco más alta y de constitución menos fina. Sin estar robusta, ni mucho menos, pues su cara resaltaba por ser demasiado angulosa.

Aun así, Eugene la había visto en su hija.

Ignoró su rencor, era algo con lo que ya había contado de antemano.

—Ella también tendrá una temporada —sentenció su antiguo vecino—. Es parte del trato. Si voy a cuidar de tus hijas, voy a cuidar de todas, Honora. Meredith está esperando noticias para poder trasladarse Londres. En dos semanas esperan a sus hermanas.

—Estarán listas.

—Bien. Tú y yo tenemos un asunto pendiente. Primero tus hijas se marcharán, y luego podremos aclarar nuestro asunto.

Eugene se montó en su caballo y se marchó dirección a su antigua casa. Habían sido vecinos desde su nacimiento. Lo habían compartido todo, y ahora también compartían el futuro de sus hijas.

Aquella mañana, Meredith no esperaba que la duquesa requiriera su presencia, pero la llamó. Al parecer necesitaba que le hiciera compañía en la biblioteca. Marchaba rauda hacía el lugar, cuando se encontró con Harriet en el pasillo.

—¡Mer! Te estaba buscando.

Con solo escuchar su nombre, un escalofrío le cruzó la espalda y le hizo un gesto a Harriet para que callara. Su amiga chasqueó la lengua y, como si le pasara una misiva con un secreto de la Corona, deslizó un sobre de su mano a la de ella con sumo cuidado. Meredith lo observó durante un instante y reconoció la letra de su madre. Se lo guardó en el bolsillo de la falda que se había puesto. Hacía poco que su progenitora le había escrito, ¿qué ocurriría esa vez? ¿El señor Brown ya había hablado con ella? Las noticias le quemaban en el bolsillo del vestido.

—Tu uniforme no impresiona tanto como creía.

—Hatty...

—No, en serio, llevas atuendo de ir a tomar el té. ¿Dónde está la ropa de criada?

—Guardada. Ahora soy dama de compañía.

—Hablando de lo cual... Tienes que esconderte, huir del país o hacerte monja.

—¿Qué ocurre, Hatty? Me estás asustando.

—Mi madre está aquí. Ha decidido que es el mejor momento para saludar a los Shelbrook, sus nuevos y distinguidos vecinos. No he podido avisarte antes, me lo ha dicho esta misma mañana.

—¡Dios mío!

—Podrías decirle que te has quedado para ganar dinero para tus hermanas o que será mejor que no se meta en medio de una trama de contrabando. Esas son las opciones que he ideado para que te excuses. ¿Cuál te gusta más?

—No bromees, Hatty. Es un asunto muy serio.

—Mucho más lo es que tu mejor amiga te mienta. Yo preocupada por tu vida de sirvienta y te pasas el día tomando el té con una duquesa... ¡matadita a trabajar te tiene!

Meredith negó con la cabeza, agarró a su amiga del brazo y la metió en la sala más cercana. Era una habitación donde su madre había gustado pasar la tarde, pues daba a la entrada de Clover Park. Desde que Simon era el dueño del lugar y su cuñada ejercía de mujer de la casa, la sala estaba siempre vacía.

—Es una historia larga. —Mer se pensó muy bien qué iba a decir, no quería descubrir su relación con Simon—. Sabes que he sufrido mucho a causa de esta mala suerte que me persigue. —Hatty asintió con la cabeza—. Pero sobre todo por Margie, Mabel y Madie, me apena que mis circunstancias las hayan sumido a un estatus de proscritas, me gustaría que se casaran bien y fueran felices. Es por eso que cuando el marqués me ofreció ser dama de compañía acepté sin pensarlo, ella podría ayudarla.

—Qué conveniente. Me parece genial, pero tienes que esconderte de mi madre o tu fachada se caerá. Además de que pensará que tengo algo que ver con todo este asunto. Desde mi punto de vista, tu mejor opción es huir a la costa, tomar un barco y hacerte francesa o belga. Algo con clase que me dé una excusa para ir a visitarte.

—Tu madre no te dejará visitar a una prófuga, Hatty.

Su amiga chascó la boca de nuevo y puso los ojos en blanco.

—¡Todo son problemas!

Cuando las amigas comenzaron a reírse, el señor Gibbons cruzó el umbral de la puerta, las miró extrañado y cumplió su misión.

—Señoritas, las esperan en la biblioteca. No tarden.

Y Meredith pidió que la tierra se la tragase. No era la primera vez que realizaba tal petición, y la tierra nunca respondía a la misma. ¡Válgame Dios!

El señor Gibbons las esperó en la puerta, Meredith y Harriet se miraron con decisión, se cogieron de la mano y se marcharon camino a la biblioteca, donde las esperaban.

Al cruzar el umbral, la duquesa estaba sentada en un sillón y la madre de Harriet en el otro. Ambas charlaban con tranquilidad sobre lo que parecía un tema banal, a tenor de sus gestos y su tono de voz.

—¡Meredith Tanner! —dijo la señora Callcott, y con esa confirmación, estaba más que perdida.

—La señorita Tanner, madre, nos ha dado una sorpresa volviendo a Clover Park, ¿no es cierto?

—¿Cuándo has vuelto, querida?

Meredith sintió cómo las mejillas se le tornaban coloradas. Su amiga era ágil en todos los sentidos, pero su flagrante mentira debía ser secundada por la duquesa. Ella la miró, durante un instante, con decepción, pero luego se tranquilizó y sonrió sin ganas. Tardó un poco más de lo normal en hablar.

—Volvió con mi esposo y conmigo, como mi dama de compañía. ¿Quién mejor que la señorita Tanner para enseñarme el que fue su hogar?

—Nadie, sin duda. Desde siempre, la señorita Tanner —dijo con un tono jocoso, pues desde niña le había llamado Meredith o Mer, pero por deferencia a la duquesa no lo hizo, al parecer— ha sido la que más se ha preocupado por la finca, al no tener hermanos, ella siempre estaba pegada a su padre.

La duquesa alzó las cejas, como si se imaginara la escena de una pequeña Meredith querida solo por su padre corriendo por los campos. Era una idea bucólica que no se sostenía, con seguridad la duquesa estaba deseando despachar a la visita para despellejarla por haber mentido.

—¿Le está gustando el campo, su excelencia? —preguntó Harriet para romper el silencio.

—Es mucho más interesante de lo que pensaba en un primer momento. Aunque no nos quedaremos mucho más tiempo.

—¿Hasta cuándo se hospedarán en Clover Park? —preguntó la señora Callcott.

—Calculo que unos pocos días más. He de volver a Londres para la temporada.

—Nosotros este año llegaremos a mitad de abril, el señor Callcott tiene asuntos que atender hasta esas fechas.

Harriet miró para otro lado, intentando esconder su disgusto. No era su primera temporada, ni la segunda, ni siquiera la tercera. Sus padres no tenían el montante económico para soportar tantos gastos como una dama tenía durante esas fechas, pero no podía faltar. Según le había confesado a Meredith, ese año irían pasado abril para poder soportar mejor todo lo concerniente al dinero y, casi con seguridad, se volverían antes. Sus padres habían esperado que su boda se celebrara cuanto antes, pero su prometido no daba señales de querer adelantar el acontecimiento.

La conversación continuó por los derroteros habituales del tiempo, los vecinos y una invitación a verse antes de que la duquesa abandonara Clover. Cuando su amiga y su madre abandonaron la mansión, ella las acompañó a la puerta. Al volver a la biblioteca, la duquesa se había levantado, desde esa posición parecía muy cansada.

—Son muy agradables. Las invitaré a casa esta temporada, seguro que eso ayuda a Harriet a conseguir más invitaciones a bailes.

—Eso sería fantástico, su excelencia.

—Cierra la puerta, Meredith Tanner —se giró para verla—; tenemos que hablar.

Ella hizo lo que le había pedido y se quedó de pie junto al fuego.

—¿Vas a seguir siendo la amante de Simon?

La pregunta fue directa, nada correcta ni educada. Meredith no dijo nada, la respuesta era no, pero no quería dar ningún tipo de explicación sobre la misma.

—Responde, Meredith Tanner.

—Solo hasta que me marche de Clover Park.

—¿No quieres casarte con Simon? Con tu posición podrías pedirle que se casara contigo, sería lo justo. —En la voz de Kate se notaba un asco creciente a la situación.

—No voy a tener más prometidos a mis espaldas. Puede estar tranquila, su excelencia, me marcharé a final de la semana.

—Eso no es lo que me preocupa, nos has mentado a todos. ¿Por qué razón?

—Por nada malo, lo prometo. Solo... quería un futuro mejor para mis hermanas.

—¿Y en qué les beneficia a ellas que te hagas pasar por sirvienta y que...? ¿Es por dinero?

Meredith negó con la cabeza.

—Mi madre... yo... es un secreto que no me pertenece, su excelencia. Sé que no puede confiar en mí, pero, si el tiempo que hemos pasado juntas sirve de algo para forjar algún tipo de confianza, le diré no es por nada malo, no quiero perjudicarles.

—Si eso es cierto, debes decirle la verdad a Simon. Hoy, sin más demora. Si mañana no está enterado, se lo diré yo. ¿Lo has entendido, Meredith?

—Sí, claro.

—Ahora vete, no quiero verte más hasta mañana.

Se dirigió a la puerta con un nudo en el estómago. ¿Cómo se lo iba a decir a Simon?

Cuando Meredith salió de la estancia, buscó como una loca al marqués. Los criados que pasaban por su lado ponían caras raras, pero a ella le daba igual. La señora Abbott fue avisada, por supuesto, así que fue a por ella. La encontró en el invernadero de su madre, sentada en el banco donde, parecía que habían pasado años, lady Honora le entregó aquella misiva salvadora, con la cabeza gacha escondida su cara entre sus manos.

—¿Señorita Tanner?

Cuando escuchó la voz de la señora Abbott, Meredith se secó las lágrimas que habían salido, traidoras, sin avisar.

—¿Qué ocurre, señorita Tanner?

—Me han descubierto, señora Abbott. Debo contarle la verdad al marqués antes de que lo haga otra persona. O será mucho peor.

El ama de llaves suspiró y se sentó a su lado.

—Debe hacerlo cuanto antes, señorita.

El dolor en la voz de la mujer hizo que Mer se diera cuenta de algo: el puesto de trabajo de los pocos sirvientes que habían escondido su mentira estaba en juego. Por su estupidez o su egoísmo, había puesto en peligro a aquellas personas que, tan amablemente, la habían ayudado en todo momento.

—Oh, señora Abbott. —Las lágrimas traicioneras pugnaban por salir de nuevo—. Le prometo que yo acarrearé con toda la culpa, no les despedirán.

—Eso espero, señorita, eso espero —dijo mientras le tomaba la mano. Aunque su mirada seguía puesta en un punto en el infinito—. Yo puedo retirarme, hace tiempo que mi hijo me repite que tiene una habitación para mí en su casa en Londres. Me preocupa el resto.

—No llegará la sangre al río, se lo prometo.

—Confío en que sea así, señorita.

Gracias al ama de llaves, Meredith supo que Simon había acudido al pueblo a hacer unos recados junto a su hermano y el señor Bauer. Así que solo le quedaba esperar lejos de Kate, que se había enfadado con razón, había abusado de su confianza. Y de una duquesa, nada más y nada menos.

Meredith, la Muerte, se había superado en esa ocasión.

Desde el salón más cercano a las caballerizas, Meredith observaba el camino esperando a que los tres hombres asomaran por él. Pasó tanto tiempo que no pudo cuantificarlo, si habían sido horas, minutos o días, nunca lo sabría. Hasta que la silueta de Simon Shelbrook asomó, ella podría haberlo distinguido en cualquier momento y en cualquier situación.

El corazón le dio un vuelco. Quizás esa sería la última vez que, cuando la viera, sonriera.

Salió a su encuentro e hizo caso omiso a las caras de asombro cuando se acercó a ellos.

—Milord —dijo sin tener que especificar a quién se refería—, ¿podemos tener unas palabras?

Christopher cruzó una mirada retadora a Simon, que este ignoró con caballerosidad.

—Por supuesto, Mary. Demos un paseo.

Si había interrumpido una conversación o si él tenía algo más que hacer, nunca lo supo. En ese momento, su corazón desbocado no la dejaba pensar y su cabeza era como la habitación desordenada de un niño, con ideas sin sentido dando vueltas.

Pasearon unos cuantos minutos sin dirigirse la palabra y, cuando sus siluetas fueron invisibles para la casa, Simon se abalanzó para besarla. Meredith solo gimió. Pronto se vio acosada por sus labios, sus manos y su cuerpo. Una sensación maravillosa le dijo que, si no aprovechaba ese momento, no tendría otra oportunidad.

Se escondieron en la maleza y alternaron los besos con las risas, hasta que se dejaron caer en un claro escondido de miradas ajenas.

—Dime que has venido a decirme que aceptas mi propuesta —susurró Simon en un momento de paz que le dio a sus labios—. Dime que vendrás conmigo a Londres. Dame unos días y lo organizaré.

Meredith no supo cómo negarse a esa proposición.

—Has hecho que pierda la cabeza, Mary. Dime que vendrás conmigo, por favor. —Eso sería lo más cercano que estaría jamás un hombre de suplicarle amor a Meredith, la Muerte. Ella lo supo y un pinchazo le recorrió el cuerpo.

—No quería hablar de eso, milord.

—Bueno, no importa, hablemos de eso después. ¿Qué quieres, Mary? —preguntó mientras se incorporaba y se apoyaba en los codos. Mantenía el cuerpo de Meredith debajo de él y, con la mano libre, la acariciaba.

—¿Qué ocurrirá con los criados que han mentido por mí? —soltó sin pensar.

—¿Los que han ocultado tus raíces?

—Exacto, ¿qué les pasará?

—Nada, Mary, seguirán tal y como hasta ahora.

—Aunque la verdad sea mucho más profunda y dolorosa.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué verdad?

—Yo... —Las palabras se atascaron en su boca. Necesitaba tiempo, mucho tiempo para poder formular lo que quería—. Quiero contarte algo, pero... ¿Podemos hablarlo esta noche?

Solo una noche más con él.

—Claro que sí. Ahora quita ese ceño de preocupación. —Con un dedo le acarició la cara—. Nada puede ser tan malo.

Durante el resto de la tarde, Simon hizo por verse con Mary y jugaron a ser dos niños pequeños con un secreto. El primer sitio donde se encontraron fue en la escalera, donde él la arrastró a un lugar oscuro para robarle un beso; luego, de pasada por una habitación, en esa ocasión solo pudo obtener un roce de su mano y, antes de cenar, de camino al comedor, donde solo hubo sonrisas.

Simon creía saber qué le ocurría a Mary: iba a rechazar su propuesta. Lo entendía. Si él estuviera en su situación no sabría cómo actuar. Pero debía comprender que él no le podía ofrecer nada más. Su tiempo juntos se agotaba y Sim quería aprovecharlo todo lo posible, sin pensar en finales o en despedidas, sabía que siempre iba a estar atado a esa mujer.

Fue por eso que decidió no dejarla hablar, que no dijera ni una sola palabra sobre aquello que tenía que contar. Cenó pensando en ella, sin hacer caso a su hermano y a su cuñada. Si les hubiera prestado atención, se habría dado cuenta de que estaban inusualmente callados y que entre ellos había más miradas de complicidad que de costumbre. Además, también se retiraron pronto a descansar.

A Simon le dio igual.

Preparó la habitación para Mary, para intentar hacerla cambiar de opinión. Aunque, si ella finalmente no accedía, él la cuidaría siempre. Había pasado a ser alguien muy importante en su vida.

Prendió velas en la habitación y encargó algo de comer. Esa noche quería que fuera inolvidable.

Meredith no había estado tan nerviosa en su vida. Afrontar el rechazo del hombre del que se había enamorado no iba a ser sencillo. Cuando se quitó el vestido, la misiva de su madre crujó y se acordó de ella. ¿Qué querría?

Abrió el sello y leyó con avidez. ¡Estaban salvadas! El señor Brown había aceptado apadrinar a sus hermanas. Meredith se sentó a medio desvestir en su cama y sonrió. Ahora ella se podría marchar a Italia.

Suspiró. La última noche con Simon se presentaba triste.

Terminó de quitarse la ropa y se arregló para visitar al marqués. Guardó la carta de su madre en el cajón donde descansaba la otra, cogió una vela y salió al pasillo para encontrarse con él. Ojalá todo fuera distinto, ojalá pudiera ser feliz a su lado.

Contó los pasos que los separaban, más para tranquilizarse que para otra cosa. No llamó a la puerta y entró cabizbaja. No sabía cómo enfrentar su mirada.

—Mary —la voz de Simon se escuchó ronca y soñadora—, mírame, Mary.

Elevó la mirada y el marqués la esperaba solo con una bata y una sonrisa. En su mano tenía un pañuelo de seda que acariciaba con anticipación.

—Olvídate de nuestra conversación, esta noche es para nosotros dos.

Meredith sonrió, dejó la vela y decidió que no había nada en este mundo que deseara más que sentir a Simon Shelbrook haciéndole el amor. No iba a desaprovechar el momento, lo disfrutaría y, más tarde, cuando llegara el momento de su confesión, soportaría su castigo.

La bata de Simon cayó al suelo, y ella fijó su mirada en su miembro, ya listo para entrar en ella. En la habitación el ambiente era maravilloso, unas velas que daban intimidad, el fuego encendido y el marqués en el centro esperando por ella.

Ella también se desnudó, sabía que Simon adoraba verla sin nada y, esa noche, no quería hacerlo esperar. Él se acercó y ella esperó sus caricias y sus besos, pero no llegaron. Se colocó tras ella y le puso el pañuelo en los ojos.

—Te dije que había más.

La oscuridad inundó sus sentidos. Notó un roce de Simon y fue como si lo sintiera todo de una manera más profunda. Él la guio hasta la cama e hizo que se sentara. Intentó acariciarlo, pero él la detuvo. La besó con delicadeza y sus labios bajaron por su barbilla, por su cuello y por sus pechos, donde se detuvo arrancando de ella un gemido de placer. Las manos del marqués se posaron en sus muslos, los acariciaron, ella se estremeció. Pronto le pidió que los abriera y ella obedeció sin rechistar.

Esperaba la caricia de sus manos, sus dedos tocando los lugares exactos para que ella gritara de placer. Pero no fue eso lo que sintió, sino un toque corto, suave y húmedo. ¿Había sido su lengua?

Con solo ese pensamiento, Meredith notó cómo cada vez se sentía mucho más excitada. Pronto corroboró que no solo su lengua se iba a ocupar de ella, sino también

sus labios y, a ratos, sus dientes. Mientras sus manos le sujetaban los muslos. ¡Como si se fuera a escapar!

Había hecho el amor con Simon en múltiples ocasiones en las últimas semanas, pero eso era distinto. Su lengua no le daba tregua, y él lamía, chupaba y se introducía dentro de ella, a veces, también con los dedos.

Soltó un gemido de placer, que a sus oídos sonó desesperado. No veía nada, pero posó una de sus manos en la cabeza de Simon, para indicarle que ya no podía más, iba a morir de gozo.

El mundo a su alrededor estalló en pequeños pedazos y supo que él no le había mentido: había algo más. Cuando el éxtasis pasó, comenzó a reírse como una loca. Simon le quitó la venda y ella, al fin, pudo observarlo, con la cara mojada y una sonrisa de niño que había conseguido doble postre. Sin pensarlo ni un momento, lo besó.

El sabor fue extraño, era el de Simon, pero mezclado con el suyo propio. Le dio igual, solo quería estar con él. Con una mano comenzó a acariciarle el sexo. Estaba duro, henchido y con ganas de que le hicieran caso. No se dejó amedrentar.

Empujó al marqués hasta que él estuvo en la misma postura en la que ella había disfrutado de su lengua. No se lo pensó dos veces y decidió darle las mismas sensaciones.

Lamió con timidez al principio, hasta que decidió probar a metérsela en la boca. Todo parecía nuevo, todo parecía tan magnífico, como si siempre hubiera debido ser así. Se dejó llevar por los gemidos que surgían de la boca de Simon, que no paraba de susurrar su nombre, su otro nombre, el que él creía que era el suyo.

Eso la desestabilizó, no quería volver a escuchar salir un Mary de su boca, no en ese momento. Así que se levantó, se sentó encima de él y dejó que su sexo entrara en ella. Besó su boca, mientras movía sus caderas guiadas por las manos de Simon, no dejaría que él hablará más durante el tiempo que lo tuviera dentro.

Se movió con libertad y no dejó su boca libre en ningún momento. El segundo orgasmo llegó sin planear, sin avisar y con una fuerza que la arrasó. Él no tardó en seguir su camino. Ambos, derrotados, se tumbaron en la cama.

—Ma...

Meredith le puso un dedo en la boca.

—Mañana hablaremos, Simon. Ahora solo quiero dormir a tu lado.

Capítulo XV

Aquella maravillosa noche, Mary había dormido en su habitación y no se había marchado antes del amanecer. Simon la observó y sonrió, hacía mucho tiempo que no se sentía tan tranquilo al lado de una mujer. Lo cierto era que no se acordaba de la última vez que había podido ser él mismo. El perfecto Simon había querido lo que cualquier hombre de su época: una familia, unos hijos y, a poder ser, comprensión conyugal. Pero parecía algo imposible de encontrar. Nadie veía que él quería hacer algo más que ostentar un título, nadie, salvo Mary. Con ella se había sentido libre, querido y entendido. Y, una cosa que era muy importante para él, ella siempre había sido sincera. No como Constance, por ejemplo, que solo sacó sus garras cuando no le quedó más remedio. Jamás pensó que pudiera comportarse así.

Decidió despertar a Mary.

Acostada del lado contrario a él, podía observar sus hombros medio tapados por las sábanas. Comenzó besando el lóbulo de su oreja mientras, con una mano, le acariciaba la espalda. Con lentitud, Mary se giró hacia él y se desperezó con una sonrisa en los labios. Sus pechos quedaron libres de la sábana. Ambos habían dormido desnudos. Simon no iba a perder oportunidad de poder hacerse con ellos y mimarlos hasta que ella estuviera dispuesta a llegar más lejos. Enredó su lengua en uno de sus pezones, mientras el otro estaba bien vigilado por su mano, con una de sus piernas la atrajo más hacia él, y el sonido de la risa de Mary por la mañana fue como el canto de un pájaro. Ella no perdió oportunidad de acariciarle el pelo y de animarlo a ahondar en sus besos y sus caricias.

Parecía la mañana perfecta. Quizá, si siguieran así, conseguiría hacerla cambiar de opinión y convencerla de que estaba hecha para él, para pasar su vida con él. Lejos de los convencionalismos sociales. Ella haría de Simon aún más perfecto. La necesitaba y debía hacérselo entender.

—¡Oh, Dios mío, Simon!

El grito lo dejó petrificado.

¿Qué demonios...?

La puerta de la estancia se había abierto, y su hermana había entrado sin pensar. Su primera reacción fue tapar a Mary. ¿Qué hacía Lizzy en Clover Park? Sin avisar y entrando en su habitación de tan buena mañana. Bueno, quizás no de tan buena mañana, a tenor del sol que entraba por la ventana.

—¿Qué demonios haces, Elizabeth? ¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

—Perdona, Simon, perdona. Creí que estabas despierto... —dijo mientras se giraba para volver por donde había venido. Sin embargo, se paró en seco y su mirada se clavó

en el gran espejo que había en la estancia, abrió los ojos como platos y dijo—: ¡Te has vuelto loco! ¿Qué haces con Meredith, la Muerte?

No hacía nada en absoluto.

Su hermana había acudido a la fiesta en la que aquella desdichada muchacha fue abandonada por su prometido. Al ser Mary su hermanastra, la habría confundido.

—No es quien crees, Lizz. Vete, ahora hablaremos.

Su hermana se giró con la cara desencajada. Lo miró como si estuviera loco.

—Reconocería a Meredith, la Muerte, en cualquier sitio, Simon. No me puedes...

—Elizabeth, por favor. Márchate —dijo con un tono que no daba más opción a la discusión.

Su hermana lo miró ofendida, se giró con altanería y cerró la puerta con un golpe que, casi con seguridad, se había escuchado en casa de su padre en Londres.

Simon se echó las manos a la cabeza.

¡Pobre Mary!

—Perdona a mi hermana —dijo Simon, y notó cómo ella salía de la cama.

Cuando se fijó en sus ojos, se dio cuenta de que algo había cambiado, el mundo, tal y como lo conocía, había desaparecido en el lapso en que miraba a la puerta hasta que se fijó en ella. ¿Seguiría el sol saliendo por la mañana? ¿Habría una luna o dos en el firmamento?

Mary, roja de los pies a la cabeza, no sabía qué decir. Solo buscaba su ropa con las manos temblorosas.

—¿Qué ocurre? Tranquila, Elizabeth puede parecer una fiera, pero es una persona muy leal. No le contará nada a nadie. —La muchacha seguía sin mediar palabra—. Además, mi hermano y su mujer ya conocían nuestra... historia. Un secreto semejante no duraría mucho entre los Shelbrook, créeme. No tienes nada de qué preocuparte.

Se levantó y fue a abrazarla, pero ella se apartó.

—Había una cosa que quería contarte —susurró con un hilillo de voz—. Yo... no sabía cómo decírtelo... es... Yo...

En ese momento, un rayo cayó en la cabeza de Simon. No podía ser...

¿Y sí...?

—¿Mi hermana está en lo cierto? —Ella no contestó—. ¿Eres Meredith, la Muerte?

La chica siguió callada, solo le sostuvo la mirada. Si hubiese querido ahondar en ella, se habría dado cuenta de la pena que destilaban sus ojos.

—¡Contesta! ¡Maldita sea!

Simon se apartó de ella como si tuviera la peste y comenzó a vestirse. Por algún absurdo remordimiento no le parecía correcto mantener esa conversación desnudo. Lo que antes era algo natural, ahora le parecía una aberración.

De reojo pudo ver cómo ella temblaba, ¿de qué?, ¿de rabia por haber sido descubierta?, ¿de frío?, ¿de vergüenza?

—Tu silencio es elocuente —dijo cuando ya se había colocado unos calzones y una camisa.

—Soy Meredith Tanner.

—Bien, la verdad, al fin. ¿Y quién es Mary?

—Nadie, me la inventé para ti. Si hubieses sabido que Meredith Tanner vivía bajo tu techo, la hubieses echado. —Quizás tenía razón, se dijo Simon, pero eso no la justificaba en absoluto—. A Mary, la institutriz, nadie le diría nada.

—¿Y por qué razón te quedaste? ¿Qué te llevó a hacerte pasar por otra persona? ¿Reírte de mí? El estúpido marqués que no sabe con quién comparte techo y cama. ¡Me has engañado delante de mi familia, amigos, empleados y vecinos! ¿Para qué?

Simon cayó en la cuenta, era el estúpido más grande de Inglaterra. Meredith, la Muerte, quería otro prometido y había encontrado al mayor idiota de todos.

—Quieres casarte conmigo, y ahora estoy obligado moralmente. No eres una bastarda, eres una dama.

—Quise decírtelo mil veces, pero tenía miedo a tu reacción. —Simon no escuchó ni una de esas palabras.

—Me casaré contigo, Mar... Meredith. Pero no esperes ni por un momento amor o comprensión, pues yo...

—No —dijo la chica con fuerza.

—¿No qué? Nunca te perdonaré lo que me has hecho.

—No me casaré contigo.

La chica levantó el mentón y lo desafió con la mirada.

—Es uno de los privilegios de ser Meredith, la Muerte, milord —comentó con un tono de ironía en su voz. Mientras, como una reina, iba arreglándose la ropa—. Puedo decirle que no a un marqués, a un duque y a quien me de la gana. Sí, y quedarme tan tranquila. Gracias, milord, pero no estoy interesada en su propuesta.

Y con la cabeza bien alta, salió a medio vestir de la estancia. Dejando a Simon con la palabra en la boca. Él, como acto reflejo, cogió lo primero que tenía a mano, un frasco de algo, y lo tiró contra la pared.

Maldita fuera Meredith, la Muerte, y toda su leyenda negra.

Meredith escuchó el estruendo de algo rompiéndose, miró a ambos lados del pasillo y corrió a su habitación, tan cerca de la de Simon. Había sido una estúpida, debía haberle dicho que sí al marqués y así habría arreglado la vida de sus hermanas. Pero, en ese momento, no había pensado en ellas o en los criados que tenían su puesto de trabajo colgando de un hilo. No, pensó en sus palabras, en su odio y su rencor. Él había sido burlado, sí, pero ella había sido vilipendiada por algo que no podía controlar. Sí, era Meredith, la Muerte, y sí le había mentido, pero no era alguien tan ruin como para orquestar algo semejante. Y lo último que quería era tener otro prometido muerto a sus espaldas.

Ya estaba bien.

Entró en su habitación, le costaba respirar. Pensó en Eugene Brown, él le había dicho que ayudaría a sus hermanas, todavía quedaba esperanza. Y antes de marcharse hablaría con la duquesa para asegurar que nadie sufriría por su causa en Clover Park. Ahora debía hacer las maletas, no había dejado muchas cosas, y marcharse corriendo. Si no se iba ella por su propio pie, la tirarían por la ventana o algo parecido y adiós Meredith, la Muerte, ha sido un no placer conocerte.

A nadie le importaría.

Mientras recogía sus bártulos, alguien entró por la puerta. La señora Abbott la miraba con tristeza en los ojos. Ella, al verla tan preocupada, notó cómo unas lágrimas amenazaban por salir. Se mordió el labio para que el dolor fuera más fuerte y no sucumbiera al llanto.

—¿Qué ha hecho, mi niña?

Pero cuando escuchó esa frase de preocupación, Meredith sintió que las ganas de llorar, de tirarse a abrazar a su ama de llaves y dejar que las lágrimas salieran, le superaban. Aun así, se reprendió, no podía, debía huir de ese lugar lo antes posible.

—Deje sus cosas, yo las recogeré.

—No, no hay tiempo, debo marcharme.

—Antes de que atraviere la puerta principal la estarán reclamando. La esperan en el comedor para desayunar.

—¿Qué?

—El marqués, la duquesa, el duque, la condesa y el señor Brown, esperan por usted.

Meredith se vistió con la ayuda de la señora Abbott con uno de los viejos vestidos que había dejado en el armario. Se arregló el pelo y salió de su habitación. Su casa le parecía ajena, otro lugar. En ella ya no veía las marcas de la infancia o de la juventud, sino los besos robados a Simon. Era curioso ver cómo los recuerdos se asocian a lugares donde se ha tenido la felicidad más absoluta o a la tristeza más oscura. En ese

rincón, Simon le había besado la noche pasada antes de entrar a su habitación, pero al pie de la escalera fue cuando se enteró de la muerte de su padre. Esa casa era una mezcla de dolor y alegrías.

Al bajar al piso principal, se acordó de la vez que Margie le había dicho que sería presentada en sociedad como una princesa y le prometió que su futuro marido se haría cargo de Meredith para siempre. En ese momento, solo había sido maldecida por dos muertes. En la siguiente habitación, Simon había abogado por su persona frente al señor Bird y había visto algo en ella por lo que luchar.

El peor sitio era la biblioteca, donde habían pasado momentos juntos. Pero en ella, como las capas de una cebolla, se podía ver tanto a Mer con sus hermanas y sus padres, como los últimos días con la familia de Simon. Todo momentos felices, salvo alguno amargo, pues fue en ese lugar donde le comunicaron las muertes de sus dos prometidos.

Siguió recto para encontrarse con el comedor, en donde ya estaban desayunando. Cuando entró, solo Eugene se levantó, como mandaban las buenas costumbres. ¿Debía dar los buenos días? ¿Eran unos buenos días?

Se sentó en la mesa, en una silla que había al lado del señor Brown, y esperó a que el criado le sirviera un poco de té. La vida con té era mucho más llevadera. Se fijó en que algunos no estaban comiendo nada, solo esperaban, y otros degustaban con desgana su primera comida. La duquesa, que solía desayunar en su habitación al ser mujer casada, había bajado por primera vez al comedor desde que residía en Clover Park.

—Señorita Tanner. —La voz de Lizzy retumbó en la habitación—. Mi hermano me ha dicho que ha rechazado su propuesta de matrimonio. ¿Qué pretende?

—Ayudar a mis hermanas. Todo lo he hecho por mis hermanas.

Simon la acribilló con la mirada como diciendo «te metiste en mi cama por tus hermanas». Pero no dijo nada, solo la miró de forma acusadora, como el resto.

—Comprendo. Tío Gene me ha contado que quiere que sus hermanas entren en sociedad con una madrina. No hay nadie mejor que yo.

—Quizás, yo, Lizzy —replicó Kate con una sonrisa en la boca.

La rubia miró a su cuñada como si quisiera comérsela de un bocado.

—Las dos lo seremos. Ayudaremos a sus hermanas, pero, a cambio, deberá dejar en paz a Simon.

—Trato hecho —dijo Mer con pesar, era algo que iba a ocurrir antes o después.

—También deberéis patrocinar a Meredith —añadió Eugene.

—¿A Meredith, la Muerte? ¡Estás loco, tío Gene! —respondió Lizzy—. Nadie puede hacer nada por ella, está desahuciada.

—Dejad de llamarla así. Ella también se merece un futuro, al menos lo intentaremos. Una temporada. Es la hija de una querida amiga, no se merece menos.

Lady Elizabeth, condesa de Byford, le hizo un examen de arriba abajo a Mer, y ella se sintió intimidada.

—Está bien. Algo podremos hacer. Dad avisó a su madre y a sus hermanas. Yo avisaré a mi padre de que tendremos visita...

—Se hospedarán con nosotros —dijo la duquesa—. Será lo mejor. Lizzy, si quieres también puedes trasladarte a casa.

—Estaré bien con mi padre, gracias.

Como en tantas ocasiones, Meredith había sido menospreciada y ninguneada. Aunque esa vez había sido testigo. Sin duda, había salido bien para sus hermanas, y mal para ella. No podría volver a tener a Simon a su lado, y su búsqueda de marido en Londres sería un mal trago, pues al final todos se acabarían riendo de ella, de su mala suerte y la temerían.

¡Pobre Meredith!

¿Cuántas veces había escuchado esas dos palabras juntas? Tantas que ya parecía un mantra en su vida. Hablaría con su madre, ella entraba en el lote de mujeres casamenteras para esa temporada, pero la que viene se olvidarían de Mer. Solo unos meses más de humillación y luego la libertad. La amarga libertad sin Simon.

SEGUNDA PARTE

SIMON

Cuando Simon Gregory Shelbrook tenía diez años, su abuela paterna, Milly, se acercó a él para contarle un secreto: que había sido bendecido y maldecido a la vez. El pequeño marqués abrió los ojos con incredulidad, ya que para él eran términos antónimos.

Milly, con su voz dulce, le explicó que había sido un regalo que naciera en el seno de su familia, que fuera una personita inteligente y responsable, pero también que, si alguna vez no daba la talla como primogénito de un duque, sus errores serían más importantes que los del resto de su familia y tendría que rendir cuentas con el altísimo. Gregory, su padre, que leía en una esquina del salón, alzó la vista y añadió algo más a lo dicho: que también tendría que vérselas con él. Y acto seguido, continuó con sus menesteres.

Echando la vista atrás, Simon podía decir que su abuela y su padre se habían equivocado en tres cosas: la primera, no existía tal condición, una persona no estaba ni maldita ni bendita, solo actuaba bajo sus criterios; la segunda, él no era una persona inteligente ni mucho menos tan responsable como creyó su pobre abuela; y, la tercera, que su padre, ocupado entre esposa y esposa, nunca se había dado cuenta de sus defectos y descuidos. Menos mal.

Con veintidós años, el marqués de Dare resultó ser el mejor partido de la temporada londinense. Su padre, el duque, le había aleccionado: «Busca una buena mujer, Simon, que te haga feliz. Y que te dé hijos». Gregory Shelbrook había seguido ese principio durante toda su vida. Sin embargo, su hijo mayor se encontraba algo alejado de la idea del matrimonio y estaba mucho más interesado en salir con su grupo de amigos y en pasar las noches fuera. De una forma casi inconsciente, disfrutaba de la vida, sin tener que atarse a nada, como hacían sus compañeros de fiesta nocturna. Así conoció a Nina, una mujer francesa diez años mayor, que con su perfecta sonrisa y andares había conseguido volverlo loco.

Fue entonces cuando tuvo que lidiar con su primer problema oficial: Robert.

Como primogénito debía cuidar de sus hermanos pequeños. Christopher salía con él casi todos los días, por lo que tenerlo vigilado era una cuestión muy sencilla. Sin embargo, el resto de sus hermanos resultaba algo más complicados, tanto por sus edades como por sus formas de ser. Su padre se entretenía todo el día con sus quehaceres y ejercía como *pater familias* una vez cada pocos años. De ese modo, cualquier problema pasaba antes por las jóvenes e inexpertas manos de Simon.

Robert, el tercero en la línea de sucesión de los Shelbrook, tenía dieciséis años por aquel entonces y había decidido, sin contar con nadie, casarse con la hija de uno de los arrendatarios de Albertany Hall. Simon no debía haberse enterado de nada, tampoco era una tarea sencilla entre fiesta y fiesta, pero lo hizo. Gracias a que su hermana

Elizabeth le escribió una corta misiva anunciándole el compromiso. La gemela de Robert no quería que él impidiese la boda –¡claro que no!–, solo deseaba que ninguno de los hermanos se perdiera el enlace.

La realidad de su situación se hizo patente: Simon debía actuar como el cabeza de familia o nadie lo haría. Su padre bien podría alegrarse por el enlace o ignorar que aquello había sucedido. Por aquel entonces, su madrastra era un ogro tal que la pobre Lizzy vivía bajo sus garras y nadie osaba acercarse a Albertany Hall, y nadie también incluía a su padre, que se pasaba los meses en su casa de Londres con diversas excusas. Sí, Gregory Shelbrook era un defensor del matrimonio, pero lo que ocurriera después ya no era cosa suya.

El Simon de veintidós años estuvo tentado de olvidarse del tema, dejar que Robert, de dieciséis, se equivocase –o no– y seguir con su vida junto a la exótica Nina. Pero no podía, las palabras que le habían inculcado de pequeño acerca de la responsabilidad y el honor le pesaban como una losa. Así que, junto a Christopher, decidió viajar a Albertany Hall para hacer entrar en razón a Robert. No impediría su enlace, solo razonaría con su hermano.

Robert ya se comportaba como un adulto –con los años demostraría ser el más equilibrado de los Shelbrook–. Había meditado su situación y se había dado cuenta de que no quería vivir sin ella, sin la hija de un arrendatario que pocas veces llegaba a pagar todo lo que debía. Válgame Dios. Aunque Simon tenía un as en la manga, la única cosa por la que Robert lo dejaría todo: Lizzy.

El razonamiento de Simon fue el siguiente: «Deja que Elizabeth se presente en sociedad, haremos que sea cuanto antes. Si te casas con una chica de esa clase social, es muy posible que Lizz no encuentre un marido en condiciones, ¿le vas a hacer eso a tu *hermana gemela?*».

Simon recordaba la mirada fija del Robert adolescente, cómo encontró en sus palabras una gran verdad y cómo las aceptó con un simple asentimiento. Habló con la muchacha, y decidieron esperar dos años para hacer público su compromiso.

La chica se casó al año siguiente con otro pretendiente.

Aunque el marqués sabía que con sus acciones había salvado a su hermano de un matrimonio desdichado, pues si no ella le hubiese esperado, también soportaba un gran cargo de conciencia por haber convencido a Robert, ¿no debía tomar cada uno sus propias decisiones?

Una vez superada la crisis de la muchacha sin dote, Simon volvió a Londres para seguir disfrutando de la ciudad y de Nina. Pero, para su sorpresa, su comprensiva, maravillosa y exótica amante francesa se había convertido en un víbora que solo esperaba el momento oportuno para saltar sobre él y hacerle caer en la trampa del matrimonio. Fue entonces cuando Simon supo que su posición podía llegar a ser un problema si no calculaba bien las expectativas de las mujeres que había a su alrededor.

Con el tiempo, Simon fue admitiendo su posición y comenzó a mirar a los demás de una forma distinta. Él lo arreglaría todo, haría cualquier cosa por su familia y nunca, jamás, los defraudaría. Por eso mismo, no podía concertar un matrimonio con cualquiera, su futura mujer debía ser alguien intachable, elegante y única.

Y tal mujer estaba siendo difícil de encontrar.

Así llegó el segundo gran problema de Simon: Lizzy. Parecía que sus hermanos, uno a uno, iban a hacer cola para hacerle la vida un poco más complicada.

Tal y como esperaron los Shelbrook, su hermana fue toda una sensación durante la primera temporada. Sin embargo, Elizabeth, única chica entre ellos, eligió el peor marido posible: Michael Holden, conde de Byford. Tras haber rechazado a múltiples buenos candidatos, había decidido casarse con uno de los compañeros de juego de Simon. Que Dios los pillase confesados. En esa ocasión, el marqués no trató de razonar con ella, sino con su padre. El duque se encontraba encantado al ver a su hija tan contenta, pero Simon sabía que Byford nunca podría hacer feliz a su hermana. Y así fue, pues antes de terminar su luna de miel ya estaban separados.

Para Simon la infelicidad de Lizzy, que veía casi todos los días de su vida, era el recordatorio viviente de que él no podía fallar. No había hueco ni lugar para eso. La palabra perfección le sonaba vacía, hueca, pues él debía ser eso y más.

Como era de esperar, Damon, su hermano más pequeño, también fue un quebradero de cabeza, pues se fugó con Francesca Holden, la hermana de Michael, tras la primera temporada de la chica. Simon, lejos de impedir el enlace, lo aplaudió en su interior. Con esa desafortunada fuga mataba dos pájaros de un tiro: Damon conseguía ser feliz y hería el orgullo del maldito Byford, que había pasado a ser el enemigo número uno de la familia Shelbrook. Aun así, como cabeza en funciones de *pater familias* debió acallar varios rumores malintencionados y superar unos cuantos baches.

Tras superar su tercera crisis familiar, Simon se dio cuenta de lo vacía que estaba su vida cuando Christopher se marchó de viaje a los confines de los territorios de su majestad. Su hermano había sido siempre mucho más que eso, había sido su amigo. Pero no podía quejarse o dar señales de echarlo de menos o viajar como un loco a la India para dar con él. Pues debía tener un comportamiento intachable.

Entre tanto, se divirtió con una cuantas mujeres y se centró en dejar que Robert, abogado de profesión, le ayudara a cuidar sus fincas. Tras la vuelta de Chris, los acontecimientos se precipitaron de tal manera que él continuaba siendo alguien con autoridad y con decisión. Pero su aura de ser intocable se resquebrajó, pues no pudo ahorrarle a Kit sufrimiento.

Y aunque todo había acabado bien con su hermano, con treinta y dos años, Simon no había conseguido uno de los grandes objetivos de un hombre de su tiempo: asegurar descendencia. Se había olvidado de sí mismo. El primer recordatorio se lo había dado Damon, su hermano menor, con el nacimiento de Anne, su sobrina y ahijada, pero la estocada final se la había dado Christopher, cuando anunció su futura

paternidad. Ambos felizmente casados, le habían recordado que uno de sus objetivos debía ser el de perpetuar su apellido, casarse y tener un heredero. Algo que había estado retrasando.

¡Pobre Simon!

No era tan perfecto, después de todo.

Fue por eso que, tras la boda de su hermano Kit, se había planteado su vida de una manera distinta. 1852 sería el año de Simon. No fallaría más a su familia, a su apellido o él mismo. Encontraría una buena esposa y encauzaría su vida hacia cotas más altas.

Pero el año de Simon había comenzado, y no veía que fuera a mejorar mucho su posición. Era más, la estaba empeorando.

Y el perfecto Simon se dio de bruces con la realidad.

Capítulo XVI

Tras descubrirse su verdadera identidad, Meredith subió para terminar de recoger y hacer tiempo antes de poder marcharse. No quería ver a nadie más, suficiente bochorno y vergüenza había pasado admitiendo que había mantenido una relación íntima con Simon y que, para colmo de males, había rechazado su proposición de matrimonio. ¿En qué estaba pensando? Si bien sabía que aceptar un matrimonio semejante podría ser el final de todas sus cuitas, no lo quería así. Encontraría otra manera de que sus hermanas no sufrieran por su causa, lo conseguiría sin tener que vender su alma al mejor postor.

No se volvería a prometer. Al menos, no lo haría con alguien por pura obligación. Suficiente había pasado ya.

Antes de llegar a su habitación, se encontró con la señora Abbott, de la que se despidió y le prometió que no habría consecuencias negativas a sus actos. Le pidió que se despidiera del resto del servicio. Tras lo ocurrido no quería ver a nadie.

Sin embargo, al poco tiempo de estar a solas en su habitación, alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo, sentada desde la cama, esperando que fuera Becky o el señor Gibbons.

En cambio, no fue ninguno de ellos, sino el señor Brown, que la miraba con desaprobación.

Bien. Perfecto. Más reproches para Meredith.

—Acabo de hablar con Simon y se escuda en su negativa para no casarse. ¿Qué tontería es esa? —En su tono había un toque paternal que asombró a Meredith. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba de ella de forma genuina, sin ser de su familia o sin ser Harriet.

Pensó que debía decirle que se metiera en sus asuntos, máxime cuando su preocupación podía provenir de que, si aceptaba ese matrimonio, se la quitaba de encima. Sin embargo, casaría a alguien que apreciaba con Meredith, la Muerte. ¿En qué pensaba ese hombre? Se sentía como la primera vez que Nicolaas le dio a entender que sentía por ella algo más que una amistad: muy confundida.

—Creo que no es de su incumbencia si decido casarme o no con el marqués.

—¡Oh, desde luego que es!

Meredith inclinó la cabeza y lo miró con asombro. ¿Mer había pasado a ser propiedad de ese hombre gracias a la carta de su madre? No entendía nada.

—¿Y a qué viene su interés por mi futuro?

—A que su madre me ha encargado que le busque uno mejor, señorita Tanner. Y no veo otro más brillante que casarse con un marqués, la verdad. Así que baje ahora mismo y dígame a Dare que se va a casar con él. Yo organizaré el resto.

—Creo que he sido muy clara al decir que no, señor Brown. No me prometeré de nuevo. —Un escalofrío le recorrió el cuerpo cuando dijo aquella odiosa palabra. *Prometerse*. Horror. Desdicha. Muerte.

—¡Deje de decir tonterías, señorita Tanner! Informaré a su madre y ella la hará entrar en razón.

—Déjeme decirle una cosa, señor Brown: informe a mi madre, a mi tío, a mis hermanas o a la reina Victoria. No me casaré con Simon Shelbrook. Nadie puede obligarme en contra de mi voluntad.

—¡Es tan cabezona como...! —El hombre cerró su boca como si fuera a escaparse una culebra.

—¿Como quien, señor?

—¡Como su madre!

Enfurecido se dio media vuelta y se marchó de la estancia. Meredith, en el mismo instante en que escuchó el portazo, dejó escapar un suspiro. No se iba a casar con el marqués ni con nadie. No era algo baladí, no era una tontería, era una férrea promesa que se había hecho a sí misma y no pensaba romper. No, al menos, sin una buena razón.

No podía cargar con más muertos a sus espaldas.

¿Es que nadie podía entenderlo?

El carruaje resultaba un lugar siniestro como solo podía serlo un cubículo decorado con satenes y ornamentos. A ojos de Meredith, parecía un cortejo fúnebre. Hacía solo un día desde que la habían descubierto. La duquesa tardó mucho más tiempo del necesario en empacar, si hubiese querido pensar mal, hubiese creído que lo hizo para que ella y el marqués se reconciliaran. Algo imposible. Simon había desaparecido, y Mer había dormido sola por primera vez en semanas. Lo había echado tanto de menos que no había pegado ojo.

Aquella mañana habían terminado de ultimar los preparativos y se habían marchado dirección Londres. Por lo que, en ese mismo instante, se encontraba sentada al lado de la duquesa y frente a la condesa. Kate no parecía tan enfadada como debería, sino que se encontraba tranquila, como si tuviera todo el tiempo del mundo para averiguar lo que quisiera. La condesa, en cambio, echaba humo, no le dirigía ni una mirada, y no sabía cómo una mujer así iba a poder ayudarla en su entrada en sociedad.

A Meredith, el mercado matrimonial le daba absolutamente igual. Le importaba un pepino o dos, ya de paso. Como si no existiera. Dejaría que la miraran como a un mono de feria, que hablaran a sus espaldas y lo soportaría con una sonrisa y con una copa de champán. Una vez, antes de los prometidos muertos o fugados, se había emborrachado con esas burbujas y se había sentido la mujer más maravillosa del mundo. El efecto había durado un rato y al día siguiente se había querido morir. Pensó que ese podría ser un buen remedio para los bailes y la sociedad: la ebriedad.

—¿Has estado antes en Londres? —preguntó la duquesa. En su tono de voz se notaba el ánimo de poder entablar una conversación.

—Sí, una vez.

Meredith no mentía, había visitado Londres cuando su madre quiso celebrar su baile de compromiso. El mismo en el que fue abandonada por Nicolaas. La primera vez que se prometió, había querido ir a la ciudad a encargarse de unos vestidos, pero Marlowe falleció; la segunda vez fue casi igual. Con Nicolaas decidió no tentar a la suerte, ¡como si hubiese valido para algo!

Kate pareció caer en lo que pensaba Meredith y se puso colorada. Lady Elizabeth había dejado de observar el paisaje y se había centrado en la conversación.

—¿Por qué no se quiere casar con mi hermano?

La condesa lo soltó de una forma muy poco adecuada, pero, queriendo o no, había tapado el desliz de su cuñada.

—No creo que sea justo para él.

—Explíquese, por favor.

—Nuestra... relación —dijo con un titubeo, no sabía si podía considerarse así—, comenzó como un juego. Él no sabía quién era ni yo estaba dispuesta a decírselo.

—¿Quiere que me crea que, si yo no hubiese dicho nada, se hubiese marchado sin hacer ruido? —preguntó incrédula.

—No es mi intención que me crea nadie. Solo le estoy diciendo la verdad.

—Lizzy —apeló la duquesa—, le ha dicho que no a Simon —comentó en un susurro.

—No seas ingenua, Kate, puede ser una estrategia.

—Mar... Meredith, ¿sabes que una vez que te has negado a casarte con Simon, no te lo propondrá otra vez? —preguntó la duquesa.

No lo sabía, aun así, asintió con la cabeza. En su interior se formó un nudo que no sabía si podría deshacer, pero era lo mejor, que la ruina de Meredith, la Muerte, no tocara a la persona que le había robado el corazón.

—¿Si se lo volviera a pedir...? —comenzó a cuestionar Lizzy interesada.

—Volvería a decir que no, aunque sea una posibilidad remota. No se preocupe.

—¿Su única intención es que sus hermanas se casen bien?

—Sí, ¿pueden mantener un secreto? —Ambas asintieron—. No se tomen molestias por mí durante este tiempo, asistiré por ellas, en cuanto me dejen libre, me marcharé a Italia, donde tengo familia.

—¿Intentas huir de un Shelbrook? —preguntó Kate a la par que tomaba su mano con cariño—. Si él te quiere encontrar, Meredith, irá al fin del mundo para hacerlo. Créeme.

—¡Kate! —gritó Lizzy ofendida.

Esa enigmática frase de la duquesa hizo que el nudo en el pecho de Meredith se atenuara, que sintiera una carga más liviana. No debía mantener esperanzas, había herido el orgullo de Simon, y él tenía la percepción de que se había reído de él. Sin embargo, si en algún momento, ya pasara un mes, un año o cincuenta, si él se daba cuenta de que la amaba, iría a buscarla. Eso le había querido decir la duquesa, y Meredith no sabía si era algo bueno o malo.

—Si eso que me ha contado es verdad, ayudaré a sus hermanas con mucho gusto. —Lady Elizabeth sonrió, y Mer pudo ver cómo un resplandor surgía de esa mujer—. Después, prepararemos su viaje a Italia.

—Bien podrías trasladarte a vivir con nosotros, Lizzy, sería todo mucho más cómodo.

—No, me quedo con padre.

De esa última frase, Meredith entendió «ni muerta». No sabía qué cuitas separaban a las dos cuñadas, aunque eran personas que se parecían mucho: las dos amaban a su familia sobre todas las cosas y lucharían como leonas por ella. Aunque sabía que lady Elizabeth vivía separada de su esposo, al menos con sus hermanos era como un verdadero halcón.

Capítulo XVII

Simon estaba intratable y lo sabía. Tras saber del engaño de Mary, no, de Meredith, la Muerte, ¡válgame Dios!, decidió olvidar la pena como un caballero. Le dijo a su hermano que se marchaba a Londres. Kit no se lo pensó ni un momento y se unió a él. Necesitaba pasar un buen rato olvidando y no había mejor manera de hacerlo que con sus amigos en la ciudad y con su hermano.

El marqués siempre había tenido una extraña resistencia al alcohol. No importaba el número de botellas que pasaran por sus manos, él siempre se levantaba a su hora y en perfecto estado. Esa bendición le pareció una situación imperdonable. Simon se sentía humillado, desprestigiado e insultado. Por lo que necesitaba saber qué se sentía con una resaca, algo que le hiciera caer en la peor inmundicia, en el lodo, en el abismo. Necesitaba sentir dolor físico. Y sabía que su forma habitual de solucionarlo no serviría.

La primera noche la pasó en el burdel más famoso de Londres. No fue suficiente. Las mujeres con poca ropa que se paseaban ante él parecían agradables y deliciosas, pero todas ellas tenían la cara de Mary, los ojos de Mary, las manos de Mary o la risa de Mary. Volvió a casa, intranquilo y sin haber cumplido su cometido.

Al segundo día, gracias a la información de Kit, pues la chica viviría en su casa durante un tiempo, supo que Mary, no la señorita Tanner, ahora y por siempre, había llegado a la ciudad. Para su deleite llovió y tronó. Su hermano le siguió el ritmo durante los días que necesitó. Pero cuando comenzaron las sesiones parlamentarias, creyó que debía parecer un Shelbrook: no lo consiguió. No hubo manera de poder solucionar ese vacío estúpido que una sencilla chica de ojos verdes había causado en su ser. El mundo se había vuelto del revés y él ahora era un imbécil.

Siguió bebiendo, conociendo a mujeres, desahogándose con unos y con otros. Provocó unas cuantas peleas y se olvidó de quién era y de sí mismo. Fue por eso que, aun aturdido, la mañana que se despertó y se encontró en la cama de su antigua amante, lady Brandon, no le supuso una gran sorpresa.

—Buenos días —dijo Constance, sentada en su tocador.

Simon no dijo nada, abrió los ojos y, aun sin resaca alguna, no podía recordar con nitidez lo que había pasado la noche anterior. Ella comenzó a hablar, y él intentaba recordar. Salió de un local solo, Kit se había retirado hacía un rato, había intentado que un cochero lo llevara a algún sitio y había acabado en casa de lady Brandon. Cuando cruzó la puerta, ella estaba escandalizada por las horas y por cómo se había presentado, pero él lo había arreglado de una manera... ¡Dios santo!

El recuerdo le recorrió el cuerpo como un escalofrío. La mujer se había acercado a la cama y ronroneaba con una sonrisa en la boca.

—Es el día más feliz de mi vida.

Era el día más extraño de la vida de Simon.

¿En qué había estado pensando?

Las hermanas de Meredith llegaron tan solo unos días más tarde que ella. En la casa de la duquesa, el ambiente era turbio por varias razones, pero Meredith sabía que con la llegada de Margie y de Mabel todo mejoraría.

Desde el momento en que puso el pie en ese lugar, la madre de Kate, lady Rose, comenzó una guerra contra ella, pues no sabía por qué demonios, había dicho de manera literal, tenían que dar cobijo a la mala suerte en su hogar. Incluso después del dichoso accidente de la duquesa.

¡Con uno habían tenido suficiente!

Así se lo había dicho la condesa viuda a voz en grito.

Con los días, la intensidad del odio de lady Rose hacia Meredith fue diluyéndose gracias al otro problema de la casa: el duque no pasaba ni un minuto con ellas. Se marchaba por las noches antes de la cena y volvía bien entrado el día, dormía en su estancia y volvía a repetir las mismas acciones como si se tratara de un círculo sin fin. Meredith sabía que el compañero nocturno de Christopher era Simon y se moría por saber algo de él. Y, mientras su madre despotricaba y su invitada suspiraba, la duquesa parecía la mujer más feliz del mundo. Mer no entendía nada. Habían ido juntas de compras, habían preparado su entrada en sociedad y la de sus hermanas. Habían recibido la visita de lady Elizabeth y de lady Guinivere, duquesa de Northfield, que se habían volcado en su causa. Pero ni una sola palabra de lord Christopher y sus salidas nocturnas como un gato.

De ese modo, el día que sus hermanas entraron por la puerta, todo un batallón de personas esperaba en el salón para recibirlas. Tras refrescarse, se enfrentaron a la duquesa, su esposo —que las había honrado con su presencia—, lady Elizabeth y lady Rose.

Margie era el ejemplo de una dama de su época. Aunque habría regañado a Meredith por llamarla así, en Londres sería Margaret, la señorita Margaret para ser más exactos. Mabel, o Mehetabel, como también habría corregido Margie de tener oportunidad, se reía del asunto, a ella le daba igual. Mientras que la primera, con veinte años, era una verdadera belleza, recta, seria y organizada, Mabel, dos años menor, solo tenía tiempo para sus libros y los animales que adoptaba por el camino. Nada más poner un pie en Londres, mientras Margie regañaba a Meredith, Mabel le hacía prometer que conocerían a Abigail Leigh, con la que se encontraba fascinada. Tras una charla de hermanas, que era, quitando a Simon de la ecuación, lo que más echaba de menos Meredith, bajaron al salón, donde sus patrocinadoras las esperaban.

Ellas no lo sabían, pero esas tres mujeres habían puesto mucho interés en su causa; bueno, quizá lady Rose no tanto. Meredith lo intuyó en el momento en que hicieron un repaso a sus hermanas y asintieron con la cabeza. Si bien Mabel no resaltaba tanto como Margie, entre otras cosas por los anteojos que utilizaba, era mucho más atractiva que Meredith, sin lugar a dudas. Solo tenía que creer en ella.

—Es un placer conocerlas, señoritas —dijo la duquesa, que era la anfitriona.

Como si fuera un examen, les pusieron una taza de té en la mano para ver cómo se desenvolvían en una reunión pequeña. Pasaron la prueba, Margie con mucha más nota que Mabel, sin duda. De lo que Meredith no se dio cuenta, hasta que llegó el interrogatorio, era de que ella misma también estaba siendo puesta a prueba.

—¿Qué virtudes han desarrollado más? —preguntó lady Byford.

—Yo canto y toco el clavicordio, entre otros instrumentos —comentó Margie con la perfecta mezcla entre modestia e información requerida.

—Recito muy bien a los clásicos —apostilló Mabel, mientras miraba a todas y cada una de las caras de esa estancia.

Meredith, que hasta ese momento había estado atenta a sus hermanas, no esperó que el resto de miradas se centraran en ella.

—¿Yo? —se señaló a sí misma. Lady Rose alzó una ceja desaprobadora—, soy Meredith, la Muerte, no necesito más virtudes que esas.

—¡Oh! —Margie se tapó la boca—. ¿Qué has dicho, Meredith?

—Es mi apodo, así me llaman por aquí.

—Lo siento, Mer —dijo Mabel tomándole la mano. Mientras, Margie se ponía cada vez más colorada.

—Vamos a cambiar eso —dijo la duquesa. Miró a su esposo con una sonrisa, y él se la devolvió. Meredith hubiese dado cualquier cosa por tener a alguien así a su lado. Por ejemplo, a Simon. Sí, Simon hubiera estado bien. Suspiró con disimulo—. Dinos, Meredith, la Viva, ¿qué se te da bien?

—Aparte de traer el caos y la destrucción a la vida de mi familia... no se me ocurre nada.

Los presentes se callaron, cada uno se quedó inmerso en sus pensamientos, mientras Meredith se decía a sí misma que todo lo que le pasaba le estaba bien merecido. No hacía nada bien.

—¡Pinta de maravilla! —dijo Mabel con un tono elevado. Tanto fue así, que Margie la regañó con la mirada por ese gesto.

—Bien, es algo —comentó la duquesa con una voz más esperanzada.

—Es una disciplina muy admirada entre tutores e institutrices, pero para una temporada en Londres... —apuntó lady Byford, y muchos asintieron.

La conversación quedó en el aire cuando otra persona entró en la sala. El corazón de Meredith se paró, y luego volvió a latir a un ritmo mucho más rápido de lo normal. Volver a ver a Simon hacía que su cuerpo vibrara, los labios le dolieran por las ansias de volver a besarlo y varias partes de su cuerpo desearan que él las acariciara. Echó un rápido vistazo a la estancia, Meredith creyó ver que se detenía en mirarla más que en el resto, pero pronto pasó de largo.

—Simon, ¿qué haces aquí? —preguntó lord Christopher, que abría la boca por primera vez en media hora.

—Venía a verte, tengo una noticia. Pero ya que está gran parte de la familia reunida, os ahorraré la primicia: me caso.

El corazón de Meredith volvió a pararse, y ella quiso morir. Sabía que él estaba pensando en contraer matrimonio con alguna buena debutante vestida de blanco, como había hecho Nicolaas antes que él, pero nunca pensó que la encontrara tan pronto. ¿Eso había significado su relación? Nada, menos que nada.

Acostúmbrate de una vez, así es tu vida.

Meredith notó que le faltaba el aliento, un latido o dos de su corazón y una vida entera para poder recuperarse. Aunque su experiencia le había indicado lo contrario, ella mantenía la absurda esperanza de que, una vez que estuvieran en Londres, Simon y ella podrían hablar y aclarar lo ocurrido. Los dos se habían dicho cosas muy duras, pero podrían superarlo. ¿Ser amigos? Una prometida no querría jamás tenerla cerca.

Se había enamorado de él, por supuesto, cómo no hacerlo. La había tratado como una persona normal, le había dicho la verdad de su situación a cada paso que daban y, además, había hecho que se sintiera querida.

¿Había sido una egoísta al pensar que podría acabar con él? No lo sabía.

Por eso, cuando Simon había anunciado con tanto desapego su futuro enlace, ella había palidecido. Le habría encantado decir que no era una mujer enamorada más que suspiraba por un hombre. Maldita fuera, lo era.

¿Se iba a casar con lady Brandon? Recordaba que, en un momento dado, le había preguntado por las mujeres de su vida. ¿Sería una de ellas? Casi seguro, pues sino no se habrían podido prometer de forma tan rápida.

Aquella confesión nocturna saltó a su memoria, pues ambos se habían encontrado en la cama de Simon, tras haber pasado una noche espectacular juntos, él le acariciaba el pelo, mientras ella descansaba en su pecho. Habían observado el fuego crepitar en un cómodo silencio, hasta que ella lo había roto.

«¿Con cuántas mujeres has estado así?» había preguntado con interés.

«Con ninguna».

Ella se había incorporado y le había pegado en broma. No le gustaba que le mintieran de forma tan descarada.

«¡No me mientas, Simon! No es la primera vez que estás así con alguien».

«Si preguntas por el número de mujeres que han pasado por mi cama, no responderé a esa pregunta, soy un caballero. Sin embargo, si preguntas por el número de damas con las que he pasado noche tras noche cuidando, mimando y besando, entonces, Mary, te diré que solo una. Y eres tú».

Meredith se había abalanzado a su boca para besarlo y darle a entender que, aunque pareciera una estúpida ilusa, ella le había creído. Sobre todas las cosas, ella había creído que decía la verdad.

Y poco tiempo después, se presentaba para romperle el corazón. Si, en algún momento de su existencia, Meredith había creído que la vida era justa, ya había dejado aquella afirmación muy atrás.

La vida era, sin lugar a dudas, una perra retrechera.

Cuando Simon anunció el nombre de su prometida, lady Brandon, Lizzy abrió los ojos como platos, Chirstopher frunció el ceño, Kate observó a su marido con cara de preocupación y el resto de asistentes alzaron sus voces para darle la enhorabuena al marqués. Meredith, como un comportamiento aprendido, también lo hizo, mientras recordaba las razones por las que le había dicho que no a su proposición matrimonial. Ah, cierto, él podría morir y, para colmo, estaba tan enfadado por su engaño que aceptarlo en aquellas circunstancias habría sido una sentencia de muerte.

¿Y por qué no quería volver a prometerse? Por miedo a perder su corazón, a ser engañada de nuevo.

¿Merecía la pena? A todas luces no, pues, desde el momento en que se había separado de él, comenzó el dolor.

¿Podría enamorarlo? Lo dudaba.

Pues solo le quedaba el tiempo y cerrar su herida.

Antes de cruzar el umbral del salón donde se encontraban Meredith, sus hermanos y parte de su familia, Sim iba caminando por la calle pensando en contarle a Kit que se había equivocado y que debía solucionar esa situación lo antes posible. Pero cuando echó un vistazo a las personas allí sentadas, atentas, observando al marqués, no al hermano o al amante, se dio cuenta de que él no debía dar marcha atrás. Al ver los ojos de Meredith, volvió a recordar que las mujeres eran iguales, todas lo buscaban por su título y dinero, ninguna querría a Simon si hubiera sido ganadero o pescador. Al menos, Constance había sido sincera. Así que se casaría con ella.

De esa forma se quitaría de encima la sombra de Meredith, la Muerte, que, desde luego, estaba buscando su momento para atacar y tenerlo a él como nueva víctima. La pregunta era: ¿por qué no lo había hecho ya?

Soltó la noticia sin fijarse en ella. Meredith hubiese deseado ser su marquesa y futura duquesa. Pues era imposible, absurdo. Nunca se casaría con alguien así.

Tras contar su nueva noticia, Kit le pidió celebrarlo en su despacho.

—¿Te vas a casar con Tiburón?

Su hermano había comenzado a llamar así a lady Brandon desde casi el primer momento en que la conoció. Le explicó que la alta sociedad era como el mar y que ella estaba buscando pescar el mejor pez de todos. Y, en esos momentos, era Simon. En su día se rio con la idea de Kit, pero ahora le parecía muy acertada.

—Exacto. ¿Brindamos?

—¡No! Sim, ¿qué estás pasando? Anoche, cuando te dejé en la sala de naipes, estabas borracho pero feliz. Ahora has aparecido con cara de funeral para contarme esta patraña... ¿De verdad quieres casarte con Tiburón?

Era muy complicado mentirle a su hermano Chirstopher, ellos se entendían con poco. Confiar en él era como soltar un peso de sus hombros a los suyos y compartirlos. En esa ocasión, Kit sabría la verdad, pero acataría sus órdenes.

—Ayer acabé en casa de Constance. No recuerdo los detalles —comentó mientras se masajeaba las sienes—, solo sé que ella me reclamó que si quería más, debía pasar por el altar. Creo recordar que le dije algo así como: «Bien, maldita sea, nos casaremos». No parece la proposición de matrimonio más bonita del mundo, pero ella se abalanzó a mis brazos y lo demás no es digno de contar por un caballero.

—¡Por Dios, Simon! ¡Hay burdeles por toda la ciudad! —gritó sin tener en cuenta a las damas que habitaban la casa.

Descartó la idea con la mano. Lo que no sabía Kit era que las meretrices con las que había estado en esos días compartían algo con Meredith, la que no tenía sus ojos, tenía sus labios, o su forma de mover las manos o de sonreír. Un desastre para él y para su forma de olvidarse de ella. Así que necesitaba estar con una mujer conocida, una que nada tuviera que ver con Meredith, la Muerte. Y Constance era la mejor opción. Que por culpa de su estupidez había acabado prometido, ¿no era eso lo que quería en un primer momento? Claro que sí.

—Es una decisión tomada, Kit. Si no quieres brindar, lo haré con padre. Voy a anunciar nuestro compromiso en dos semanas, en la fiesta que piensa organizar nuestra madrastra. ¡Tienes dos semanas para hacerte a la idea!

Y con esa sentencia se marchó de casa de su hermano. No tenía ganas de que nadie le regañara a él.

Simon nunca se equivocaba.

Simon nunca se equivocaba.

¿Simon nunca se equivocaba?

Capítulo XVIII

Meredith se apretaba las manos y no podía parar quieta por su habitación. Sus nervios estaban más que justificados: esa noche asistiría a su primer baile. Sus benefactoras habían pensado que lo mejor sería que acudieran a Almack's, un lugar donde podían conocer al resto de la competencia y a bastantes hombres interesados en chicas bonitas y con poco dinero. Como ellas. Especialmente como ellas. Pero ninguna de esas cosas, tan desquiciantes, hacían que Mer sintiera como si su corazón saltara cada poco tiempo cogido a una comba imaginaria. No, no era eso. Sino la conversación que había escuchado a hurtadillas entre lord Christopher y su esposa. Estaba mal, muy mal. No debió haber hecho eso, aunque sin duda confirmaba sus peores sospechas: Simon se iba a casar con una mujer en la que no se podía confiar. ¡Y eso era decir poco! También supo que su compromiso se anunciaría en dos semanas. La vida era injusta en muchos sentidos, pero ya estaba harta de que su tiempo sin preocupaciones estuviera medido por cortos lapsos de semanas: los días que le había dado su tío para acostumbrarse a decirle adiós al único hogar que había conocido, las horas pasadas con Simon y los minutos que lo separaban a él de la horca que significaría estar casado con esa mujer.

Sin que ella se diera cuenta, Margie, no, perdón, Margaret, entró en su habitación saltando como un cabritillo. Con un traje color lavanda algo pasado de moda, que habían comprado dos años antes cuando debió entrar en sociedad; una sonrisa que paralizaría el sol y a las estrellas y unos pequeños gritos de éxtasis por acudir por primera vez a Almack's. Su primer baile lo vivió junto con Mer, la noche que la dejaron plantada.

—¡Oh, Meredith! Es un sueño hecho realidad, nunca sabré cómo agradecerte esta oportunidad. Madre dice que has sido tú, con algún tipo de magia, quien ha conseguido todo esto. —Giró sobre sí misma con los brazos elevados al techo—. No preguntaré, madre no me lo permite. Solo quiero darte las gracias.

Mabel asomó la cabeza por la puerta y las gafas casi se le caen con ese movimiento brusco.

—¡Pasa, Mehetabel, querida! —gritó entusiasmada Margaret—. Estoy deseando verte.

Con paso lento, entró Mabel con un vestido, también pasado de moda, que había sido confeccionado para las facciones y el cuerpo de Margie. De color rosa palo, parecía un palo en sí misma. El tono no le favorecía a la piel y el corte estaba hecho para una chica más voluptuosa. Con sus dieciocho años, a Mabel todavía le quedaba por madurar un poco, aunque ya poseía un cuerpo de mujer, le faltaba por crecer.

—Estoy horrible —sentenció, y se subió las gafas.

—No estás mal. Sí es cierto que podríamos haber elegido un tono mejor, pero no teníamos nada a mano. Mañana saldremos a comprar algunos vestidos con el dinero que madre nos ha adelantado.

—¿Qué dinero? —preguntó Mer—. No tenemos.

—Los abuelos. —Sonrió con desgana Margie—. Va a ser nuestra única temporada, y dicen que debemos aprovecharla. —Se encogió de hombros y miró para otro lugar.

—Tú si que estás preciosa, Meredith —comentó Mabel.

Aquel vestido a la última moda, con sus vuelos, dejando que se le vieran los hombros y con escote generoso, había sido elegido por la duquesa en persona y un regalo. Según había dicho, como pago a las horas que había pasado como dama de compañía, le compraba unos cuantos vestidos. Meredith no estaba en situación de decir que no.

—La duquesa es muy generosa y amable.

Margie sonrió y dio otra vuelta, pero esta vez para verse en el espejo. Sin embargo, Mabel la miró fijamente a través de esos cristales y frunció el ceño. A veces, parecía que tenía poderes y que podía atravesar a todas las mujeres Tanner con la mirada.

—¿Qué te ocurre, Meredith?

—No le ocurre nada, está nerviosa por su primer baile de verdad. —Se aventuró Margie mientras se miraba la parte trasera del vestido color lavanda—. Yo también estaría nerviosa si supiera que pueden llamarme... Oh, perdona. No quería.

—No es eso, Margie... Margaret —corrigió al instante.

—Entonces, ¿qué es, Meredith? Somos tus hermanas.

En ese momento supo que las si las Tanner se unían nada podría pararlas. Nada ni nadie. Así que se quitó el guante de la mano derecha y juntó sus dedos en un puño, dejando solo el meñique fuera de esa unión.

—Que se nos caigan los ojos. —Se calló para que sus hermanas se dieran cuenta de que estaba iniciando un juramento tan serio como aquel que se hicieron de pequeñas cuando se dieron cuenta de que, al ser mujeres, podrían casarse con hombres muy distintos, de lugares dispares y podrían separarse. Se juraron no hacerlo bajo ninguna circunstancia.

—Que se nos caigan los dientes —siguió Margie juntando su meñique al de Meredith.

—Que se nos caigan las orejas —continuó Mabel—. ¿Quién dice la parte de Madie?

—Madeleine —susurró con pesadez Margie.

—Yo —respondió Meredith—. Y que se nos caiga el pelo.

—Que se nos caigan los ojos, que se nos caigan los dientes, que se nos caigan las orejas y que se nos caiga el cabello —repitieron las tres a la vez—, si faltamos a esta promesa.

En el pasado, cada una había aportado un poco a ese juramento, cada una añadió una frase con su peor miedo, su peor pesadilla. Meredith sabía que no era bonita, pero que tenía unos ojos verdes heredados de su madre que eran su mayor virtud; Margie tenía unos dientes perfectos, blancos y rectos, que le hacían tener una sonrisa preciosa, de la que disfrutaba siempre que podía; Mabel pensó que si se le caían las orejas no podría sostener sus gafas y no podría leer, lo que sería el fin de su vida; y Madie, de muy corta edad, no podía imaginarse sin cabello, calva como el lechero.

Una vez realizado el juramento de las Tanner, Meredith les contó lo que había vivido con Simon. No entró en detalles, pero tampoco se saltó nada. Además de que lo amaba demasiado para que pudiera casarse con esa mujer. Las tres hermanas se quedaron calladas tras la narración y prometieron volver a juntarse tras el baile para hablar de sus opciones, pues el mayordomo ya había llamado a la puerta y debían enfrentarse a su primera noche de la temporada.

El salón de Almack's era todo lo que le habían contado y más. Un lugar repleto de hombres y mujeres vestidos a la última moda esperando cualquier jugoso cotilleo que morder y saborear. Y el jugoso cotilleo de esa noche era ella.

Meredith, la Muerte, había hecho su aparición.

Alzó la cabeza y pasó acompañada de sus hermanas y de los duques de Alma. Junto a ellos, parecía tener un escudo social. Pero no era suficiente, al parecer sus benefactores habían sido la comidilla durante un tiempo. Tampoco ayudó la presencia de lady Byford, la hermana de Simon, que, aun siendo una mujer importante, también formaba parte de los cotilleos al no convivir con su marido. Su única esperanza residía en la duquesa de Northfield, que parecía una dama sin mácula y también se había interesado por las Tanner.

A sus hermanas se acercaron unos cuantos jóvenes para pedirles un baile, y ella se alegró de veras por verlas disfrutar. Sin que fueran una gran sensación esa noche, habían conseguido algo de expectación. En cambio, el número de caballeros que se habían acercado a Meredith, tras una hora de falsas sonrisas, era igual a cero.

Decidió alejarse de la compañía de sus benefactoras y se acercó a la mesa de bebidas. Frunció el ceño cuando se dio cuenta de que no había ni una sola fuerte. Nada de bebidas espirituosas, solo limonada. ¿En qué estaban pensando? Un montón de señoritas casaderas y un puñado de hombres solteros sin alcohol. Era un milagro que ese baile se celebrara cada miércoles sin muchos altercados.

Mer levantó una ceja casi por instinto y suspiró.

—Todo el mundo sabe que en Almack's solo se sirve limonada.

Esa voz le era muy conocida, tanto que le hizo tener un escalofrío. Cuando el hombre se situó a su lado, Meredith pensó que era mala suerte que se encontrara en ese lugar.

Delante de ella estaba el hombre que, hasta hacía poco tiempo, le parecía el más apuesto del mundo. Quien le dio nuevas esperanzas, para aplastarlas sin pensar. Su última mala decisión pública: Nicolaas van Dijk.

—No puedo decir que sea un placer verle —dijo tras observar asombrada la reverencia que él le había ofrecido. Ella solo asintió con la cabeza.

De ese modo, soltó algo del dolor que había llevado dentro, se giró y decidió marcharse con la cabeza alta y el corazón hundido, por supuesto. Sin embargo, su antiguo prometido, el único que le había sobrevivido, la agarró del brazo y paralizó su huida magistral.

Meredith no sabía qué decirle sin tirarle un vaso de limonada en la cabeza. Si la volvía a retener, montaría un escándalo.

—Quería pedirle disculpas, Mer —susurró.

—Señorita Tanner, querrá decir —le corrigió. Necesitaba la distancia que le daba su apellido.

—Señorita Tanner —repitió, y esbozó una estúpida y maravillosa sonrisa de las que antes creía que eran sinceras.

—Llega un poco tarde. Hace meses hubiesen sido un poco de consuelo, sobre todo si las hubiese publicado en un periódico con letras gigantes que dijese: «soy un bastardo malnacido, Meredith no tiene la culpa».

El hombre dio un respingo. Mer no sabía si había sido por escucharla hablar como si estuviera vendiendo pescado en el puerto o por su sinceridad, un valor muy poco apreciado en esos tiempos. Pero si esperaba de ella una respuesta distinta, no la había conocido en absoluto.

—Llegan tarde, lo sé. Pero mi esposa...

Su esposa, su mujer. Algo que Meredith nunca sería, ni suya ni de nadie.

—¿Su esposa, qué? ¿Se le olvidó que tenía una prometida esperando en casa? ¿O cuando fue a nuestro baile de compromiso pensó que era una mascarada? ¿Qué le ocurre a su mujer? Aparte de tener el mal gusto de robar y quedarse con cosas que no son tuyas, por supuesto...

—Creo que me ha prometido este baile, señorita Tanner.

Simon apareció con una sonrisa de oreja a oreja que le dio ganas a Meredith de quitársela tirándole un insulso vaso de limonada a la cara. ¿Es que todos los hombres de Almack's se lo merecían? ¿No se daba cuenta Simon de que, al fin, se estaba desquitando? ¡Era su momento! El único que tendría en su vida de poder decirle a ese hombre que era una rata mentirosa y que podría irse al infierno con su esposa.

—No, creo que no le he concedi...

—Por supuesto que sí, ¡qué cabeza tiene, señorita Tanner! —le interrumpió Simon esforzándose más por apartarla de Nicolaas—. Si nos disculpa...

—Faltaría más.

Y así, la rata mentirosa se fue y se confundió con la gente.

—¡No necesitaba que me salvaras de nadie! —siseó mientras era arrastrada a la pista de baile. Simon la tenía tan agarrada del brazo que le dolía a rabiar.

—No, quien necesitaba una salvación era el señor Van Dijk —Se rio.

¡Se rio el muy bribón!

—Pero era mi momento, ¿qué derecho te daba a quitármelo?

—Meredith —susurró su nombre mientras se preparaba para bailar una cuadrilla, y ella se estremeció sin querer—, ¿no quieres que tus hermanas consigan algo esta temporada? —susurró, para que nadie los escuchara. Ella asintió con la cabeza—. Pues no deberías montar escándalos.

Sentenció, y comenzó el baile.

Por uno momento, pareció que la complicidad vivida en Clover Park volvía a colarse en sus vidas. Sin embargo, cuando terminaron de dar vueltas, girar y pasar de un acompañante a otro, tocaba volver con sus carabinas, Simon le recordó que eso estaba muerto.

Muerto y enterrado, como su reputación.

—Lo que ha ocurrido no significa nada. Solo mi estúpido sentido del honor... ahora que eres la pupila de mi hermana y mi cuñada no puedo dejar que las pongas en evidencia, como estabas haciendo.

—¿Yo? Más bien dirás que él se acercó para comenzar una pelea...

Él la ignoraba, y el buen gesto de Simon había quedado olvidado bajo su arrogancia. Durante todo el trayecto no se dirigieron la palabra. ¿Para qué? Meredith había comprendido su posición, y él, en la única ocasión que le echó un vistazo, la miraba como si fuera insignificante, intercambiable e insufrible. Una combinación horrible.

Y, para rematar el asunto, antes de dejarla al lado de lady Byford, solo dijo una frase:

—Espero que sea la última vez que tenga que salvarte.

Cuando ella se giró para encararse y decirle cuatro verdades, él ya se había marchado. La había dejado sola y sintió cómo las miradas se fijaban en ella y cómo comenzaban de nuevo los cuchicheos a su alrededor.

Fue el único baile que tuvo el placer de disfrutar en su primera salida durante la temporada.

Simon salió de la pista de baile y se dirigió al salón de juegos, donde Constance observaba una partida de unos conocidos suyos. Cuando había visto cómo ese estúpido de Van Dijk se acercaba a Meredith, no pudo soportarlo. Cruzó la pista de baile lo más rápido posible, teniendo en cuenta a las parejas que paseaban por el salón, la música, las personas que lo saludaban y su propia conciencia. No pudo dejar de actuar, y eso solo significaba una cosa: ella le seguía importando. Toda una pena que hubiese sido tan artera. Nunca podría haber acabado casado con ella, pero sí podrían haber tenido algún tipo de futuro juntos.

Cuando escuchó las palabras del holandés y la reacción de Meredith, supo que debía actuar. Su familia había apostado por presentar en sociedad a las Tanner, ya que tanto Lizzy como Kate se habían volcado con ellas. Sin duda, Francesca, la esposa de Damon, también querría ayudar y Theresa, su madrastra, se uniría pronto a la gesta. Cuando se trataba de hacer de casamenteras, no había nada que las uniera más. Simon lo había comprobado en varias ocasiones.

Aunque, en el fondo, ver cómo ella se defendía con uñas y dientes y ponía en su sitio al malnacido de Van Dijk, hizo que sintiera una extraña sensación en su cuerpo. ¿Orgullo? Esperaba que no. Para bien, Meredith Tanner no era nada suyo y nunca lo sería. Si se había vuelto casi loco para llegar a su lado, no había sido más que por su familia.

¡Ja!

Apartó ese pensamiento de su mente, pero otro se coló sin pedir permiso: volver a tener a Meredith en sus brazos había sido delicioso durante un momento, hasta que se dio cuenta de que nada podía ser igual a los días pasados en el campo. Allí habían sido libres, ella no era Meredith, la Muerte, ni él Simon, el marqués. Sabían que no duraría mucho, gracias a las mentiras de ella, pero también que su futuro no pasaba por un altar.

Así que pensó que lo mejor sería olvidarse de esa mujer con otra mujer. Fue a buscar a Constance. Su futura prometida –no sería oficial hasta que se anunciara en el baile que daría su madrastra– era una mujer tranquila, calmada, con una sonrisa conciliadora y viuda. Nunca pensó que podría ser la amante de nadie, hasta que consiguió que fuera la suya. Lady Brandon se había casado muy joven con un noble mayor que ella y, según sus propias palabras, nunca había sido feliz a su lado. Tras su muerte, no quedó desolada, pero al ser todavía joven, quería volver a casarse. Darle a Simon un ultimátum fue su manera de llamar su atención. Y lo había conseguido. ¡Vaya si lo había conseguido! Ella no sabía qué había detrás de su cambio de actitud, y así debía seguir siendo. Jamás admitiría que le habían dolido tanto las mentiras de Meredith, la Muerte, una mujer nada adecuada para ser su esposa, y que por su causa había caído de nuevo en sus brazos.

Cuando Simon le había comunicado a su padre su decisión de casarse, este le había abrazado, le había dado la enhorabuena y ni había preguntado quién era la afortunada. Para él era un alivio que, al fin, hubiese decidido sentar la cabeza y

asegurar el futuro de la familia. Una cosa que su padre había hecho durante años con cuatro esposas.

Al acercarse a Constance, no sintió ansiedad ni notó acelerado el corazón. No se tenía por una persona enamoradiza, pero quizá le hubiese gustado notar esas sensaciones. Se colocó a su lado, sonrió y observó la partida junto a ella y su grupo de amigos. A su mente llegaron las partidas de ajedrez que había jugado con Mary, cuando aún no era Meredith; se habían reído, habían compartido detalles de su infancia y él había encontrado un lugar al que llamar hogar. No había nada mejor que estar a su lado, en aquellos momentos, y esa noche de abril, mientras se encontraba rodeado de la flor y nata londinense, se dio cuenta de que echaba de menos esas sencillas noches de juegos. Sacudió la cabeza, algunos lo miraron con el ceño fruncido, no se podían hacer señas a los jugadores, por menos podría comenzar un duelo. Simon sonrió para quitarle importancia, pero había sido un impulso y la única manera que tenía a mano para quitarse de encima el dolor por echar de menos lo que nunca más podría ser.

Para Meredith la noche había acabado tan mal como había empezado. Bueno, incluso peor, ya que tras bailar con Simon, había rechazado el amable ofrecimiento de lord Christopher y con él se habían acabado sus opciones de pasar un rato distendido esa noche. Mirara donde mirase todo el mundo cuchicheaba. Ella no quería saber nada acerca de lo que decían y cada vez se situaba más al fondo de la sala, con la clara intención de fundirse con el papel de la pared.

No ocurrió, maldita fuera.

Sin embargo, sus hermanas sí tuvieron más aceptación. Y así lo estaban comentando en ese mismo instante en su habitación, las tres en camisón y en susurros, no querían alertar a nadie.

—¡Han sido tan amables! —dijo Margie, y soltó un suspiro para hacerlo más real.

—Si por amable quieres decir que no me han insultado, es cierto, no lo han hecho —replicó Mabel.

—¡Mehetabel! A veces, eres insufrible, ¿quién iba a insultarnos?

—A la cara, nadie. Pero bien que he escuchado lo que decían de Meredith...

—Lo siento tanto —se disculpó la aludida. Estaba tan acostumbrada a pedir perdón por su mera presencia, que esas palabras habían perdido el sentido.

—No sé de qué te disculpas, Mer. No has hecho nada. —Mabel sonrió y cambió de tema—. He espiado a lady Brandon.

—¿Que has hecho qué? —Margie se tiró en la cama con una pose dramática—. Vas a hacer que nos echen de los bailes.

—No ha sido para tanto, solo me he acercado a ella y he escuchado parte de sus conversaciones durante el tiempo que no tenía ningún acompañante para bailar.

—Ese tiempo debes pasarlo con nosotras o con nuestra carabinas, no podemos permitirnos un escándalo —le recriminó Margie.

—Tiene razón, Mabel. No podemos permitirnos un escándalo.

—Bueno, entonces no querrás saber que se pavoneaba como si fuera la reina Victoria y que ha dejado caer en varias ocasiones que pronto tendrá una gran noticia. Sobre todo, durante el tiempo en que el marqués no ha estado a su lado.

—¡Qué engreída! —exclamó Margie, que ya había olvidado su objeción y quería saber más de la historia.

—Después de que el marqués bailara con Mer, ha dicho que lo hacía como una obra de caridad por su hermana o algo por el estilo, me he enfadado tanto que me han dado ganas de tirarle una copa de limonada a la cabeza.

Meredith sonrió. Lo de tirar copas a la cabeza de la gente o, bueno, las ganas de hacerlo, debía de ser algo que compartían las Tanner. Agradecía a sus hermanas que fueran tan leales a ella, cuando el comentario de lady Brandon solo era lo que todo el mundo había pensado en ese momento.

—Lo único que puedo decir, en conclusión al rato que he estado espiándola, es que sin duda es una mujer cuando está con lord Dare y otra cuando este no está. Meredith tiene razón, es una bruja. Hay que encontrarle otra opción al marqués.

—Bien, vale, lo que digáis, pero ¿cómo lo hacemos? —preguntó Margie arrugando la nariz.

—¡No tengo ni idea! —exclamó Mabel—. Suficiente tengo yo con averiguar quién es en realidad la señorita Leigh...

—¿Todavía sigues con eso? —preguntó Meredith.

Mehetabel se había erigido una gran seguidora de la obra —única obra— de la señorita Leigh y quería conocerla en persona. Si todo continuaba como la temporada pasada, pronto comenzarían sus columnas en el periódico donde las publicaron la primera vez. Y Mabel esperaba cada mañana leerlo para saberlo.

—De hecho, tengo un plan —comentó muy orgullosa—. ¡Mirad lo que tengo!

Del bolsillo sacó unas hojas de papel con nombres escritos. Cuando llegaron a las manos de Mer, las soltó casi de inmediato. En el encabezado estaba rubricado con la letra pulcra de Mabel: «Personas que asistieron a la fiesta de compromiso de Meredith».

—Mehetabel, me parece algo muy feo que le recuerdes a nuestra hermana ese día tan... horrible —replicó Margie.

—¡No tiene nada que ver con Mer! ¡No tiene nada que ver contigo, te lo prometo! Pero es que una de estas personas debe ser la señorita Leigh, pues acudió a tu fiesta de compromiso.

—Más de doscientas personas asistieron...

—Sin contar con los acompañantes, que algunos no sabemos ni quiénes son —dijo Meredith, mucho más recompuesta.

—Ya había pensado en eso —contestó altanera Mabel, como si estuviera en posesión de toda la información que se podía recopilar—. Estoy cimentado una amistad con lady Byford, poco a poco le iré sacando los nombres de los acompañantes y, entre tanto, tengo una lista de posibles candidatos. Además, madre ya me adelantó unos cuantos.

—¿Madre lo sabe? —preguntó angustiada Margie, como si eso fuera el fin del mundo conocido para las Tanner.

—¡Claro que no, Margie! No seas ingenua, le dije que era curiosidad, para poder recordar quién le hizo algún feo a Mer. Si por aquel entonces le hubiese hecho caso a las cuestiones de sociedad... —dijo casi en un susurro. Suspiró y se tiró en la cama, pensativa.

Mabel también había asistido a la fiesta de compromiso de Meredith, pero, al parecer, no le había hecho mucho caso a nadie. Y, en palabras suyas posteriores al evento, le había parecido un aburrimiento.

Meredith no podía decir tanto.

—¡Has mentido a madre! ¡Eso no está bien! —se escandalizó Margie.

Fuera de la habitación escucharon pasos. Las tres se callaron y supieron que su reunión estaba acabada. Margaret fue la primera en marcharse, le dio un beso a cada una y salió casi deslizándose hacia su estancia. Mabel, antes de seguir la estela de su hermana, tenía unas palabras que decir.

—Creo que el marqués es idiota si te ha dejado marchar, Mer.

Ella también le dio un beso y se marchó. Mehetabel tenía solo dieciocho años, no sabía aún lo cruel que podía ser la sociedad ni el poder que tenía un mal comentario en la vida de una persona. Meredith lo había sufrido en muchas ocasiones. Aunque estaba de acuerdo con su hermana, Simon era idiota, no por haberla dejado marchar, sino por comprometerse con alguien como lady Brandon.

Al menos, tenía gente a su lado que lo quería bien y que podría arreglar ese desaguisado. Lo mismo era ella.

Capítulo XIX

A la mañana siguiente, Meredith se levantó con mal pie. Seguramente si alguien le hubiese preguntado a cualquier miembro de la alta sociedad, hubiese pensado que eso era lo normal en su vida. Comenzar la mañana mal, para acabar el día peor, lleno de pequeños malentendidos y de pequeñas maldades de la providencia hacía Meredith. Pero no era lo habitual. No, al menos, todos los días.

Nada más levantarse de la cama arrastró el camisón, se cayó al suelo y se mordió el labio. Lo tendría hinchado gran parte de la mañana, sin contar con el roto que se había hecho en la prenda. Tendría que ausentarse para poder coserla o pedirle a Margie que lo hiciera, tenía unas manos increíbles para arreglar la ropa. Tras ese traspié se levantó con tan mala suerte que rozó el aguamanil, que acabó en el suelo roto. Una criada entró pensando que una bala de cañón había entrado por la ventana. Observó a Meredith en el suelo, por segunda vez en cuestión de cinco segundos, luego fijó la vista en el jarrón roto y se encogió de hombros. Como si eso fuera poco con Meredith, la Muerte, en casa.

Lo cierto era que desde que Simon había salido de su vida por la puerta grande, ella se sentía torpe, casi incompleta. Había vivido un corto periodo de tiempo sabiendo que, por esos días, él era suyo y solo suyo. Y ahora que la realidad le había quitado la razón se sentía despistada, desasosegada. Deseando que la temporada terminase y poder rehacer los pedacitos de su vida. En Italia, con su tía, a poder ser.

Cuando bajó a desayunar, también tenía un arañazo en las manos, pues no se pudo quedar quieta viendo cómo la sirvienta arreglaba el estropicio que había causado. Durante el tiempo que había sido criada, había decidido no dar nada por sentado y, como no quería que la muchacha se hiriera con el jarrón roto, lo recogió ella y, con el despiste habitual de los últimos días, acabó haciéndose daño. Bien, ya estaba rota por dentro y por fuera.

Decidió que ese día no saldría de casa de la duquesa, no tenía la cabeza para tonterías sociales ni para bailes ni para nada. Sus hermanas podrían disfrutar de la temporada. Ella debía recomponerse a sí misma.

En la mesa del comedor solo se encontraban sus hermanas. El resto de mujeres de la casa estaban casadas y, por lo tanto, no tenían la obligación de bajar a desayunar, y nunca había coincidido con lord Christopher a esa hora.

—¿Qué te ha pasado, Meredith? —preguntó Margie preocupada al observar su aspecto.

—Me he caído dos veces: una de la cama y otra de pie.

—¿Has olvidado cómo andar, querida? —Su hermana se había levantado de buen humor.

—¡Margaret! Deja a Mer, que suficiente tiene con lo que le ha pasado.

Lo que le había pasado era a causa de su torpeza. Había perdido la cuenta de las veces que había intentado tomar el pomo de la puerta a la primera, lo hacía a la segunda; de cuántas veces había trastabillado en una escalera o de cuántas cosas había tirado —y roto— mientras se hacía pasar por sirvienta. Meredith, la Muerte, se merecía el título de Torpe, no de Muerta. Y más esos días, en los que su cabeza viajaba lejos de Londres, por el tiempo, y se quedaba perenne en los pocos días que había pasado con Simon en Clover Park.

—Esta noche asistiremos a una velada musical en casa del duque de Albertany. Al parecer una soprano va a interpretar unas pocas áreas.

—Se dice «arias» —replicó Mabel a Margie.

—Pues arias, lo que sea. Anoche la duquesa me dijo que estaba ansiosa. Será una cena de gala para unos pocos amigos y luego la actuación.

A Meredith se le aceleró el corazón y, con su torpeza de esa mañana, pensó que bien podría salirse del pecho y pasearse por la mesa dejando un rastro inmundoso de sangre. No ocurrió, por supuesto. Hasta su desgracia tenía un límite. Esa noche volvería a ver a Simon, con suerte podría limar asperezas.

Pero ¿qué sabía ella de armonías o de ópera? Nada en absoluto. Su padre, por supuesto, había destinado parte de su educación a la música. Meredith intentó tocar algún instrumento; el que no había roto, lo había descartado por su poco o nulo oído. El profesor de música, un francés deslenguado, había desistido de su enseñanza en pos de sus hermanas. Aunque, de todas, solo Mabel había sabido aprovechar esas clases.

—¡Oh! —chilló Mabel—. ¡Oh! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

—¿Qué ocurre, Mehetabel? —preguntó muy estirada Margie, a quien no le gustaba dar espectáculos delante de nadie. Y ellas no estaban solas en esa sala, había criados.

—¡La señorita Leigh ha vuelto a escribir!

—No chilles, querida, no hace falta que se entere toda la casa —siseó Margie cada vez más roja.

—Pero... oh...

El entusiasmo de Mabel se deshizo como un trozo de mantequilla en una sartén, poco a poco y despacio. Su alegría se disipó y miró de reojo a Meredith.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Salgo yo, ¿no?

—Bueno... no tú exactamente, ya sabes cómo es esto...

—Léelo, Mabel, por favor.

—No quiero, Mer, no me hagas leerlo.

—¡Dámelo a mí, Mehetabel! —Se enfadó Margie—. Meredith va a leerlo antes o después y si quiere leerlo ahora es mejor, con nosotras de su lado.

Asintió con la cabeza mirando a Mer y, con ese gesto, le dio fuerzas.

—Está bien, lo haré. Cualquiera se niega ante dos Tanner...

Eve no recordaba el nombre de aquella mujer que habían dejado el día de su fiesta de compromiso. En realidad poco importaba. Si hubiese sido ella, no habría salido de su casa nunca más. Pero parecía que le gustaba desafiar a los asistentes con su actitud. En un momento dado, cayó en la cuenta, lady Edith, así se llamaba.

Dio la casualidad de que, mientras Eve paseaba por la mesa de refrescos, pudo escuchar la soberbia conversación que mantenía lady Edith con su exprometido. En un tono desvergonzado hacía alarde de que lo había olvidado al momento en que él se había marchado y le gritó cosas que una dama no podía repetir. ¡Ahora entendía por qué su prometido se había marchado! Nadie podría convivir con esa mujer que, tras dar el espectáculo, se pavoneó delante de las señoras como si fuera la reina.

Eve agradeció no tener ningún lazo con esa odiosa dama y buscó a Marcellus con la mirada. Pero no había acudido al evento».

—Lo siento, Mer —susurró Mabel cuando terminó de leer.

—Esa odiosa mujer —dijo Margie—. ¡Se merece una lección!

—¿Y cómo se la vamos a dar, si nadie sabe quién es? —preguntó Mer, mientras se sobreponía del golpe.

—Al menos, vamos a intentarlo.

Las tres Tanner se miraron entre ellas, decididas, y asintieron. Aunque Meredith sabía que sería una misión imposible. El entusiasmo de Mabel por la señorita Leigh había decrecido por momentos.

Cuando la duquesa y su madre bajaron de sus habitaciones, la mañana comenzó a ser más entretenida. Meredith había querido ausentarse para coser el dobladillo que había destrozado, pero no vio la ocasión. Kate no paraba de alabar a la mujer que iba a deleitarles esa noche con su voz y de la magnífica oportunidad que iban a tener. Su madre, lady Rose, en varias ocasiones, intentó cambiar de tema, pero fue algo imposible.

La duquesa no podía pensar en otra cosa.

Durante ese tiempo, Meredith había querido olvidar cómo había comenzado la mañana: con la pelea que había tenido con Nicolaas en las páginas de un periódico. Pero, como era habitual, no podía darle esquinazo a la fortuna o al destino, pues siempre estaban allí para señalarla con el dedo y hacerle ver lo insignificante que era para ellos.

El mayordomo entró por la puerta, interrumpió la monotemática conversación y le enseñó una tarjeta de visita a Mer: «Lydia Coleman». El día había ido de mal en peor.

Capítulo XX

Simon se había equivocado pocas veces en su vida. Estaba acostumbrado a tener razón. Parte de ese éxito se debía a su posición social, sin duda, pero también al hecho de que él mismo se exigía la excelencia. El sentido común era algo que le gustaba cultivar. De pequeño, quería estudiar, siempre había destacado y nunca le había costado trabajo ponerse delante de un libro. Cuando tuvo edad de tomar sus propias decisiones, su padre lo había dejado libre, pues había confiado en él plenamente. Ninguno de sus hermanos era tan ordenado y equilibrado como Simon. El único que podía hacerle frente en ese sentido era Robert, pero desprestigió su posición eligiendo el trabajo.

Era por eso que sabía, y confiaba, que su decisión de contraer matrimonio con lady Brandon era la adecuada. Debía ser la adecuada. Aunque su juicio estuviese nublado por su condición etílica, él razonaba mejor en ese estado que otros amigos suyos sin haber tomado ni una gota de alcohol. Así que, mientras caminaba por la calle camino a casa de su padre, que le había hecho llamar, pensaba que si su decisión era la adecuada, ¿a qué venía tanta preocupación? Pues al hecho de que se había dejado engañar como un tonto por Meredith, la Muerte. ¡Válgame Dios!

Aún se sentía dolido.

Cuando Simon tenía veintidós años, aparte de creerse el rey del mundo, también había tenido un grupo cercano de amigos de los que se fue distanciando con el tiempo. De ellos conservaba a James Cavendish y a Tristan Marchand. El cuarto en discordia, Michael Holden, se había casado con su hermana y la había hecho tan desgraciada que lo mejor era que no se cruzara en su camino. La última vez que se habían visto, habían acabado pegándose a puñetazo limpio en casa de Damon, como celebración al nacimiento de su única sobrina, Anne.

Por aquella época, cuando todavía eran inseparables, Simon había perdido la cabeza por una mujer. Se llamaba Nadine. Una dama de origen belga que se había casado con un comerciante inglés. Mientras que él había sido feliz contemplando a su mujer, ella había tenido puesta las miras en otras esferas. Nunca mantuvieron un idilio, ni tan siquiera Simon pudo declararse, había sido una mujer casada y había un límite que no debía transgredir. Pero por aquella mujer había hecho tonterías de las que aún se sentía estúpido al recordar. Le había mandado un ramo de flores blancas cada miércoles durante una temporada entera. Su marido había llegado a investigar quién realizaba aquellos envíos para declararle un duelo, pero nunca lo supo. Lo más lejos que había llegado en aquella relación había sido conseguir robarle un beso durante una mascarada.

Echando la vista atrás, Simon se dio cuenta de que se había descontrolado durante aquel periodo de tiempo, y quizás a causa del mismo, su hermana acabó casada con

Michael Holden y destrozó su vida. Para él, ese había sido el mayor error de su existencia: dejar que Lizzy, su única hermana, contrajese matrimonio con alguien que le había hecho infeliz. Si fuera por él, esa situación se habría acabado hacía mucho tiempo. Pero ella no quería ni oír hablar del tema.

Por eso, Simon tenía que ser casi perfecto, se lo exigía cada día de su vida. Salvo las semanas que había pasado en Clover Park junto a la mujer que creía se llamaba Mary. Durante ese tiempo se había olvidado un poco de todo. Pero sabía que si él fallaba, su familia sufriría por su ineptitud. Por esa razón no podía perdonar a Meredith, la Muerte. Un paso en falso y ya estaba poniendo en peligro a los suyos. Cosa que aún no había ocurrido, y si él hubiese querido hacer caso de los rumores acerca de su mala suerte, que sabía que eran inciertos, pensaría que estaban tocados por su maldición. Pues Simon había pasado con ella casi un mes en situación íntima y no le había pasado nada, más allá de haber perdido el corazón y toda la capacidad de amar a una mujer con libertad. Tonterías.

Cuando comenzó a subir los escalones que daban a la puerta principal de la casa de su padre, pensó que su decisión era la correcta. Junto a Constance no cabía la posibilidad de que nadie de su familia saliera herido. Ella era una mujer cabal, sensata y con una reputación intachable hasta que se convirtió en su amante, ¿qué le podía reprochar?

Por otro lado, un pensamiento frugal se paseó por su cabeza mientras el mayordomo lo guiaba hasta el despacho de su progenitor: casarse con Meredith, la Muerte. Lo que era un imposible, un absurdo, pues ella no estaba al nivel de ser marquesa, sin contar con el hecho de su engaño y que era solo eso lo que quería: la protección de su apellido y su dinero. No quería a Simon. Constance tampoco quería a Simon, pero al menos lo disimulaba mejor.

Pero si era eso lo que quería de él, ¿por qué lo había rechazado? ¿Qué estaría tramando? ¿Estaría esperando a ver si sus hermanas se colocaban y si no lo conseguían chantajearía a Simon? ¿Era su segundo plan? ¿Cómo había conseguido que tío Gene quisiera patrocinarlas?

Al entrar al despacho de su padre, su cabeza era un mar de dudas, y cuando lo observó charlando con su mujer, veinte años menor que él, con tranquilidad y con cariño, deseó poder tener él alguna vez lo mismo. El amor parecía un terreno vetado, prohibido para Simon, debía buscar el entendimiento y el cariño.

Sí, esa sería su meta con Constance.

Lydia Coleman las estaba extorsionando. No le cabía la menor duda. Había llegado con su cara de niña buena, había hablado un poco del tiempo y, cuando la duquesa se había marchado para atender otras obligaciones, esperó a que llegara el té que habían pedido y se quitó la máscara. Bueno, no llevaba una careta de verdad, era cierto, pero esa horrenda cara suya se transformó para volver a ser la insufrible y desagradable

vecina que había tirado del pelo a Meredith cuando tenían ocho años y se había reído de todas y cada una de sus desgracias.

El odio de Lydia hacía Meredith se fue forjando con los años, no tenía claro cuál había sido el detonante que había hecho que esa muchacha se revelara como su mayor enemiga. Por norma general, las Tanner solían ignorarla, suficiente debían soportar como para también luchar con ella. Pero en esa ocasión había traspasado una línea que no sabía cómo iban a superar.

La señorita Coleman, antes de revelarse como la arpía que todas sabían que era, sonrió, llevó su mano hacia uno de los bocadillos que habían preparado. Extendió una servilleta bordada por las esquinas, la puso en su regazo, mordió una pequeña esquina de la comida y luego la depositó en sus piernas. Unos movimientos estudiados, para que la miraran y palidescieran con el alarde de elegancia. Luego, cogió la taza de té que le había servido Meredith, mientras con la mano izquierda sujetaba el pequeño plato de fina porcelana y con la otra el asa de la diminuta taza. Sonrió de nuevo y, antes de probar la bebida, decidió comenzar su farsa.

—Hace unos días que llegué a Londres y no he querido perder el tiempo para contaros lo que se dice de Clover Park.

Margie y Mabel se miraron con ansiedad. Meredith, con miedo de romper la vajilla de su excelencia, se quedó quieta, con la espalda muy recta, esperando a que les contara el último cotilleo. Solo esperaba que no fuera referente a Harriet. Si hubiese pensado con claridad en ese nefasto día, bien podía haber rezado para que no fuera de ella.

—¿Y qué se dice, querida Lydia? —preguntó Margie, quien, de todas las hermanas era la única a la que esa vecina en concreto soportaba más. Una vez llegó a decir en presencia de Harriet que ella y su madre eran las únicas elegantes y con estilo de esa casa de locos.

—Que una Tanner se quedó en Clover Park cuando os mudasteis a casa de vuestros abuelos.

Eso de por sí ya era un escándalo a tener en cuenta, sobre todo si ella se dedicaba a pregonarlo por Londres.

—Se dicen otras cosas que, por supuesto, una dama no debe repetir.

—¡Sandeces! —exclamó Margie algo alarmada—. Todas nos marchamos de Clover Park.

Lydia sonrió y dejó ver parte de sus dientes, tenía las paletas torcidas, por eso intentaba que no se vieran. Pero esa vez le dio igual. Levantó la mano, dejando con cuidado la taza en la mesa, y con el dedo índice comenzó a decir que no con movimientos rápidos, mientras de su garganta salía un ruidito muy desagradable, que a Meredith le ponía de los nervios, y su sonrisa sibilina les daba a entender que las tenía donde quería.

—No, no, no. Margaret, querida. —Giró la cara hacia Meredith—. Una no se marchó, ya que luego fue la acompañante de la duquesa que, tan amablemente, os ha acogido. —Volvió a coger la taza y, antes de tomar un trago, continuó—: no creo en las casualidades, sobre todo cuando sé que no lo son.

Las Tanner se quedaron calladas, en alerta. Si Lydia Coleman había mostrado sus cartas tan pronto solo podía significar que quería algo de ellas, de lo contrario, habría publicado el rumor a todo aquel que quisiera escucharla.

—Eso es absurdo, Lydia. Nadie creería algo así —dijo Mabel, que, con dieciocho años, no sabía calibrar bien la maldad de la gente.

—No, no lo es. Sé que no soy nadie comparada con vuestras benefactoras, pero un rumor más sobre vuestra familia no caerá en saco roto. Y más cuando puedo contar una escena que vi con mis propios ojos: cierto marqués debajo de un árbol besando, por decirlo de forma delicada, a cierta dama. ¿O no se le puede llamar dama a quien actúa de esa manera, Meredith?

Si lo de antes había sido una amenaza velada, ahora era una clara declaración de guerra.

—¿Qué quieres, Lydia? —respondió a la aludida sin ganas de más subterfugios.

—Lo mismo que vosotras estáis disfrutando sin merecerlo. —Escupió con ira. Las miró como si no fueran más que repugnantes gusanos que se habían cruzado en su camino—. Una temporada con oportunidades. En las anteriores había puertas que no se abrieron para mí, pero ahora quiero que lo estén gracias a vosotras.

—No sé si puedo conseguir...

—Podrás, querida Meredith, o mañana Londres entero sabrá de tus andanzas campestres por una edición de un famoso periódico.

—¿Te das cuenta —comenzó a preguntar Mabel— que si revelarás ese secreto estarías obligando al marqués a casarse con Meredith y todo tu esfuerzo no habría servido para nada?

Lydia no se sintió amenazada ni creyó que su plan fuera a desbaratarse por esa nimiedad. Por lo que se volvió a tomar su tiempo en acabarse el bocadillo y limpiarse la boca con la servilleta.

—¿Os referís al mismo marqués que va a casarse con lady Brandon o a otro? —preguntó entre divertida e interesada.

Las tres dieron un respingo. Se suponía que esa noticia no debía salir del círculo más íntimo de la familia Shelbrook, pues querían hacer el anuncio oficial en una fiesta que iban a organizar en menos de dos semanas.

—¿De dónde has sacado esa información? —La pregunta la formuló Margie, aunque todas hubiesen dicho lo mismo.

—De una fuente fidedigna: la prima de lady Brandon, la señorita Golburn. Y, por si tuviera alguna duda, vuestras caras lo han confirmado. —El silencio se hizo entre

ellas—. Os haré llegar una lista de las fiestas y eventos a los que deseo asistir. No sé cómo os las habéis arreglado para tener esta gran oportunidad y no me importa. Solo quiero mi parte. En el momento en que una sola invitación no me llegue, publicaré la noticia y hundiré a la familia Tanner.

—Ningún periodista serio hará caso solo de tu palabra, Lydia. Te podrás creer una celebridad en el campo, pero aquí no eres nadie —dijo Mabel enfadada.

—Probadme, y veremos quién tiene razón.

Se levantó de su asiento y se marchó mientras se despedía con la mano. Se notaba que había sido para ella una visita fructífera. Meredith sintió que un peso más se anclaba a sus espaldas. Sus hermanas siguieron calladas durante un rato, hasta que escucharon la puerta principal cerrarse.

—¡Será péfida! —exclamó Margie.

Y las otras dos asintieron con la cabeza para darle la razón.

Su padre le había llamado para hablar de Christopher y cómo se estaba recuperando de la pérdida del bebé. Los dos coincidieron en que cada día se encontraban mejor. Aprovechando que esa noche sería la velada musical en casa de su progenitor, Simon había ido a visitar a su prometida para recordarse las razones por las que la había elegido a ella entre las otras posibles candidatas. O, más bien, sobre Meredith, la Muerte.

Pero su intento de pasar un rato a su lado se había vuelto un infierno y Simon había dejado a una Constance ofendida y refunfuñando que no sabía cómo manejar. Ella no comprendía la razón de no haber sido invitada a la velada musical de esa noche en casa de su padre, el duque. Por mucho que él insistiera en que ya habría más oportunidades y que, sin duda, las aprovecharían. Ella no había entrado en razón. Lo cierto era que bien podría haberla invitado, pero él no quería hacer su compromiso oficial hasta la fiesta de su madrastra, Theresa. Aunque estaba decidido a poder tener una vida conyugal plena y feliz, había algo dentro de él que no sabía si se había equivocado. ¿Dónde quedó el año de Simon? ¿Y su infalibilidad a la hora de afrontar problemas? Destrozados los dos, perdidos para siempre, ya no se fiaba de sus propias decisiones y, para colmo de males, esa noche iba a pasar una velada íntima junto a Meredith.

Llegó a casa de su padre el primero, sin contar con los habitantes que ya vivían en la misma. Lizzy todavía se estaba preparando, por lo que compartió una copa junto a su progenitor y su esposa. Los dos con sonrisas perfectas, aunque la de ella un poco nerviosa.

Se habían casado el año pasado, había sido un escándalo que su familia supo capear. Ella solo había sido la honorable señorita Sims, la dama de compañía de una prima suya que se estaba presentando en sociedad por aquel entonces. Pero, en

cuestión de poco tiempo, acabó siendo la duquesa de Albertany. Tras un matrimonio por todo lo alto, se habían marchado de viaje a África, un lugar con el que ella soñaba desde niña. Cuando regresaron, la temporada ya estaba acabando y tuvieron que emprender otro viaje hacia España para que Christopher pudiera casarse con Kate, su mujer.

De ese modo, el año en curso era el primero que ostentaba con todo el rigor el título de duquesa y que iba a organizar un baile. Esa noche, era la primera vez que ejercía de anfitriona para más que la familia y los amigos íntimos.

—Imagino que tío Gene acudirá a la velada musical —dijo Simon por comenzar un tema de conversación neutral. Nada que tuviera que ver con su boda.

—No, ha mandado una nota excusándose. Al parecer ha emprendido un viaje y en pocas semanas volverá a Londres.

—¿Qué viaje? ¿Qué puede ser más importante que la temporada? —¿Y que responderle a Simon sobre su preocupación por las Tanner? Sobre todo, teniendo en cuenta que había obligado a Lizzy a ayudarlo en su cruzada.

—No tengo más detalles, hijo. Lo siento.

—Pero podrás disfrutar de la familia al completo —comentó Theresa. En su tono de voz se notaban los nervios y la ansiedad.

—Christopher me ha comentado que Kate está impaciente, no sé cómo no ha llegado ya —dijo Simon por intentar que su madrastra pensara en otra cosa.

—Quizás esas chicas que ha acogido en casa se estén retrasando —apuntó Theresa—. Lady Rose las estará poniendo firmes.

Todos se rieron con el comentario, pero sabían que no era una broma.

—Hijo, ¿cómo es que Elizabeth y Catherine han decidido apadrinar a esas muchachas? Tu hermana no suelta prenda.

—¿No lo sabes? —Su padre alzó las cejas y pareció ofendido por ser el último en enterarse—. Pues deberías preguntarle a tío Gene.

—¿Eugene? ¿Qué tiene que ver Eugene con todo esto?

—Al parecer las chicas son hijas de una antigua conocida. Lady Honora.

—Lady Honora, comprendo.

—¿Qué comprendes, padre?

Antes de que Gregory, duque de Albertany, pudiera explicarse, entraron por la puerta las susodichas hermanas Tanner, junto a Christopher, Kate y lady Rose. Pero Simon solo tuvo ojos para Meredith. Se había vestido con un traje de noche original, de fondo blanco y con unos dibujos en negro estampados, no daba la imagen de debutante como sus hermanas, sino de una mujer que sabía lo que quería. Y, por un momento, Simon deseó que lo quisiera a él. No al marqués, no al hijo del duque, a él, solo a él.

¿Por qué le había mentido? Si le hubiese dicho la verdad... ya nunca lo sabrían. Meredith había roto mucho más que su confianza y su corazón, también había roto lo que pudo haber entre ellos.

Frente a los recuerdos de sus momentos con ella y de sus deseos, fueron comenzando los saludos. De fondo, escuchó la voz de su hermana, que, al parecer, había bajado ya a la estancia. Meredith sonreía, se sonrojaba y asentía con la cabeza. Nada que ver con la mujer habladora y encantadora que había conocido en Clover Park. La veía cohibida, sola. Y en su mente se paseaban, sin ningún pudor, las noches que habían pasado juntos, sus jadeos, sus sonrisas veladas, su compañía, ella.

Simon iba a necesitar mucha ayuda esa noche para no volverse loco, pero, en un momento dado, comenzó a llegar más gente, entre ellos, Robert, que jamás acudía a un baile, pero no podría perderse la velada musical de Theresa. También hizo su aparición Damon, su hermano pequeño, junto a Francesca, su mujer. Su sobrina se habría quedado en casa durmiendo, era muy pequeña, cumpliría un año en unas semanas.

Kit fue el primero en acercarse a hablar con él.

—Sálvame de tanta mujer. Hemos venido en dos carruajes. En el mío se encontraban dos parlanchinas hermanas Tanner, que solo tenían en la boca a la tal Abigail Leigh. ¿A quién demonios le importa esa mujer?

—¿Abigail Leigh? —preguntó Lizzy, que se había acercado a ellos—. ¿Qué ocurre con ella?

—Una de las Tanner, la de anteojos —apuntó Chris— está obsesionada con ella. ¿La conoces? ¿Sabes quién es?

—He leído su obra, sí. Eso ya lo sabes, pero no sé quién es la tal Leigh.

—¡Cómo no! Lizzy y sus novelas... —se rio Simon.

Su hermana entornó los ojos, los miró a los dos de arriba abajo y se marchó al corrillo donde las hermanas Tanner charlaban con alegría. Simon, siguiendo la estela de Lizz, se encontró con la mirada de Meredith, parecía que le suplicaba algo. Fuera lo que fuese él no podía dárselo. Por más que quisiera.

Desvió su atención a Kit, que seguía enfrascado en su conversación, que ya parecía un monólogo. Incluso, le dio la espalda a la que fue su amante para no seguir tentándola con la mirarla. No deseaba que nadie de su familia se diese cuenta.

Por la puerta comenzaron a llegar más invitados, ¡gracias al cielo!, algunos de la familia de Theresa y otros amigos. Nadie desconocido para esa velada tan especial.

Kit se marchó para hablar con otros invitados, y él se sintió indefenso, pues pronto la presencia de Meredith se hizo patente a su lado. Hacía ya mucho tiempo que no la tocaba, que no la besaba o que no tenía contacto con ella más allá del espantoso baile en Almack's.

—Milord —dijo con su tono de voz melodioso—. ¿Unas palabras?

—Por supuesto, señorita Tanner. —No quiso ser descortés.

—Necesito que sean en un lugar más... íntimo.

Meredith se sonrojó. Lo mismo pensaba que, tras saber su ascendencia y haberlo meditado, se merecía un trato mejor que una proposición de matrimonio acelerada y una aceptación rápida de su negativa. Quizá estaba esperando a que él se arrodillara a sus pies y rogara por ella. Pues estaba muy equivocada. El mundo de Simon no funcionaba así. No, nunca.

—Eso va a ser imposible, señorita Tanner.

—Por favor, milord —suplicó mientras se tocaba el collar que llevaba puesto. Notó cómo las manos le temblaban un poco—. Es una cuestión vital. No sabía si debía planteárselo primero a su hermana, pero dadas las circunstancias, creo que es un asunto de los dos.

Aquella afirmación le había picado la curiosidad. Nada perdía por escucharla. Nada más.

—Está bien. Yo buscaré el momento.

—Debe ser esta noche, sin demora.

—Será esta noche. Sin demora.

Se giró y se marchó de su lado. Por un momento, a causa de aquella mano temblorosa y de aquella voz grave, él había deseado poder darle más. Todo lo que quisiera. Y eso no se lo podía permitir.

Meredith observó cómo Simon la dejaba plantada con la palabra en la boca. Al menos, había conseguido su objetivo, que no era otro que llamar su atención y poder hablar con él a solas, esa misma noche. No sabía qué hacer con la información de Lydia Coleman y, aunque las mejores opciones eran la duquesa y la condesa, creyó que Simon debía saberlo el primero. Al fin y al cabo, era parte de todo aquel embrollo tanto como ella.

Suspiró y supo que solo le quedaba el trascurso del tiempo. Aunque si Simon creía que ella iba a ser una damisela esperando a que llegara, estaba muy equivocado. En cuanto tuviera una oportunidad, hablaría con él del asunto. No le importaba tomar la iniciativa. Eso no era cosa de damas, ya se lo repetía Margie, pero ella ya había pasado a otro nivel. Adiós dama, hola Meredith, la Muerte.

Cómo odiaba ese apelativo.

Lo escuchó a pocos metros de ella, de la boca de una mujer que ni conocía ni le habían presentado. La miró con asco y siguió con sus asuntos. Meredith se quedó quieta. No esperaba que en una velada íntima fueran también a examinarla. Según la duquesa, solo la familia y algunos amigos disfrutarían de la diva que iba a cantarles esa noche.

Aunque primero debían pasar al salón. Como era habitual, se había invitado el mismo número de hombres y mujeres a aquella cena, por lo que los invitados entrarían en pareja al comedor. Ella sintió pena por el pobre desdichado que tuviera que cargar con ser su acompañante, que también debería sentarse a su lado.

Oteó el gran salón y creyó que serían unas veinte personas. Nadie se acercaba a ella, se veía aislada en un mar de gente. Sus hermanas se encontraban entretenidas hablando con unos caballeros, y ella sentía las miradas cada vez más inquisitivas. Así que decidió pasearse, para parecer ocupada.

Cuando anunciaron que había llegado el momento de entrar en el comedor, observó con tristeza cómo el resto se iba emparejando. Simon era el acompañante de la odiosa mujer que había recordado su mote delante de todo el que quiso escucharla. Y Meredith se fue quedando sola en la sala. ¿Era posible que nadie hubiese recabado en ella? Margie, antes de entrar al salón, se giró y le lanzó una mirada de pena. Cómo las odiaba.

¿Qué debía hacer? ¿Entrar sola en el comedor y que los presentes se giraran a mirarla? No era ya suficientemente malo ser Meredith, la Muerte, como para también tener que dar espectáculos... ¡y gratis! A quien quisiera verlos.

Tomo aire, alzó el mentón y se decidió a entrar en esa habitación con el valor que había logrado reunir para superar esa velada.

—Siento la tardanza, señorita Tanner. Un error imperdonable por mi parte que podrá remediar durante la cena. —Aquella voz hizo que se parara en seco—. Espero que no con su indiferencia, no llevo bien que una mujer hermosa no quiera hacerme caso.

Se giró para ver quién le hablaba con tanto desparpajo. El hombre que le sonreía poseía unos espectaculares ojos azules, una sonrisa encantadora y pinta de no tenerle miedo. Rebuscó en su memoria y se acordó de quién era aquel granuja: Nicholas Radcliffe, un amigo de lord Christopher que le habían presentado unos días atrás.

—No importa, milord. Lo importante es que haya venido. —Sonrió, era verdad, no importaba. Por un momento, gracias a su sonrisa sincera, se sintió como una dama más en una velada normal.

Y, con esa sensación rondando su estómago, entraron con el resto de invitados.

—¿Y tenías que llamarla Meredith?

—No podía llamarla de otra manera —respondió Honora con tristeza.

El salón del antiguo hogar de Eugene no había cambiado nada en más de veinte años. Sus padres se habían trasladado a vivir a Cardiff, donde residía su hija mayor. La casa de campo había quedado abandonada tras la muerte del hermano mayor de

Eugene, y de Virgil, el de Honora. Ella no había pisado ese lugar desde el día después del entierro de ambos.

—Mi marido quedó horrorizado —continuó narrando—, él quería llamarla Margaret, como su madre. Pero no hubo manera de hacerme cambiar mi idea. Es nombre de mujer fuerte, debía llamarse así.

Eugene la miró como si pudiera atravesarla. Había sido mala idea sentarse en el sofá y dejarlo a él de pie, pues se sentía pequeña e insignificante. Él se paseó por la habitación como si se sintiera encerrado. Entre tanto, se acordó de su hija, de diez años, al lado de su cama, mientras ella había sostenido a Madeleine, con pocas horas de vida. Con sus ojos verdes, un tono más claro que los suyos y heredados de su padre, no de ella, como creía todo el mundo, miraba para todos lados sin fijarse en su nueva hermana. Una madre conoce a sus hijos, sabe qué piensan a esa edad, si tienen cicatrices o bien si lloran por algo real o imaginario. Su pequeña hija había tenido algo que decirle, y no había sabido cómo hacerlo.

«¿Qué ocurre, Meredith?» había preguntado ella con una sonrisa. Era la mejor manera para que pudiera desahogarse. Solas en su habitación, solo Madeleine era testigo de las confesiones madre e hija. Y estaba segura de que no les prestaba ni un poco de atención. Como buen bebé, dormía.

«¿Por qué me llamo Meredith?» había preguntado con miedo.

Honora se había asombrado. Su hija tenía diez años, ¿desde cuando albergaba más preocupaciones que sus estudios de señorita y sus muñecas? Antes de poder contestar, ella había continuado como si no hubiese otra manera de explicarlo.

«Margaret se llama así por la abuela, Mehetabel por la tía Hetty y Madeleine por la tía Madie, ¿por qué me llamo yo Meredith, madre?».

«Por una persona que conocí hace tiempo, alguien muy especial, como tú. Además, es un nombre muy bonito, ¿no te gusta?».

«Sí, madre» respondió, no muy convencida.

Con la llegada de una tercera hermana, Meredith se había olvidado de las cuestiones en torno a su nombre o, al menos, no había vuelto a preguntar por el tema. Honora había querido contarle quién fue esa persona por la que la había bautizado con un nombre tan extraño. Con el tiempo, la vida se había complicado tanto que casi se había olvidado el tema. Casi. Por bautizar a Mer así, claudicó en el resto de nombres de sus hijas, le daba igual.

—Ella también se merece una oportunidad. Tiene casi veinticinco años, Honora, ¿cuándo pensabas contármelo?

—Nunca. Te aseguro que no era algo que quisiera airear, Eugene.

—Me duele admitir que no te conozco en absoluto. Pero ahora tus hijas te necesitan. Deja a la menor con tus padres, tienes que viajar a Londres para estar con ellas.

—¿Sabes algo que yo no sé? Se encuentran en casa de una duquesa, no creo que tengan problemas.

—Créeme, Honora, necesitan a su madre para que las guíe. Ahora necesito descansar, se ha hecho tarde.

Gene quería echarla de su casa, no se lo podía reprochar. Se había portado mal con él, con Meredith, con su familia, con tantas personas... Y él tenía razón, sus hijas la necesitaban, y ella iba a acudir a su lado.

Se fue paseando a casa de sus progenitores, era tarde, ya casi no había luz por el camino, pero necesitaba pensar. Dejar a Madie con sus padres iba a ser duro, la niña estaba demasiado mimada. Pero ahora debía mirar por las otras, con los años lo entendería.

Cuando llegó a su hogar de la niñez, decidió que debía hacer caso a Eugene. En poco tiempo partiría hacia Londres.

Capítulo XXI

El salón estaba decorado de forma exquisita. Al ser una habitación de techos altos, como el resto de la casa, bien podría parecer un lugar frío, pero lo cierto era que desprendía una sensación de hogar que asombró a Meredith. En pocos lugares se había sentido tan acogida. Se sentó al lado de lord Nicholas y franqueada por lord Robert, el hermano abogado de Simon, comenzó una cena exquisita.

Si algo debían tener claro las mujeres de la alta sociedad era que no debían comer mucho en público. No era de buena educación. Una comida comedida, una conversación comedida y mojarse los labios en la bebida. Nada más. Aquella noche, cerca de Nicholas Radcliffe, olvidó las normas de decoro que le había enseñado su madre. Era imposible no reírse con ese hombre y que cualquier pena que pudiera albergar quedara relegada al lugar más recóndito de su cabeza.

¿Dónde estaba este hombre cuando la desgracia caía sobre Clover Park? Con él cerca todo hubiese sido mejor.

Se olvidó de Lydia Coleman, de su injusta riña con el destino —era como David y Goliat, pero con un resultado inverso— y lo que le había ocurrido en las últimas semanas. De todo, salvo de Simon. Aunque sí parecía que él la había olvidado a ella con mucha facilidad, pues charlaba con aquella odiosa mujer como si no tuviera ojos para nadie más.

—¿A quién más no conoce de la mesa, señorita Tanner?

Lord Nicholas, con la excusa de poder solventar su error al llegar tarde, se había dedicado a hacer una presentación poco formal de los invitados. A ella le había parecido impertinente preguntar, pero a él, sin duda, no. Y como la última persona que quedaba en su lista era aquella mujer, no dudó en incluirla en su conversación. Se encontraba tan lejos de ellos que no escucharía las palabras que le dedicaría lord Radcliffe.

—No conozco a la dama que charla con el marqués —indicó Meredith tras tomar un sorbo de vino.

—Oh, no conoce a lady Philomena. Eso tiene fácil solución. Le contaré. —Pero, en vez de detallarle, pinchó un trozo de carne en la salsa y se lo metió a la boca. Meredith esperó con paciencia a que decidiera continuar—. Es la prima de la duquesa de Albertany. De hecho —comentó bajando el tono—, ella era su dama de compañía, y lady Philomena no pudo perdonarle que se casara con un duque y la dejara a mitad de temporada. Aunque el enfado se le ha quitado, sin duda, de otra manera no estaría aquí, ¿no cree? —El muy bribón le guiñó un ojo y ella casi soltó una carcajada muy impropia.

—Eso parece —respondió Meredith, más por educación que por conocimiento de causa, mientras se limpiaba con la servilleta una inexistente mancha en los labios para poder sofocar la risa.

—Ella sigue en el mercado matrimonial, y parece que le ha echado el ojo a Dare esta noche.

—Pues no tiene buen ojo —comentó Meredith, animada por la conversación. En cuanto lo dijo, se arrepintió.

—¿Qué dice, señorita Tanner? ¿Sabe algo que no sepa yo? Mi amigo el marqués suele estar en las listas de los más cotizados cada temporada que pasa sin casarse, el muy bribón. —Le pegó un leve codazo—. Vamos, señorita Tanner, yo le he contado todos los cotilleos que conozco de la mesa. Cuénteme alguno —susurró acercándose a ella.

Meredith sabía que lord Nicholas era amigo de la familia Shelbrook, si ella sabía que Simon se iba a casar, casi con seguridad él también, pero no podía comenzar a hablar de ese tema tan a la ligera, alguien podría escucharla y expandir la noticia —más aún si cabe, a tenor de lo que le dijo Lydia—, y frenar el enlace sería casi imposible.

—Nada, solo me parece improbable que se case con el hijastro de su prima. Solo eso —apeló a su parentesco, aunque sabía que era una excusa tonta que podría hacer que la opinión de lord Nicholas sobre ella fuera cada vez peor.

—Supongo que algo de razón tiene. Pero eso tendrá que solucionarlo nuestro querido Dare.

Aunque no dijo aquella frase con maldad y siguió comienzo como si tal cosa. A ella le había parecido escuchar un tono de complicidad que no le gustaba. ¿Sabría lord Nicholas algo sobre su aventura en Clover Park?

—Está bien, sigamos inspeccionado la mesa.

Sonrió, y Meredith pensó que era mejor olvidarse de aquella sospecha que no servía de nada.

Tras una cena en la que se sintió secuestrado por lady Philomena, una mujer interesante, aunque con una risa demasiado fuerte, una voz atiplada y un ansia voraz por conseguir sus objetivos, Simon se sentía agotado. Ella no representaba nada a lo que no estuviera ya acostumbrado, pero, en cierto modo, le ponía los pelos de punta pensar que alguien así pudiera engañar a algún incauto. Además, durante la cena, tuvo que intentar relajar su ceño fruncido, que se hacía cada vez más evidente a causa de la conversación de Nicholas con Meredith. Maldito fuera Radcliffe y su forma de hablar con las mujeres. Si algo diferenciaba a quien él había pensado que se llamaba Mary con el resto de las damas presentes, no era otra cosa que su forma de ser y comportarse. Mientras las demás guardaban con cautela las formas, ella se había

olvidado. En su manera de actuar, Simon pensó que se escondía la desesperación de saberse olvidada y odiada por el mundo.

Una vez acabada la cena, los caballeros se retiraron a fumar a la sala de al lado y, en esos momentos, Simon se encontraba solo en compañía de hombres; algunos fumaban, otros reían y otros hacían negocios. Había decidido acercarse a Nicholas para ver qué intenciones tenía con Meredith cuando, al pasar por la puerta, observó el inconfundible vestido que ella llevaba esa noche pasar por la puerta. Simon sonrió imaginándosela sin él. El traje era precioso, le favorecía y, a sus ojos, era la dama más bella de las presentes, pero él no podía quitarse determinados recuerdos de su mente, y en ninguno llevaba ropa.

Siguió su estela. Sim se conocía cada rincón de la casa de su padre como de la suya propia. Meredith no. Así que no fue una sorpresa ver cómo asomaba parte de su vestido detrás de la escalera. Se acercó a ella con tranquilidad, la agarró del brazo e hizo una señal de silencio, aunque Mer ya había hecho un ruidito.

Un encantador y traicionero ruidito que estuvo a punto de conseguir que él perdiera la cabeza y la besara bajo la escalera de la casa de su progenitor.

Maldita fuera.

La arrastró a una estancia cercana, mientras tranquilizaba sus nervios. Un salón pequeño donde Theresa se dedicaba a leer, y otras madrastras suyas habían utilizado para recibir a las visitas más íntimas.

—¿Qué haces paseando por la casa? —preguntó nada más cerrar la puerta—. Y no me digas que estabas buscando el excusado.

—No, claro que no. Te estaba buscando a ti.

—Si vuelves a intentar ponerme en una situación comprometida, te recuerdo que tú misma rechazaste una proposición de matrimonio que, por cierto, no vuelve a estar en la mesa. Voy a...

Meredith le dio un puntapié en la espinilla. Sujetaba sus manos con fuerza, como si darle una bofetada no fuera propio de una dama, pero darle una patada fuera lo más normal del mundo. Ella respiró hondo dos veces y habló.

—Simon Shelbrook, no sé hasta qué punto puedes ser egocéntrico, fastidioso y engreído. ¡No todo gira en torno a ti! —Él levantó una ceja y ella explotó—. ¡Y te equivocas, como todo el mundo! No te creas ahora que eres el adalid del bien, una persona con un juicio intachable, porque no es así. Te conozco y lo sé. Quiero decirte una cosa y quiero que la escuches con atención: te vas a casar con lady Brandon y es un error. Lo sabes, pero te armas de petulancia para poder esconderlo.

—Eso no...

—Te vas a callar. Ahora te vas a callar. Porque en estos momentos hay algo más grande que tú y tu ego en juego y es la reputación de mi familia.

—¡Y eso lo dice Meredith, la Muerte!

—¡No uses ese horrible mote!

—Está bien, pero no me llames petulante.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer yo por la reputación de tu familia?

—Ayudarme. Lydia Coleman nos vio en Clover Park, y ahora me está chantajeando para que pueda abrirle las puertas de Londres. Quiere ser invitada a multitud de bailes y quién sabe qué más.

—Eso es imposible, Meredith. Nuestra... *relación* se mantuvo en la más estricta intimidad de la casa.

—Salvo cuando estuvimos en el bosque —dijo ella en un susurro.

—Salvo cuando estuvimos en el bosque —repitió él, asustado.

—Dice que si no atendemos a sus pedidos, hará que se publique la historia en un periódico. Tu familia puede aguantar el golpe, la mía no. Es un fino hilo el que hace que mis hermanas puedan presentarse en sociedad. Después de lo que he sacrificado por ellas, no voy a dejar que una niña mimada y odiosa como Lydia Coleman lo estropee.

—No les deseo ningún mal a tus hermanas, pero ella puede decir cualquier cosa, puede hacerlo público si quiere. Eso no lo puedo parar. Pero ten en cuenta que mi familia es más fuerte que eso, nadie atenderá a una muchacha de pueblo que tiene ínfulas de superar su posición social. —Simon no pudo reprimir el impulso de abrazarla. Ella se había quedado blanca, como si hubiese esperado más de él.

Aunque le había mentido, utilizado y engañado de una forma vil, él seguía manteniendo su promesa: jamás le mentiría.

Deseó volver a sentir a Meredith en sus brazos, fue como si un rayo le atravesara el cuerpo. Olió su cabello, ahora lavado con aceites exóticos, pero que seguía teniendo la suavidad de hacía unas semanas. Con una mano le acarició un hombro, desnudo por el corte del vestido, y deseó que ella no fuera Meredith, la Muerte, y que no hubiese jugado con él para poder salvar a su familia de la ruina. Por supuesto que ella había renunciado a mucho por las Tanner. Había renunciado a él. Tuvo esa certeza al mirarla a los ojos. Quizá ella no había urdido un plan contra él, quizá, simplemente, solo quería que sus hermanas superaran su reputación y lo había querido durante unas semanas. Sin más. Sin subterfugios. ¿Cómo creer en ella ahora?

—Simon, creo que tiene un as en la manga —dijo sin apartar su caricia—, algo la hacía estar completamente segura de que nadie dudaría de su historia. No sé qué puede ser... Será mejor que hable con la duquesa y con lady Byford, y que ellas les faciliten la entrada a esos lugares. Así podremos asegurarnos de que no hablará.

Se apartó de ella con un pequeño suspiro que no llegó a salir de su boca.

—Déjame a mí esa misión, no les va a gustar este problema.

Ella sonrió. Como el resto de las habitaciones de la casa de su padre, estaba iluminada y caldeada. No quería que ningún invitado se perdiera o se sintiera poco acogido. El único sitio prohibido por decoro era, sin duda, la planta de arriba. Fue por eso que la sonrisa de Meredith, iluminada por completo, le hizo temblar y saber que, si todo hubiese sido distinto, ellos podrían haber sido felices.

Por los viejos tiempos, por expulsarla de su cuerpo y de su memoria, olvidó lo que había sufrido y la besó. Cogió su barbilla con la mano, acarició cada pequeña parte de su piel que pudo tocar y la elevó. De manera pausada saboreó sus labios, dejó que cada poro de su cuerpo fuera admitiendo que ella siempre sería una debilidad y disfrutó del momento como si no hubiese otro.

Quiso comentarle que había otra solución, una sencilla y llana que bien podría salvarlos a los dos. Pero antes de poder decirle nada, tenía que arreglar varios problemas. Ella se abrazó a él como si fuera su única salvación, lo único que podría hacer que ella respirara con tranquilidad.

—Déjame a mí —susurró con sus cuerpos todavía pegados.

Aquella noche, Meredith no pudo centrarse. No escuchó nada de lo que cantó aquella diva del *bel canto* que les había regalado con su voz. La duquesa no paró de contar mil y una anécdotas sobre todos y cada uno de los fragmentos de ópera que habían escuchado tras la representación. A escucharla, solo se quedaron Meredith y Simon, el resto se fueron a hablar con otros grupos. Bajo esa conversación, que en realidad era un monólogo apasionado, ella pudo observar al marqués y sentirse ilusionada, quizá su vida no sería maravillosa, pero al menos podría guardar bellos recuerdos junto a él.

Cuando llegó a su hogar, sus hermanas quisieron mantener una conversación con ella, pero Meredith alegó que tenía un dolor de cabeza para poder quedarse sola y disfrutar del beso que había mantenido con Simon. Ojalá ella no fuera Meredith, la Muerte. Ojalá fuera solo Meredith Tanner.

Ojalá fuera otra persona, una que pudiera estar con él para siempre.

Y ojalá ese no fuese su último beso.

Capítulo XXII

A la mañana siguiente, Meredith recibió una visita inesperada: su madre. Lady Honora llegó con una gran sonrisa. Celebró que hubiesen pasado un buen rato junto a la duquesa, pero les informó de que iban a abrir su casa en la ciudad. Aquel mismo lugar en el que ella perdió a Nicolaas, donde su vida se fue un poco más abajo del barranco imaginario de la soledad. Sus hermanas aplaudieron y se abrazaron a su madre sin que esta pudiera apartar la mirada de su hija mayor, que no parecía contenta con la noticia.

—¿Qué ocurre, Meredith? —preguntó su lady Honora una vez que sus hermanas subieron a hacer las maletas.

—Nada, me alegro mucho por ellas, por la ilusión que tienen. Pero me encantaría saber de dónde hemos sacado el dinero para poder costearnos no una temporada, madre, sino tres. Una por cada una de tus hijas mayores de edad.

—Meredith, durante años te has preocupado por nosotras, tienes una carga sobre tus hombros que no te pertenece. Deberías haber sido la chica más feliz de la Tierra, y siento que te he fallado a ese respecto. Te mereces disfrutar una temporada, pero imagino lo odiosos que habrán sido los comentarios a tu alrededor. Márchate a Italia si es lo que quieres, quédate con nosotras si lo deseas. A partir de este momento estamos bien, hemos conseguido la ayuda del señor Brown. Él va a cuidar de nosotras.

Meredith se quedó sin habla. Odiaba el mundo que le rodeaba. En él solo un hombre podía salvarte. Ellos eran los mesías, los que hundían vidas y los que las elevaban. ¿Si un hombre tuviera a sus espaldas dos prometidas muertas y un compromiso roto, le llamarían el Muerto? ¿En qué consistía exactamente la ayuda de Eugene Brown? ¿Su madre se estaba sacrificando por ellas? Sabía que solo el dinero podría sacarlas de su miseria, pero no quería que nadie sufriera.

—¿Está segura, madre? Si no quiere a ese hombre...

—¡Meredith! ¿Qué estás insinuando?

—Nada madre, solo que me parece raro que el señor Brown nos ayude sin más.

—Tengo una conversación pendiente contigo. Cuando estemos instaladas en casa, la tendremos.

Su madre le dio un toque en la mano, y ella sintió que el cuerpo se le encendía. Fuera lo que fuese que hubiese ocurrido entre lady Honora y el señor Brown, no parecía ser malo. Como lo que había ocurrido entre Simon y ella. ¿Cómo le iba a contar a su madre todo lo que había hecho?

Simon pensó que debía mandar a una emisaria para hablar con Lydia Coleman, una que hablara su lenguaje. Si él se presentara en su hogar, bien podrían pensar que era un pretendiente. Así que su abanderada fue Lizzy. Le había pedido el favor, y ella había aceptado con mucha energía. Nadie se mete con los Shelbrook sin esperar una visita de lady Byford que lo deje en su sitio, eso estaba más que comprobado.

Así que ahí se encontraba él, esperando en el salón de estar de su padre la llegada de su hermana, pues hacía más de hora y media que se había marchado. No debía tardar mucho más.

Theresa se había ofrecido a hacerle compañía, pero Simon había declinado la oferta, así que se había marchado a otro lado de la casa. Su padre, por su parte, se encontraba en su club, por lo que había podido averiguar.

Al poco tiempo, mientras observaba el paisaje que se presentaba ante él por la ventana, pudo ver a su hermana saliendo de un carruaje y dirigiéndose a la puerta principal. Pronto sabría a qué atenerse.

—¡Simon! —Se acercó a él—. Traigo noticias.

Como siempre, Lizzy no gustaba de distracciones o de dar vueltas. Ella sabía lo que quería y le iba a dar la información.

—Me alegro, querida Lizz. Cuéntame.

—Me ha dicho lo que ya sabíamos, que os vio y que requiere un precio por su silencio. Y como sospechaba la señorita Tanner, tiene un as en la manga. Me ha dicho de forma críptica: «Tengo un pajarito que podría cantar». No sé qué quiere decir con eso, Simon, pero algo más esconde, no hay duda.

—Qué me condenen si lo sé.

—Su lista de bailes son aceptables, aunque, para poder colarla en algunos, me va a costar un par de favores importantes, no es una chica debutante de buena familia, sino una mujer que ya lleva varios años en el mercado matrimonial sin muchos contactos importantes. Pero se puede hacer, Simon.

—El problema vendrá cuando pida más.

—Sin duda, por eso, por el momento, aceptaremos sus caprichos, aunque debes saber qué es lo que esconde. Nadie haría caso a alguien como Lydia Coleman sobre nuestra familia. Ni aun siendo la otra parte Meredith, la Muerte. Otra cosa es saber qué efecto tendrá un cotilleo tan jugoso en la reputación de las Tanner, podría ser mortal para ellas.

»Desde mi punto de vista —dijo mientras se sentaba en el sofá— tenemos dos opciones claras: primera, que las chicas Tanner encuentren marido antes de que los caprichos de la señorita Coleman se nos escapen de las manos y, segunda, que averigües qué tiene contra ti y puedas contrarrestarlo.

—Esperemos que las chicas Tanner encuentren un marido pronto, al menos las dos hermanas pequeñas tienen alguna oportunidad, ¿no es así?

—Sí, creo que podría arreglarse para ellas. La señorita Tanner es otra historia, Simon, no sé cómo tío Gene pensó que se podía hacer algo con ella.

—¿Qué tipo de hombre crees que podría casarse con la señorita Tanner?

—Si tuviera dinero, alguno desesperado por su dote. Pero al estar casi en la ruina, creo que solo un loco o un necio caería en sus garras, Simon.

—¿Un loco o un necio, Lizz?

—Oh, no hablaba de ti, tonto. Tú caíste en una trampa. Esa chica te mintió. Lo que no logro entender es por qué no aceptó tu propuesta de matrimonio...

—Cada día que pasa, Lizzy, yo lo entiendo menos. Casarse conmigo habría sido la solución a todos sus problemas, tanto pecuniarios como con la sociedad. Sería marquesa y en un futuro duquesa, ¿quién podría decirle nada? Pero no lo hizo, y eso me inquieta.

—Simon... te has prometido con lady Brandon, que no es santo de mi devoción, pero la prefiero a la señorita Tanner. ¿No estarás pensando en... en fin, casarte con Meredith, la Muerte?

—¡No la llames así, no se lo merece!

—¡Dios mío, Sim! ¿Estás enamorado de ella?

—Como un colegial de quince años, Lizzy —se admitió a sí mismo y a su hermana.

Elizabeth se movió incómoda en su asiento, se tocó la cara y asintió.

—Simon, ¿estás seguro de lo que me acabas de decir?

El aludido asintió con lentitud, para darle entender que no había vuelta atrás. A su hermana podría contarle la verdad, aunque no hubiera solución a su situación.

—Pues debes ser feliz. De hecho, te obligo a que lo seas.

—¿Elizabeth?

—Frances es un amor y su matrimonio con Damon es una bendición; él es feliz. Nunca me gustó mucho la duquesita —dijo refiriéndose a Kate, su cuñada—, pero hace tan feliz a Chris, que no tengo ningún tipo de oposición contra ese enlace. Y, aunque lo tuviera, nada se puede hacer. —Sonrió—. Os deseo eso a ti y a Robert. Yo nunca sabré lo que es tener ese tipo de felicidad, mi relación con lord Byford murió hace años, pero tú sí puedes, Simon. Sé feliz. ¿Crees que podrás sobrevivir a la maldición de Meredith, la...? —Tosió y cambió de pregunta—. ¿Lo crees? Pues adelante. Tienes mi bendición y lucharé por tu relación frente a quien haga falta.

—Lizz, creí que no estabas de acuerdo, pensé que creías que ella era inaceptable.

—Y lo es, Simon, pero si es la mujer que va a hacerte sonreír como un idiota todos los días de tu vida, lidiaremos con lo que haga falta. ¡Y mataremos dos pájaros de un tiro! —El marqués alzó una ceja—. ¡A la señorita Coleman y tu estúpida cabezonería! Ya hace años que deberías estar casado y con un heredero.

Simon se rio a carcajadas, y Lizzy pronto también le siguió.

—Lizz... ¿Por qué crees que Meredith se negó a casarse conmigo en Clover Park?

—No lo sé con exactitud, Simon, esa mujer es un misterio. Pero yo tampoco hubiese aceptado un matrimonio así.

—Pero si... en fin, comenzó una relación así de íntima conmigo para atraparme, ¿por qué se echó para atrás? ¿Por qué no aceptó ser marquesa?

—Solo hay una manera de saberlo, Simon. Pregúntaselo.

El marqués le echó una mirada matadora a su hermana.

—¡No es tan sencillo!

—¡Claro que es tan sencillo, Simon! Vas y le dices: «Señorita Tanner, ¿me puede explicar cuáles fueron sus razones para mandarme al diablo el día que le pedí amablemente matrimonio?» —dijo Lizz imitando su voz. Una vez que terminó parpadeó dos veces y sonrió—. Así de sencillo.

—No lo es, y lo sabes. De otra forma tú... —Decidió no con continuar con esa frase, sería peor para todos.

—¿Yo? ¿Qué?

—Tú, nada. Sabes que no es así de simple.

—En fin, ¿y cómo piensas casarte con una mujer que ya se ha negado a hacerlo contigo?

—Utilizaré el encanto de los Shelbrook.

—¡Ja! Nadie dirá nunca de ti que estés falto de amor propio, Simon Shelbrook.

—La recuperaré, pero todo a su tiempo.

—Bien, llegados a este punto, el problema es otro muy distinto... ¿cómo vas a anular tu compromiso con lady Brandon sin que ella salga mal parada?

—No es oficial, no creo que tengamos muchos problemas si acepta de buen grado la ruptura. —Nada más decirlo, Sim supo que eso era casi imposible.

—Bueno, no es oficial, pero muchas personas lo saben ya, lady Brandon no ha dejado que se le escapara de las manos el ser marquesa y ha querido tener su salvaguarda. Si rompes tu compromiso con ella, será un golpe que no podrá asimilar. Ella confía en tu palabra como caballero y en que te conoce. Cree que no te echarás atrás si sabes que la perjudicarás.

—¿Y qué solución tengo, Lizzy?

—Que ella, voluntariamente, decida romper el compromiso. Todo lo demás sería faltar a tu honor y poner en entredicho el de la familia. ¿Crees que accederá?

—¿Crees que un halcón soltaría a una presa que acabara de capturar, Lizz?

—No lo creo.

—Pues yo tampoco lo creo con lady Brandon.

Ambos sonrieron, aunque Simon con tristeza.

—Pero hay otra razón, no importa que me haya enamorado de Meredith, no puedo dejar así a lady Brandon. Ella y yo tenemos un pasado juntos, le hice una promesa, no puedo faltar a mi palabra. Por mucho que desee no estar prometido con Constance y estarlo con Meredith, no puedo cambiar ese hecho.

—Sí que puedes, Simon, yo te ayudaré...

—¿Y mi reputación? ¿Y la reputación de los Shelbrook? ¿Qué opinaría padre? Tú lo has dicho, Constance no la mejor opción, pero es mil veces mejor que Meredith...

—Lo comprendo. Aun así, no lo comparto Simon. No sabes lo que es vivir atrapado en un matrimonio sin comprensión. No deberías saber lo que es.

Simon se sentó a su lado. Observó los ojos de su hermana, tan preocupados por él. Tras la conversación con ella, se había dado cuenta de que, por muy enamorado que estuviera de la que un día creyó ser Mary, no podía abandonar a Constance, no se lo merecía. Él iba a mantener su palabra, aunque el corazón se quedara en el camino.

—No lo sabré, Lizz. Lady Brandon y yo nos entendemos, con el tiempo, seremos felices.

Capítulo XXIII

La casa de la ciudad de las Tanner era de construcción moderna, con lo que se encontraba en una zona menos augusta que la de la duquesa. Sin embargo, se hallaba en un barrio pudiente y, sin duda, tenía todas las comodidades que necesitaban. Era tan grande como para poder celebrar fiestas en ella, y, además, albergaba suficientes habitaciones para poder pasar una temporada en familia. La única razón por la que el tío de Meredith no pudo vender esa casa también fue porque se la había legado su padre directamente a su esposa, para que pasase a sus hijas, y él no podía tocarla. Su madre, como única heredera, había hecho de tripas corazón y había pedido ayuda a sus padres. Vender esa casa había sido siempre la última opción. Y ahora volvía a cobrar vida.

Varios sirvientes, que Meredith no conocía, subían y bajaban su equipaje, abrían estancias y organizaban cada pequeño rincón de la casa. ¿De dónde habían salido esas personas y quién las estaba pagando? Plantada en el recibidor, observando como cada uno de ellos tenía una misión y la cumplía a la perfección, por un momento se acordó de su corto periodo como sirvienta y sintió ganas de hacer algo útil. Ser una dama daba mucho trabajo, sin duda, pero mucho más lo daba ser una criada.

—No recordaba lo grande que era... —dijo con un suspiro Margie a su lado—. Madie debe de estar muy enfadada, ya que madre la ha dejado en casa de los abuelos. Si fuera más dada a escribir cartas, nos llegaría una a cada una con una amenaza.

—Llegarán —vaticinó Mabel—. Y tendrá razón.

Meredith se encogió de hombros. Madie era su hermana menor, con tan solo catorce años se creía el ombligo del mundo, pues así se lo habían hecho creer desde siempre sus padres. Ahora, estaría volviendo loca a su abuela, que estaría deseando que su madre la reclamara. Y eso no iba a pasar en un futuro cercano.

Mehetabel tenía razón, las misivas llegarían... y, casi con seguridad, una al día hasta que sus abuelos se cansasen de pagar el correo.

Sus hermanas se marcharon a sus habitaciones, y ella creyó que nada hacía plantada en el recibidor. Antes de poder subir las escaleras, su madre la llamó con disimulo, y la siguió a su estancia. Había sido la primera en limpiarse; soleada y con un estampado en las paredes, todavía recordaba la última vez que la pisó: cuando recibió la noticia del abandono de Nicolaas. El corazón le dio un latido menos, se le paró por un instante. Aquella habitación solo traía malos recuerdos, nefastos, de hecho.

—Tenemos que hablar.

Las palabras de su madre fueron un eco del pasado. Esta vez nadie la podía abandonar ni morir por su causa. Aun así, se sentó en la cama con la esperanza de que el mal presagio que cruzaba su cuerpo no fuera a convertirse en realidad.

—Meredith... —Su madre se situó a su lado—. Tengo algo que contarte. Ha sido mi gran secreto durante toda mi vida, y ahora quiero que tú también lo conozcas.

—¿Es necesario? —En su experiencia sabía que nada bueno podía provenir de semejantes palabras.

—Lo es, querida. Para que entiendas por qué han pasado determinadas cosas en nuestras vidas y sepas lo qué está por venir.

En su vida había pasado por muchas situaciones. Algunas las había provocado ella, como el abandono de Simon, y otras habían sido sobrevenidas, como su horrendo mote. Respiró hondo. Nunca había sido una cobarde, fuera lo que fuese que escondía su madre, bien podría aceptarlo.

—Hija, hay una razón por la que tu padre no te dejó nada en herencia.

—¿Padre no me dejó nada? Me dijiste...

—Mentí, y tu tío me ha torturado con esa información. —Tomó aire, la miró a los ojos y esbozó la sonrisa más triste del mundo—. Tu padre en su testamento... no te reconoce como hija.

—¿Qué? Madre, ¿qué está diciendo?

En su pequeño y ordenado mundo había cosas que no se podían tocar. Su padre era su padre, su madre era su madre, sus hermanas eran sus hermanas y su vida estaba maldita desde su nacimiento. Cuatro pilares a los que agarrarse en cada momento de su vida. El último, que Meredith se había inventado para poder darle sentido a lo que le había ocurrido, parecía cada día el más real. Si su padre no era su padre, ¿su madre sería su madre?, ¿sus hermanas...? Aunque su maldición sí que parecía un hecho.

Irrefutable.

—Tu padre se casó conmigo estando yo embarazada. Él lo sabía y lo aceptó. Le convenía por mi apellido. Siempre te quiso como a una hija, pero en los últimos tiempos cambió de parecer. Durante el último viaje que realizó, antes de su muerte, cambió su testamento y decidió repudiarte. Al fallecer, leímos su última voluntad y decidí que lo mejor sería ocultártelo, ahorrarte el disgusto. Hice un trato con tu tío: mi parte de la herencia por no decir nada. Solo conservé Clover Park y esta casa. —Su madre suspiró, y Meredith sintió que se hacía cada vez más pequeña—. Creí que con el tiempo todo se arreglaría. Luego apareció Nicolaas en tu vida, y yo pensé que todo lo que había hecho al fin tendría su recompensa. Serías feliz a su lado. Parecía un buen chico, y te adoraba tanto...

—El resto me lo conozco.

—En fin, claro que te lo conoces. Tu tío, tras la noticia, decidió hacer pública tu condición, para que su apellido no sufriese. Lo pude silenciar gracias a cederle la titularidad de Clover Park, pero temo que no pasará mucho tiempo hasta que se gaste el dinero y quiera más. Llegado ese punto, no podré hacer nada. Por eso esta

temporada era tan importante para mí, si tus hermanas conseguían encontrar su camino, tu podrías hacer lo que quisieras.

—Yo solo quería irme a Italia con tía Hetty.

—Lo sé, Meredith, pero te seré sincera: eso no soluciona nada. Tú te vas, nosotras nos quedamos. Él hace pública tu condición y la familia se hunde. Es por eso que es muy importante que tus hermanas se casen bien, y por eso te pedí que te quedaras en casa de Harriet, pues la única persona en la que podía confiar era Eugene.

—¿Y por qué él? ¿De qué lo conoce, madre?

—Lo conozco de toda la vida. Era el mejor amigo de mi hermano. Tú no lo conociste; Virgil era un buen hombre. Cabezón y sobreprotector, pero una buena persona. Eugene era su mejor amigo. Y yo iba a casarme con él. Nos prometimos en secreto, solo con el beneplácito de su hermano. Pero las cosas no siempre salen como una las planea. Creo que de eso también sabes tú un poco, Meredith.

—¿Qué ocurrió, madre?

—Muchas cosas, hija. Personas muy amadas murieron, y yo tomé una mala decisión. Eso ahora no es importante. Lo que quiero que entiendas es que estás en una situación precaria, muy delicada. Esta temporada es crucial para nosotras. No te cases si no quieres, vete a Italia si es tu parecer, pero hazme un último favor, hija, ayuda a tus hermanas.

—¿Cómo podré hacerlo?

—No te veas implicada en más escándalos.

Meredith pasó el día siguiente en su habitación. Se excusó a causa de un dolor de cabeza muy real que se había instalado en ella desde el momento en que supo que no era una Tanner. Las preguntas se acumularon, y su madre no quiso darle ningún tipo de explicación.

Esa mañana recibió una carta de lady Byford, la hermana de Simon, informando de que esa noche se celebraba un baile al que debían asistir ella y sus hermanas. Como puntilla final había escrito: «Seguro que estarán contentas de poder encontrarse con su amiga la señorita Coleman, a la que tan amablemente han invitado nuestros anfitriones».

Odiaba que Lydia se saliera con la suya, pero no quedaba más remedio. Si lady Byford se había molestado en recordarle a Meredith ese baile era porque, por alguna razón, requería su presencia en el mismo. Además, no podía ausentarse, ya que la propia condesa pasaría a buscarla, como benefactora de su causa que era.

Genial. Fantástico.

Un viaje en coche con la hermana de Simon, esa que la odiaba, indicándole todo lo que había hecho por ella.

Iba a ser una noche horrible.

Pensando en eso estaba cuando alguien llamó a la puerta. Acto seguido, el brillo de las gafas de Mabel la anunció antes que a ella misma.

—Mer, ¿puedo pasar? —preguntó cuando ya estaba dentro.

—¿Qué ocurre, Mabel?

—Solo quería saber qué te pasa. —Su hermana se sentó en la cama—. Y no me digas que nada, no me lo voy a creer. Ahórranos la mentira.

—Me duele la cabeza.

Mabel levantó una ceja y se cruzó de brazos.

—Mer, nunca has sido una mujer apática dada a sufrir dolencias femeninas, como madre. Más bien has ocupado su puesto cuando ella estaba indispuesta. ¿Y quieres que me crea que ha venido madre para tomar las riendas y tú ahora caes enferma?

—No tanto, pienso acudir al baile de esta noche. Mira. —Le tendió la misiva de lady Byford—. No puedo faltar.

—No me pienso mover hasta que me cuentes qué ha pasado en realidad.

No le pensaba contar a Mabel que eran medio hermanas. Así que decidió contarle otra verdad. Otra que también la atormentaba.

—Creo que me he dado cuenta de que es imposible que lord Dare se case conmigo. Sí, ya lo tenía asumido, pero una parte estúpida de mi corazón había creído siempre que, una vez se le pasara el enfado, podríamos estar juntos. —Y se acrecentó con el beso que se habían dado unos días atrás—. Pero ayer me di cuenta de que es imposible. Se va a casar con otra.

—¡Y por esto estamos Margie y yo investigando a lady Brandon! Para que no se case con ella y se case contigo.

—Eso es imposible, Mabie. —La llamó como cuando era un bebé.

—Mer, no lo es. ¿Sabes dónde está Margie? —Negó con la cabeza—. Tomando el té en casa de la señorita Golburn, la prima de lady Brandon que se está dedicando a contar lo del compromiso de esta con tu marqués.

—No es mi marqués.

—Vaya si lo es. Pero no te preocupes, Mer, Margie y yo estamos haciendo todo lo que podemos. He retrasado mi búsqueda de la señorita Leigh, ya la encontraré cuando seas feliz.

—Gracias, Mabel.

—No es nada, Mer. Si alguna de nosotras se merece la felicidad, esa eres tú. —Se quedó callada un momento, mirando al suelo, hasta que al fin dijo:— Y así no tendré que casarme con nadie que no quiera y podré dedicarme a lo que más me guste.

—¿No quieres casarte bien, Mabie?

—No, Mer, me da pánico el matrimonio. Tras lo que te ha ocurrido a ti, creo que no es mi futuro, que no es lo que quiero hacer con mi vida. Si te casas con un marqués, ¿me aceptarías como la hermana solterona?

—Eso no va a pasar, Mabel, pero te aceptaría de cualquier manera.

Ambas se abrazaron, sabiendo que decían la verdad, pero que a la vez, era muy difícil cumplirla. Pasaron así un rato, hasta que unos pasos fuera llamaron su atención.

Otra vez tocaron con los nudillos la puerta de Meredith, y Margie pidió el paso con mucho más tacto que Mabel.

—¡Estáis las dos juntas! ¡Perfecto!

Se quitó los guantes y se acomodó en la cama con ellas.

—Vengo a contaros lo que he podido sacar en casa de la señorita Golburn, quien, por cierto, no para de hablar. Es un poco cabeza hueca y le gustan muchos los cotilleos, así que Lydia eligió una buena fuente de secretos.

»Como Martha Golburn es pariente de lady Brandon, me ha contado que su prima tenía una dote considerable, pues su padre es un comerciante con mucho poder en Cornualles. Se desposó con un vizconde mayor que no tenía hijos, y lady Brandon tampoco le dio. Es por eso que volver a casarse le parecía algo muy complicado. Los hombres desean descendencia y ella, al parecer, no puede dársela. Así que este compromiso con el marqués ha sido un gran golpe de suerte.

—Que ya sabemos que no tanto —interrumpió Mabel.

—Desde luego, sobre todo porque la señorita Golburn ha dejado caer que la familia de lady Brandon no está pasando por un buen momento, que con unos barcos se había hundido no sé que cargamento. En fin, se ha liado y no me ha quedado claro. La cuestión está en que ha dicho que su prima ha cazado a alguien de primer nivel, refiriéndose al marqués.

»Luego ha derivado a temas más personales, como su compromiso desde casi su nacimiento y cosas así.

—¿La señorita Golburn está comprometida y no se ha casado con la edad que tiene? —preguntó Mabel, que era la entendida en el tema.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Meredith.

—Lleva tres temporadas, así que llegará casi a los veintiuno.

—¡Yo tengo más y no estoy casada! —Se ofendió Margie.

—Pero tú no estás prometida.

—Eso es cierto, Mabel. —Se tiró en la cama con un gesto de cansancio—. Y no he podido sacarle mucho más, no soy Lydia Coleman, lo siento.

—Es mucho para una primera visita, Margie, ya sacaremos más —apuntó Mabel, que era la cabeza en la sombra.

Simon no podía quitarse a Meredith de la cabeza, era como un recuerdo constante de lo egocéntrico que podía llegar a ser. Pero no había vuelta atrás, él le había dado su palabra a Constance y debía asumir lo ocurrido. Sin embargo, había un tema que le seguía inquietando: ¿qué pintaba tío Gene en todo ese asunto? Era por eso que se encontraba, en ese instante, en su casa de Londres, siguiendo a su mayordomo hasta su despacho. Pues el mejor amigo de su padre había vuelto a la ciudad tras un fugaz viaje al campo.

—Tío Gene —sonrió.

—Dare, ¡qué alegría! Eres mi primera visita del día.

—Espero haberte avisado con el tiempo suficiente.

—Claro que sí, aunque no hace falta, ya lo sabes, ¿qué deseas?

Bien, si tío Gene no iba a andarse por las ramas, él tampoco. No tenía nada que perder. Ambos se acomodaron, el hombre mayor tras su escritorio y Simon frente a él.

—He venido a preguntarte por las Tanner, ¿qué razones te llevan a apadrinarlas?

—No sabía que debía darte explicaciones, hijo —dijo con un tono de humor, más que de reproche.

—Por supuesto que no, pero dado mi pasado con la señorita Tanner y que has involucrado a casi toda la rama femenina de mi familia en este asunto, creo que tengo el derecho a preguntar.

—A preguntar sí, a obtener respuesta...

—Vamos, tío Gene, sabes que es extraño.

—No, lo extraño del tema es que no te hayas casado aún con la señorita Tanner, después de lo ocurrido.

—¡Ella me rechazó! ¡Con vehemencia, incluso! Nada más podía hacer.

—Yo creo que sí. Un caballero hubiera insistido más.

Y un caballero no se hubiese emborrachado para olvidarla y hubiese acabado comprometido con otra. Sí, tío Gene tenía un punto a su favor en esa lucha. Pero no podía cambiar el pasado.

—He vuelto a ver la señorita Tanner y me ha reiterado su negativa en, al menos, otra ocasión, tío. ¿Satisfecho?

—En absoluto, tener a una dama bajo tu techo sin una carabina adecuada es motivo para que la desposes.

¿Esa era la versión edulcorada que le había contado Lizzy? Bueno, era mejor que la verdad.

—Aunque en vez de eso tu padre me ha comentado que piensas casarte con alguien que no es la señorita Tanner.

—Tengo que casarme, no puedo retrasarlo más. Pero ese no es el tema, tío Gene, te prometo que Meredith Tanner no quiere casarse conmigo, no la voy a secuestrar. El tema es qué te une a ti a esas chicas.

—Su madre, lady Honora, fue vecina mía durante nuestra infancia. Su familia y la mía fueron amigas hasta que la muerte se interpuso entre ellas. Mi hermano y el suyo se batieron en duelo; el mío falleció en el acto, Virgil pocos días después. Desde ese momento, no habíamos vuelto a hablar.

—No sabía que tenías un hermano.

—Murió cuando tú eras muy pequeño. Tu padre llegó a conocerlo, pues tenía más su edad que la mía, pero, avatares de la vida, congeniamos nosotros. Y puedo contar con el duque como el mejor amigo que tengo en el mundo. —Hizo una pausa, como para querer olvidar el pasado—. Lady Honora perdió un hermano y dos amigos en ese momento. La casaron con un comerciante por dinero, siendo la hermana mayor y, para qué engañarnos, la más bonita, no tuvo muchos problemas en el mercado matrimonial. Desde entonces, no sabía nada de ella. Pero hace unas semanas volvió a ponerse en contacto conmigo, y decidí que el pasado era pasado y que los buenos recuerdos priman sobre los malos. No podía decirle que no. Así que estoy intentando que sus hijas se casen con mejor fortuna que su madre.

—Me parece un buen gesto, tío Gene.

—Y yo espero que me ayudes. Saca a bailar a las chicas, si las ven contigo, se acercarán otros pretendientes.

Simon se rio, su tío se estaba comportando como una dama de la alta sociedad dando consejos sobre cuestiones matrimoniales. Le pareció muy cómico.

—Las sacaré a bailar, te lo prometo.

Capítulo XXIV

El carruaje de lady Byford llegó puntual a las ocho de la tarde para recoger a Meredith, ya que la condesa lo arregló todo para que su madre y sus hermanas viajaran en otro vehículo. Algo tendría que tratar con ella.

—Creo que ha elegido un traje que le sienta muy bien, señorita Tanner.

Meredith había esperado cualquier cosa de esa conversación, pero que la elogiara nada más comenzar, no era, para nada, lo que había creído que ocurriría. ¿Qué estaría tramando la condesa?

—Gracias, usted siempre va muy elegante.

—Señorita Tanner, quiero hacerle una pregunta algo personal.

—Adelante.

—¿Está enamorada de mi hermano?

¿Qué tipo de pregunta era esa? ¡Y tan directa!

—Es algo muy íntimo, los sentimientos de una persona no se pueden medir...

—¿Eso es que sí? —interrumpió sin dudar mucho.

—Eso es un sí —respondió sin pensar.

—Gracias por su sinceridad, señorita Tanner.

—Pero no se preocupe, lady Byford, no haré nada para entorpecer los futuros sponsales del marqués. Espero que sea muy feliz con lady Brandon.

—Gracias, señorita Tanner. Su sinceridad es bienvenida. Pero ¿me deja darle un consejo?

—Por supuesto.

—Yo no dejaría escapar al hombre de mi vida sin una buena razón. ¿Cuál es la suya? —No la dejó continuar—. Mi hermano no es ajeno a usted e incluso le ha pedido matrimonio.

—Soy Meredith, la Muerte —susurró asombrada.

—¡Pues sea Meredith, la de la buena suerte! ¡Meredith, la pintora de éxito! ¡O Meredith, la marquesa de Dare! Nadie está perdido por un mote. Todos podemos tomar las riendas de nuestras vidas. Se lo aseguro.

El silencio se hizo espeso entre ellas. Poco tiempo antes, lady Byford había despotricado contra ella y la idea de verla junto a su hermano. En esos momentos la animaba a salir al mundo y enfrentarse a él. ¿Qué había pasado?

—¿Pensará en esto que le estoy diciendo?

—Claro que sí —respondió de corazón.

—Me alegro.

Y no volvieron a mantener ningún tipo de conversación en ese carruaje.

La fiesta a la que se dirigían se celebraba en casa de sir Bostwick, un caballero con varios hijos casaderos que, al parecer, estaba deseando verlos ya prometidos. Había organizado una fiesta opulenta en una mansión que alquilaba cada temporada, desde que su hija primogénita había cumplido la edad suficiente para presentarse ante la reina. Lady Byford, una vez que se reunió con sus hermanas, comentó que no era un evento agradable, pues había tantas personas que el calor era sofocante. Les aconsejó beber solo limonada e intentar salir al patio a tomar el fresco acompañadas. Su madre repitió lo que había dicho la condesa una vez más, como para que no se les olvidara.

Reconocer a Simon entre la multitud no fue ningún problema, con un destello pequeño del color de su pelo gracias a las lámparas que colgaban del techo o de los curiosos candelabros de las paredes, era más que suficiente para que ella sintiera como su corazón daba saltos, se salía del pecho e iba a postrarse ante él. Maldito traidor. Por supuesto que estaba enamorada de Simon Shelbrook, y por supuesto que era imposible casarse con él. Había tres grandes razones para no hacerlo: ella era Meredith, la Muerte; era una bastarda y jamás rompería el compromiso de dos personas. Suficiente había sufrido ella cuando Nicolaas la dejó como a un zapato viejo, como para hacer lo mismo con lady Brandon.

Durante toda la mañana, mientras el dolor de cabeza le martilleaba las sienes, llegó a la conclusión de que su berrinche infantil de querer negar la realidad ante lo ocurrido con Simon debía parar. Sus hermanas habían sido muy amables al intentar buscar su felicidad, pero ella sería incapaz de conseguirla rompiendo la de otra persona, como había hecho la insulsa debutante que se había casado con Nicolaas.

Si el marqués la había elegido como futura esposa, seguro que tendría muchas buenas razones para hacerlo. Ella debía desistir, quitarse esas ideas de encima y forjar nuevos objetivos en su vida.

Su vida junto a Simon Shelbrook solo había sido una quimera, y debía matarla.

Y eso lo pensaba mientras él se dirigía a su grupo, casi con seguridad para saludar a su hermana. El cuerpo de Meredith vibraba a su lado, era una sensación que solo notaba cuando él estaba cerca.

El marqués se acercó a ellas, fue tan amable con su familia que le pidió un baile a Mabel y otro a Margie. Y, cuando llegó el turno de Mer, sintió que el cuerpo entero le subía de temperatura a causa de su cercanía.

—Señorita Tanner.

—Lord Dare.

—Está usted encantadora esta noche.

—Gracias, milord.

—¿Me reservará un baile?

¡Como si Meredith tuviera montones de pretendientes dando vueltas alrededor de ella! Pero lo dijo con una voz aterciopelada que le quitó la respiración y el habla. Así que asintió con la cabeza y dejó que él se marchara.

Como una idiota, esperaría ese momento toda la noche.

Solo Mabel consiguió que un caballero le pidiera el baile inaugural. Por lo que Mer y Margie se retiraron a un rincón para ver a los danzarines.

—Mira, Mer, ahí está lady Brandon.

Lady Brandon comenzó a bailar con un caballero pelirrojo que la miraba como si fuera la única mujer en la sala. Era una sensación extraña poder reconocer tan bien los sentimientos propios en otra persona. Si ella hubiese tenido que apostar, diría que estaba enamorado de lady Brandon.

—¿Quién es el caballero, Margie?

—Es el señor Kennicot, el prometido de la señorita Golburn.

—Pues mira a lady Brandon como si fuese la cosa más maravillosa de esta sala.

—Ahora que lo dices... —Margie se fijó más y se tapó la boca para decir «oh»—. Creo que tienes razón, Mer.

—¿Dónde está la señorita Golburn?

—Es la chica de la tercera fila, con un vestido color turquesa.

—No la veo muy preocupada.

—Creo que tiene la certeza de que se casará pronto con el señor Kennicot y no le hace mucho caso.

—¿Crees que lady Brandon lo sabe?

—Creo que no le está dando la menor importancia.

El baile terminó, pero no la adoración que creía ver Mer en los ojos del señor Kennicot. Aunque quizás solo eran sus ansias, ¿estaría intentando ver personas como ella por los rincones? Para su desgracia, la idea de marcharse a Italia no le parecía tan atractiva como antaño. ¿Qué haría con su vida? Simon se casaría y ella seguiría siendo Meredith, la Muerte. Mabel no quería casarse con nadie por obligación, por lo que la esperanza de la familia residía en Margie.

—Margaret —Mer llamó su atención para hacerle una confesión—, vamos a dejar las cosas como están, no vamos a hacer nada por romper el compromiso del marqués con lady Brandon —casi susurró, con la mirada perdida, buscando a Simon.

—¿Y eso a razón de qué, Meredith? —preguntó extrañada.

—No puedo hacerle a ella lo mismo que Nicolaas y su mujer me hicieron a mí. Sería injusto. Tienen sus razones para estar juntos, serán buenas. Seguro.

—Pero... ¿y si el marqués te quiere a ti? ¿Y si eres infeliz toda tu vida por dejarlo escapar?

—La mayoría de los matrimonios no se basan en el amor, sino en alianzas. El marqués sabe lo que hace, no vamos a inmiscuirnos en nada más...

—Eso díselo tú a Mabel.

Y con esa frase se levantó a esperar a un caballero que le había pedido un baile. Meredith siguió sentada, meditando sobre su decisión.

El tiempo pasó lento, las notas se alargaban sin sentido y las conversaciones giraban a su alrededor. Había conseguido tres invitaciones a bailar: la de Nicholas Radcliffe, Christopher Shelbrook y Simon. Ya eran dos más que en su anterior baile. Todas por compasión, por supuesto, pero también le apetecía salir a la pista de vez en cuando.

El baile con Nicholas fue muy divertido, le hizo olvidarse de los cuchicheos que se escuchaban a su alrededor y de las miradas que le dispensaban algunas personas. Entre la pena y el asco. Ese era su rango de aceptación ante la alta sociedad.

Con Christopher pasó un rato agradable y, gracias a danzar con él, otro caballero, el señor McMahon, se atrevió a sacarla a la pista de baile. Se divirtió, sin duda, pero el mejor momento de la noche para ella no había llegado aún.

Sintió a Simon cerca incluso antes de girarse y saber que estaba allí. Sería por su tono de voz, por su forma de respirar o moverse. Algo le hacía perfecto para ella. Con una sonrisa, la sacó a bailar y Mer se volvió a perder en el color de sus ojos.

—Hoy he recibido una reprimenda por tu culpa —dijo el marqués incluso antes de comenzar a bailar.

—¿Cómo es eso posible?

—El señor Brown cree que deberíamos estar casados. Cree que nuestro comportamiento es imperdonable.

—¿Pero cómo lo sabe? —Si lo sabía él, su madre también. Eugene Brown había estado conforme con el hecho de que ella se hospedara haciéndose pasar por la hija de una sirvienta, cuando Lizzy los descubrió, él ya le había insistido en contarle la verdad a Simon, aunque no creía que supiera de su relación tan íntima, solo de algún tipo de coqueteo.

—No, mi hermana no le contó en qué circunstancias nos... encontró y mi cuñada le ha dicho que estuviste unas semanas en Clover Park sin la carabina adecuada. —Bajó el tono de voz—. Si llega a saber la verdad, me reta a un duelo.

No era una broma de buen gusto, desde luego, pero hizo que Meredith se riera con ganas. ¿Un duelo por ella? ¡Vamos!

—Nos están mirando, señorita Tanner, sea más discreta —dijo con un tono de voz divertido y, luego, susurró—: ¿por qué me rechazaste?

Lo preguntó de una forma tan íntima y delicada, que ella no pudo más que decir la verdad y sonreír con tristeza.

—En un primer momento lo hice por despecho, por la forma por la que me estabas tratando sin conocerme bien. Una persona no cambia por que utilice otro nombre. Yo seguía siendo yo, me llamara Meredith o Mary. Pero luego...

Estaban bailando un vals, por lo que Mer tuvo que callar para dar la vuelta de rigor. Una vez de nuevo entre sus brazos, decidió que debía saber la verdad, aunque implicara decirle lo que sentía de forma velada.

—No quiero que mueras por mi causa. Me importas demasiado para ponerte en peligro de esa manera.

—¿De verdad crees que si... —susurró— nos prometiéramos me moriría?

—Es una posibilidad.

Su sonrisa se hizo más profunda, y ella recordó otros momentos en los que se había enamorado de ese simple gesto.

—Siento haber dicho aquellas cosas. Es cierto, no te las merecías. El engaño me dolió, y mucho. Pero no debe de ser fácil cargar con el peso del odio de personas que ni tan siquiera te conocen.

—No, no lo es.

—Se merece ser feliz, señorita Tanner. —Dejó de tutearla y dejó de ser el Simon que había conocido en Clover Park, por el que había perdido la cabeza.

Capítulo XXV

A la mañana siguiente, su madre la hizo llamar temprano. Lady Honora nunca desayunaba con sus hijas, lo hacía en su habitación. Por lo que se había acostumbrado a pasar esas horas compartiendo confidencias con sus hermanas. De ese modo, la llamada de su madre se le antojó extraña.

Cuando cruzó la puerta del salón, observó que no estaba sola. Junto a ella, de pie, se encontraba el señor Brown.

—Cierra la puerta, Meredith, debemos hablar.

Ella hizo caso y saludó con toda la elegancia que pudo encontrar en su cuerpo a Eugene. Este se sentó en el sofá, en el lado más alejado de su madre.

—Imagino que recuerdas la conversación que tuvimos hace dos días, donde te conté que me había criado con el señor Brown. Bien, pues, ahora que está él aquí, voy a responder a todas tus preguntas.

—Pasé ayer a visitarte, Meredith —dijo Eugene—, pero me dijeron que estabas indispuesta.

—Sí, no me encontraba bien.

—Bien, bueno... —Su madre no sabía por dónde empezar.

—Meredith —tomó las riendas el hombre—, el día que te conocí me recordabas mucho a una persona, luego me di cuenta de una cosa: eras la viva imagen de tu madre a tu edad. ¿Recuerdas que te comenté que había algo escondido en tu nombre?

—Sí, y le contesté que yo misma le había preguntado a mi madre, no es un nombre común en mujer.

—Lo recuerdo. Dijiste que te lo había puesto por alguien muy especial. Bien, pues esa persona era mi hermano mayor, Meredith.

El hombre sonrió con tristeza y bajó la mirada a sus manos, como si estuviera en otro momento y en otro lugar.

—Debió de ser alguien muy querido —aseguró Mer sin conocerlo.

—No sabes cuánto —dijo su madre—. Y tú has heredado algo de él.

—¿Yo? ¿Su hermano era mi padre? —preguntó sin titubeos, como si su ilegitimidad fuera un secreto a voces.

Eugene negó con la cabeza.

—No, Meredith, ese honor es mío. Pero no lo supe hasta que leí tu carta.

En ese momento, se debatía entre la alegría por conocer sus raíces y la pena por no haberlo sabido antes. Su padre era una buena persona, alguien que estaba cuidando de sus hermanas y de ella misma. No era que el señor Tanner hubiese sido un mal progenitor, no, la había mimado y cuidado hasta el momento en que no pudo más.

Su madre comenzó a sollozar y a pedir perdón. Eugene comenzó a removerse, se notaba incómodo ante tal escena. Así que Meredith se acercó a lady Honora.

—Madre, tranquila. Hace unos años perdí un padre y ahora me encuentro con otro. —Miró al señor Brown y sonrió. Si había ido a hablar con ella, era porque querría conocerla mejor—. Vaya a tranquilizarse, yo hablaré con él y prometo intentar entender sus razones.

De esa manera, lady Honora salió de la estancia, pero sabía que volvería a entrar. Meredith ocupó el lugar de su madre y su recién encontrado padre se tranquilizó.

—Por favor, cuénteme la historia en su totalidad.

—Tu madre y yo siempre hemos estado enamorados.

Meredith notó que hablaba casi en presente, ese hombre no había dejado de sentir algo por lady Honora, sin importar el tiempo que hubiese pasado y por mucho que ella hubiese hecho.

—Pero nuestras familias no veían con buenos ojos un enlace semejante, solo Meredith, tu tío, lo hizo. Él nos ayudaba a vernos e, incluso, planeó con nosotros nuestra fuga. Sin embargo, todo se torció a pocos días de marcharnos, pues yo caí enfermo de unas fiebres. Entre tanto, tu otro tío, Virgil, el hermano de tu madre, se enteró de nuestra fuga y me retó a un duelo por el honor de su hermana.

»Claro, yo no estaba en condiciones, solo deliraba a causa de la fiebre. Mi madre, según me contó mi hermana, le suplicó a Meredith que no se batiera en duelo, no quería perder dos hijos, pues yo estaba más muerto que vivo. Pero mi hermano mayor aceptó el desafío en mi nombre; pensó que, así, podríamos ser felices Honora y yo.

»Murió en el acto por un impacto de bala. Hirió a Virgil, que falleció pocos días después. Tus abuelos prometieron con rapidez a Honora, que fue a suplicarme que nos marcháramos, pero mi familia la echó de casa, aduciendo que yo no quería verla.

»No te voy a mentir Meredith, siempre he creído que yo debí haber muerto en ese duelo y no mi hermano. No quería ver a Honora, no quería ver a nadie, todavía pesa sobre mí su muerte. Cuando me recuperé, tu madre ya estaba casada y yo no pude hacer nada. —Titubeó un momento y luego casi confesó—: No quise hacer nada.

—Es una historia muy triste, señor Brown. Ahora me siento más orgullosa de mi nombre que nunca.

—Gracias a ti —dijo a la par que le rozaba la cara con cariño—, mi hermano sigue vivo.

—Es todo un honor.

—Meredith, tu madre me comentó que querías marcharte a Italia. ¿Podrías hacerle un favor a este viejo?

—Claro, si está en mi mano.

—Déjame conocerte, no te marches todavía.

—Para ser sincera, de un tiempo a esta parte esa idea cada vez ronda menos mi cabeza. Ahora que sé que tengo que conocer a un padre, puede que la olvide.

Eugene sonrió y le tomó la mano.

—No importa lo que diga la ley, eres mi hija. No te preocupes nunca más por tonterías, siempre me tendrás a tu lado.

Se abrazaron justo en el momento en que lady Honora volvía a la estancia. Durante el resto de la visita de Eugene, ambos se dedicaron a ampliar la información que le habían dado. Meredith preguntó todo lo que pasó por su cabeza.

Debería estar ofendida y enfadada con su madre. Pero la comprendía tan bien. Había renunciado al amor de su vida para que ella tuviera una buena vida, y, hasta cierto punto, la había tenido. Si tuvo intención de decirle la verdad en algún momento antes de ese desastre, nunca lo sabría.

Sentía que había encontrado un nuevo pilar en su vida y estaba agradecida. La felicidad tendía a durar tan poco...

Meredith pasó dos días dedicada a conocer a su padre. Su madre quería esconderle la noticia a sus hermanas, pero ella no podía hacerles eso. Decidieron que Madie lo sabría cuando tuviera la cabeza un poco más sentada. Así que tanto Mabel como Margie, tras el susto inicial, ayudaron a que los encuentros con Eugene fueran más agradables. Durante ese tiempo, pudo olvidarse un poco de Simon, aunque sus hermanas seguían investigando a lady Brandon en contra de su voluntad. Nada encontraron en cierto.

Esa tarde, las habían invitado a tomar el té en casa de los duques de Albertany, donde estarían sus benefactoras, que querían arreglar las fiestas y eventos de la próxima semana.

Nada más llegar, Kate la saludó con mucho énfasis, parecía renovada, casi otra persona. Muy enérgica y sonriente. Le asombró la manera que tenía de superar sus problemas. Hablaron durante un rato de la nueva casa y de cómo se estaban acomodando a vivir en Londres. Hasta que, al fin, pasaron a las fiestas y actividades a las que debían acudir las Tanner. Si fuera por Kate estarían todas las noches en la ópera y si fuera por Theresa, acudirían al teatro. Su madre, acostumbrada a lidiar con cuatro hijas, puso orden y estableció los horarios que le pareció mejor.

Ante aquella discusión, Meredith se disculpó para poder ver unas pinturas que había en otro salón que le habían llamado la atención la primera vez que visitó la casa.

Nada más salir por la puerta, Simon la cogió del brazo y le dijo que se callara con una sonrisa en la boca, la guio hasta esa estancia y cerró la puerta.

—¿Cómo sabías que iba a salir de la reunión? —preguntó entre risas.

—He estado escuchando la soporífera conversación, no sabía cómo entrar y pedir que salieras. Menos mal que estabas tan aburrida como yo.

—¡No estaba aburrida! Es solo que no me interesan tanto los eventos sociales como al resto.

—Llámalo como quieras.

—¿Qué me querías decir, Simon?

Sonrió de oreja a oreja, estar junto a él tenía esa influencia en ella.

—Estoy muy contento y tenía que decírtelo: el señor Bauer ha terminado las obras de Clover Park y esta semana llegarán los primeros sementales.

«¿Qué esperabas, Meredith?» se dijo, «¿que te dijera que había roto con lady Brandon y que solo quería estar contigo? ¡Deja de soñar!».

—¡Eso es maravilloso!

—Ojalá pudiera estar allí, pero no me podré escapar hasta dentro de unas semanas.

Simon se acercó a ella y le cogió una mano. Con el pulgar comenzó a hacer círculos en su palma, saltándose la barrera de los guantes. Pues, al ser por la tarde, los llevaba cortos.

—Y, ojalá, pudiera yo verlo. Me encantaría volver a ver Clover Park en todo su esplendor. Ya no lo recuerdo.

El hechizo que los había unido los separó en ese instante. Cuando fueron conscientes de que no podrían disfrutar de los éxitos del otro, que se habían condenado a una vida sin tenerse. Ella, al esconderle su identidad y al engañarlo, y él, al prometerse con otra mujer.

—¿Quieres que te comente algo de los cuadros? —preguntó Simon, cambiando de tema.

—Eso sería maravilloso.

Y volvieron a ser dos personas que compartían un interés en común.

Simon se estaba volviendo loco. ¿Qué demonios había hecho con su vida? Unos meses antes sabía que lo tenía todo controlado. Había tomado buenas decisiones y se pavoneaba de su buen hacer. En esos momentos, se sentía el hombre más ridículo del mundo. ¿Por qué no podía estar con quien él quisiera? ¡Por su culpa!

Se pegaría a sí mismo si eso hubiese solucionado algo. No podía romper el compromiso con Constance sin faltar a su palabra, algo que valoraba sobre todas las cosas. Por lo que no podía estar con Meredith. Había perdido la cabeza por una mujer que ningún hombre querría. Pues el resto de hombres eran idiotas, ella merecía la pena mucho más que nadie en el mundo. Acababa de dejarla en casa de su padre, charlando con su familia como si fuera una más y, si la vida fuera justa, debería ser una más. En concreto su esposa.

Como no sabía qué hacer ni dónde dirigir su ira, decidió visitar a Kit. Lo mismo su visión del mundo le daba alguna solución factible a su problema.

Su hermano lo recibió con una sonrisa. Sabía que las cosas entre él y su mujer se habían normalizado. La pérdida del bebé había sido un desastre, pero también había afianzado su relación.

Como un loco, se paseó por la estancia y le contó lo que pensaba a Kit. Su confidente, su amigo, su hermano. Él lo escuchó con los ojos abiertos. No estaba acostumbrado a verlo de esa manera. En honor a la verdad, Simon tampoco.

—Sim, para. —No le hizo caso, se sentía demasiado agitado para poder hacerlo—. Te he dicho que pares, tengo la solución.

—¡Pues dila!

—Debes romper tu palabra.

—No puedo hacer eso, si lo hago, no valdría nada.

—Estás tan acostumbrado a mandar y a que te obedezcan sin rechistar, que no sabes que, a veces, hay que claudicar.

—Si solo me afectara a mí, lo haría, Kit. Pero no puedo fallarle a lady Brandon.

Durante el tiempo que habían sido amantes, la había conocido bien. Era una buena mujer, que defendía la verdad y la justicia. Se habían llevado bien hasta que ella había revelado su gran defecto: no amaba a Simon, solo quería el título.

Y eso él no estaba dispuesto a soportarlo hacía unos meses. Antes de Meredith, todo era distinto. Él no se había comprometido con Constance. Ahora sí lo había hecho y no podía dejar que ella se hundiera con él. Hasta el mismo momento en que lo amenazó con el matrimonio, había sido una persona distinta. Jamás hubiese esperado una reacción así, hasta que ocurrió y, como otras tantas antes, había medido a Simon por el peso de su título, no por él mismo.

—Simon, te ha tocado luchar por la señorita Tanner, y la única manera que tienes es romper el compromiso. Asegúrale un futuro, dale una pensión, cómprale un gato. ¡Lo que sea!

—Hasta donde sé, lady Brandon no tiene problemas económicos ni gatunos.

—Haz una cosa, Sim. Antes de romper con ella, habla con la señorita Tanner. ¿Sabes si ella quiere casarse contigo?

—¡Claro que quiere, pero está obsesionada con su mala suerte!

—Convéncela y luego, habla con Constance. Si es como tú crees, te entenderá y te dejará libre. ¿Lo has intentado siquiera?

—No, hablaré con ella esta noche en la cena que da Northfield, ¿vendréis?

—Creo que la armada femenina quiere asistir a esa cena. Tendrás refuerzos si lady Brandon se vuelve loca y decide matarte con el cuchillo del pescado.

Capítulo XXVI

Echar de menos no era un sentimiento ajeno a Simon, aunque nunca lo había sentido con tanta fuerza como en esos momentos. De niño perdió a su madre, su recuerdo nunca llegó a ser nítido, más bien distante y alejado. Para él, esa figura siempre estaría ocupada en su corazón por su primera madrastra, la madre de sus otros hermanos, que había acogido a Kit y a él como suyos propios. Cuando falleció, sintió cómo un pedazo de él también se había marchado con ella.

Nunca había sentido una pérdida como aquella. Lo más cercano fue estar casi un año sin ver a Kit. En más de una ocasión, estuvo tentado de coger las maletas e ir a visitarlo, estuviera donde estuviese, pero había entendido que su hermano había necesitado desconectar. Y lo respetó.

Ahora el sentimiento de pérdida era como bañarse en miel. Nunca lo había hecho, por supuesto, pero de niño había metido la mano en un tarro enorme que había en Albertany Hall. La piel se le quedó pegajosa y recordaba el brillante color ambarino entre los dedos.

Eso era echar de menos a Meredith. Bañarse en miel hasta la desesperación.

Sentir que había conseguido tener algo puro y delicioso, lo había tenido entre los dedos, en la cabeza, en todo el cuerpo y lo había dejado escapar por idiota. Se había agarrado a él la sensación de que había perdido algo importante, una parte de sí mismo que no volvería si no se levantaba con ella cada mañana y escuchaba su risa tras las puertas de su casa.

Había dejado escapar la felicidad.

Por eso necesitaba dejar de ser fiel a sus principios, romperlos y construirlos de nuevo. Si la felicidad le exigía sacrificios, los haría. Lo sentía mucho, pero algo en su interior le decía que era la única posibilidad factible.

Llegó a la cena en casa de Northfield solo, quería tener la cabeza serena para poder plantearle a Constance todo lo que había pasado en su vida. Habían pasado mucho tiempo juntos, se conocían y no se amaban. Sentían cariño el uno por el otro, estaba convencido de que ella lo entendería.

Al llegar, fue anunciado como corresponde y pasó a un salón donde otros invitados tomaban una copa antes de cenar. Saludó a los anfitriones, Northfield era uno de sus más antiguos amigos y verlo feliz era una satisfacción. Hablaron un rato y quedaron en que, tras la cena, se pondrían al día de lo que había hecho Simon en los últimos meses.

Y no era poco, en realidad.

No era una velada para pocos invitados, sino casi una fiesta encubierta. Reconoció todas las caras, salvo unas pocas. Cuando llegó Constance, acompañada de su familia, fue a su encuentro.

—Lady Brandon —saludó con la cabeza al resto de sus acompañantes, que eran los habituales: su prima y el prometido de la misma, que actuaba de cabeza de familia cuando no estaba el resto. Ella sonrió y se hizo a un lado, casi como intuyendo que él quería comentarle algo, pero no era el momento—. Me gustaría tener unas palabras contigo —susurró al inclinarse a su oído con disimulo.

—¿Tras la cena? —preguntó ella algo nerviosa.

—Tras la cena sería perfecto.

Se unieron a un grupo de personas, y escuchó de poca gana los últimos cotilleos. Las mujeres seguían muy impresionadas por la entrada de la Abigail Leigh en sus vidas, había publicado ya unas cuantas columnas desde que comenzó temporada y se veían reflejadas, algunas para bien y otras para mal, en la historia que estaba contando. Algo muy osado que, si se descubriera la identidad de la dama, le costaría un buen escándalo.

Cuando anunciaron el nombre de su hermano y el de su cuñada, Simon distinguió la silueta de Meredith tras ellos. Cruzaron una mirada significativa, se habían encontrado entre la multitud. A su mente llegó su primer encuentro, cuando se había chocado con ella y había acabado besándola en medio de un camino en el campo. No había pasado mucho tiempo desde entonces, pero para él había sido como empezar una nueva vida, ella había entrado, lo había revolucionado todo y luego lo había dejado. ¿Por qué? No podían ser felices a causa del destino. Simon no creía en la providencia, creía en él y en que podía controlar la situación. Le sonrió de lejos y ella se puso colorada, esbozando una tímida sonrisa.

Encontrarían la forma de estar juntos. Aún no estaba todo perdido.

Se deslizó entre la gente, para ir a saludar al grupo de recién llegados, sin separar la vista de sus ojos verdes. Luego, cuando recordara ese momento, no sabría ni de qué color era el vestido de Meredith o si llevaba joyas o no, pues solo se quedaría con el recuerdo de su mirada.

Al llegar a ella, fue casi imposible cruzar media palabra, entre el parloteo de sus hermanas, sus cuñadas y la madre de las chicas. Tuvo que cancelar la misión y recluirse con Kit a un rincón con algunos otros caballeros. Pero nunca le dio la espalda a Meredith, los dos hicieron por tenerse cerca en todo momento.

Llamaron a la cena y le ofreció su brazo a Lizzy para entrar. Lo habían ubicado en la mesa cerca de Northfield, por rango y posición, su cuñada Kate se sentó a su derecha y a la hermana de su amigo a su izquierda. La chica no tenía ningún interés en mantener una conversación con Simon, pues a su lado se había sentado un chico más joven que llamaba su atención. No era algo extraño que una chica de dieciocho años se casara con alguien de su edad, pero él había visto crecer a esta en concreto y era como de la familia.

De ese modo, la conversación giró en torno a la actual situación política gracias a su cuñada y a Northfield. Habían sentado a Meredith muy lejos de Simon, aun así distinguía su mirada, sus sonrisas y lo poco que estaba hablando con los dos chicos que le habían sentado a su lado.

El primer plato pasó entre risas y alguna confidencia, mientras los comensales disfrutaban del ambiente cordial. Simon se había relajado por completo, la presencia de su familia y amigos le daba la fuerza suficiente para tener estructurada la conversación que quería mantener con Constance. Le pediría a Lizzy que estuviera con ellos, alejada, pero en la misma estancia, para que nadie pudiera poner en entredicho la honorabilidad de la dama. Pero que no dijera nada, si su hermana se metía por medio, la situación podría volverse violenta. Solo necesitaba hacerle comprender a Constance sus razones, sabía que ella lo entendería.

Entre el primer y el segundo plato, el señor Kennicot se levantó, alzó su copa e interrumpió las conversaciones. Algo muy poco habitual.

—Damas y caballeros, he pedido permiso a nuestros anfitriones —levantó la copa para alzarla con el duque de Northfield y luego con la duquesa— para poder decir unas palabras. Palabras de alegría, de hecho. Como algunos sabrán, soy el prometido de la señorita Golburn —la chica se rio como una loca, a Simon le entró un escalofrío por el cuerpo— y, como único representante masculino de la familia en Londres, ejerzo de guardián de mi prometida y de su prima, lady Brandon.

El hombre hizo una pausa y Simon le envió una mirada significativa a Constance, ¿qué diantres estaba ocurriendo?

—Por lo que, en ausencia de su padre, que se encuentra indispuesto en su casa de Cornualles, yo soy quien debe realizar este anuncio. Por favor, alzad las copas y brindad por la futura pareja. —Los comensales se miraron extrañados y alguno cuchicheó antes de escuchar los nombres—. Por mi futura prima, lady Brandon, y su futuro marido, el marqués de Dare.

—¡Por lady Brandon y el marqués de Dare! —chilló la señorita Golburn.

Los asistentes la siguieron, y Simon creyó que la tierra se abriría bajo él y lo engulliría. No ocurrió, por supuesto, pero al fijar su mirada en Meredith, creyó ver en la chica su expresión reflejada. Ella desconocía sus planes de anular su compromiso, aunque parecía que le había dolido tanto como a él.

—¡Qué callado te lo tenías, Dare! —dijo Northfield con una sonrisa—. Imagino que no tendréis fecha aún.

Ganas le daban de haber puesto una fecha, pues una vez fijada, la novia no podía salir de casa, y así se habría ahorrado ese bochorno. No era habitual que se realizara un anuncio oficial de un compromiso, lo máximo que solía ocurrir era que el padre de la novia diese una pequeña cena con sus familiares y lo comunicara en ese momento. Los novios debían enviar misivas a quienes quisieran que se enterasen y luego prepararían el enlace. Era por eso que anunciarlo en la fiesta de Theresa resultaba

perfecto, al estar el padre de Constance ausente, los duques harían de anfitriones. Pero no había podido esperar, ¿por qué razón?

Durante el resto de la comida, recibió varias felicitaciones y soportó una falsa sonrisa en la cara. Constance se sentía la reina de la noche, había monopolizado hasta a la mujer de Northfield, y Simon creyó que lo disfrutaba de veras. Comenzó a odiarla un poco, las cosas no se hacían así. Ellos habían hablado de otra cosa. Aunque él no hubiese querido romper su compromiso, era una falta de respeto que su primo lo hubiese anunciado sin su consentimiento.

Cuando se retiraron de la comida, se fue a la sala de fumadores con el resto de invitados masculinos, mientras las damas se retiraban a otra habitación a charlar. Kit fue el primero en acercarse.

—¿Qué ha sido ese anuncio, Sim? Creí que...

—No he tenido nada que ver. Al parecer, lady Brandon tiene otros planes y no va a renunciar a ser marquesa de una forma tan sencilla. La subestimé, Kit.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No lo sé. Intentaré razonar con ella.

—No creo que puedas, Sim, esto ha sido una verdadera declaración de intenciones. No ha contado contigo para hacer el anuncio...

—En el fondo, eso no importa, Kit, ya estábamos prometidos, el problema era la opinión pública. Sigue pudiendo romper el compromiso, no estamos casados. Con que ella retire su consentimiento, seremos libres. Esto solo lo hace todo un poco más complicado.

Aunque Meredith sabía que antes o después Simon anunciaría su compromiso de forma oficial, nunca creyó que le dolería tanto. Alzar la copa y brindar por la futura feliz pareja le había revuelto las tripas. Literalmente. Era por eso que se había excusado del resto de damas y había decidido acudir al aseo, donde vomitó la cena. Se sentía mareada e infeliz. Empapó una gasa con agua y se refrescó la frente. Siempre le pasaba, cuando alguna situación la demolía, su cuerpo tendía a volverse enfermizo.

Se quedó un rato sentada, con la cabeza apoyada en la pared. La angustia pasaría en unos minutos. El reservado de señoras le daba algo de intimidad, apoyada tras un biombo, por si alguna otra dama entrase a refrescarse, no tendrían ni que mediar palabra.

Mejor así.

Transcurrieron los minutos, y Meredith comenzó a sentirse algo más fuerte. Justo cuando decidió que ya era hora de volver, o preocuparía a su familia, entraron unas señoras al lugar. Meredith, a través de una de las ranuras del biombo, pudo ver cómo

cerraron la puerta y se cogieron de las manos para dar saltos. Mer hubiese avisado de su presencia si no hubiesen sido lady Brandon y la señorita Golburn.

—¡Ya está hecho! —chilló la más joven de las dos.

—Oh, querida Martha, gracias. ¡Gracias, gracias, gracias! Estoy a un paso de la felicidad y ha sido gracias a ti.

Se abrazaron durante un corto periodo de tiempo, hasta que se sentaron en dos sillones y se aflojaron los zapatos.

—Fue una idea magnífica que Kennicot anunciara el compromiso.

—Es tu momento, Constie, disfrútalo. Ahora solo tienes que conseguirlo. Pero capea hoy al marqués, estará muy ofendido.

—Bueno, me haré la ingenua. Lo normal es que sea el padre de la novia quién lo anuncie, al estar el mío ausente, Kennicot es lo más cercano que tengo. No he hecho nada malo. No hay ninguna norma establecida para anunciar un compromiso.

—La duquesita lo hizo a través de un periódico.

—¡Qué excéntrica es!

—En poco tiempo, Constie —dijo la señorita Golburn y suspiró—, las dos estaremos casadas con los dos hombres que amamos.

—¡Y seremos muy felices!

Volviéron a abrazarse, se arreglaron y se marcharon. Meredith se quedó de piedra. Lady Brandon había llegado a ese extremo solo por ser feliz con Simon, ¿quién era ella para entrometerse? Sabía, por la conversación que había escuchado de los duques de Alma, que había mantenido una relación íntima con el marqués, como había hecho ella misma, por lo que algún cariño se tendrían. Si ella estaba tan enamorada como para hacer cualquier cosa por él... había ganado. Mer nunca haría que nadie pasara por lo que ella. Nadie se merecía ser despreciado por un abandono.

Se levantó de su asiento, y decidió que era hora de felicitar a los novios. No se encontraba mucho mejor, pero mejoraría. Con el tiempo, mejoraría.

Simon encontró a Constance charlando con su prima, ambas con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Él tenía más bien la mueca de horror plantada en sus facciones.

—Lady Brandon, unas palabras —dijo con rapidez.

—Puedes hablar delante de mi prima, querido, no guardo secretos con ella.

Los tres se encontraban en el pasillo que conectaba los salones de la casa, cerca de la escalera que daba a las habitaciones. Simon asintió y las condujo a la galería, conocía a la perfección la casa de su amigo.

—Creí que habíamos acordado otra manera de anunciar el compromiso.

—Lo sé —hizo un mohín que en otro tiempo le hubiese encantado—, pero creí que hoy sería el día ideal, están todos nuestros amigos comunes, parte de tu familia y la mía. No importa antes que después.

—Claro que importa, una relación se basa en la confianza y tú acabas de romperla.

Los ojos de Constance se abrieron con pánico, quizás por miedo a que él avanzara en su razonamiento y acabara por pedirle una separación.

—¡No te enfades! Solo quería darte una sorpresa, ¿no te ha gustado?

—Nada en absoluto, no me gustan las sorpresas y mucho menos de este estilo. Es más, te había pedido un rato para hablar.

—¿Es algo serio?

—¡Claro que es algo serio!

—Pues hablemoslo mañana. ¡Déjame hoy disfrutar de la noche! Estoy prometida con el hombre más apuesto de la sala y quiero alardear un poco.

—Milady, la situación que quiero exponer exige ser tratada cuanto antes.

—Pues mañana. Iremos a pasear por Hyde Park, nos encontraremos antes del almuerzo y hablaremos dando un largo paseo.

—No hay lugar mejor para las intimidades, milord —intervino la prima—, se lo aseguro.

—Está bien, mañana pues.

Meredith se sentó cerca de su madre y sonrió.

—Tienes mala cara, querida, ¿te encuentras bien?

—Sí, es solo que creo que no me ha caído bien la comida.

—¿Quieres que nos marchemos?

—Sí, pronto, a poder ser, pero antes quiero felicitar personalmente al marqués y a su prometida.

Oteó la sala y no encontró a Simon por ningún lado ni a lady Brandon tampoco, la verdad. Así que se levantó con algo de dificultad y fue a buscarlos. Justo cuando volvía junto a su familia, los vio entrar por la puerta. El semblante del marqués no era muy animado, en cambio, las damas sonreían extasiadas.

Meredith hizo de tripas corazón y se acercó a ellos. Quizá se estaba volviendo una persona que disfrutaba haciéndose daño a sí misma. No había otra explicación a su conducta.

—Quería felicitar a la pareja.

—Oh, gracias, señorita Tanner —dijo con algo de sequedad lady Brandon—. Estamos muy contentos.

Acabó su frase rozándole el brazo a Simon.

—Sí, muchas gracias por acercarse a darnos sus... —«¿Condolencias?» pensó Mer— palabras de ánimo.

Hizo una pequeña reverencia y acabó la conversación. Así, sin más, dio por terminada su vida con ella. Se sentía idiota, una estúpida, por supuesto que no se quedaría con ella, ¿quién, en su sano juicio, lo haría?

Volvió con su madre sintiendo cómo la habitación se hacía cada vez más pequeña. Le pidió a lady Honora permiso para retirarse, y ella misma decidió acompañarla. Sus hermanas, tramando algo, sin duda, se quedaron.

Se debió despedir de sus anfitriones, aunque no recordaba nada. Durante el trayecto en carruaje, su progenitora solo le preguntó si se encontraba algo mejor, a lo que ella negó con la cabeza. La dejó descansar y subir a su habitación, no sin antes recordarle que ella estaba para lo que quisiera.

No recordaba bien cómo ni de qué manera se había metido en la cama. Aunque se encontraba en ella, como un ovillo, llorando a lágrima viva. Meredith había perdido muchas cosas en su vida, pero, en esa ocasión, sentía que había dejado que una parte de ella misma desapareciera para siempre. Su cuerpo sufría y su alma también. Si, cuando comenzó aquella relación, hubiese sabido que Simon se llevaría consigo una parte de su ser, no habría pagado ese precio. Era demasiado alto.

Podía soportar que cuchichearan a sus espaldas, que la llamaran algo tan horrible como la Muerte, pero no haber perdido de verdad, sin remedio. Mer se había dado cuenta de que nunca había aceptado la decisión de Simon de deshacerse de ella por completo. Fue aquella noche, cuando el señor Kennicot levantó la copa y brindó por la pareja, cuando se dio cuenta de que todo lo que había soñado junto a él no existía. Había sido una fantasía creada por su estúpida e ilusa imaginación.

Volvió a llorar con más fuerza.

Las lágrimas no calmaban el dolor físico que significaba verse partida en dos. Aunque su cuerpo lo pedía a gritos.

«Llora, Meredith», parecía decir.

Era la única manera que tenía de desahogarse, de que su rabia no la consumiera. Nunca se había sentido tan sola y desamparada. Cuando Nicolaas la abandonó, creyó, por un momento, que era el fin del mundo, de su mundo como dama. Pero al día siguiente salió el sol, las personas trabajaron y todo volvió a la normalidad. Poco a poco fue abandonando la idea de que eso sería el fin de nada. Lo había visto como el principio de su nueva vida, en Italia. Ahora no quería una nueva vida, quería la vieja, la que había disfrutado durante unas semanas en Clover Park junto a Simon.

Parecía mentira que, después de tantas veces, no hubiese aprendido la lección: no se puede ganar contra el destino.

Capítulo XII

Simon no pegó ojo en toda la noche. Cada vez que le vencía el sueño se veía a él mismo en la cena de Northfield y sentía como si lazos invisibles lo ataran. El sudor le recorría el cuerpo y tenía que levantarse.

El aspecto que lucía aquella mañana no era el mejor. Tampoco importaba.

A las diez menos cuarto de la mañana, salió de su casa para dirigirse a Hyde Park. Era un poco temprano, pero pronto las damas comenzarían su paseo y él podría hablar con Constance. Debía hacer todo lo posible por conseguir ser feliz, Lizzy se lo había conminado. Esbozó una sonrisa al acordarse. Pero era cierto, él no quería vivir encerrado en un matrimonio como su hermana.

Al llegar al parque, la vida ya comenzaba a moverse en él. Paseó saludando a unos y a otros, pero no encontró ni rastro de lady Brandon. Continuó con su búsqueda hasta que localizó a unos amigos, que le pusieron al día de las últimas apuestas en White's y de las carreras de caballos. Poco o nada importaba la vida sentimental de Simon a personas como ellos.

Trascurrida casi una hora, decidió que era el momento de volver a buscar a Constance. Al fin la halló, junto a un grupo grande de personas, solo reconoció a dos, los mismos que la habían acompañado la noche anterior.

Era un conjunto de damas y caballeros variopinto. Había dos parejas mayores, parecían matrimonios, sentadas en unas mesas. Mientras Constance y su prima paseaban por los alrededores, bajo la atenta mirada del señor Kennicot y otro hombre que no sabía quién era.

—¡Marqués! —saludó Constance con elegancia—. Le estábamos esperando.

Simon bajó del caballo y lo guiaron a la mesa de los matrimonios.

—Quería presentarte a mis padres, el señor y la señora Bolster.

Con una sonrisa impostada saludó a los que querían ser sus futuros suegros. Recordó cómo la noche anterior se había comentado que se encontraban indispuestos y, por esa razón, no habían podido anunciar ellos el compromiso.

Durante los elogios de rigor, Simon se estaba enfureciendo cada vez más, ¡lo habían tomado por tonto! Algo estaba ocurriendo y quería saber qué diantres era.

—Me he enterado esta mañana —dijo el señor Bolster— de que anoche se anunció su compromiso sin mi presencia. Mi hija lo ha excusado, diciendo que era cosa suya y de su prima. Tengo que pedirle disculpas.

—Disculpas aceptadas.

—Pero entiéndalas —siguió diciendo como si no hubiese escuchado a Simon. Quizás no lo había hecho de verdad—, las dos están muy alteradas con sus respectivos matrimonios. Nos habíamos trasladado a Londres para fijar, al fin, la fecha de la boda de mi sobrina. Y, al llegar, nos encontramos con la noticia de su enlace.

—¿No lo sabían? ¿Su hija no les había escrito?

—No, ha dicho que quería darnos una sorpresa... ¡Y vaya si nos la ha dado! Si no le parece mal, en cuanto acordemos la fecha de Martha, nos pondremos manos a las obra con la suya. Para nosotros es como una hija más.

—No hay ningún problema por mi parte.

Mejor, mucho mejor cuanto más tiempo tuviera para deshacer ese enlace.

Pasado un rato de conversación anodina con el señor Bolster, pudo conseguir un paseo corto, siempre a la vista de su familia, con Constance. Debía admitir que ella era una mujer muy atractiva, hubiese sido la esposa ideal para Simon en otro momento de su vida. Y en otra vida en la que no existiera Meredith Tanner.

—Dare, querido —dijo Constance con una sonrisa radiante—, quería pedirte un pequeño favor.

—Primero las explicaciones, después los favores.

—Pero si es solo uno pequeñito, luego hablaremos de lo que quieras.

La mirada de Simon no daba lugar a equívocos. No, no y no.

—¡No te enfades! Siento que mi sorpresa de ayer no fuera de tu agrado.

—Ni del de nadie. Tu padre ya me ha dicho que él tampoco sabía nada, que ha sido una noticia inesperada. ¿En qué estabas pensando?

—En nosotros, por supuesto. Mi padre es un hombre mayor, las cosas cada vez van peor en sus negocios, obligarle a dar una cena para realizar el anuncio de nuestro compromiso hubiese sido un gran inconveniente. No quería contártelo, pero es así. Así que creí que, cuanto antes pasáramos por ese trance, mejor para todos. Total, da igual, ¿no?

—Pues no, no me gusta verme fuera de mi propia vida.

—Lo comprendo, y no volverá a pasar.

—Ahora quería comentarte...

—¡Primero mi pequeño favor! Te he confesado algo que solo la familia debe saber: que mi padre no está en su mejor momento. Dame un descanso. —Simon no pudo ni decir una palabra más—. Necesito crédito en varias tiendas para poder organizar mi boda y poder hacerle un buen regalo a mi prima. Sé que es mucho pedir, pero te prometo que no gastaré más de lo necesario.

Constance sonrió como si acabara de comerse un dulce de limón sabrosísimo.

—Eso lo hablaremos más tarde. Primero quería comentarte algo muy importante. —Simon cogió aire y se despidió de la palabra dada, de su honor y de lo que había estado orgulloso—. Quiero romper nuestro compromiso.

Constance detuvo su paseo, alzó las finas cejas que tan bien perfilaban sus ojos, a Sim le pareció ver una pequeña sonrisa, que se escondió pronto. Lo miró durante un momento que pareció eterno. Abrió la boca para responder, pero el señor Bolster los llamó. Su paseo se había hecho más largo de lo que dictaban las normas. Ella asintió con la cabeza a su padre y dejó una conversación crucial en el aire.

Maldita fuera.

A Meredith le había costado un imperio levantarse. La noche anterior se había dado de bruces con la realidad. Se había dado cuenta de que, en su cabeza y contra todo pronóstico, seguía teniendo esperanzas y creía que, en algún momento, su vida se encauzaría y sería feliz con Simon. ¿En qué mundo retorcido a ella le salía algo bien? No en el que vivía, al menos.

Había decidido superar ese bache como lo había hecho con anterioridad: pasito a pasito. Fue por eso que levantarse había sido tan duro. Con cada movimiento, con cada prenda que se iba colocando para salir de esa habitación, se iba despidiendo de sus esperanzas banas de ser feliz.

Una vez que traspasara la puerta de su estancia, volvería a ser la Meredith abandonada de siempre. Ya no habría cabida para pensar más allá. Desde hacía tiempo, y antes de Simon, no le había desagradado ser la Tanner solterona. Sabía que sus hermanas conseguirían lo que se propusieran en la vida y, en algún momento, disfrutaría de cosas ajenas a la educación aprendida, a lo que debería ser una señorita.

Prefería ser Meredith, la Solterona, a Meredith, la Muerte.

En el comedor, como cada mañana, se encontraban sus hermanas desayunando.

—¡Meredith —exclamó Margie—, tienes muy mala cara!

—No he pasado buena noche, pero ya estoy mejor.

Se sentó al lado de Mabel que, nada más cruzarse una mirada, le tomó la mano para darle ánimos.

—No todo está perdido, Mer —susurró.

La aludida esbozó una sonrisa triste y se encogió de hombros.

—Escuché a lady Brandon y a su prima en el baño.

—¡Meredith Tanner, estás hecha una espía! —intentó hacer una broma Margie.

—Fue por pura casualidad. Estaban tan contentas... —suspiró—. Lady Brandon me recordó mucho a mí cuando creí que Nicholas y yo seríamos felices. Al fin conseguía estar con quien quería. Es su final feliz, y yo no pinto nada. Nada en absoluto.

—Meredith... —comenzó a decir Mabel—, no alcanzo a entender la magnitud de tu relación con el marqués, pero... —titubeó— cuando las cosas se pusieron complicadas huyó y se prometió con otra mujer para escapar de ti. ¿Merece la pena sufrir por alguien así?

—Creo que fue un impulso, creo que con el tiempo se hubiese dado cuenta de que no era la mejor opción. Creo que llegué a conocerlo bien.

—Mer —interpeló Margie—, ¿cuánto tiempo hace que lo conoces? Acuérdate del señor Van Dijk, su familia era amiga de la nuestra, lo conocíamos de tiempo y, bueno, no se portó muy bien contigo.

—El marqués es distinto.

—¿En qué, Mer? Siento decírtelo, pero también te ha abandonado.

Con esa frase de Margie, se acabó la conversación. Pero Meredith sabía que no podía estar tan equivocada, no le había entregado su corazón a un hombre tan ruin. Lo sabía, solo tenía que demostrarlo. Pero ¿cómo hacerlo?

Tomó dos bocados y se bebió una taza de té. Mientras el líquido caía por su garganta se dio cuenta de algo: lo sabía a la perfección, sabía qué tenía que hacer.

—Socialmente hablando, Simon, no me puede importar menos.

Se había reunido con su hermano Robert y, como era habitual, su socio, Logan, también estaba con ellos. Confiaba en él, pues así lo hacía Rob. Pero ese era un tema muy delicado, y no le estaban dando las respuestas oportunas.

—El asunto es legal, no social —siguió diciendo el abogado—. El problema fue que anunciaras el compromiso en la cena de Northfield.

—¡Te aseguro que yo no lo anuncié, Robert!

—Bueno, pero tampoco lo desmentiste. Así que, si ahora quieres romper el compromiso, es igual que romper un contrato: te pueden pedir daños y perjuicios e, incluso, una indemnización.

—¡Pues que lo hagan! Les diré que hablen contigo.

—A mi socio —dijo Logan— no le importan los convencionalismos sociales, pero yo debo advertirte, Dare, de cuáles serán: la dama en cuestión saldrá mal parada y tú también. Es un asunto muy serio tanto legal como socialmente, será una lacra para tu familia.

—A nuestra familia no le importará, Logan. Empezaríamos los trámites para que el Parlamento aprobase una ley para el divorcio de Elizabeth si ella no fuera tan cabezona. No nos importa —aseguró Robert.

—Bien, entonces, estamos hablando de dinero, ¿cuánto crees que me costará? —preguntó Simon.

—Depende. La cantidad la pondrán ellos, pero si a ti te parece excesivo, tendremos que acudir a los tribunales.

—Esperemos que no llegue la sangre al río —comentó Logan.

—Esta noche, en la fiesta de Theresa, pienso dejar las cosas claras, ¿vendréis?

—Me temo que yo no puedo, tengo un compromiso ineludible —adujo el socio de su hermano.

—¡Ni muerto! —respondió Robert.

—Deberías ir por padre y por Theresa, están muy ilusionados.

—Pues que se ilusionen con otra cosa, Simon, yo tengo que trabajar. No voy a perder mi tiempo en un evento semejante.

—Desde luego... no sé de dónde os salen los clientes.

—Logan sabe cómo conseguir convencer a la gente.

—Y eso mismo pienso hacer esta noche, pero en otra parte de la ciudad —respondió el aludido con una sonrisa lobuna.

Simon no se metería jamás en los asuntos de esos dos, suficiente tenía con los suyos. Lamentó que Robert no acudiera, podría ser de gran ayuda, aunque él solo se bastaría para salir de ese embrollo.

Capítulo XXVII

Aquella noche se celebraba el primer baile de la nueva duquesa de Albertany, por lo que el clan Shelbrook estaba muy atareado. Sus benefactoras quedaron en ver a las Tanner en la casa directamente, aunque la condesa de Byford les había dado directrices de cómo debían ir vestidas esa noche, quería que la fiesta de su madrastra fuera perfecta.

Nada más entrar al salón, Meredith divisó al señor Brown, que se acercó a verlas y saludarlas. Había algo distinto en sus ojos, la miraba ilusionado, como si se hubiese quitado un peso de encima o como si su vida hubiese encajado finalmente. Le pidió un baile a cada una de ellas, a su madre incluida, y se despidió.

Margie consiguió tener cerca un buen número de admiradores, al menos, tres, y mucho era, dadas las circunstancias generales. Mientras que Mabel se disponía a saber quién era la señorita Leigh, abandonada ya la lucha por Simon Shelbrook. Eso era lo que le había contado, que no haría nada más, pero todavía quedaba una última carta, la más desesperada. No dejaría de luchar hasta que se viera realmente perdida. Quebrantar sus principios le había costado un mundo, pero, por una vez en la vida, deseaba conseguir la felicidad.

Aquella era, sin lugar a dudas, la fiesta más multitudinaria a la que había asistido. Por lo que divisar al marqués se estaba convirtiendo en una odisea. Comenzó el baile, y se encontró a la mimada Lydia Coleman danzando. Decidió no dedicarle ni un solo pensamiento más a esa mujer.

Continuó paseando entre grupos de personas que hablaban sobre los últimos acontecimientos o los unos de los otros, sin dar con la persona a la que tanto buscaba. Hasta que al fin, lo vio. Sonrió como una estúpida y sintió un nudo en el estómago; Simon siempre sería su debilidad, no le cabía la menor duda. El problema había sido que se encontraba en una sala adyacente al baile, bebiendo una copa con un hombre que Meredith no conocía de nada.

Se acercó a él, pasó por su lado y se puso en su ángulo de visión. Él pareció sentirla casi al momento, pues alzó los ojos y, durante un instante, sus miradas se chocaron. Mer le hizo un gesto para que la siguiera, y él, gracias al cielo, lo hizo.

En el pasillo, mientras se escuchaban las voces llenar cada rincón de la casa, se paró. No tenía ni idea de dónde podrían ir.

—Necesito hablar contigo.

Simon achicó los ojos.

—Ya estamos hablando.

—A solas, por favor.

El marqués asintió y le tomó la mano. Su contacto fue como un rayo directo a su interior. Ese hombre le había robado parte de sí misma.

Las estancias de la planta baja estaban todas ocupadas, había demasiados invitados, por lo que, cuando no vieron a nadie, subieron al piso donde se encontraban las alcobas privadas. Tras pasar tres puertas, entraron en una salita. Iluminada por el fuego, no parecían haber escatimado en gastos para esa noche.

Una vez dentro, él se quedó en la puerta, mientras Mer se acercaba a las llamas.

—Bien, ¿qué deseas?

En su tono pareció captar más que una pregunta educada una invitación a algo mucho más íntimo que simples palabras.

«A ti».

—Simon. —Supo que esa sería su última oportunidad—. ¿Amas a lady Brandon?

—No.

No titubeó ni rechazó contestar a una cuestión tan íntima.

—¿Y por qué te casas con ella?

—Porque empeñé mi palabra.

—¿Me quisiste? —preguntó casi en un susurro—. Cuando creías que yo era la simple Mary, ¿me quisiste?

—Nunca fuiste simple. Ni siendo Mary ni siendo Meredith.

—Pero ¿me quisiste?

—Antes de conocerte, yo no era feliz. No lo sabía, por lo que no importaba en absoluto. Vivía mis días, vivía mis horas y mis minutos sin saber que era infeliz. Y un día, apareciste con el vestido sucio, un paraguas roto y expresión de querer matar a alguien y cambiaste mi vida. Pasé de ser quien debía ser a quien quería ser. ¿Lo entiendes? No, no lo entiendes, pues si fuera así no dudarías ni por un instante si te quise.

—No luchaste por mí cuando me negué a casarme contigo... te fuiste sin luchar.

—Oh, claro que luché, pero no contra ti, sino contra mí. Tenía una percepción de mí muy distinta a la real. Y ser engañado había sido un golpe muy duro, difícil de sortear. Luego me volví idiota y, desde que desapareciste de mi lado, he ido cometiendo una estupidez detrás de otra. No sé quién soy. Pero sí te puedo asegurar que luché por ti y a día de hoy...

—¿Qué?

Se había callado y la había dejado esperando. El marqués se acercó a ella, se quedó observándola con detenimiento y esbozó una sonrisa que a Meredith le partió el corazón. ¿Era una despedida? ¿El final?

Eso parecía. Pues se inclinó y rozó sus labios durante un momento demasiado breve. Notó su calor, su suavidad y su pasión en un simple toque.

—Vete, Meredith.

Y la echó. De esa estancia, ¿y de su vida? Había gastado el último as que le quedaba en la manga y no había valido de nada. Simon se casaría con lady Brandon, y ella seguiría siendo Meredith, la Muerte.

No había marcha atrás.

Simon respiró hondo una vez, dos veces, tres veces... quince veces. Hasta que el pulso se le normalizó y pudo ser dueño de sí mismo. No estaba en condiciones de poder prometerle nada a Meredith, lo mejor era dejarla marchar hasta que solucionara el asunto. Su hermano ya le había advertido de lo que podría ocurrir, y él asumiría su parte con toda la elegancia posible. El problema había sido su padre, que había montado en cólera. La palabra de un Shelbrook no se da para romperla al momento después.

Lo había decepcionado por primera vez en su vida.

Se sentía confuso y desorientado. Esperaba más comprensión por parte de su progenitor. La única persona de la que hubiese dudado hubiese sido Lizzy, pero ella se había convertido en su más ferviente defensora. Su hermana lograría calmar a Gregory, o nadie lo haría. La relación padre e hijo se estaba rompiendo por esa causa. Lo odiaba, pero ansiaba ser feliz.

No podía prometerle nada a Meredith hasta que fuera un hombre libre. El siguiente paso era hablar con Constance y hacerle entender que solo aceptaría una compensación adecuada, no desorbitada. Iría a los tribunales si hiciera falta.

Una vez rota su promesa, que fuera de dominio público le importaba poco.

Fue en su busca, y no hizo falta dar muchas vueltas, ella misma también lo estaba buscando. Entraron en la misma estancia donde, momentos antes, había besado a Meredith. Aún no sabía si había sido un beso de despedida o de reconciliación.

Aunque esperaba que fuera lo segundo.

—Tenemos que aclarar nuestra situación.

—Estoy de acuerdo. ¿Por qué quieres romper nuestro compromiso, Dare?

Simon pensó que podría utilizar mil excusas, dar rodeos o mentir. Pero quiso decir la verdad, pues era tan dulce y maravillosa que no quería esconderla por más tiempo. Se lo debía a Constance, aun tras todo lo vivido.

—Estoy enamorado de otra mujer, deseo casarme con ella.

—¿Enamorado? ¿El marqués de Dare enamorado?

Al parecer su confesión fue mucho más de lo que podía soportar, pues lady Brandon se sentó en un sillón como si le diera un sofoco. Él lo hizo en el contrario.

—¿Desde cuándo?

—Desde que compré la propiedad en el campo, la conocí allí.

—Pero... me pediste matrimonio a la vuelta, ¿qué ocurrió?

—Es una historia muy larga. Digamos que me sentí engañado, Constance. Aunque ahora lo tengo muy claro: solo me casaré con ella. Lo siento mucho, yo te...

—¿Quién es? ¿La conozco?

—La señorita Tanner.

—Meredith, la...

—¡No la llames así, te lo ruego!

—El marqués de Dare está enamorado de la señorita Tanner —afirmó, incrédula, con los ojos abiertos y expresión de que el mundo se había vuelto loco—. Finalmente mi suposición era cierta.

—Rompe nuestro compromiso, dime qué quieres a cambio.

—Me sorprendes, el hombre que conocí hace un año jamás rompería una promesa ni se fijaría en alguien como la señorita Tanner... ni se dejaría engañar.

—¿A qué te refieres?

—Yo también estoy enamorada. —Alzó las manos y negó con la cabeza—. Nunca ha sido de ti, Simon. Mi corazón le pertenece al señor Kennicot, y él me corresponde, pero había muchos impedimentos entre nosotros. Te lo cuento, pues he visto que no eres el hombre que conocía, alguien ha roto la barrera que habías impuesto a tu alrededor. Te mereces ser feliz junto a ella.

—Gracias, Constance, pero... nosotros hemos sido amantes casi un año...

—Sí, me casaron a la fuerza con lord Brandon. Mi padre quería escalar posiciones sociales gracias a mi matrimonio. No fue una situación desastrosa, pero fue solitaria. Cuando mi marido falleció, mi vida no cambió en absoluto. Jory, el señor Kennicot, es, como sabrás, el prometido de mi prima. Ambos se han criado juntos, por lo que no han desarrollado más que un amor fraternal entre ellos, casarse es casi como pensar en el incesto. Y yo me enamoré de él —dijo encogiéndose de hombros—. Tras el fallecimiento de mi esposo, nunca albergué esperanzas en que me quisiera y por eso comencé una relación contigo.

»Un día, hace unos meses, supe que mis sentimientos eran correspondidos y conocí en profundidad la relación de mi prima Martha con Jory. Fue por eso que te exigí matrimonio, a sabiendas de que nunca te casarías conmigo. A decir verdad, siempre creí que alguien tan... —Se mordió el labio, pero Simon la animó con las manos a decirlo— pedante... como tú, nunca encontraría nadie a su altura. Me hiciste un buen regalo y me olvidé de nuestra relación. Solo quería un futuro con Jory.

»En cambio, había otros problemas: la dote de mi prima, que el señor Kennicot, el padre de Jory, ya había cobrado y no iba a devolver, al romper el compromiso de mutuo acuerdo; y mi propia dote, que era inexistente. Mi padre no iba a pagar por un nuevo matrimonio y, mucho menos, uno que no le ayudara en la escala social. Además, lord Brandon no me dejó casi nada en herencia. Toda mi vida se resumía a un problema pecuniario, hasta que un día apareciste tú en la puerta de mi casa y me pediste matrimonio.

—No estoy especialmente orgulloso de esa noche, estaba destrozado, pero ¿cómo pudiste estar conmigo si estabas enamorada de Kennicot?

—No recuerdas nada, ¿verdad? —Ella se rio y lo miró casi con pena—. Viniste tan borracho que casi ni te tenías en pie, me dijiste algo así como: «Al diablo, Constance, nos casaremos» y casi te caes de bruces frente a mí. —Ella levantó una ceja—. Te metí en la cama, y a la mañana siguiente te levantaste y comenzaste a maldecir. Yo creí que me dirías que era una estupidez, que te habías equivocado y me ofrecerías dinero, justo lo que yo necesitaba en ese momento. Pero te pusiste muy serio y me dijiste que no me dejarías en la estacada. Luego todo se precipitó hasta el punto de que mis padres me escribieron informándome de que viajarían a Londres, junto a mis tíos, para fijar la fecha del enlace de mi prima con Jory. No sabíamos qué hacer, y fue entonces cuando Martha conoció a la señorita Coleman, que le contó tu aventura con la señorita Tanner en el campo. Era perfecto, si la azuzábamos lo suficiente para que os vieseis acorralados, tú romperías el enlace y yo sería libre. Martha le comentó un par de cosas y ella cayó en la cuenta de todo. ¡Incluso una hermana de la señorita Tanner fue a visitarla! Pero ni con esas rompiste el compromiso. Yo creí que con una espada de Damocles sobre la señorita Tanner sería suficiente. Os vi en Almack's y os he visto después y sé que la quieres. Aunque no sabía si tú estabas enterado de tal tesitura, pues ella no es... ¿cómo decirlo? Bueno, la mujer que nadie pondría a tu lado.

—¿Y por qué no rompiste tú el compromiso? —dijo, ignorando su última alusión.

—Porque si lo hacía, no tendría ninguna compensación económica. Y la necesito, Simon, para poder ser feliz. Te prometo que no iba a dejar que esto llegara a más.

—¿Cuánto dinero necesitas?

—Mucho más que un collar de esmeraldas.

—¿Me estás diciendo que mi regalo fue poco? ¡Valía una fortuna!

—No lo suficiente. No sabía con exactitud qué se regalaba a una amante, había oído de caballeros que pasaban hasta una pensión.

—No es por ofender, Constance, pero nuestra relación ni duró tanto ni fue tan intensa.

Simon se rio, y ella también le acompañó.

—Lo que todavía no entiendo es por qué no pudiste decirme la verdad.

—¿Al Simon Shelbrook que yo conocía? ¡No, gracias! Siempre tan perfecto, siempre tan estirado. Solo te he visto desfallecer y parecer más humano desde que suspiras por la señorita Tanner. Ahora lo entiendo, a decir verdad.

»Anunciamos el compromiso para que tú lo rompieras. Estaba claro, desde el primer momento, que no querías estar casado conmigo. Si la situación se volvía oficial, tendrías que pagarme para solucionarlo y yo podría también arreglar mi problema.

—¿Necesitas dos dotes?

—Así es. No las dotes de una condesa como tu hermana, sino la de dos señoritas acomodadas...

—Las tienes. Mañana realizaré los trámites para arreglar la transacción. Pero con una condición: debes romper nuestro compromiso esta misma noche. Fúgate con Kennicot o haz lo que te plazca, pero quiero ser libre ya.

—Simon Shelbrook, ha sido un placer hacer negocios contigo. —Sonrió y se levantó de su asiento—. Creo que la señorita Tanner es alguien muy especial y que, por lo que parece, te hará muy feliz. Cuídala.

Tras despedirse de lady Brandon, Simon fue corriendo a buscar a Meredith, pero solo se encontró con sus hermanas. Se había marchado indispuesta. Su cuñada, Kate, la había visto irse con muy mala cara. Esperaba que no fuese nada. Ahora que era libre, no la dejaría escapar. Le contó a Kit y a su mujer la buena noticia y esperó a que el rumor se extendiera por toda la fiesta.

Al día siguiente comenzaría su nueva vida.

Capítulo XXVIII

Aquella mañana Londres amaneció con la noticia de la ruptura del compromiso del marqués de Dare. No se anunció en un periódico o la novia fue desencantándose poco a poco. No, lo que ocurrió fue que lady Brandon dejó una nota a sus padres con el aviso de que partía hacia Gretna Green para ser feliz con el señor Kennicot.

A Simon le pareció magnífico que hiciera lo mismo que el último prometido de Meredith, casi como un juego del destino. A él le daba absolutamente igual. Si hubiese tenido que escoltarlos hasta abandonar Londres, lo habría hecho; si hubiese tenido que sujetar una escalera para que el señor Kennicot sacara por la ventana a Constance, lo habría hecho; y si le hubiesen pedido ser testigo en su boda, con gusto hubiese aceptado. Pero no habría podido ser, pues él esa mañana tenía una misión muy importante: conseguir la felicidad.

Como no podía estar más tiempo en su casa, decidió acudir a la de Kit para hacer tiempo, nadie, con buena educación, se presentaba en una casa decente antes de la hora de visita. Él se la saltaría un poco, pero respetaría el desayuno. No quería causar mala opinión en su futura suegra.

Kit se encontraba leyendo el periódico en el comedor con Kate a su lado. No era algo normal, ya que su cuñada solía desayunar en su cuarto. Ambos le ofrecieron un asiento y sonrieron.

—Lo has conseguido en un tiempo récord —dijo su cuñada asombrada—. ¡Lady Brandon ha dejado la ciudad!

—Se lo sugerí —comentó con suficiencia Simon, sentía que había vuelto a su ser.

—Padre no estará contento, Sim. Hoy no deberías asomarte por su casa.

—¡Todo lo contrario! Me pasaré con la señorita Tanner en cuanto hable con ella y con su madre.

—¿Cuándo vas a ir? —preguntó Kate.

—En cuanto sea una hora decente.

—Perfecto, esta mañana pensaba ir a visitar a las Tanner, al fin y al cabo, son mis protegidas. —Sonrió con suficiencia.

—Solo quiere un asiento de primera fila, Sim —comentó Chris, y se llevó un codazo de regalo.

—Voy a arreglarme.

Kate abandonó la sala, y los hermanos se quedaron a solas compartiendo un copioso desayuno. No tanto como en el resto de casas que despreciaban el almuerzo

por verlo una comida de damas. Ellos estaban encantados de compartirlo con su hermana.

—Hoy estás radiante —se burló Kit.

—Pretendo estarlo, por fin voy a lograr mi objetivo.

—Me encanta verte tan seguro de ti mismo como siempre, últimamente has estado... desubicado.

—Perdido, ido, en la Luna... Kit, ¿sabes cuándo te das cuenta de que tú solo no eres nadie? ¿Cuándo te das cuenta de que hay alguien por ahí que te complementa y la encuentras? Así me sentí yo en Clover Park, luego he luchado contra la realidad, para darme cuenta de que no siempre tengo la razón. Meredith Tanner es mi otro yo, es la persona con la que tengo que estar. Y ni nada ni nadie me separará de ella.

Christopher sonrió y le apretó el hombro. Sabía que, de sus hermanos, él sería el que mejor lo entendería en esa situación. Así que contarle la verdad de lo que sentía no era vergonzoso, sino agradable.

Su cuñada estuvo lista media hora después, y partieron en su carruaje rumbo a la casa de las Tanner. Simon sonreía mientras observaba el despertar tardío de Londres. Hasta esa lúgubre ciudad, que tanto amaba, le parecía el mayor de los paraísos.

Pensó en la primera vez que había visto a Meredith, disfrazada de Mary, en que, en el momento en que se había chocado con ella hacía unos meses en los caminos de Clover Park, su vida se había vuelto una absurda locura. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

Al llegar a la casa, los llevaron a una estancia donde se encontraba lady Honora, la madre de las Tanner. Nada más posar su vista en ella observó que tenía un aire marcado a Meredith, o viceversa, sus ojos eran muy parecidos y en ese instante medía las distancias con él. Como si fuera una leona que tuviera que proteger a sus hijas, en lugar de una matrona de la alta sociedad buscando un marido para sus niñas. Fue una sensación muy extraña que no lo quisieran en ese lugar.

Las hermanas Tanner no tardaron mucho en bajar y unirse a ellos. Simon le dedicó una sonrisa radiante a Meredith. Ella, en cambio, agachó la cabeza y lo ignoró. La había visto un poco demacrada y, si no hubiese sido de muy mala educación decirle a una señorita que parecía enferma, hubiese preguntado al momento.

Le encantaba mirarla de soslayo y ponerla nerviosa. A cada palabra, intentaba que sonara tentadora para ella. Solo quería pasar un rato a solas a su lado y no debían agotar el tiempo de una visita de cortesía.

Tras una conversación insustancial, en la que su cuñada solo parloteaba de trajes y de una tienda que parecía ser la sensación del momento, Simon quiso hablar con Meredith en privado. Su madre abrió los ojos como platos, no era educado dejar a su hija con un caballero, a no ser que dicho caballero deseara planearle una pregunta en concreto. Lady Honora lo observó con detenimiento hasta que dio su consentimiento,

y ambos se marcharon a la biblioteca de la casa, que aún estaban limpiando, por lo que tuvieron que despedir a dos criadas.

Simon se giró y la observó de arriba abajo.

—¿Has leído el periódico?

—¿Te refieres a si sé que lady Brandon ha roto el compromiso? —Él asintió con la cabeza, complacido—. Creo que lo sabe Londres al completo.

—Bien, ya no hay ningún impedimento para que nos casemos. Eso soluciona nuestros problemas y creo que...

—¿Qué soluciona nuestros problemas?

—Claro, la señorita Coleman, la posición de tu familia... tu mala suerte. Todo.

—¡No me lo puedo creer!

—Perdona, no es la proposición más romántica del mundo, pero creí que tú y yo ya habíamos pasado por esto. Solo quiero aligerar los trámites, Meredith, y...

—¡Y quitarte un problema de encima! —Simon frunció el ceño para continuar, pero ella no le dejó—. ¿Me estás pidiendo matrimonio otra vez?

—Sí, claro, ¿a qué habría venido si no?

—Debo declinar su oferta, milord —dijo con un deje de ironía en sus palabras—. Ha sido una proposición romántica y maravillosa, sin duda, pero no puedo aceptarla.

Simon pensó que podría estrangularla en esa biblioteca mohosa. ¿Por qué no podía ver que el amor poco tenía que ver con el matrimonio? En la vida real, lo que le había ocurrido a ellos era una cosa muy rara. Debían abrazarlo y dejarse de tonterías. Pero su tono le enfureció.

—Siento no haberme expresado con claridad, no ser un romántico empedernido, Meredith. Aun así quiero casarme contigo, no por obligación, no porque seas el mal menor...

—¡Fantástico, Simon! Me siento muy halagada. Gracias.

—Vamos, Meredith. Te quiero desde el primer momento que te vi despeinada en Clover Park. Tú también me quieres, lo admitas o no. Acepta casarte conmigo por tu felicidad. Piensa que vas a tener lo que quieres: un título y posición para ti y para tu familia. Sabemos que podemos llevarnos bien y nos comprenderemos mucho más que otros matrimonios.

Ella se cruzó de brazos y le lanzó una mirada que bien podría haberlo traspasado. Por un momento, observó cómo Meredith comenzaba a ceder un poco. Simon no entendía en qué momento el mundo se había vuelto tan loco para que él tuviera que argumentar una proposición de matrimonio. Si él quería a una mujer, esta decía sí y punto. Pero nunca pasaba eso con Meredith, nunca.

Así que supo cuál era la única manera de solucionar ese problema. Se acercó a la señorita enfadada y, mientras ella solo lo asesinaba con la mirada, la besó. Podría

haberse llevado un bofetón o un puntapié, no sería la primera vez. Pero ella se amoldó a él con facilidad. Como si hubiese estado esperando que él rompiera una barrera invisible de odio que había levantado contra ellos.

—¿Lo ves? —le dijo mientras la sujetaba—. Nos entendemos a la perfección.

Ella se estremeció. La tenía, iba a claudicar. Le había costado mucho trabajo, mucho más de lo que habría pensado en cualquier momento de su vida, pero al fin había conseguido un sí.

—No. Lo siento, no puedo.

—Meredith, si la señorita Coleman habla, será un escándalo.

—Créeme, te estoy ahorrando uno.

Y acto seguido se marchó de la biblioteca, dejándolo con la palabra en la boca y con más interrogantes que respuestas. Que Dios se apiadara de él, no entendía qué estaba pasando.

Meredith se retiró a su habitación sin querer hablar con nadie. Sabía que su madre y sus hermanas le pedirían explicaciones en algún momento, pero ella no estaba dispuesta a darle ninguna a nadie. No podía casarse con Simon. Quitando el hecho de que podía morir fulminado por un rayo o que se podría arrepentir de su decisión a dos horas de la boda, no podía dejar que se casara con ella sin saber la verdad, una que la hacía poco apta para el matrimonio. Pero era un secreto que no le pertenecía, uno que no podía revelar sin dejar a su madre en entredicho. ¿Podría Simon casarse con ella sabiendo la verdad? No, claro que no. Ya dejó su postura clara cuando era Mary, la criada, y no podía soportar que él retirara su proposición de matrimonio, por lo que debía ser ella quien dijera «no» desde el primer momento. El problema con Lydia Coleman ya lo solucionarían de alguna otra manera.

Se había levantado mucho mejor, aquella noche se había hecho a la idea de que un futuro con Simon era algo alejado de la realidad. Él la había querido, no había jugado con ella y debía ser suficiente.

Llamaron a su puerta.

—No quiero hablar con nadie —dijo desde su cama.

—Mer, abre, soy yo. —Era la voz de Mabel—. Si no hablas conmigo, tendrás que hacerlo con madre y con Margie a la vez. ¿No prefieres hacerlo con una sola?

—No quiero hablar con ninguna, Mabel. Por favor.

—Solo dime, ¿te vas a casar con el marqués?

Meredith se maldijo a sí misma, en la voz de su hermana se notaba un punto de esperanza. Y ella las iba a aplastar con todas las de la ley.

—No, no voy a casarme con él.

—¡Oh! —Su hermana parecía sentir mucho la decisión—. ¿Estás segura?

—¿Cómo que si estoy segura? —Meredith explotó—. Creo que puedo saber si voy a casarme con alguien o no, que luego se mueran o me abandonen ya no es cosa mía.

—Perdona, Mer. Pero como se ha quedado para hablar con madre... yo pensé que quizás estaba acordando vuestro enlace.

Meredith pestañeó sin querer tres veces seguidas. Se levantó de la cama sin haber derramado una sola lágrima y se acercó a la puerta. Cuando la abrió, su hermana seguía pegada a la misma.

—¿No me estarás tomando el pelo, Mabel? No podría soportar una broma así.

Mehetabel dio un paso atrás y con un hilo de voz contestó:

—Lo prometo por Lucas, nuestro gato.

«Nuestro fallecido gato» quiso puntualizar Meredith, pero no tuvo tiempo. Amaban a ese felino, si Mabel prometía por él, todo era cierto. Se levantó el vestido y corrió escalera abajo, jamás había pensado que Simon siguiera en casa más de un minuto tras negarse a su proposición. Ya iban dos veces, ¿es que ese hombre no sabía lo que era dejar a una dama en paz?

La puerta del salón estaba cerrada, Meredith la abrió sin miramientos y escuchó la última frase de Simon.

— ... como puede ver soy un canalla —dijo con media sonrisa de pie desde la ventana—. Pero como soy marqués, sigo siendo buen candidato como marido de Meredith.

—El mejor, sin duda, y el único —comentó su madre algo asombrada.

En la estancia también se encontraba Kate, que con tranquilidad bebía una taza de lo que parecía chocolate; lady Honora, que sin duda había escuchado más de lo que una madre debería saber sobre una hija; y Simon, con gesto de haber ganado una batalla.

¿Desde cuándo conseguir la mano de Meredith, la Muerte, era ganar una batalla? ¡Era perderla sin duda!

—Madre, ¿qué ocurre?

—Lord Dare me estaba contando lo que ocurrió en Clover Park, mientras yo te pensaba en casa de Harriet, querida. Ni más ni menos.

—Oh, no, mucho menos, milady, le aseguro que le he ahorrado detalles —dijo el marqués con un tono jocoso.

—¡Simon! —le gritó Meredith, que sintió cómo el cuerpo le ardía de la vergüenza.

No pudo mirar a su madre a la cara, pero sí pudo ver cómo la duquesa se encontraba en un estado de paz tan agradable que podría haber estallado otra guerra con Francia y ella solo diría: «¡Oh! ¿Otra guerra? Pues ahora me viene mal», o algo por el estilo.

—Meredith, no sé cómo has podido decirle que no al marqués.

—Dos veces —puntualizó Simon.

—Es indefectible este matrimonio.

—Pero madre, sabe que no puedo casarme con el marqués.

En ese instante sí miró a lady Honora. Ella se giró completamente hacia ella y entendió su problema. Si Meredith le había dicho que no era porque, antes o después, se podría hacer público el testamento de su padre y con él la vergüenza de ser quien era. Estaba maldita desde su nacimiento, no le quedaba la menor duda al respecto.

—Es cierto, milord, Meredith no puede casarse con usted.

—Esto es inaudito, ¿se han vuelto locas las mujeres Tanner? —preguntó Simon que, a todas luces, había perdido ya la paciencia—. Explíqueme por qué no puedo desposar a Meredith, me parece la opción más deseable.

—Es una explicación que no estoy autorizada a darle en este momento. —Lady Honora se frotó las manos—. Créame, es lo mejor.

—No, no voy a creer nada. O me da una razón o no me marcharé de este lugar.

—Lord Dare, le recuerdo quién soy... Meredith, la Muerte —arguyó como última salida a su problema.

—¡Pamplinas! Eso no me importa, no me importa nada. Necesito... exijo una explicación. Me lo deben.

—Lady Honora —interrumpió la conversación Kate, que al parecer ya había decidido unirse a esa farsa—. La razón por la que Meredith no puede desposar a mi cuñado es un secreto que no es suyo, ¿no es cierto?

—Así es.

—Bien, pues, ¿sería tan amable de hablar con la persona poseedora del secreto y comentarle que es imprescindible que lord Dare lo conozca y actúe en consecuencia? No hace falta que le relate lo que acaba que escuchar que ocurrió en Clover Park, tan solo que le comente que es muy importante que contraigan matrimonio. Le aseguro que los Shelbrook pueden ser cabezones y tomarse ciertas libertades, pero los Drake —se señaló a sí misma para darle más énfasis a la amenaza velada que iba a soltar— no entendemos de normas sociales.

Acto seguido se levantó, le tendió el brazo a Simon, este, por supuesto, la agarró del mismo, y luego dijo:

—Espero noticias tuyas, lady Honora. —Luego sonrió y se despidió de Meredith con la cabeza.

Escucharon sus pasos por el pasillo y el sonido de la puerta principal al cerrarse. Las dos se quedaron quietas en la estancia hasta que Meredith decidió romper el silencio.

—Madre, yo...

—Meredith, había oído rumores acerca de lo que había pasado en Clover Park, por comentarios de tus hermanas, nada fuera de la familia. Pero lo que ha contado el marqués... Deberías poder casarte con él.

—Es imposible, cuando sepa la verdad, será él mismo quien abandone esa idea.

—Hablaré con Eugene, él sabrá si puede confiar en él. Pero Meredith, ¿cómo pudiste?

—Estaba harta de los convencionalismos que solo me habían llevado a ser Meredith, la Muerte.

—¿Qué es eso? Antes también se los has dicho al marqués.

—El mote que me ha dispensado Londres, por la muerte de mis prometidos y el abandono de Nicolaas. Solo quería hacer por una vez lo que me apetecía, te prometo que no pensaba montar un escándalo, solo vivir y luego marcharme.

—La vida no es así, Meredith. Las tonterías se pagan antes o después.

Capítulo XXIX

Simon se encontraba sentado en el despacho de su casa con la mirada fija en el fuego. Durante las últimas semanas había pedido matrimonio en tres ocasiones. Constance, por supuesto, había dicho que sí encantada, pero no comprendía por qué Meredith le había dicho que no dos veces.

No comprendía a esa mujer en absoluto, ella se había entregado a él, y, en Londres, había dado señales de querer estar a su lado. ¿Qué le impedía casarse con él? No encontraba ni una sola razón plausible para poder comprenderlo.

Desde el día en que la conoció, todo se había vuelto del revés. Simon había dejado de ser él mismo para encontrarse de nuevo, con imperfecciones y con meteduras de pata. Pero más feliz y libre. ¿Cómo era posible que su felicidad radicara en no ser siempre lo que se espera de uno? No lo sabía.

Mientras cavilaba sobre su futuro, Christopher apareció por la puerta sin llamar y despertó a Simon de sus ensoñaciones.

—Ya me ha contado Kate que te ha vuelto a rechazar la señorita Tanner.

—Las noticias vuelan.

—Claro que sí. ¿Cómo te sientes tras trastabillar dos veces con la misma mujer? Seguro que no te lo esperabas. No me malinterpretes, Simon, pero esa dama te ha dado un bofetón de realidad.

—¿De qué realidad hablas, Kit?

—De la que dice que no puedes tener todo lo que quieres, Sim.

—Estás muy equivocado, hermano pequeño. Yo tengo todo lo que quiero y lo tengo sin rechistar.

—Pues creo que, en esta ocasión, te va a costar mucho más que otras. No apuesto contra ti porque Damon no está cerca, como hiciste tú conmigo. Pero no dudes que te lo mereces.

—No seas rencoroso, Kit, tu caso estaba claro.

—Y el tuyo también. Si esto fuera un cuento, tú querrías ser el príncipe que salva a la princesa de su maldición. Pero como es la vida real y ella ha dado visos de no tener que ser salvada, te vas a tener que fastidiar.

—Kit, deja de leer las novelas que le gustan a Lizzy.

—Y tú deja de hacer el tonto.

—¿Para qué has venido?

—Para ver cómo estabas y para darte un recado de parte de mi obstinada esposa.

—Pues suéltalo, Kit.

—Esta mujer mía no tiene paciencia y ha organizado una velada musical para mañana por la noche. Ahora se encuentra en casa de padre amenazándolo para que acuda.

—No quiero ver a padre.

—¡No seas infantil! Él tampoco, Simon. Ha invitado a las Tanner y espera una respuesta positiva de parte de lady Honora. Así que me ha dado el siguiente mensaje para ti: aléjate de la señorita Tanner hasta mañana por la noche.

—¡No pensaba derribar su puerta y suplicarle!

—Mira, Simon, nunca se sabe. Así que, aprovechando que Kate y mi suegra están organizando una maldita velada musical, voy a quedarme contigo de niñera. —Le guiñó un ojo—. No vaya a ser que te sientas mal, ¿dónde tienes el brandi?

Desde la visita de Simon, su madre se había encerrado en su habitación. Meredith temía que volviera a aquellos días en que solo se quedaba en la cama y no quería salir. En aquella época, ella tuvo que hacerse cargo de la casa y de todo lo referente a la finca. Había aprendido a llevarla con algo de diligencia y sus pertenencias no perdieron caudal. Lo cierto era que el trabajo no había sido solo suyo, su padre había dejado al señor Taylor encargado, pero, por deferencia, le había preguntado a Meredith antes de actuar, y ella había encontrado en él un gran aliado, una lástima que su tío hubiese prescindido de él.

Meredith pasó la tarde jugando a las cartas con Margie y Mabel, que no quisieron hablar del tema. Su madre salió sin decir a donde iba, y ellas tampoco quisieron preguntar.

No se divirtió en absoluto, su mente divagaba en lo que pudo ser y no fue. En todo lo que podría haber vivido al lado de Simon y en que se estaba perdiendo una parte de su vida a causa de algo que no podía controlar.

Cerca de la hora de la cena, su madre no había vuelto, pero una misiva llegó a su nombre.

Estimada señorita Tanner,

Siento la premura con la que voy a avisarla del evento, pero mañana celebraré una velada musical en mi casa. Asistirán unos cuantos amigos, y espero tenerlas a mi lado, como protegidas mías. Sé que no tenían nada preparado, por lo que mi invitación no molesta a su agenda social.

Las espero a las ocho en mi casa.

Catherine, duquesa de Alma.

Bien, parecía que esa mujer no se iba a quedarse quieta esperando en su casa. No, señor.

Cuando acabó de leer la carta en voz alta a sus hermanas, que reían por lo bajo, su madre entró por la puerta como un torbellino y solo dijo una frase:

—Voy a casarme con el señor Brown.

La íntima velada musical de su cuñada, que parecía una excusa para que él pudiera hablar con la señorita Tanner, resultó ser una fiesta con todas las letras. Llegaron multitud de invitados que, aun con la premura, no quisieron perderse el evento. Como pudo saber más tarde, uno de los alicientes fue él mismo, que recién abandonado, volvía a estar en el mercado matrimonial.

Qué Dios lo ayudara.

Su familia al completo se encontraba en la velada, por lo que perderse entre la multitud fue mucho más sencillo que en otras ocasiones. Su padre le dirigió un saludo seco y Theresa, su madrastra, le sonrió dándole ánimos. No todo estaba perdido.

Entendía a su padre, era la primera vez que su hijo le daba problemas y no sabía cómo reaccionar. Kit había sido un poco rebelde, Damon les había decepcionado en más de una ocasión y con Robert no había manera de hacer carrera, él tomaba sus decisiones sin contar con nadie. Lizzy era el ojito derecho de los Shelbrook, nada se diría de ella. Pero Simon nunca lo había decepcionado. Hasta ahora.

Sim esperó tras una copa la llegada de Meredith. Había pasado la noche con Kit augurando qué podría ser tan malo para no querer casarse con él y los posibles escenarios eran superables. La quería a ella y debía hacérselo entender de la mejor manera. ¿Quería romanticismo? Pues tendría todo el del mundo si accedía a casarse con él.

Mientras cavilaba qué quería decirle, se acercó tío Gene a su lado. Llamó su atención y le pidió unas palabras. Quizá quería hablar de algo relacionado con Clover Park, no le apetecía en absoluto, pero no podía decirle que no. Así haría tiempo antes de ver a Meredith.

La principal atracción de esa noche debería haber sido Simon, abandonado por su prometida, pero no, como siempre, era ella. Miradas de soslayo, cuchicheos malintencionados y risitas a su lado. Cada vez se sentía más ofendida.

Ella ya no tenía nada que perder, pues lo único que deseaba era inalcanzable. Tomó una copa de champán y sintió cómo las burbujas le animaban el cuerpo. Otra más le sirvió para poder devolver las malas miradas. Y la tercera para desinhibirse.

Sus hermanas estaban a su lado, incómodas por la atención que despertaba Meredith a su alrededor. Nunca era plato de buen gusto verlo.

Hasta que estalló.

—Oh, si no fuera por vosotras... —dijo Mer por lo bajo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Margie asombrada.

—Nada, querida, solo hablaba para mí, nada reseñable.

—No, no. Has dicho que si no fuera por nosotras —replicó Mabel.

—Solo decía que, si no fuera por vosotras, por vuestra reputación, por la reputación de la familia, le diría un par de cosas bien dichas a esos aristócratas envarados que no paran de llamarme Meredith, la Muerte.

—Por mí puedes decírselo, Mer. Desde que sé que no nos vamos a morir de hambre, estoy más que contenta. No me importa pescar marido aquí, en Escocia o en el continente. Si tú necesitas decirles cuatro cosas, por mí que no sea... —dijo Margie, que, acto seguido se quedó observando a Mabel.

—¿Yo? Yo no quiero ser un impedimento para ti, Mer. Te mereces un poco de respeto. Yo quiero escribir historias o ser pianista, y dudo que cualquier marido me deje. Así que os dejaré el matrimonio para vosotras.

—Dirás a Margaret y a Madelaine, ¿no? —replicó Meredith.

—Vamos, vamos, ánimo. Ya no tienes que callar por nuestra causa, tenemos el futuro asegurado.

Meredith meditó un poco las palabras de sus hermanas. Sin duda no les faltaba razón. Casi con seguridad su madre opinaría algo muy distinto, pero daba igual. Con la aprobación de Margie y de Mabel, ya no tenía que seguir soportando las miradas de las personas que pasaban por su lado sin decir nada. Si volvía a escuchar de nuevo Meredith, la Muerte, montaría un espectáculo.

Aquellas odiosas palabras fueron escuchadas otra vez de boca de Lydia Coleman que, henchida como un pavo real, esperaba a que la invitaran a más fiestas, pues estaba muy equivocada. Esa noche parecía que ella era la reina del mundo.

Oh, fantástico, perfecto. Volvía a ser el centro de atención de las malas lenguas.

Oteó la sala en la que se encontraban, era la más concurrida para charlar. Aún no había comenzado la velada musical y, casi con seguridad, el duque estaría a escasos minutos de llamar su atención para que pasaran a un salón más grande para comenzar. Mientras muchos invitados cuchicheaban sobre ella y paseaban a una distancia prudencial de su mala suerte.

Giró la cabeza y observó cómo dos debutantes se reían y una la señalaba con la cabeza. En su imaginación decían: «Pobre Meredith, la Muerte, nadie la quiere». Margie se acercó a su lado y la tomó de la mano, mientras Mabel, con una sonrisa postiza en la boca, se puso entre las debutantes y Mer para que su mirada se desviara.

Ya estaba bien, ¿no?

En un arrebato, que sospechaba podía ser su verdadera ruina, soltó a Margie de la mano, se levantó el vestido y se subió a una silla. Muchas miradas se giraron para ver a la loca de Meredith, la Muerte, pero como no todas lo hicieron, se encaramó a la mesa de bebidas y subió a ella, mientras se hacía un hueco entre botellas y cristalería fina.

—Pásame una copa y una cuchara —le dijo a Mabel.

Su hermana, con los ojos como platos, le entregó lo que requería sin rechistar.

—¡Buenas noches a todos! —gritó subida a una mesa a la par que hacía ruido con la copa. Siguiendo parada: Bedlam—. Mi nombre es Meredith Tanner... ¡Boo! —Hizo un gesto para asustarlos. Algunas damas se taparon la boca y algunos hombres escondieron una sonrisa—. Y estoy harta de que me llamen Meredith, la Muerte, un mote que, por cierto, no merezco en absoluto. —Tomó aire, se bebió de un trago la copa de champán que le había dado Mabel y cogió fuerzas para continuar—. Marlowe, mi primer prometido, hubiese sido un partido perfecto, a no ser por su afición a las carreras de caballos, que lo llevó a la muerte. Fue eso, y no yo, que estaba en mi casa durmiendo tranquilamente la noche que falleció.

»Luego apareció en mi vida Townsend. Un buen canalla, por cierto, aunque esté mal hablar así de los muertos. —La última frase la dijo más para sus adentros que para nadie, pero los más cercanos pudieron escucharla—. Que murió tras batirse en duelo por una mujer que no era yo. —Se señaló a sí misma para darle más énfasis—. De hecho, a esa mujer y su esposo, el que hirió a Townsend y por su causa falleció, los he visto pasear del brazo hace un rato por el salón. ¿A ellos nadie les pone un mote? ¿Por qué esas dos personas pueden mirarme por encima del hombro? ¿Qué he hecho yo? Cuando murió mi segundo prometido yo también estaba en mi casa, con mi familia. No lo mandé a un duelo borracho ni le dije que muriera. Lo hizo todo él solito. —Paró por un momento para tomar aire y observar las caras de los asistentes, cada vez más pálidos y con los ojos más abiertos—. Y por último queda el señor Van Dijk, que no ha sido invitado a esta fiesta y, como tal, no puede corroborar mi historia. Pero fue tal y como os cuento: se fugó con una mujer de la que se enamoró. Muy vulgar eso del amor, ¿verdad? Sí, podría haber hablado conmigo y hubiésemos roto de manera civilizada. Dios sabe cuántas veces he pensado en esa posibilidad, pero no lo hizo. La culpa es suya, no mía. Yo no me fugué con nadie, yo no hice nada pues, para variar, me encontraba en mi casa con mi familia. Entonces, ¿a qué viene lo de Meredith, la Muerte? Y no estoy dispuesta a hablar sobre mi padre, me parece increíble que alguien pueda pensar algo así... —Decir aquella palabra, padre, hizo que el corazón le diera un vuelco al ver al suyo de verdad junto a su madre asomado a la puerta.

Meredith estaba dispuesta a seguir, cuando observó cómo lady Honora se acercaba a ella apartando a todo aquel que se imponía entre su hija y ella. Estaba muerta, acabada. Oh sí, ahora sí que la podrían llamar Meredith, la Muerte, pues eso era lo que le iba a pasar. Sería un cadáver. Y si pensaba en su reputación o en la reputación de las Tanner, ya estaba todo más que enterrado. Su mote le venía ahora como anillo al dedo. Sí, señor.

Se había enterrado ella solita bajo tres o cuatro copas de champán.

Sin embargo, hubo una cosa que Meredith no pudo ver, pues todos sus sentidos se habían centrado en poder explicarse, aunque no valiera la pena, y en su madre, que parecía el vivo ejemplo de lo que debería ser una furia. En su imaginación, sus ojos se habían convertido en pequeñas llamas y de sus orejas salía un humo que solo presagiaba muerte y dolor. Le dio por reírse, y fue mucho peor.

Aunque hubo una razón para despertar de su ensoñación, y no fue otra cosa que notar cómo se quitaba algo de la mesa y alguien subía a la misma de un salto. ¿Aguantaría el peso de los dos?

Cuando giró la cabeza, se encontró con los ojos cristalinos de Simon y una sonrisa en su boca. ¿Sería esa su manera de obligarla a ir a Bedlam, donde la encerrarían y tirarían la llave? Ese fue su primer pensamiento al ver cómo el marqués le ofrecía su mano. Se la tomó, por supuesto, no podía decirle que no a aquellos ojos brujos, dejando que la cuchara con la que había hecho ruido se perdiera en el suelo.

—Mi futura prometida tiene razón —gritó Simon a toda la sala.

Meredith lo observó con la boca abierta. Escuchó cómo múltiples sonidos de asombro se pronunciaron en la estancia y cómo los cuchicheos volvieron a reinar en el lugar. Pero ella no podía apartar los ojos de él. Se dio cuenta de que aquello era verdad cuando él le comenzó a acariciar la mano enguantada que le había sostenido.

—Meredith Tanner —dijo entre el vocerío que se estaba formando—, lo sé todo, lo que has contado y lo que no. Te quiero y deseo tenerte en mi vida más que cualquier cosa. Dudo que nadie más pudiera hacerte tan feliz como quiero hacerlo yo. ¿Quieres casarte conmigo? —Antes de que ella pudiera contestar, le dijo en un susurro al oído—: ¿No querías romanticismo? —Levanto las cejas—. Y esta vez no me digas que no.

Ella asintió con la cabeza, hacía un momento había recitado su vida durante largo tiempo, y ahora no sabía ni decir «sí».

—Lo tomaré como un «claro que sí, Simon, si te quiero desde el primer momento en que te vi» o algo por el estilo.

Meredith se rio y las palabras volvieron a su boca.

—Tómalo así, sí. Me parece perfecto.

—¡Amigos! —volvió a elevar la voz Simon—, quiero anunciar mi futuro enlace con la señorita Tanner. ¡No hagan apuesta de cuánto tiempo voy a vivir! —gritó con sorna—, pues voy a casarme con esta mujer, pase lo que pase, y vamos a ver a nuestros hijos crecer.

Simon se acercó a ella, y la mesa tembló en su ímpetu. Por un momento, todo el mundo retuvo el aliento, Mer imaginó que fue por si el marqués caía y se desnucaba, pues bien podría ser un final para la historia, otro muerto más para Meredith, la Muerte. Pero más allá de un pequeño movimiento, la mesa soportó que su prometido la besara.

A lo lejos escuchó un «¡vivan los novios!» y decidió olvidarse de la mala suerte.

Epílogo

Tal y como había vaticinado Simon, pudo abandonar las sesiones parlamentarias durante unos días para poder ver cómo iban las obras en Clover Park. Fue en ese momento cuando se celebró una discreta pero agradable ceremonia. Como quisieron los novios.

Meredith había descubierto que, la misma noche en que ella se había enfrentado a la sociedad londinense, Simon se había enterado de su origen y le había dado igual. Solo la quería a ella y no quería esperar para estar juntos.

Se habían casado solo una semana después de su anuncio. Algunos pensaron que el marqués de Dare no había querido correr la misma suerte que otros prometidos de la señorita Tanner y había adelantado la fecha. Otros, en cambio, como sus familiares, al verlos juntos, solo habían visto las ansias de una pareja enamorada.

Aquella mañana, la misma en que partían de Clover Park a Londres para continuar con la temporada y los asuntos de Simon en la ciudad. Meredith desayunaba leyendo en la cama el periódico, mientras su marido terminaba de arreglarse.

—Esta mujer es una caja de sorpresas... —susurró Mer antes de meterse una tostada en la boca.

—¿De qué hablas? ¿Qué te tiene tan ensimismada?

—Una nueva entrega de la historia de la señorita Leigh.

—¡Olvida a esa mujer! ¡Solo te hace daño!

—No, en esta ocasión. Mira, lee, cuenta el momento en que me pediste matrimonio... por tercera vez.

Meredith sonrió y Simon atrapó sus labios con los suyos. Un momento después, tras un golpe de su esposa, el marqués comenzó a leer en voz alta:

—«Eve había malinterpretado a lady Edith, la mujer a la que abandonaron hacía unos meses en su propio baile de compromiso. Lo que ella había interpretado como altanería no era más que un escudo para poder protegerse. La vida no la había tratado bien, pero había sabido capear los desmanes del destino.

«Tanto fue así que cuando el conde de Innsmouth le hizo la declaración de amor más tierna que había visto en su vida, Eve aplaudió con todas sus fuerzas. Serían una pareja ideal.

«Marcellus se acercó a ella y...».

—En serio, querida, no me importa menos lo que hiciera el tal Marcellus —se interrumpió Simon.

Meredith rio.

—Solo lee el último párrafo.

—«Al ver la mirada que se lanzaban los dos prometidos, Eve sintió una punzada de celos, nunca había visto una pareja que se compenetrara mejor. Y también sintió vergüenza, por no haber entendido antes a lady Edith, no debía de ser fácil luchar contra marea. No volvería a subestimarla, no se lo merecía».

—Vaya, vaya... ¿Cómo has cautivado a esta mujer?

—Con mi encanto, sin duda.

Meredith se encogió de hombros, apartó la bandeja del desayuno y se levantó para cambiarse. Partirían a Londres en unas horas. Simon se quedó observando el periódico y ella pensó en cómo había cambiado su vida en unos días.

Tras anunciar su compromiso, el chantaje de la repelente Lydia Coleman había dejado de surtir efecto, por lo que había podido olvidarla para siempre. La familia de Simon la había acogido con cariño y su tío, lejos de hacer público el testamento de su padre, se había querido reconciliar con ellas para acercarse a su marido.

Ahora era marquesa, ¿quién lo iba a decir?

Su esposo se aburría de leer el periódico y tiró de su camisón, pues ella se había quedado de pie, cerca de la cama, deshaciendo la trenza con la que dormía.

—Nuestra partida puede esperar un poco más —susurró.

Meredith se giró y lo observó. No había sido más feliz en su vida.

—Tienes razón.

Se quitó la prenda y se volvió a meter en la cama, esperando las caricias de su esposo. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el destino nunca había sido su enemigo, solo la había estado preparando, por un camino angosto, para conseguir la felicidad, que tenía el nombre de Simon Shelbrook.

Agradecimientos

La idea original de escribir sobre una protagonista con mala suerte me la dio un ejercicio de un taller que hice con Érika Gael, que tenía bien poco que ver con eso, pero no sé, surgió así. Meredith nació con sus altos y sus bajos, ya no solo con mala suerte, sino también con dos muertos a sus espaldas y un prometido fugado. Pero la idea se quedó ahí, agazapada, esperando su momento exacto. Con el tiempo, me decidí a continuar su historia con Simon, que se presentó como el candidato ideal al puesto de pareja de Meredith y, cuando estuvo acabada, se lo enseñé a Érika que me ayudó a mejorarla. Así que gracias por leerlo, por señalarme alguna que otra cosa que a mí se me había pasado y por el apoyo. Siempre.

Otra persona sin la cual sería imposible que Meredith hubiese salido del pozo de su mala suerte es Abril Camino, que se lo leyó y me ayudó en horas intempestivas a darle forma y sacarle partido. Además de apuntarme mi dislexia a la hora de escribir su nombre. Muchas gracias.

También se lo tengo que agradecer a mi familia y a mis amigos por estar siempre ahí; sus ánimos, su calor y su apoyo logístico siempre ayuda, sobre todo cuando tengo la cabeza en las nubes.

Por puesto, a Ángel, que nunca me dice que no a una idea loca, solo le da forma para que, sin dejar de ser loca, sea factible.

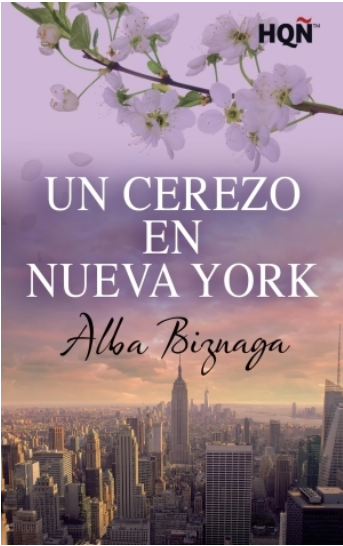
Al equipo de HarperCollins Ibérica, que han vuelto a apostar por los Shelbrook y yo se lo agradezco hasta el infinito.

Y a ti, lector o lectora, gracias por prestarme tu tiempo, por leer la historia de Meredith y Simon y por llegar hasta aquí. Mil gracias.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un cerezo en Nueva York

Biznaga, Alba

9788491708599

485 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Si tienes miedo de volver a enamorarte, adelante. Ama con miedo, pero ama. Sara Martin ya no cree en el amor. En el último año, su vida se ha vuelto un caos: su padre acaba de morir, su exmarido le ha puesto los cuernos y, para rematar, sus finanzas están más secas que la mojama. Hasta que, de repente, todo da un giro radical cuando se entera de que ha ganado el prestigioso premio Neptuno de novela romántica. Además, la editorial le anuncia que, en vista del éxito de ventas alcanzado, una productora quiere hacer una película con su libro. Rodeada de cámaras y flashes, Sara no podía sospechar que se vería envuelta en una espiral llena de emociones de la mano del arrogante actor Devon Stelin, el hombre que intentará poner su corazón patas arriba y que se convertirá en el único protagonista de su corazón. Con Devon, nada es como parece ser, y Sara tendrá que enfrentarse a cada uno de sus miedos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Treinta días de pasión

Child, Maureen

9788468717708

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Primero de la serie. Desde el momento en que llegó al lago Tahoe, el rico, guapo y gruñón Nathan Barrister sólo pensaba en marcharse de allí. El mes que se había comprometido a pasar en ese lugar le parecía una tortura... Hasta que una tormenta de nieve lo dejó atrapado con la encantadora Keira Sanders. De pronto se le ocurrió la manera ideal de pasar aquellos treinta días... si Keira aceptaba una aventura sin compromisos de ningún tipo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Jazmin

TIEMPO INOLVIDABLE

LUCY GORDON



Tiempo inolvidable

Gordon, Lucy

9788491707707

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Se suponía que no eran más que unas vacaciones... pero aquel verano en Italia era sólo el comienzo. Holly se dejó cautivar por los ojos suplicantes de aquella niña sin madre... y por su padre. Y cuando quiso darse cuenta estaba viviendo en la lujosa villa que la familia poseía en Roma. Pero cuando los largos días de verano tocaban a su fin, Holly descubrió que entre las paredes de aquella casa y en el corazón del hombre del que se estaba enamorando había oscuros secretos... unos secretos que podrían liberarlos a todos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Como un caballero

Michaels, Kasey

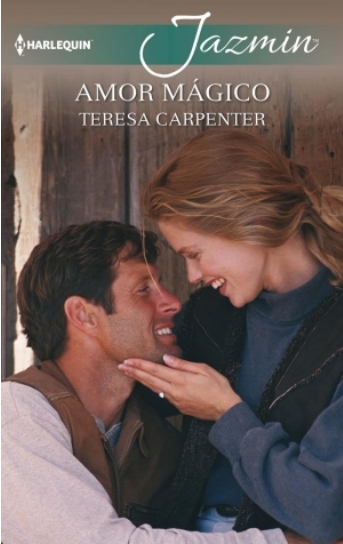
9788468716749

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Chance Becket llevaba sus treinta años de existencia tratando de olvidar. Para ello había ocultado su desagradable juventud casándose con una dama y consiguiendo un prestigioso empleo en el Ministerio de la Guerra. Pero ahora el viudo tendría que enfrentarse al pasado y volver a la costa de Romney Marsh... donde continuaban vivos los fantasmas de su infancia. Julia Carruthers estaba encantada de ser la nueva institutriz de la hija de Chance y escapar así de Londres. Pero la emoción del viaje hasta la misteriosa casa de su jefe no era nada comparada con la atracción que surgió inmediatamente entre ellos. Entonces Julia oyó algo que no debía haber oído, y comenzó a preguntarse si el repentino interés de Chance hacia ella no estaría motivado por la necesidad de proteger los secretos de su familia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amor mágico

Carpenter, Teresa

9788491707691

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Todo estaba en las cartas... y en sus ojos. Con sólo ver aquellas interminables piernas, el alcalde Jason Strong supo que los problemas habían llegado a Blossom, Texas. Se llamaba lady Pandora y aseguraba poder predecir el futuro. Aunque Jason no creía en aquellos poderes, no podía evitar preguntarse si los besos de aquella mujer podrían cambiar su propio futuro... Cherry Cooper, más conocida como lady Pandora, tenía buenas razones para ir a Blossom, pero ninguna de ellas era la de enamorarse de aquel atractivo vaquero y de su encantadora hija. Desgraciadamente, sus poderes sobrenaturales no podían competir con el poder del amor...

[Cómpralo y empieza a leer](#)